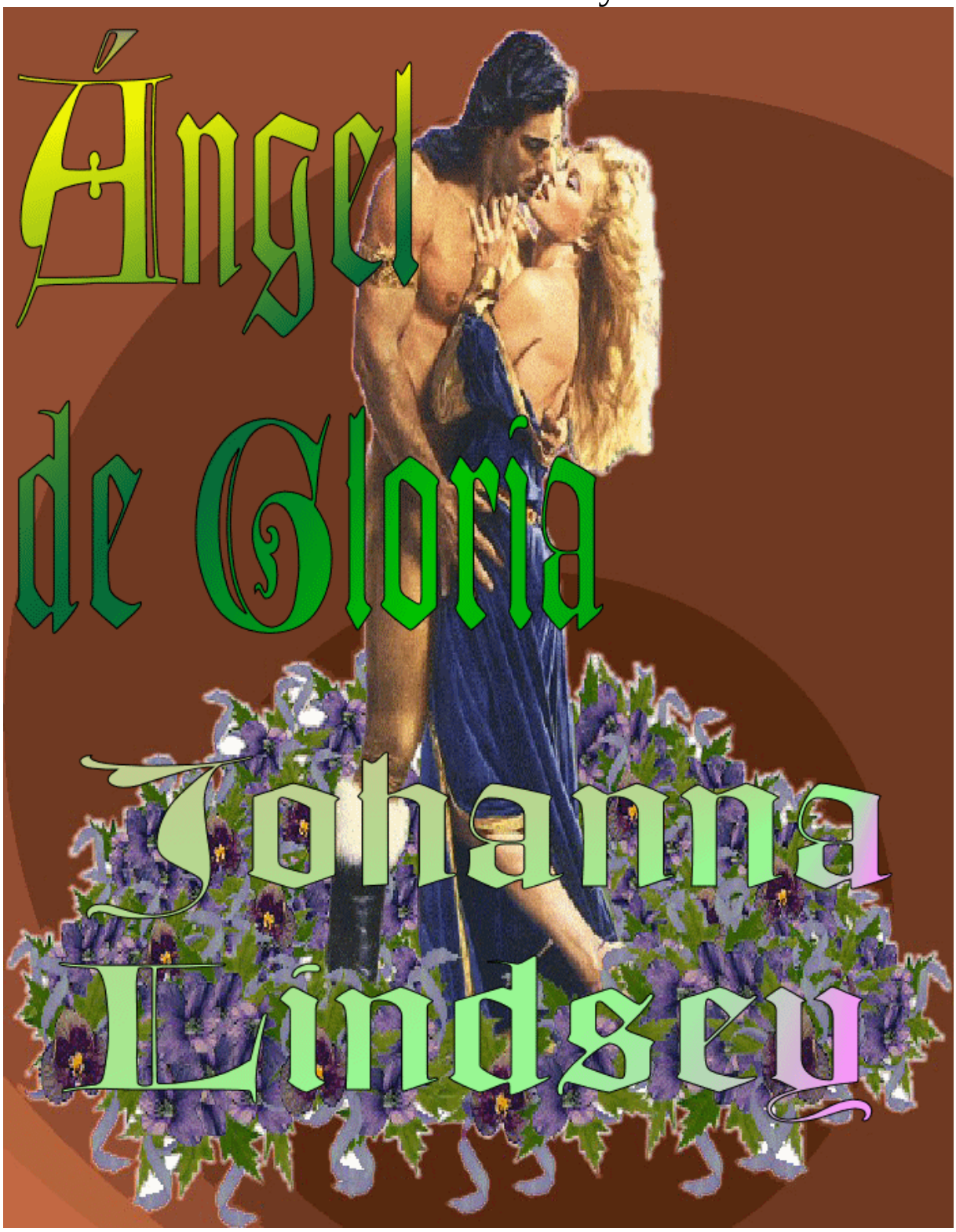
Angel de Gloria
Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El juró que jamás se apartaría de ella...

hasta que el cruel destino se interpuso entre ambos.

1

Ángela Sherrington arrojó otro leño al hogar.

-¡Maldición! - exclamó, mientras miraba, furiosa, las chispas que salían disparadas hacia el piso.

¡Si sólo no hubiese sido tan tonta como para desperdiciar cerillas! Ahora se veía obligada a mantener el fuego encendido día y noche. Desde que se habían acabado los fósforos la semana anterior, la choza que Ángela llamaba hogar se había convertido en un infierno.

La muchacha dirigió otra mirada de furia al fuego y salió al angosto porche ubicado al frente de la cabaña que constaba de una sola habitación. Anhelaba un poco de brisa, pero haría mas de cuarenta grados de temperatura. Volvió a maldecirse. En este duro año de 1862 los fósforos escaseaban. Debido a la guerra, todos los artículos de primera necesidad resultaban escasos de modo que tendría que ser más cuidadosa. La granja Sherrington, si es que podía considerarse así, se hallaba a unos cuatrocientos metros del río Mobile y a medio día a caballo de Mobile, la ciudad más grande de Alabama. Los campos que rodeaban la granja estaban desnudos, como también el granero, con unas paredes semipodridas y su techo agujereado.

Una vez, habían blanqueado la casa, pero ahora era necesario esforzarse para ver los pocos restos de pintura. En el porche había dos sillas de mimbre y un baúl de madera que servia de mesa.

De mala gana, Ángela regresó al interior de la casa y comenzó a amasar sobre la mesa de la cocina. El calor estaba desgastando sus fuerzas, pues el fuego que ardía detrás de la muchacha se sumaba al sol que entraba por las ventanas, frente a ella. Pero también resultaba agotadora la preocupación por su padre. Había ido a Mobile el día anterior para vender la última remesa de su cosecha de maíz. Tendría que haber regresado por la tarde pero, por cuarta vez en su vida, Ángela había pasado la noche sola. Era triste que las cuatro veces hubiesen tenido lugar desde el comienzo de la guerra.

Con un profundo suspiro, Ángela miró por la ventana agrietada hacia los campos rojizos. Tendrían que haberlos arado esta mañana para prepararlos para el cultivo de averjas y habas. Si hubiesen tenido mas de una mula, ella misma habría comenzado la tarea; pero no era así, y su padre se había llevado a la vieja Sarah uncida a la carreta. ¡Maldito su viejo cuero! ¿Dónde estaría?

La muchacha se había levantado mucho antes del amanecer. A esa hora le gustaba limpiar la casa, pues era el único momento del día en que no hacía calor. Su hogar no era gran cosa, pero nadie podría decir que no estuviese limpio.

Ángela se enjugó el sudor del rostro. Intentó dejar de preocuparse, pero no pudo. Las otras veces que su padre no había regresado en toda la noche se había debido a que estaba demasiado borracho para llegar a su carreta. Ahora esperaba que sólo estuviera borracho y que no se hubiese metido en una pelea.

Ella sabía cuidarse sola; eso no la preocupaba. Aún cuando su padre estaba en casa, a menudo estaba ebrio y tendido en la cama. La muchacha odiaba eso, pero nada podía hacer para que dejara de beber. William Sherrington era un borracho.

Por necesidad, Ángela había aprendido a cazar. De otra manera, podría haber muerto de hambre mientras esperaba que su padre recuperara la lucidez. Podía matar un conejo en movimiento de un solo disparo.

Si, sabía cuidarse sola. Pero eso no evitaba que se preocupase siempre que su padre se alejaba.

Un momento después, el sonido de una carreta que se acercaba la alentó. ¡Ya era hora! Ahora que su inquietud había pasado, su furia salió a la superficie. Esta vez, su padre tendría que oírla.

Sin embargo, no era la vieja Sarah quien doblaba la curva junto a los altos cedros. Dos yeguas grises tiraban de un carruaje polvoriento y salpicado de lodo, y lo conducía la persona a quien menos quería ver.

2

Billy Anderson detuvo las yeguas. Había viajado como si un ejército de yanquis le pisara los talones. La oportunidad que había estado esperando había llegado inesperadamente esta mañana, al saber que William Sherrington dormía, ebrio, en la calle y que había dejado sola a su hija. Billy sonrió al recordar el día.

La mañana había comenzado como cualquier otra; el tórrido sol del verano había borrado rápidamente toda huella de la fresca noche. Sería otro día de calor feroz, un día que irritaría los nervios de todos, un día que enardecería los temperamentos.

Billy se desperezó y se frotó los ojos. Antes de abrir la tienda de su padre, echó un vistazo a la calle, donde los buhoneros pregonaban su mercancía, los criados se dirigían deprisa al mercado y los niños jugaban mientras podían, antes de que el calor hiciera que todos corrieran a sus casas.

Las cosas no habían cambiado mucho, pensó Billy. Al menos, Alabama no era como otros estados sureños, donde se libraban batallas. Habían mantenido al ejército de la Unión fuera de Alabama. Para mucha gente del lugar, no era del todo real.

Billy soltó una risotada. Los yanquis eran cobardes; cualquiera que estuviese en su sano juicio lo sabía. Sólo era una cuestión de tiempo hasta que la Confederación ganara la guerra. Las cosas volverían a la normalidad y su padre saldaría sus deudas.

Billy emitió un largo suspiro y volvió a desperezarse en un intento de sacudir el sueño de su cuerpo delgaducho. Se dirigió a la gran mesa cubierta de rollos de género y pasó los dedos por los deslustrados algodones que descansaban protectores, sobre las telas más cara. Hacía mucho tiempo que ya nadie compraba siquiera los géneros baratos.

Eran tiempos duros para todos. Pero eso no duraría mucho... no podía durar mucho. Algún día esa tienda sería de Billy. Sin embargo, a él no le agradaban los negocios. No le agradaba casi nada, excepto andar con prostitutas.

Billy sonrió y sus ojos castaños se entrecerraron. Se dirigió al largo mostrador donde se guardaba la caja con el dinero y se sentó tras él, sobre un taburete de tres patas. Se pasó las manos por el cabello castaño rojizo, inclinó la banqueta hasta apoyar la espalda contra los estantes que estaban atrás y levantó los pies sobre el mostrador.

Sam Anderson tendría un ataque si encontraba así a su hijo, pero tardaría otra hora más en bajar, pues había trasnochado con sus compinches. Al padre de Billy le gustaban los naipes, los dados y cualquier otra cosa a la que pudiera apostar, y el muchacho apenas lograba guardar silencio cada vez que decía: “Con sólo una apuesta grande que gane, saldaremos todas las deudas” Pero la suerte no acompañaba a Sam Anderson, no de la manera que lo habia hecho antes de la guerra. Seguía perdiendo y pidiendo prestado, cada vez más.

Las minúsculas campanillas de la puerta llamaron la atención de Billy. Sus ojos se abrieron con sorpresa al ver entrar a dos mujeres con sus ornado parasoles colgados de sus muñecas. Reconoció a Crystal Lonsdale, que a los diecinueve años era la arrogante princesa de la plantación The Shadows, y a su amiga Candise Taylor. Billy las observó con minuciosidad. Crystal era muy hermosa con sus grandes ojos azules y su brillante cabello rubio. Demasiado delgada para su gusto pero era, sin duda, una belleza y una de las jóvenes más asediadas del condado de Mobile.

Candise Taylor tenía algunos años más que su amiga, cabello negro sujeto con prolijidad bajo su sombrero azul y bellísimos ojos azules como las primeras luces del amanecer. Era la hija del mejor amigo de Jacob Maitland y había llegado de visita desde Inglaterra. Era tan encantadora como Crystal, aunque tenía un rostro más suave y modales más delicados.

Billy rodeó el mostrador y se acercó a las dos jóvenes elegantes, una vestida de rosa y la otra de azul. Deseó haber tenido puestas ropas menos humildes.

-¿Puedo servirlas en algo, señoras? - preguntó, con su voz más sofisticada y una sonrisa seductora en sus labios finos.

Crystal le echó un vistazo y le dio la espalda.

-Lo dudo. No logro imaginar por qué Candise quiso venir aquí.

-Nunca está de más comprar con prudencia, Crystal - respondió Candise con timidez.

La muchacha se veía muy avergonzada, aunque no tanto como Billy al verlas alejarse de él y oír la voz irritada de Crystal.

-¡Pero, Candise! Tu papá es tan rico como el mío. ¡Cuándo el señor Maitland me pidió que te acompañara a hacer compras, jamás imaginé que querrías venir a un lugar como este!

Billy se encrespó. ¡Esa ramerita presuntuosa! Le habría encantado echar a la calle a Crystal Lonslade, pero sabía que su propio padre lo azotaría si llegaba siquiera a mirarla de modo extraño. La joven tenía una relación demasiado estrecha con la familia Maitland. Jacob Maitland era un hombre muy adinerado, y su padre tenía muchas deudas con él.

Billy regresó al mostrador y volvió a dejarse caer sobre el taburete. Observó furtivamente a las dos muchachas y sus pecas se hicieron visibles, pues su rostro palideció de furia.

Habría dado cualquier cosa para ser tan rico como Jacob Maitland. Siempre había envidiado a los Maitland. Aún recordaba el día que llegaron a Mobile, quince años atrás. Había ido al muelle con su padre para recoger un cargamento de mercaderías para la tienda. Un gran barco acababa de atracar, y sus únicos pasajeros eran Jacob, su esposa y sus dos hijos. Billy admiró aquella ropa fina, el magnífico carruaje que los aguardaba y la gran cantidad de baúles que contenían sus pertenencias.

En la actualidad, se rumoreaba que Jacob Maitland tenía tantos negocios que era uno de los hombres más ricos del mundo. Tenía propiedades, minas, ferrocarriles e innumerables inversiones por todo el mundo. Billy no lo sabía, pero Maitland era uno de los hombres más ricos de Alabama.

Era un hombre que no tenía necesidad de quedarse en el sur mientras durase la guerra, puesto que podía vivir en cualquier parte del mundo. Sin embargo, ya se había convertido en un caballero sureño y había escogido quedarse y apoyar al sur. Y así lo hizo, con dinero y con su hijo menor, Zachary, que se incorporó al ejército; su hijo mayor Bradford, pasó a ocuparse de los intereses familiares. Ese si que era un sujeto a quien Billy envidiaba: Bradford Maitland. Tenía todo ese dinero, vivía como le placía y viajaba por todo el mundo.

¡Qué suerte era ser un Maitland! ¡Cómo habría deseado Billy ser uno de los hijos de Jacob Maitland! ¡Con cuánta frecuencia había soñado ser parte de esa familia! Ya no tenía esos tontos sueños, pero aún los envidiaba.

De pronto, algo atrajo su atención.

-Vaya, hasta la basura como los Sherrington viene por aquí - dijo Crystal, con desdén.

-¿Te refieres a ese pobre hombre que me señalaste? ¿El que estaba tendido en el callejón?

-ese asqueroso infeliz a quien vimos durmiendo borracho en el callejón. Sí, William Sherrington. ¿Sabías que viven a poco más de un kilómetro de Golden Oaks? - preguntó a su amiga, con desprecio -. No logro imaginar por qué Jacob Maitland permite que un hombre así trabaje su tierra.

-A mí me parece una pena - aventuró Candise.

-¡Cielos, Candise! Tú te compadeces de cualquiera. Pero vámonos de aquí antes de que alguien nos vea. Una sonrisa irónica se formó en los labios de Billy al mirar a las dos muchachas abandonar la tienda. “Sí, corre, princesita, antes de que alguno de tus finos amigos te encuentre en los barrios bajos. ¡Ramera!”

Su pulso se había acelerado al oírlas hablar del padre de Ángela Sherrington. Esa diablilla salvaje y de temperamento feroz había sido su obsesión por mucho tiempo. Aunque acababa de cumplir los catorce años, sus formas se habían redondeado bastante en los últimos tiempos. Era la más bonita pieza de basura blanca que hubiese visto jamás.

Apenas la había reconocido cuando, unos meses atrás, entró a la tienda. Ya no era una mocosa flacucha con largos bucles castaños. Había comenzado a tener curvas y su rostro había cambiado. Ángela Sherrington era sumamente bonita. Sus ojos eran profundos estanques violetas ocultos por espesas pestañas negras. Billy jamás había visto ojos de ese color. Podrían atrapar y mantener la atención como por un hechizo.

Después de ese día, Billy había comenzado a ir ala granja Sherrington y a ocultarse entre los cedros que formaban un grueso muro al frente de la choza. La observaba trabajar en el campo con su padre. Usaba pantalones ceñidos y una camisa de algodón arremangada. No podía apartar los ojos de ella.

Billy esperó con impaciencia hasta que su padre bajó y él pudo salir. Al abandonar la tienda, se aseguró que William Sherrington estuviese exactamente donde había dicho Crystal Lonsdale.

Esa era su oportunidad. Sólo pensar que Ángela estaba sola en esa choza le producía un dolor en la ingle. ¡Ahora la tendría! Ya podía sentirla retorciéndose debajo de él. Sería el primero y eso contaba mucho. ¡Pero, Señor, no podía esperar!

Billy detuvo a las yeguas y bajó de un salto del carruaje de su padre.

-¡Alto ahí, Billy Anderson!

Billy sonrió. La joven pelearía, y eso podría ser más divertido aún.

-Pero, ¿qué clase de saludo es ése, Ángela? - preguntó indignado.

Miró el rifle con el que le apuntaba la muchacha, pero luego sus ojos se dirigieron a sus delgadas caderas, ceñidas por pantalones, y a la ajustada camisa. Sus senos presionaban contra el género áspero. Era obvio que no tenía nada puesto debajo de ella.

-¿Qué estás haciendo aquí, Billy?

El joven miró su rostro, manchado de polvo y de harina pero aún bonito, y luego sus ojos. Lo que vio en ellos le sorprendió. ¿Era diversión? ¿Acaso se reía de él?

-Sólo vine de visita - respondió, pasándose una mano por el cabello -. ¿Qué tiene eso de malo?

-¿Desde cuándo vienes de visita? Creí que eras de los que se esconden atrás de los árboles porque tienen demasiado miedo para mostrarse - respondió.

-Conque lo sabes, ¿eh? - dijo, en tono sereno, pero su rubor lo traicionó.

-Sí, sé. Te vi muchas veces escondido por ahí - dijo, señalando con la cabeza hacia los cedros-. ¿Para qué me estabas espiando?

-¿No lo sabes?

Los ojos de la muchacha se agrandaron y parecieron oscurecerse algunos tonos, hasta volverse de un hermoso color azul-violeta. Ya no había en ellos rastro alguno de diversión.

-¡Lárgate, Billy! ¡Fuera!

-No te estás portando como una buena vecina, Ángela - dijo, con cautela, los ojos fijos en el rifle que las manos de la joven sostenían con firmeza.

-No eres ningún vecino mío, y no tengo por qué portarme bien con los que son como tú.

-Sólo vine de visita... para que nos sentemos a charlar un rato. ¿Por qué no bajas ese rifle y...?

-Ya admitiste por qué viniste, Billy, así que ahora no me mientas - replicó fríamente -. Y no pienso soltar el rifle, así que ¿por qué no te llevas tu flaco trasero de vuelta a la ciudad, adonde debería estar?

-Eres una ramerita malhablada ¿eh? - se burló Billy.

La muchacha sonrió mostrando sus dientes blancos y brillantes.

-Vaya, gracias, Billy Anderson. Ese debe ser el mejor cumplido que me dijeron.

Billy decidió adoptar otra estrategia.

Librodot

_ Está bien. Sabes por qué vine; entonces ¿por qué eres tan antipática? No vine sólo a buscar diversión. Te cuidaré. Te pondré una casa en la ciudad. Puedes dejar esa granjucha y vivir cómodamente.

-¿Y que tendría que hacer a cambio de esa vida cómoda? - preguntó.

-Tú sabes la respuesta.

-Sí, lo sé. Y mi respuesta es no.

-¿Para qué diablos te estás reservando? - preguntó Billy, y su cara pecosa reflejó su irritación y su perplejidad.

-No para sujetos como tú, eso es seguro.

-Lo único que puedes esperar es casarte con otro sucio granjero y seguir viviendo así todo el resto de tú vida. ¿Eso es lo que quieres?

-No me puedo quejar - respondió, en tono defensivo.

-¡Mientes! - exclamó, y avanzó hacia ella.

-¡No te acerques ni un paso más, Billy! - La voz de la muchacha se elevó en un tono más agudo. Lo miró directamente a los ojos. - Voy a decirte de veras que te mataré sin pestañear ni una vez. Ya estoy harta de que todos ustedes se piensen que me pueden tener con sólo pedírmelo. ¡Diablos! La mayoría de ustedes ni siquiera me piden... agarran, nomás. Ya me tienen cansada, ¿me oyes? Ya no tengo más fuerzas para seguir peleando, pero este rifle sí. Tiene fuerza para volarte tu engreída cabeza. ¡Así que mejor te largas antes de que pase eso!

Billy retrocedió, pues la furia que reflejaba la voz de la muchacha le advirtió que hablaba en serio. ¡Maldición!

-¡Te tendré, Ángela, recuerda eso! - gritó, mientras volvía a subir al carruaje -. ¡Ahora estás hablando con un hombre, no con un muchacho!

La joven rió.

-Nunca maté a ningún hombre, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo. No vuelvas más, Billy, o tú serás el primero.

-Volveré - prometió -. Y sí seré el primero, pero no en lo que tú dices. Te tendré, Ángela Sherrington, te lo juro.

Billy Anderson se alejó precipitadamente, descargando su ira sobre las desafortunadas yeguas grises.

3

Ángela cerró la puerta de un golpe y echó el cerrojo. Luego se dejó caer contra ella, con el corazón latiéndole con fuerza. Una furia helada se apoderó de ella, como todas las veces que se enfrentaba a muchachos como Billy. ¿Qué creían que era? ¿Una ramera? Claro que sí. Si no, ¿por qué la perseguían tanto?

Ángela suspiró con impaciencia. Sabía que no podía culpar a nadie más que a sí misma. Antes, disfrutaba azotando a los niños que se atrevían a provocarla, pues eso era todo lo que hacían. Pero ahora era cada vez más difícil ganar esas peleas. Los mismos niños a quienes antes despedía con narices ensangrentadas eran ya casi hombres.

Ángela siempre se había sentido torpe en compañía de las niñas, pues se había criado sin la presencia de una mujer. En cambio, había jugado con los niños hasta que sus constantes provocaciones se volvieron insoportables. Muy pronto, las muchachas de su edad ya no tendrían nada que ver con ella. Y las jóvenes de color la rehuían porque era blanca. Su única amiga era Hannah, la bondadosa Hannah.

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta y aferró con fuerza el rifle. ¿Acaso Billy había regresado ya?

-Soy yo, niña. Ese muchacho ya se fue.

Al oír la voz de Hannah, Ángela abrió la puerta, ansiosa, y salió al porche.

-Ese desgraciado hijo de perra tuvo el descaro...

-Lo sé, niña, lo sé - la tranquilizó Hannah, alarmada por la furia de la joven -. Me crucé con él por el camino y vi que venía hacía acá, entonces me metí entre los árboles y me escondí detrás de la casa para ver si necesitaba ayuda. Dios mío, esto no le gustará nada al amo Maitland, no, señó - masculló para sí.

-¿Qué?

-nada, niña, nada - se apresuró a responder. Rodeó a Ángela con el brazo y le indicó que se sentara en los escalones del porche.-Creo que está usté creciendo, si, señó.

La muchacha se preguntó por un momento por qué Hannah había mencionado a Jacob Maitland pero, como no estaba segura de haber oído correctamente, lo dejó pasar.

Había conocido a Hannah cinco años atrás, un día en que la mujer mayor había emergido del bosque de cedros que se hallaba entre Golden Oaks y la pequeña granja de los Sherrington, diciendo que se había perdido y que estaba a punto de desmayarse por el calor Ángela había insistido en que entrara a descansar. Más tarde, le había enseñado el camino de regreso a Golden Oaks.

La muchacha no lograba comprender cómo era posible que un sirviente de Golden Oaks se hubiese perdido. Todo lo que tenía que hacer era llegar hasta el río y seguir su curso. La plantación quedaba cerca del río Mobile y resultaba claramente visible desde sus orillas. Si no, podría haber seguido el camino hacia el río hasta llegar al largo sendero de robles perennes gigantes que conducía a la mansión en que vivían los Maitland.

Ángela se sorprendió cuando, una semana más tarde, Hannah regresó con un costal de harina y una cesta de huevos. Dijo que con ello quería pagarle por haberle salvado la vida. A pesar de las protestas de la muchacha, insistió que tenía que saldar la deuda. A William Sherrington todo eso le resultó gracioso y no vio razón para rechazar la mercadería. La comida era comida, y ellos nunca tenían demasiada.

-La chica piensa que tiene una deuda que pagarnos, así que ¿quiénes somos nosotros para decir que no? - había dicho, riendo -. Esto no es aceptar ninguna limosna.

Después de eso, Hannah comenzó a ir una vez por mes, y siempre llevaba algo consigo. Al principio era comida, pero después del comienzo de la guerra traía alfileres, sal, cerillas y telas. La mayoría de los pobres no tenían tales cosas.

Hannah robaba todo cuanto les traía de la casa de los Maitland y juraba por el buen Señor que allí jamás lo advertirían. Cada mes, Ángela le hacía prometer que no robaría más, pero la mujer siempre rompía su promesa.

La muchacha sentía una afecto especial por Hannah, la única mujer que conocía. No le importaba que el color de su piel fuera diferente. No eran más que dos mujeres: una muchachita y una rolliza mujer tres veces mayor, que se sentaban a conversar.

Charissa Sherrington había huido un año después del nacimiento de Ángela. Había intentado llevarla consigo, pero su esposo las había hallado y había llevado a la niña de regreso a casa, tal vez con la esperanza de que eso obligaría a Charissa a volver. Pero no fue así

A veces, Ángela se preguntaba cómo habría sido su vida si su padre no las hubiera encontrado. Y a menudo se preguntaba dónde estaría su madre ahora. Su padre la había criado solo, lo cual explicaba sus hábitos poco femeninos. Por eso, confiaba a Hannah todas las cosas que podría haber dicho a su madre, cosas que jamás soñaría decir a su padre. Una de esas cosas era que imaginaba estar enamorada de Bradford Maitland. Pero, claro está, eso había sido el año anterior, antes de que Hannah le dijera la terrible verdad acerca del hijo mayor de Jacob Maitland.

-Ese muchacho, ¿es el único que la molesta? - le preguntó Hannah.

-Billy es el único que ha venido aquí, pero no es el único que me ha insultado.

Los ojos de la mujer se volvieron más redondos.

-¿Qué dices, niña?

A Ángela siempre le había avergonzado mencionar a Hannah las trifulcas que tenía con los muchachos pero, después de lo que había ocurrido ese día, eso ya no importaba.

-Hace mucho que me estoy defendiendo de esos imbéciles que me persiguen todo el tiempo.

-¡Dios mío, señorita Ángela! - exclamó -. ¿Por qué no me lo dijo antes?

-Sólo pasa cuando voy a la ciudad y, hasta ahora, puedo cuidarme sola. Pero no pienso pelear más. ¡Voy a usar esto! - dijo con vehemencia, levantando el rifle de su padre.

-¿Quiénes son los que la han estado molestando?

-Chicos que conozco desde que tengo memoria.

-Pero ¿cómo se llaman? - insistió Hannah.

Ángela frunció el ceño pensativa.

-Judd Holt y Sammy Sumpter - dijo, y luego agregó -; y también los hermanos Wilcox y Bobo Deleron. A veces me vi obligada a azotarlos.

Hannah sacudió la cabeza.

-¿Y el que vino hoy? ¿Cómo se llama, niña?

-Billy Anderson. Pero ¿por qué preguntas todo esto? - preguntó Ángela, cuya furia comenzaba a disiparse.

-Sólo por curiosidad - respondió, evasivamente -. ¿Dónde está tu papá? ¿Por qué no estaba aquí afuera, echando a ese Billy Anderson?

-Se quedó en la ciudad anoche y no ha vuelto a casa.

-¿Dice que la dejó sola?

-Sí, pero...

-¡Oh, Dios mío! - exclamó Hannah y se puso de pie-¡Tengo que irme!

-¡Espera, Hannah! Por casualidad, ¿no trajiste cerillas?

-Sí, niña; están en la cesta, en el porche - respondió, y se encaminó deprisa hacía Golden Oaks.

Ángela sacudió la cabeza. ¿Qué le habría ocurrido a Hannah? Parecía más preocupada que ella misma por la llegada de Billy.

Billy Anderson fustigaba a las yeguas grises con su corto látigo, descargando sobre ellas la furia durante todo el camino de regreso a Mobile. Jamás perdonaría a Ángela por haberse burlado de él. No recordaba haber sentido tanta ira, antes excepto, tal vez, el año anterior,

cuando su padre lo había encerrado en su habitación para evitar que se ofreciera como voluntario. Él tenía diecisiete años y lo que más quería era pelear y convertirse en héroe.

Pero esto era aún peor. Ángela lo había hecho parecer un cobarde. Si ella volviese siquiera a susurrar que lo echaría a punta de rifle, la mataría. Debería haberle quitado el arma y haberle dado una buena paliza. Entonces, podría haberla derribado y conseguido lo que había ido a buscar.

En la precipitada carrera que lo alejaba de la escena de su humillación, Billy estuvo a punto de volcar contra un carruaje que pasaba. Maldijo en voz alta y luego se ruborizó al ver quién ocupaba el otro vehículo. Crystal Lonsdale y Candise Taylor apenas lo miraron al pasar. El verlas le hizo recordar con claridad la mañana.

Tal vez ahora Ángela se estuviera riendo de él, igual que Crystal. Pero no sería por mucho tiempo. La conseguiría. Jamás volvería a burlarse de él.

Librodot

4

Hannah recorrió el kilómetro y medio que había hasta Golden Oaks casi a la carrera. No se molestó en entrar por la puerta de atrás sino que atravesó directamente la entrada principal y se dirigió al estudio de su amo. ¡Dios, el amo Jacob pondría el grito en el cielo!

Oyó las voces de Candise Taylor y Crystal Lonsdale, que estaban jugando al backgammon en el salón. Hacía ya dos semanas que Candise y su padre eran invitados de honor en Golden Oaks, pero pronto regresarían a Inglaterra. Crystal Lonsdale había visitado con regularidad la plantación durante muchos años, aunque menos que su hermano Robert. Este se había incorporado a las tropas de Alabama junto con Zachary, el hijo menor de Jacob, en el comienzo de la guerra. Bajo las órdenes de Braxton Bragg, defendieron la costa entre Pensacola y Mobile. Robert se había quedado para proteger la Bahía de Mobile, pero Zachary había continuado con Bragg cuando éste se hizo cargo del ejército de Tennessee.

"Señor, protégelos" pensó Hannah, como muchas otras veces.

Golpeó suavemente a la puerta y entró cuando Jacob Maitland se lo ordenó. Se detuvo frente al escritorio donde Jacob examinaba el libro mayor, como todas las tardes. Como aún no había levantado la vista, Hannah esperó con paciencia. Sabía que Jacob se molestaría, y eso era malo. Algunos años atrás había sufrido un leve ataque de apoplejía y no debía alterarse. Ahora, dejaba la mayor parte de sus negocios en manos de otros.

Hannah moriría si algo le ocurriera a Jacob Maitland. Recordaba muy bien cómo había sido su vida antes de que él llegara a Golden Oaks. Él había comprado las tierras y los esclavos. Habían sido días de temor constante, temor de que vendieran a miembros de la familia, temor del látigo.

Ahora los esclavos ya no se sentían tales, y todo gracias a Jacob Maitland. Hannah sabía que no había nada que no fuera capaz de hacer por él. Le había dado una nueva vida y le había devuelto la dignidad. Pero lo más importante era que le había devuelto a su primogénito, su hijo que le había sido arrebatado y a quien habían vendido dieciocho años atrás, cuando contaba apenas cuatros años. Jacob había hallado al muchacho y lo había llevado de regreso.

Hannah sabía cuales eran las convicciones de Jacob y que él habría liberado a toda su gente si no hubiese sido necesario dar la impresión de acatar las normas sureñas para vivir allí. Sin embargo, en la guerra, apoyaba al norte.

Jacob, claro está, ignoraba que Hannah sabía todas esas cosas. Sólo ella y su familia lo sabían, pues su marido, Luke, era el criado personal del amo y lo había oído hablar en sueños. Pero su familia guardaba esos secretos. Una vez, Hannah había revelado a Ángela, sin quererlo, un hecho que nadie debía saber. Pero Ángela era una buena niña; sabía las trágicas consecuencias que acarrearía la revelación del secreto. Estaba segura de que la muchacha no lo diría.

Jacob aún no había levantado la vista de sus papeles, pero Hannah esperó con paciencia, mirándolo con afecto. Era un hombre de cuarenta y ocho años, de buen aspecto, con sólo una sombra plateada en las sienes. El resto de su cabello era aún tan negro que a veces parecía azulado. ¡Pero sus ojos! Dios, sus ojos asustaban. Si alguna vez se le apareciese el mismo demonio, Hannah estaba segura de que tendría ojos iguales a los de Jacob Maitland. Eran de un color castaño dorado, excepto cuando se enfurecía. Y a pesar de toda su bondad, ese hombre tenía un temperamento terrible. Cuando éste afloraba, esos ojos se convertían en llamas doraras listas para incendiar a quien mirasen.

De los hijos de Jacob Maitland, sólo Bradford era idéntico a su padre. Zachary tenía la misma estatura que ellos, poco más de un metro ochenta, pero había heredado los ojos y el temperamento de su madre. Por cierto, no era tan aventurero como su hermano.

Jacob Maitland levantó la vista y frunció ligeramente el ceño.

-¿Qué haces aquí tan pronto? Ella estaba en casa, ¿verdad?

A Hannah le agradaba escuchar hablar a ese hombre. Tenía una manera de hablar muy fina y precisa. Años atrás, ella había intentado copiarla, pero su familia se burló tanto de ella que se dio por vencida.

-Sí, amo, está en casa.

-Bueno, pues, ¿cómo está? ¿Aún te hace prometer que no me robarás? - preguntó, riendo entre dientes.

-No le di oportunidad de hacerlo: vine antes - respondió nerviosa.

-¿Sucede algo, Hannah? - preguntó Jacob, con una mirada suspicaz -. Dímelo.

-Tal vez deberíamos ir a los establos, amo Jacob, porque tengo el presentimiento de que usted levantará la voz, y las damas han vuelto de la ciudad y están en la sala. Van a oírlo, señó.

-¡Dímelo!

Hannah respiró profundamente y se estremeció al ver que en aquellos ojos castaño-dorados comenzaban a encenderse las llamas.

-Casi violaron a la niña Ángela esta mañana - dijo con los ojos muy abiertos, esperando que se desatara la tormenta.

-¿Casi qué? - exclamó Jacob y se puso de pie de un salto -. ¿Cómo pudo ocurrir eso con su padre en casa?

-Él no estaba allí.

-Ella... ¿está herida?

-Oh, no, señó. Mantuvo lejos a ese jovencito a punta de rifle. Pero sí que la buscaba. La amenazó y dijo que la conseguiría. Pero ella no se asustó nada, sólo que estaba más furiosa que una gallina mojada.

-¿Qué clase de muchacho intentaría violar a una criatura? - preguntó Jacob mientras volvía a sentarse con gesto cansado -. No lo comprendo.

-Ya le dije, a usté que la niña está creciendo - le recordó Hannah en tono de reproche.

-No tiene más que catorce años. Diablos, si es aún un bebé.

Hannah no le recordó que los “bebés” de la edad de Ángela se casan y tienen bebés propios.

-Usté no la ve desde que tuvo esa pelea con el padre de la niña. Se está poniendo muy bonita.

Jacob no parecía oírla.

-¿Cómo se llama ese muchacho? ¡Por Dios, deseará estar muerto!

-Billy Anderson.

-¿Hablas del hijo de Sam Anderson? - preguntó asombrado.

-Sí, señó.

-¿Alguien más ha intentado molestar a Ángela?

-Sí, señó. Y eso me preocupa muchísimo, porque la pobre niña ha tenido que pasar varias noches sola.

-¿Por qué?

Hannah bajó la mirada y habló en un susurro.

-su papá la deja sola y pasa las noches en Mobile. Al menos, eso es lo que hizo anoche.

-¿Ese hijo de perra?

Jacob volvió a ponerse de pie y esta vez derribó su silla. Había un fuego ardiendo en lo profundo de sus ojos.

-Dile a Zeke que tome mi caballo y vaya a la ciudad. Debe traer a Sam Anderson y a William Sherrington. ¡Y dile que vaya como si el Diablo le pisara los talones! ¿Entiendes, Hannah?

-Sí, señó - dijo, sonriendo por primera vez.

-Bueno, ¡manos a la obra! Y luego vuelve aquí y cuéntame el resto.

Comenzaba a oscurecer cuando William Sherrington irrumpió en el estudio de Jacob sin hacerse anunciar. Tenía la ropa arrugada, y había algunos remiendos en sus pantalones. Su brillante cabello rojizo estaba partido al medio y pegado a su cabeza con una brillantina de mal olor. En el blanco de sus ojos había venillas de un rojo tan brillante como su cabello. Con una mano estrujaba un viejo sombrero y apuntaba con él a Jacob.

-¿Por qué demonios mandó a su negro a buscarme? - rugió -. Hace cinco años le advertí que...

-¡Cállese, Sherrington, y siéntese! - gruñó Jacob -. Hace cinco años usted me chantajeó, amenazó con contar a mis hijos acerca de Charissa y de mí si no le permitía criar a Ángela a su criterio. Entonces me eché atrás como un tonto, pero en ese tiempo Ángela no estaba en peligro.

-¿En peligro de qué?

Jacob se levantó de su silla. Su rostro era una máscara terrible.

-¿Acaso piensa que puede dejarla sola y salir de parranda sin que le ocurra nada? ¡Debería haber enviado a la ley en su busca, no a Zeke!

William Sherrington palideció bajo su piel bronceada.

-¿Qué pasó?

-Nada... esta vez, y no gracias a usted. Pero ese jovencito, Billy Anderson, estuvo a punto de violarla. ¡Violarla, por Dios! Es el colmo, Sherrington. Antes, usted me amenazó. Ahora yo le prometo: Si alguna vez vuelve a dejar sola a esa niña, se pudrirá en una prisión de la Unión. Y no crea que no puedo hacerlo.

-Pero, escuche...

Jacob levantó una ceja y William calló.

-¿Acaso va a decirme que me equivoco? ¿Qué no ha dejado a Ángela para valerse por sí misma?

William Sherrington clavó la mirada en sus pies.

-Bueno, tal vez no haya sido muy estricto, pero ella sabe cuidarse sola.

-¡Por Dios, apenas tiene catorce años! ¡No tendría que verse obligada a cuidarse sola! ¡Usted es incapaz de criarla, y lo sabe tan bien como yo!

-No me la quitará. La necesito... quiero que esté conmigo. Es todo lo que tengo desde que su madre huyó - dijo William en tono patético.

-Ofrecí enviarla a la escuela. La oferta sigue en pie. Sería el mejor lugar para ella - dijo Jacob, aunque sabía que el hombre no aceptaría.

-No aceptamos limosnas, Maitland. Se lo dije una y otra vez. Ángela no necesita educación. Sólo se volverá disconforme con lo que tiene.

-¡Usted es un necio! - exclamó Jacob, furioso -. ¡Un tonto obstinado!

-Puede ser, pero Angie se quedará conmigo, y armaré un escándalo si intenta quitármela.

Jacob suspiró.

-Ya ha oído mi advertencia, Sherrington. Si algo le sucediera a Ángela, me encargaré de usted.

William Sherrington salió de la habitación dando grandes zancadas. El temperamento de Jacob volvió a inflamarse unos minutos más tarde, cuando Hannah anunció a Sam Anderson.

5

El sol ya se había puesto cuando Ángela llegó a la ciudad. Había caminado toda la tarde, manteniéndose cerca del río para no encontrarse con nadie. Amaba el río. El año anterior los había llevado, a ella y a su padre, hasta Montgomery para ver la jura de Jefferson Davis como primer presidente confederado. Ángela nunca había estado tan lejos de casa. Todo era muy emocionante. Pero ese viaje marcó el comienzo de la desdicha de su padre.

William Sherrington era un genuino sureño, nacido y criado allí, y deseaba más que nada pelear por su tierra natal. Pero era demasiado viejo. Y era un borracho. El ejército no lo aceptó.

Después de eso comenzó a beber cada vez más y a amenazar con vengarse de los yanquis. Jamás había simpatizado con los del norte, pero ahora los odiaba con oda su alma. Ángela sentía que ella también tenía que odiarlos, aunque no acababa de comprender por qué. No lograba entender cómo los que habían sido amigos podían matarse entre sí. No tenía sentido.

Ángela detestaba la guerra. No le importaba la razón por la que había comenzado y por la que aún continuaba. Sólo sabía que por causa de la guerra ya no amaba a Bradford Maitland. Ahora lo odiaba. ¿Qué podía hacer sino odiarlo?

Hannah había dejado escapar la verdad: que Bradford no estaba en Europa, como todos creían, sino que en realidad luchaba por la Unión. ¡Cómo se había preocupado Hannah hasta que la muchacha juró guardar el secreto! Después de todo, si se lo decía a alguien, Bradford no sufriría daño alguno puesto que no estaba allí. Jacob sí sufriría, y ella no podía permitirlo. Pero ahora odiaba a Bradford, y odiaba más aún el hecho de tener que odiarlo.

Al llegar a la ciudad, Ángela advirtió que su padre podría estar ya en casa. Pero, por otro lado, tal vez no fuese así. Después de lo que había sucedido ese día, no quería pasar la noche sola. No le importaba regresar por el río en la noche siempre que tuviera el rifle.

El cielo había adquirido un color púrpura oscuro y las luces callejeras ya estaban encendidas. Ángela sabía muy bien dónde podía encontrar a su padre. Había ciertas tabernuchas adonde solía ir y un burdel que visitaba siempre que iba a la ciudad.

Se dirigió a la zona portuaria. Llevaba su vestido más nuevo, uno de algodón amarillo, pues Hannah le había inculcado que las jóvenes no debían mostrarse en público con pantalones. El vestido ya le quedaba pequeño, demasiado corto y estrecho en el busto, pero eso no le importaba.

Ángela comenzó a recorrer las calles en busca de la carreta de su padre y de la vieja Sarah. Se ocultó en los callejones oscuros, manteniéndose lejos de los borrachos y de la gentuza. Pasó una hora, lentamente, y luego otra.

Estaba exhausta cuando llegó a una parte desierta de los muelles, su última esperanza. En esa área había un burdel al que sabía que su padre había ido antes. En una calle, vio algo que le pareció su carreta, pero no estaba segura. Echó a correr hacia allí, esperanzada, pero se detuvo abruptamente cuando una mano atrapó su brazo.

El rifle cayó de sus manos y la muchacha comenzó a gritar. Cerró la boca al ver a Bobo Deleron. No lo había visto desde el invierno anterior. Había crecido mucho: era ya mucho más alto que ella. Había un asomo de barba en su mentón cuadrado y sus oscuros ojos grises la miraban, divertidos, bajo sus espesas cejas.

-¿Adónde vas con tanta prisa, Angie? ¿Acaso mataste a alguien con ese rifle?

Bobo no estaba solo y la muchacha gimió cuando una muchacho mayor y corpulento se inclinó y se apoderó de su arma.

-Ese rifle no ha sido disparado, Bobo - dijo-. Pero es una pieza muy bonita. - Levantó la vista y sonrió mientras sus ojos recorrían a Ángela.-Y ella también.

-Sí, creo que sí - admitió Bobo, casi de mala gana-. Ella es Angie Sherrington. - Al mencionar su nombre, clavó los dedos en el brazo de la joven, que hizo una mueca de dolor. -

Angie es de esas personas como tú o como yo, pero se cree mejor que nosotros, ¿no es cierto Angie?

-Nunca dije eso, Bobo Deleron, y tú lo sabes.

-No, pero lo dice tu manera de actuar.

Bobo hablaba con tono enfadado, lo cual inquietó a Ángela. Su aliento olía a alcohol, y recordaba la última vez que había tenido un encuentro con él. Había tenido que patearlo entre las piernas para librarse de él, y él había jurado vengarse. Ahora, advertía cada vez más que estaba oscuro y no había nadie en las cercanías.

-Yo... voy a encontrarme con mi papá, Bobo - dijo Ángela con una voz que parecía un mero chillido -. Así que mejor me sueltas ahora mismo.

-¿Dónde está tu papá?

-Por allá.

Con el brazo libre, señaló la carreta que había visto, pero ahora que estaba más cerca advirtió que no era la de su padre.

-Me parece que tu papá está en casa de Nina, y lo más probable es que esté ocupado un buen rato - dijo el muchacho mayor, riendo entre dientes -. ¿Por qué no te quedas a hacernos compañía, eh?

-Si les da lo mismo, iré a buscar a mi papá y volveré a casa.

Ángela intentó hablar con serenidad, pero sabía que su voz delataba el miedo que sentía. Bobo había crecido demasiado. Debía tener al menos diecisiete años. Estaba furioso... y no estaba solo. Tenía que huir de allí.

-¿Podrías devolverme mi rifle? De veras tengo que irme.

Extendió el brazo hacia el arma, pero Bobo la sujetó.

-¿Qué te parece Seth?

Su amigo sonrió.

-Creo - respondió Seth - que un arma tan buena como ésta debería estar sirviendo a la Causa, y yo me incorporaré pronto. Sí, señor, es justo que me la quede.

Ángela abrió los ojos con temor.

-¡No pueden hacer eso! ¡Papá y yo nos moriremos de hambre sin ella!

Seth rió entre dientes.

-¿No crees que estás exagerando un poco, muchacha? Si tu padre puede darse el lujo de estar con Nina, entonces no se morirán de hambre.

Ángela se volvió hacía Bobo con un ruego en la mirada.

-¡Bobo, por favor! Dile que no podemos vivir sin ese rifle. No tenemos dinero para comprar otro.

Sin embargo, Bobo había bebido más que un poco.

-Cállate, Angie. Él puede tener tu maldito rifle y también puede tenerte a ti, en cuanto yo termine contigo.

Pero no todo estaba perdido. Bobo la sujetaba, y estaba borracho. Ángela esperó hasta que comenzó a moverse y entonces, con un rápido movimiento, liberó su brazo y echó a correr. Pero Bobo era veloz. Sus dedos atraparon el cabello de la muchacha y la tiraron hacia atrás.

-¡Suéltame! - aulló, y su temperamento finalmente afloró. -¡Suéltame, maldito cobarde!

La risa de Bobo la interrumpió.

-Esa sí que es la cascarrabias a la que estamos acostumbrados. No reconocí a esa chica que me rogaba hace un momento.

-¡Maldito hijo de perra! ¡Suéltame el pelo! - gritó Ángela y, al ver que esto no daba resultado, le dirigió un puño cerrado.

Bobo atrapó su mano y le torció el brazo detrás de la espalda.

-No volverás a ensangrentarme la nariz, Angie. - Tiró hacia atrás de su cabello y la obligó a mirarlo. - No harás nada excepto dejarnos hacer. Esto debería haber ocurrido el invierno pasado pero te las arreglaste para escapar de mí, ¿recuerdas?

Ángela comenzó a gritar, pero Bobo le soltó el cabello y le tapó la boca con la mano. Entonces, Seth se acercó desde atrás, le levantó la falda y pasó una mano sudorosa entre sus muslos.

-¿Vamos a quedarnos aquí hablando o vamos a poner manos a la obra? - preguntó Seth.

-Aléjate, Seth - le advirtió Bobo fríamente -. Tengo que ajustar cuentas con ella antes. Tú tendrás lo que quede.

Seth retrocedió.

-Oye, Bobo, ¿estás seguro de que quedará algo que valga la pena?

-Podrá quedar un poco maltrecha, pero seguirá forcejeando. Angie tiene coraje. - Bobo rió entre dientes y la apretó contra sí. - No se acostará ni abrirá las piernas para nosotros. Luchará hasta el fin. Pero en la lucha conseguirá lo que se merece.

-No lo sé, Bobo - dijo Seth, sacudiendo la cabeza -. No me gusta golpear a una chica que no ha hecho nada malo.

Bobo hizo girar a Ángela en sus brazos para que enfrentara a Seth, pero mantuvo la mano cubriéndole la boca. Con la otra mano se apoderó de uno de sus pequeños senos y se lo apretó, con lo cual la muchacha se retorció de dolor.

-Mírala - ordenó Bobo -. La deseas, ¿no es así? Y no serás tú quien la lastime, sino yo. Tú no la conoces lo suficiente para saber que zorra es. Muchos chicos de por aquí se alegrarán de saber que al fin perdió una pelea.

La arrastró hasta un estrecho callejón que había a sólo metros de allí y Ángela intentó liberarse por última vez. Abrió la boca y clavo los dientes en la parte blanda de la mano de Bobo. El joven lanzó un grito de dolor y la soltó. La muchacha corrió nuevamente hacia la calle y se halló en brazos de Seth. Luchó con ferocidad por huir de los fuertes brazos que la sujetaban.

-Cálmate, muchacha. No te haré daño.

No era la voz de Seth. Con los ojos llenos de lágrimas, Ángela vio que el hombre que la sostenía llevaba ropas muy finas en lugar de los viejos pantalones de trabajo de Seth. ¡Al fin habían ido a socorrerla! Una vez más echó a llorar y hundió la cara en el pecho de aquel hombre.

-Eh, señor. Quiero agradecerle por haber detenido a esta chiquilla, pero ahora yo me haré cargo de ella - dijo Bobo.

-¿Por qué está tan asustada? - preguntó el hombre con calma.

Con un brazo sostenía a Ángela en un ademán protector; su ora mano le acariciaba el cabello para tranquilizarla, pues la joven había comenzado a temblar al oír la voz de Bobo.

-Ah, demonios. Sólo estábamos divirtiéndonos un poco y ella me mordió.

-¿Por qué?

Ángela dio un paso atrás y levantó la mirada hacia el rostro de su salvador, lista para explicárselo. Sin embargo. Las palabras quedaron atascadas en su garganta al ver los brillantes ojos castaño-dorados que la contemplaban con curiosidad. A pesar de la oscuridad, los reconoció.

-Pareces muerta de miedo, muchachita. Ahora estás a salvo. Nadie te hará daño.

Ángela no podía hablar. Jamás había estado tan cerca de Bradford Maitland. El hombre sonrió.

-¿Qué ocurrió aquí? ¿Es cierto que mordiste a este muchacho?

-Tuve que hacerlo - logró decir -. Era la única forma de escapar.

-No mientas - le advirtió Bobo, en tono amenazador.

Ángela dio media vuelta y lo enfrentó, sus ojos lanzaban chispas de furia.

-¡Cierra la boca, Bobo Deleron! Ya no me tienes a tu merced, y yo no miento como tú. - Volvió a mirar a Bradford, cuya expresión preocupada disipó su furia. Echó a llorar nuevamente. - Él... iba a violarme. Los dos. Y el otro iba a guardarse el rifle de mi padre. Sin él, moriremos de hambre.

Bradford volvió a atraerla hacia sí, pero al mismo tiempo metió una mano en el interior de su chaqueta y extrajo una pistola. Apuntó a Seth, que abrió los ojos asustado.

-Suelta el rifle - dijo Bradford en un tono suave pero implacable -. Y luego aléjate de él.

Seth hizo lo que le ordenaban, pero Bobo estaba más furioso que intimidado.

-No debería entrometerse, señor. La chica no es más que basura blanca y a usted no le importa. Además está mintiendo. No íbamos a hacerle nada.

-Tal vez deberíamos dejar que lo decida el alguacil - sugirió Bradford con serenidad.

-Bueno, no es necesario - dijo Bobo enseguida -. No le hemos hecho nada malo.

-Creo que la joven no está de acuerdo - replicó Bradford -. ¿Qué dices, querida? ¿Hablamos con el alguacil?

Ángela susurró contra su pecho:

-No quiero causarle más problemas a usted. - Luego agregó con vehemencia: -¡Pero puede decirle a Bobo que si vuelve a acercarse a mí, le volaré la cabeza!

Bradford echó a reír, para desazón de Bobo y de Seth.

-Ya la oyeron, muchachos - dijo riendo entre dientes -. Les sugiero que se marchen antes de que ella se dé cuenta de que el rifle está a su alcance y comience a arrepentirse de dejarlos ir tan fácilmente por lo que ustedes... -hizo una pausa antes de finalizar - no hicieron.

Bobo no necesitó más de un segundo para desaparecer, y Seth lo siguió de cerca.

Ángela no pensaba en la venganza. Una vez que Bobo y Seth se fueron, la calle parecía muy tranquila. Lo único que podía oír eran los latidos de su corazón. ¿O era el de él? Se sentía tan cómoda que deseaba quedarse allí, apoyada contra el alto cuerpo de Bradford Maitland durante toda la noche. Pero sabía que no podía hacer eso.

Dio un paso atrás, lista a expresar su gratitud, pero Bradford la miraba con una mezcla de diversión y curiosidad lo que la hizo enmudecer una vez más.

-No acostumbro rescatar damiselas en peligro - comentó, pensativo -. En general, tienen que ser rescatadas de mí. ¿Por qué no me agradeces que te haya salvado de un destino peor que la muerte? Eres virgen, ¿verdad? - preguntó con franqueza.

La pregunta sorprendió a la muchacha, que rompió su silencio.

-Sí... y yo... se lo agradezco mucho.

-Eso está mejor. ¿Cómo te llamas?

-Ángela - respondió lentamente, pues aún le resultaba difícil hablarle.

-Bien, Ángela, ¿no sabes que no debes salir sola, especialmente en esta pare de la ciudad?

-Yo... tenía que encontrar a mi papá.

-¿Y lo encontraste?

-No. Supongo que ya debe haber ido a casa - respondió, con más facilidad.

-Bueno, creo que tú deberías hacer lo mismo, ¿no te parece? - dijo, y recogió el rifle -. Ha sido un placer, Ángela.

No había nada que la muchacha pudiera hacer excepto dar media vuelta y encaminarse hacia el río. Sin embargo, un momento después Bradford, la alcanzó.

-Te acompañaré a tu casa - ofreció en tono bastante irritado, como si sintiera que tenía que hacerlo pero no quisiera.

-Puedo ir sola, señor Maitland - respondió, levantando el mentón con orgullo.

Bradford sonrió.

-De eso estoy seguro, Ángel - dijo, en un tono más alegre -. Pero me siento responsable de ti.

-Mi... mi nombre es Ángela - afirmó con voz extrañamente baja.

-Sí, lo sé. Dime ¿dónde vives? - preguntó con paciencia y con calidez en la mirada.

La muchacha no cabía en sí de alegría. ¡La había llamado Ángel a propósito!

-vivo del otro lado de Golden Oaks.

Librodot

-¡Dios santo! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Vamos. - La tomó del brazo y la condujo hacia su carruaje. - Me dirigía a Golden Oaks cuando tú... tropezaste conmigo.

Bradford Maitland no volvió a hablar hasta que abandonaron la ciudad y tomaron el camino del río a paso moderado. El camino estaba desierto. La luna estaba oculta tras oscuras nubes grises que amenazaban lluvia. La oscuridad los rodeaba.

-¿Ibas a caminar tanto? - inquirió Bradford, incrédulo.

-No está tan lejos.

-Sé cuán lejos está, Ángela. Yo mismo lo he recorrido a pie antes, y se tarda la mayor parte del día. Tal vez no habrías llegado a casa hasta la mañana.

-Me las habría arreglado.

Bradford lanzó una carcajada al oír una respuesta tan segura y luego preguntó:

-¿Cómo sabías mi nombre?

-Pues... usted debió de presentarse - respondió Ángela, nerviosa.

-No. Me conoces, ¿no es cierto?

-Sí - respondió en un susurro, y añadió al descuido: -¿Cómo es que está aquí, en Alabama? No estará trabajando como espía para el norte, ¿verdad?

La muchacha estuvo a punto de caer de su asiento cuando Bradford detuvo el carruaje abruptamente. Luego, la tomó de ambos brazos y la obligó a enfrentarlo.

-¿Espía? ¿De dónde sacaste una idea así, muchacha?

Parecía tan enojado que Ángela enmudeció del susto. Podría haberse cortado la lengua allí mismo por haberlo enfadado.

-¡Contéstame! - exigió -. ¿Por qué dudas de mi lealtad

-No dudo de su lealtad, señor Maitland - dijo, con una voz débil -. Sé que el año pasado se incorporó al ejército de la Unión. - Sintió que Bradford se ponía tieso y agregó rápidamente: -Cuando me enteré, me pareció algo terrible, pero ya no me importa.

-¿Quién te lo dijo?

-Hannah. No quiso hacerlo, pero se le escapó.

-¿Hannah?

-De golden Oaks. Hannah es mi mejor amiga. No se enfadará con ella porque me lo dijo, ¿verdad? Yo no se lo he dicho a nadie, y nunca lo haré. Quiero decir, no tengo por qué hacerlo. Si me lo preguntara, esta guerra es una locura. Usted peleando de un lado y su hermano del otro... es una locura. Pero usted me ayudó esta noche y no le haría daño por nada en el mundo. No diré a nadie que usted es un soldado yanqui... Lo juro.

-Cuando empiezas a hablar, lo haces a un kilómetro por minuto, ¿eh Ángela?

Hablaba en tono más despreocupado, y le soltó los brazos.

-Sólo quiero que sepa que su secreto está seguro conmigo. Me cree, ¿verdad? - rogó.

Bradford sacudió las riendas y reanudaron el camino.

-Supongo que tendré que hacerlo. Piensas que soy un traidor, ¿no es cierto?

-No veo por qué tuvo que ir a unirse a los Casacas Azules - dijo en tono severo, y su rostro adquirió un tono rosado. Por suerte, estaba demasiado oscuro para que él advirtiese su turbación. - Pero creo que eso no me incumbe.

Bradford volvió a parecer divertido.

-En realidad, es muy sencillo. No soy sureño. Hace apenas quince años que mi familia vive en el sur. Antes de eso, viví en el norte y, por algún tiempo, en el oeste. Aún después de que mi padre nos sorprendió al comprar Golden Oaks y que la familia se trasladó aquí. Yo pasé la mayor parte de estos años en el norte, en la escuela y por negocios. No creo en la esclavitud. Lo que es más importante, no creo en una nación dividida. Si se permite que los estados se separen y formen nuevas naciones, ¿qué evitará que todos los estados lo hagan? Nos convertiríamos en otra Europa. No, mi lealtad está con el norte y con la Unión.

-Pero su hermano se unió a la Confederación - le recordó Ángela.

-Zachary es un hipócrita - replicó Bradford, en un tono repentinamente frío -. Sólo Dios sabe por qué se unió a la Confederación, pero no tiene nada que ver con la lealtad.

-¿Cuánto hace que regresó usted? Es decir...

Bradford rió entre dientes.

-Estás decidida a averiguar por qué estoy aquí, ¿verdad? - dijo, en tono más agradable -. Bueno, no es ningún secreto militar. Vine hoy en uno de los forzadores de bloqueo; eso sí: abiertamente. En este momento, ya no estoy en el ejército. Me hirieron durante la Batalla de los Siete Días en Virginia y por eso me dieron la baja.

-Pero ¿ya está bien? - preguntó, inquieta.

-Sí. Tenía una herida en el pecho y dieron por sentado que no me recuperaría. Pero, como ves, me burlé de esos médicos del ejército.

Ángela rió.

-Me alegra oír eso.

-Sin embargo - añadió Bradford -, volveré a incorporarme en cuanto reemplacen a mi antiguo comandante. Nunca nos llevamos bien. En realidad, me causaba más frustración que el enemigo. Mientras tanto se podrá decir que estoy con licencia. Demonios, estoy diciéndote más de lo que debería. Sabes sonsacarme las cosas, Ángel.

Nuevamente estaba enamorada de Bradford Maitland. Ese era el día más feliz de su vida.

-Ya he hablado bastante de mí - dijo Bradford -. Cuéntame de tu familia.

-¿Mi familia? Somos sólo yo y mi papá.

-¿Quién es?

-William Sherrington.

Ángela no vio cómo Bradford fruncía el ceño.

-Entonces tu madre fue Charissa Stewart, ¿verdad?

-Así se llamaba antes de casarse con mi papá - respondió, sorprendida -. Pero ¿Cómo lo sabe?

-Con que eres la hija de Charissa Stewart - observó fríamente, ignorando la pregunta.

-¿Conoció a mi madre?

-No, por suerte nunca conocí a esa... mujer - respondió, y calló.

Ángela tenía la mirada fija en aquella alta silueta que se dibujaba junto a ella en la oscuridad. ¿Por qué había dicho “por suerte”? ¿Estaba realmente enfadado? No, seguramente sólo era su imaginación.

La muchacha cerró los ojos, balanceándose con el movimiento del carruaje, y recordó la primera vez que había visto a Bradford Maitland. Había sido tres años atrás. Ela tenía apenas once años; él tenía veinte y estaría en casa todo el verano por las vacaciones escolares. Ella había ido a la ciudad con su padre a vender la cosecha de maíz, pero se cansó de esperar en el mercado y decidió regresar a casa. La noche anterior había llovido mucho y, mientras corría por el camino del río, se entretenía esquivando los charcos de lodo. Entonces, él pasó montando en un veloz caballo negro, galopando rumbo a la ciudad. Parecía un ángel vengador, todo vestido de blanco, sobre esa bestia negra. Al pasar junto a la niña, el caballo salpicó de lodo rojizo toda la parte delantera de su vestido amarillo. Bradford detuvo el animal y regresó hasta ella a trote. Le arrojó una moneda de oro, se disculpó y le dijo que se comprara un vestido nuevo. Luego, se alejó al galope.

Desde el momento en que Ángela miró aquel rostro hermoso, se enamoró de él. Muchas veces se dijo que era una tontería pensar que estaba enamorada, pues no sabía nada al respecto. Tal vez sólo lo idolatraba. Pero, fuera lo que fuese, era más fácil llamarlo amor.

Aún conservaba esa moneda de oro. Había hecho una pequeña perforación en ella y rogaba a su padre que le comprara una larga cadena para poder llevarla puesta. Ahora la llevaba alrededor de su cuello, como lo había hecho durante tres años, colgando entre las dos pequeñas colinas de su pecho. Había seguido usándola aun después de decidir que odiaba a Bradford Maitland por haberse incorporado a la Unión. Pero ya no lo odiaba. Jamás podría volver a odiarlo.

Llegaron a casa de Ángela demasiado pronto. Después de ver a Bradford alejarse, la muchacha permaneció durante largo rato de pie en el porche, recordando sus palabras de despedida.

-Cuídate mucho, Ángel. Estás creciendo demasiado para andar sola por ahí.

Agitó las riendas y se marchó.

-¿Eres tú, hija?

Ángela frunció el ceño cuando William Sherrington abrió la puerta del frente.

-Soy yo, papá.

-¿Dónde has estado?

-¡Buscándote! - respondió, furiosa, aunque estaba más que aliviada de hallarlo en casa -. Y si hubieras venido anoche, no habría tenido que hacerlo.

-Lo siento, Angie - dijo su padre con una voz que delataba cierto temor -. No volverá a pasar. ¿Ese que te trajo a casa era Billy Anderson?

-¡Dios mío, no! - exclamó -. Era Bradford Maitland.

-Bueno, fue muy amable de su parte. Te prometo, Angie, que no volveré a dejarte sola nunca. Si voy a la ciudad, entonces tú vienes conmigo. Sé que últimamente no he sido un buen papá para ti, pero de ahora en adelante lo seré. Lo prometo.

Estaba al borde de las lágrimas, y eso disipó toda la furia de Ángela.

-Vamos, papá. Tú sabes que no querría otro papá que no fueses tú. - Se acercó a él y lo abrazó con fuerza. - Ahora ve a dormir. Tenemos que arar el campo en la mañana.

6

En lugar de dirigirse a Golden Oaks, Bradford continuó por el camino del río hasta la plantación The Shadows para ver a su prometida, Crystal Lonsdale.

Crystal ignoraba cuales habían sido sus actividades durante el último año y medio o, al menos, así lo creía él. Después de su conversación con Ángela Sherrington, ya no estaba seguro de su secreto.

De todas maneras, si Crystal no lo sabía, lo haría pronto. Además de ver a su padre, su razón para volver a casa era poner las cartas sobre la mesa con la joven. Era mejor hacerlo ahora y no después de la guerra. Ella tendría más tiempo para acostumbrarse a su opinión. Luego, cuando él regresara al finalizar la guerra, nada podría impedir su inmediato matrimonio.

Bradford tomó el sendero que llevaba a The Shadows. No era una hora apropiada para hacer visitas, pero la había escogido con la esperanza de evitar al padre de Crystal y a Robert. Una cosa era decir a Crystal dónde estaba su lealtad: ella era la mujer que lo amaba y jamás lo traicionaría. Pero enfrentarse al resto de la familia podría significar un suicidio. Incluso podrían llegar a fusilarlo por espía, como había sugerido la chica Sherrington. El no era un espía, ni podría serlo jamás. Era demasiado honesto para eso.

Las luces aún estaban encendidas en la mitad inferior de la casa y, al acercarse a la entrada, Bradford oyó las suaves notas de un piano. Frunció el entrecejo ligeramente preguntándose si Crystal tendría invitados.

El viejo Rueben, el mayordomo negro de los Lonsdale, le abrió la puerta y retrocedió, sorprendido.

-¿De veras es usté, señó Brad? ¡Qué contenta se pondrá la señorita Crystal!

-Eso espero, Rueben. -Bradford sonrió -. ¿Esta en la sala?

-Si, señó. Y puede pasar directamente. No creo que quiera usted una acompañante para este reencuentro. -Rueben sonrió-. Y ella tampoco.

-Entonces, ¿está sola?

-Así es.

Bradford atravesó el vestíbulo central y se detuvo sólo un momento antes de abrir la puerta doble de la sala. Crystal estaba sentada al piano, vestida de seda rosa y blanca, Estaba tocando una pieza encantadora que él no reconoció. La habitación toda lo transportaba al pasado, incluyendo a Crystal. Ella no había cambiado en absoluto: seguía siendo la mujer más hermosa que hubiese conocido jamás.

La muchacha estaba tan absorta en su música que no advirtió su presencia. Cuando terminó, lanzó un profundo suspiro,

-Espero que ese suspiro sea para mí -dijo Bradford suavemente.

Crystal se puso de pie. En un momento, exclamó su nombre y corrió a sus brazos. Bradford la besó largamente. La joven correspondió a su beso, pero no por tanto tiempo como él hubiese deseado. Jamás le permitía abrazarla por mucho tiempo. Sin embargo, era muy contradictoria, pues lo habría llevado a su cama si él lo hubiese siquiera insinuado. Había sido él quien lo había impedido.

Antes de la guerra, se había comportado como el perfecto caballero, de lo cual mucho se arrepentía ahora. Si la hubiese tomado antes, ella sería más dócil y comprendería mejor su punto de vista.

-Oh, Brad. -Se apartó de él y lo miró con reproche -. ¿Por qué no has respondido ninguna de mis cartas? Te escribí tantas que ya hace mucho tiempo que perdí la cuenta.

-No he recibido ninguna.

-Tu padre dijo que tal vez sucediera eso, con el bloqueo, pero aún tenía la esperanza de que las recibieras -dijo. Luego, lo miró con suspicacia y llevó las manos a sus caderas para preguntar en tono severo -: Entonces, ¿dónde estabas, Bradford Maitland, cuando fui a

Inglaterra de vacaciones? Esperé y esperé que aparecieras, pero no lo hiciste. Dos años, Brad... ¡no te he visto en dos años!

-Los negocios me llevan a todas partes, Crystal. Y no olvides que estamos en guerra -le recordó.

-¿Crees que no lo sé? Robby se incorporó junto con todos los demás jóvenes de aquí. Se quedó a proteger el fuerte Morgan, pero casi no lo veo últimamente. Y tu hermano también se incorporó. ¿Y tú? No, tus negocios son más importantes para ti. -Bradford se dispuso a hablar, pero ella continuó -. Ha sido una vergüenza tan grande no poder decir a mis amigas que mi prometido está luchando por nuestra causa junto con todos nuestros valientes...

Bradford la tomó de los hombros y la apartó de él. -¿Es tan importante para ti, Crystal, lo que piensan tus amigas?

-Pues, claro que es importante. No puedo permitir que mi esposo sea considerado un cobarde, ¿o sí?

Bradford sintió que su temperamento comenzaba a inflamarse.

-¿Y qué me dices de un marido que apoya a la Unión? ¿Eso te parece peor que un cobarde?

-¡Un yanqui! -exclamó Crystal, horrorizada -. No seas tonto, Brad. Tú eres sureño, como yo. Esas bromas no son graciosas.

-¿Y si no estuviera bromeando?

-Basta, Bradford. Me asustas.

La tomó del brazo para evitar que se alejara de él. Lo había planeado todo tan bien, lo que iba a decirle, algo acerca de una nación dividida, algo sensato que había dicho Lincoln, pero ya no podía recordar nada de eso.

-Yo no soy sureño; Crystal. Nunca lo fui y creo que tú lo sabes.

-¡No! -exclamó, cubriéndose los oídos con las manos-. ¡No te escucharé! ¡No lo haré!

-¡Sí, lo harás, maldición!

La obligó a bajar las manos y luego la encerró entre sus brazos para que no pudiera moverse.

-¿Realmente esperabas que luchara por algo en lo que no creo, para defender algo a lo que me opongo terminantemente? Si mis creencias me llevaran a tomar una decisión, Crystal, no escogería el sur. Y tú deberías respetar eso.

Bradford suspiró. Ya no había manera de decirle toda la verdad: que había luchado por la Unión y que volvería a hacerlo. La muchacha podría dar la voz de alarma y él jamás podría abandonar Mobile con vida. Quería más que nada hacerla comprenden

-Crystal, si no actuara de acuerdo con mis convicciones, sería menos que un hombre. ¿No puedes entender eso?

-¡No! -replicó, intentando apartarse de él -. ¡Todo lo que comprendo es que he desperdiciado los mejores años de mi vida con un... simpatizante de los yanquis! ¡Suéltame ahora mismo, o gritaré!

La soltó al instante y la muchacha retrocedió, trastabillando. Luego lo miró, furiosa.

-Nuestro compromiso queda cancelado. Jamás me casaría con un hombre tan... tan... ¡oh! Tal vez no estés luchando por el norte, pero sigues siendo un yanqui. ¡Y yo desprecio a todos los yanquis!

-Crystal, estás perturbada, pero cuando tengas tiempo de pensarlo...

-¡Lárgate de aquí! -lo interrumpió, levantando la voz hasta el borde de la histeria -. ¡Te odio, Bradford! ¡No quiero volver a verte jamás! ¡Jamás!

Bradford dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo en la puerta.

-Lo nuestro no ha terminado, Crystal. Serás mi esposa, y regresaré después de la guerra para probarlo.

Salió antes de que la muchacha pudiera responder. Por extraño que le pareciera, pensaba en la chica Sherrington. Ella lo había comprendido; lo condenaba. Sin embargo, la mujer que había afirmado amarlo no lo comprendía.

Pero aún no había terminado con Crystal Lonsdale. Algún día regresaría y la haría entender.

7

Ángela Sherrington estaba sentada en una de las dos viejas sillas de mimbre del porche, mirando, pensativa, el campo desnudo frente a la casa. En su imaginación, podía verlo lleno de maíz, tal como había estado apenas una semana atrás. ¿Acaso volvería a verlo así alguna vez? ¿Volvería algo a ser igual que antes?

Con una mano, acariciaba la moneda de oro de Bradford Maitland. Por alguna razón, le proporcionaba consuelo cuando más lo necesitaba. Y ahora lo necesitaba más que nunca.

Aún llevaba puesto el vestido de algodón marrón que había usado en el funeral, por la mañana. Habría deseado ponerse un vestido negro, pero no tenía ninguno.

La última semana había llegado y se había marchado como una pesadilla. Habían sido afortunados al tener una buena cosecha de maíz ese año, y les llevó tres viajes a la ciudad para venderlo todo. Cada vez, Ángela había ido con su padre, pues este había cumplido la promesa que le hiciera tres años atrás y nunca la dejaba sola. Tres largos años atrás. El tiempo había pasado con mucha rapidez; trágicamente para la mayoría, pero sin novedades para ella. Los muchachos que solían molestarla ya no lo hacían; Bobo había tomado a pecho su advertencia y ya no se le acercaba. Su padre volvió a permitirle salir sola como antes en lugar de permanecer constantemente con él. Sí, los años habían pasado sin novedad, hasta este año de 1865.

Un año atrás, la Unión había obtenido una victoria importante en la batalla de Mobile Bay. Finalmente, la lucha había llegado a Alabama. Fort Gaines se rindió sólo unos días después de la desastrosa batalla. En Mobíle Point, Fort Morgan se rindió después de soportar un sitio de dieciocho días. Los yanquis habían conseguido una posición firme en Alabama.

Seis meses después, fueron sitiados Fort Blakely y Spanish Fort. Y en abril de ese año, ocho meses después de la batalla de Mobile Bay, el ejército de la Unión, al mando de] general E. R. S. Camby, había derrotado a las fuerzas terrestres confederadas y ocupado Mobile.

La pequeña granja de los Sherrington se había salvado como por milagro. Durante ese tiempo aterrador, su padre entabló su casa y esperaron, preguntándose si el lugar sería incendiado. ¿Perderían la cosecha? ¿O la vida? Pero el peligro pasó y comenzó la Reconstrucción.

Para Ángela, el hecho de haber perdido la guerra no albergaba consecuencias personales de importancia. Jamás había poseído un esclavo. No tenía tierras, de modo que no se enfrentaba a impuestos que no podía pagar. La tierra que cultivaban no sería vendida, pues su propietario gozaba de estabilidad económica. Además, la pobreza no la horrorizaba como a muchas damas del sur, pues era todo cuanto había conocido. Ella y su padre siempre se las habían arreglado.

Fue Frank Colman, un viejo amigo y compañero de tragos de su padre, quien la encontró aquel día mientras esperaba en la carreta. De inmediato se había dado cuenta de que había ocurrido algo terrible, pues Frank se resistía a mirarla a los ojos. Le habló acerca de la pelea en que se había implicado su padre. Una riña de taberna con un yanqui, por causa de la guerra, según dijo Frank. Se produjo un alboroto... se unieron más hombres... todos peleaban... su padre cayó... se golpeó la cabeza contra una mesa... murió en el acto.

Ángela había corrido hasta la taberna y hallado a William Sherrington tendido en el suelo de aserrín, sucio y ensangrentado por la pelea, muerto. Al caer junto a él, incrédula, pasaron por su mente todas las veces que habían discutido y reñido por su hábito de beber, todas las palabras duras que le había dicho por ese motivo. Se echó a llorar en el suelo y los hombres que la rodeaban se apartaron, avergonzados, mientras ella desahogaba su dolor y su furia.

Habían enterrado a su padre esa mañana. Ahora estaba sola en el mundo, completamente sola. ¿Qué iba a hacer? Se había formulado esa pregunta muchas veces, pero no lograba hallar respuesta alguna.

Librodot

Podía casarse con Clinton Pratt. El se lo había pedido muchas veces ese año y estaba segura de que volvería a hacerlo. Clinton era un joven agradable que tenía una pequeña granja río arriba. A menudo iba a visitarla y a hablar con ella. La muchacha disfrutaba de su compañía, pero no quería casarse con él. No lo amaba.

Comenzó un nuevo torrente de lágrimas. Oh, papá, ¿por qué tuviste que dejarme? ¡No quiero estar sola, papá! ¡No me gusta estar sola!

En realidad, deseaba quedarse allí mismo. Ese era su hogar. Tenía a la vieja Sarah. Podía manejar la granja sola, estaba segura de ello. Pero, claro está, eso no dependía de ella, sino de Jacob Maitland. Tal vez no le permitiera quedarse en la granja, pensando que ella no podría dirigirla sola.

Era probable que lo supiera ese mismo día, puesto que Jacob Maitland había ido al funeral para presentar sus respetos y le había dicho que iría a verla más tarde, Tendría que convencerlo de que podía llevar la granja adelante sola. ¡Tendría que hacerlo!

Jacob Maitland llegó en el carruaje más hermoso que ella hubiese visto jamás. Era nuevo, con asientos de terciopelo verde y estaba pintado de un negro brillante.

Se decía que ese hombre era tan rico que la guerra no había hecho mella en su fortuna. Nunca había dependido de la plantación para mantenerse. De hecho, sus tierras casi no fueron trabajadas durante la guerra. Eso hacía que la gente se preguntara, en primer lugar, por qué había ido al sur y, por otro lado, por qué se había quedado en Golden Oaks durante la guerra en lugar de ir a Europa, donde tenía la mayoría de sus negocios.

Cuando ella era una niña, Maitland iba a menudo a la granja; siempre le llevaba dulces y, a veces, algún juguete. Ángela imaginaba que lo hacía para cuidar sus intereses. Sin embargo, ocho años atrás, su padre y Jacob habían tenido un altercado. Ángela estaba segura de que, después de esto, serían desalojados, pero no fue así. En cambio, Jacob Maitland dejó de ir a la granja. Ella nunca descubrió por qué habían discutido. Y echaba de menos sus visitas.

No se podía negar que era un buen arrendador. Aun cuando la cosecha no fuera buena, jamás se quejaba. Durante la guerra, insistió en cobrarles una proporción menor. Eso hizo que la muchacha se sintiera más culpable al aceptar la comida que Hannah le robaba.

Ahora, sin embargo, no podía evitar sentir miedo.

-Ángela, querida, acepta mis más profundas condolencia por la pérdida de tu padre -dijo Jacob Maitland-. Debes sentir un gran vacío ahora.

-Sí -respondió en un débil susurro, con los ojos bajos.

-Conocía a tu padre desde hacía casi dieciocho años -prosiguió Jacob suavemente -. Él tenía esta granja antes de que yo viniera a Alabama.

-Entonces, ¿también conoció a mi madre? -preguntó Ángela, con curiosidad.

-Sí, así es -dijo Jacob, con una expresión distante en los ojos -. Nunca debió marcharse sola al oeste, hace tantos años. Ella...

-¿Al oeste? -lo interrumpió Ángela, exaltada -. ¿Es allí adonde fue? Papá nunca me lo dijo.

-Si, allí fue -respondió, con tristeza -. ¿Sabes que eres la imagen exacta de tu madre?

-Papá siempre decía que tengo sus ojos y su cabello -dijo Ángela, más tranquila ya,

-Es mucho más que eso, querida. Tu madre era la mujer más encantadora que haya conocido. Tenía gracia, fragilidad y una belleza exquisita. Tú eres igual a ella.

-Se está burlando de mí, señor Maitland. Yo no soy graciosa ni, mucho menos, frágil.

-Podrías serlo, con la instrucción apropiada -replicó Jacob, con una tierna sonrisa.

-¿Instrucción? Oh, ¿algo así como educación? - preguntó -. Nunca tuve tiempo para eso. Papá me necesitaba aquí para trabajar en la granja.

-Sí. Con respecto a esta granja, Ángela, ahora que tu padre ya... no está con nosotros, quiero...

-Por favor, señor Maitland -lo interrumpió la muchacha, temerosa de lo que fuera a decir -. Yo puedo manejar esta granja sola. He ayudado a papá desde que tengo memoria. Soy más fuerte de lo que parezco, de veras.

-¿En qué diablos estás pensando, criatura? No puedo permitir que te quedes sola en esta granja -exclamó Jacob, sorprendido, y sacudió la cabeza.

-Pero yo...

Jacob levantó la mano para detenerla.

-No oiré una palabra más al respecto. Y no me mires con tanta desdicha, querida. Lo que iba a decirte, antes de que me interrumpieras, es que quiero que vengas a vivir a Golden Oaks.

El rostro de Ángela adquirió una expresión de absoluta incredulidad.

-¿Por qué?

Jacob Maitland rió.

-Digamos que me siento responsable de ti. Después de todo, te he conocido toda tu vida, Ángela. Esperé junto a William Sherrington mientras tu madre te daba a luz. Y quiero ayudarte.

-Pero, ¿y su familia? Además, usted ya tiene muchos sirvientes que viven en su casa.

-Tonterías - replicó -. Los sirvientes no viven en la casa, querida. Y mi familia te recibirá con agrado. No temas por eso.

-¡Es usted el hombre más bueno que haya conocido! -dijo la muchacha, y las lágrimas volvieron a afluir de sus ojos.

-Entonces, está arreglado, querida. Dejaré que recojas tus pertenencias y en un par de horas enviaré el carruaje a buscarte.

8

Ángela estaba segura de que su encuentro con Jacob Maitland había sido un sueño. Sin embargo, dos horas más tarde, el carruaje negro pasó a buscarla, y supo que había sido verdad. Iba a vivir en Golden Oaks.

Lo único en que pudo pensar durante el corto viaje hacia su nuevo hogar era que estaría más cerca de Bradford Maitland. Su amor de la niñez no había pasado con los años. En todo caso, a los diecisiete años, Ángela lo amaba más que a los catorce.

Hannah le había dicho que Bradford ya no estaba en el ejército, sino que se hallaba en el norte, dirigiendo las empresas Maitland en Nueva York. Zachary sí estaba en casa, pues había regresado de la guerra en el '62 con una herida en la pierna. Enseguida se había casado con la señorita Crystal LonsdaIe y ambos vivían en Golden Oaks.

Ángela recordaba la primera vez que había visto Golden Oaks. Había sido diez años atrás, cuando falleció la esposa de Jacob Maitland. Su padre había ido a presentar sus respetos y ella lo había acompañado. Después de eso, su padre llevaba con frecuencia una parte de su cosecha al depósito de los Maitland y, en los últimos años, ella siempre o acompañaba. Pero jamás había estado en el interior de la norme mansión. ¡Y ahora trabajaría allí!

Ángela no se sentía menospreciada por trabajar como riada. En esa hermosa casa, el trabajo sería mucho más fácil que en una granja. Al ser criada de los Maitland, a menudo vería a Bradford cuando este fuera a casa. Si bien él jamás podría corresponder a su amor, estaría cerca de él, eso era lo único que importaba.

El carruaje se detuvo frente a la casa, y Ángela contempló las ocho enormes columnas dóricas que delineaban a amplia galería del frente. Luego, su mirada se vio atraída por alguien que la observaba desde una ventana del primer piso. Las cortinas se corrieron rápidamente, y se sintió incómoda. ¿Quién había estado observando su llegada?

-Bien, Ángela, bienvenida a Golden Oaks -dijo Jacob Maitland mientras se acercaba a saludarla.

-Gracias, señor -respondió la muchacha con una sonsa tímida, pero sus ojos se iluminaron y se sintió más tranquila al ver aparecer a Hannah en la galería, detrás de Jacob.

-Señorita Ángela, ¡qué contenta estoy de que usté aceptó venir a vivir aquí! -exclamó Hannah, con la efusividad de siempre -. Sentí mucho lo de su papá, pero me alegra saber que no estará sola.

-El señor Maitland ha sido muy amable.

-Ángela, por favor, quiero que me llames Jacob, después de todo somos viejos amigos.

-Está bien, señor... quiero decir, Jacob.

-Eso esta mucho mejor. -Jacob sonrió -. Hannah llevará a tu habitación. Hannah, no la fatigues con tu cáchara, Ángela ha tenido una mañana agotadora y quiero que descanse el resto de la tarde. -Se volvió a Ángela -. Nosotros ya hemos almorzado, querida, pero Hannah hará que te envíen algo a tu cuarto; y alguien te llamará cuando sea la ora de la cena. Mi hijo Zachary ha adquirido el hábito sureño e dormir una siesta después del almuerzo, igual que su esposa, debido al calor. Pero los conocerás esta noche.

-Venga, niña -dijo Hannah, mientras mantenía la puerta abierta -. Le prepararé un cuarto del lado fresco de la casa. Da al río, y entra una brisa muy agradable, cuando la hay.

Ángela siguió a la mujer por el vestíbulo, apresurándose para no quedarse atrás mientras se dirigían a la gran escalera curva que había en un extremo. La muchacha no tuvo tiempo de detenerse a mirar los hermosos cuadros que cubrían las paredes blancas ni para echar más que un vistazo a través de las puertas abiertas junto a las que pasaban.

Al llegar al primer piso, había un largo corredor que abarcaba toda la longitud de la casa. En cada extremo del mismo había una ventana abierta que dejaba entrar la luz del día y

Librodot

la poca brisa que soplaba. En el corredor se veían ocho puertas, cuatro a cada lado. Hannah dobló a la izquierda y se detuvo a esperar frente a la última puerta de la parte trasera de la casa.

Ángela se apresuró, mirando al pasar los retratos familiares que estaban alineados en el corredor. Se detuvo en seco al ver un par de ojos castaño dorados que la observaban desde la pared. El retrato guardaba una notable similitud; el artista había reflejado el mentón orgulloso, los pómulos altos y la nariz recta y estrecha, los labios firmes y sonrientes, la frente alta y las espesas cejas negras y ligeramente curvadas que concordaban con el cabello ondulado. Era un excelente retrato de Bradford Maitland.

-Ese es un retrato muy bueno del amo Jacob. Siempre pensé que debería estar en el estudio -dijo Hannah, al acercarse.

-Pero yo creí que era Bradford.

-No, niña. Ese es el amo Jacob cuando era joven. El retrato del amo Bradford está al otro lado del corredor, Si los ve juntos, es como si alguien hubiese pintado dos retratos del mismo hombre, excepto por los ojos, Bradford tiene un poco más de fuego en los ojos, porque no quería que pintaran su retrato, y eso se nota. Quiso que lo pusieran lejos de su cuarto, que está de este lado de la casa.

-¿De este lado?

-Sí -respondió Hannah, riendo entre dientes -. Pensé que a usté le gustaría tener la habitación que está frente a la de él... es decir, si ese muchacho alguna vez se decide a venir a casa.

Ángela se sorprendió al saber que viviría dentro de la casa y no con el resto de los criados. No lo comprendía. Tal vez Jacob Maitland era muy considerado, puesto que ella sería la única criada blanca. Se asombró más aún al ver la habitación que ocuparía. Era más grande que la casa en que había pasado toda su vida. Estaba pintada en tonos claros de lavanda y en azules y púrpuras más oscuros; incluso olía a lavanda. Jamás había visto algo tan bello. ¡Y esa sería su habitación!

El suelo estaba tan pulido que reflejaba los muebles finos y costosos. La cama maciza tenía cuatro postes y un pabellón muy ornado en la cabecera, y estaba cubierta por una colcha de tafetán azul y lavanda. Las cortinas eran de terciopelo azul y estaban cerradas para impedir que entrara el calor de la tarde. En un rincón, había un cómodo sillón, además de un gran sofá, algunas mesas y un inmenso espejo enmarcado. ¿Podría alguna vez acostumbrarse a vivir con todo eso?

-¿Estás segura de que esta es la habitación que me corresponde? -susurró Ángela, cuya incredulidad se reflejaba en su rostro.

Hannah rió.

-El amo Jacob me dijo que podía escoger cualquiera de los cuartos vacíos para usté, y yo elegí este. De todos modos, todos son parecidos. Sé que esto no es a lo que usté está acostumbrada, niña, pero ahora está aquí y tendrá que acostumbrarse. Ya no tiene que preocuparse por nada, y estoy contenta por eso. Ahora descanse, como dijo el amo. -Dicho lo cual, Hannah la dejó sola.

¿Descansar? ¿En mitad de la tarde? ¿Cómo podía hacerlo?

Una repentina brisa movió las pesadas cortinas. Ángela se dirigió a la ventana y las apartó. El río es taba a poca distancia de allí, y la joven imaginó cómo sería sentarse allí a mirar pasar los majestuosos barcos de vapor. Detrás de la casa había un bellísimo jardín, y la fragancia de jazmines y magnolias llegaba hasta ella.

Había, de ese lado, una hermosa extensión de césped y, atrás, camino al río, grandes robles y sauces espesos. Las cabañas de los sirvientes y el establo se hallaban a la derecha de la casa, en un sombreado bosque de cedros. Era una imagen de increíble belleza.

Llamaron a la puerta y entró una muchacha negra que aparentaba su misma edad. Traía una bandeja de comida, que depositó en una mesa sin decir palabra. Ángela le sonrió humildemente mientras la joven se marchaba. No sabía cómo debía comportarse con los

Librodot

demás criados, pero quería hacerse de amigos. Esperaba que no estuvieran resentidos por su presencia allí.

Librodot

9

Ángela pasó la tarde paseándose, inquieta, por el amplio dormitorio. Había intentado acostarse en la gran cama y descansar, pero eso resultaba imposible para una muchacha que no conocía el ocio. Al no tener nada que hacer, los minutos se hacían interminables.

¿Por qué no le habrían dado algo que hacer? Se preguntó cuáles serían sus obligaciones, pues el señor Maitland no se lo había dicho. ¿Serviría a una sola persona? Esperaba que hubiese suficiente trabajo para mantenerse ocupada. Más que nada, deseaba que Jacob Maitland no se arrepintiera de haberla llevado allí.

Le pareció ridícula tanta pérdida de tiempo. Debía de haber algo que pudiese hacer.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Reinaba un silencio espectral en una casa que, supuestamente, estaba llena de miembros de la familia y de. sirvientes. Caminó un poco y sonrió al ver el retrato de Jacob Mailtland. La curiosidad la llevó al otro extremo del corredor hasta llegar al retrato de Bradford. Al verlo, se quedó boquiabierta. Ese no era el Bradford Maitland que recordaba. Este, con su rostro bronceado, su rebelde cabello negro y sus ojos furiosos le recordaba a un bandolero, o incluso a un indio salvaje, alguien que podía matar sin piedad. Ese Bradford era un hombre peligroso.

Ángela se estremeció. Nunca lo había visto así. ¿O sí? ¿Acaso había estado así la noche que la rescatara de Bobo? Sacudió la cabeza. No lo sabía.

Se volvió con un escalofrío y bajó las escaleras. La primera habitación que halló fue el comedor. Era imponente: -tenía una larga mesa que albergaría diez personas y sillas de respaldo alto y asientos acolchados. Había dos puertas. Una de ellas estaba abierta y dejaba ver una inmensa habitación vacía que abarcaba casi toda la longitud de la casa. Ángela abrió la otra puerta y se encontró en una cocina que había sido agregada recientemente al resto de la casa. Una mujer de proporciones muy grandes trabajaba una fina masa sobre una gran mesa. Junto a ella, una niña pelaba melocotones; había un niñito a su lado, pidiéndole un poco.

-Usted debe de ser la muchachita de quien me habló Hannah -dijo la mujer, sonriendo, al advertir su presencia -. ¿En qué puedo servirla, señorita?

-¿Hay algún trapo que pueda usar? -preguntó Ángela.

La mujer la miró con curiosidad y luego señaló otra puerta con un dedo enharinado.

-Hay montones de trapos en ese armario, de los vestidos viejos de la señorita Crystal.

-Gracias -respondió Ángela, y abrió el armario.

Era un cuartito que servía para guardar los elementos de limpieza. En el suelo, había una caja con trapos, y Ángela se asombró al ver los retazos de género que encontró allí. La caja estaba llena de sedas, terciopelos, tafetanes y otras telas delicadas. ¿Cómo era posible que telas tan costosas llegaran a una caja de trapos? Tomó un retazo de algodón blanco y se dirigió al comedor. Descubrió que no había allí siquiera una mota de polvo, de modo que pasó a la habitación contigua. Se trataba de la sala del desayuno, según averiguó más tarde. No era muy grande y contenía los muebles necesarios para albergar a la familia. Las paredes, las cortinas y los muebles estaban decorados en tonos suaves de blanco y azul.

El suelo estaba impecable, igual que las mesas, pero encontró polvo en una gran vitrina que contenía cientos de estatuillas, de modo que comenzó a trabajar en ello. Estaba encantada con las figurillas de cristal, y las manejaba con sumo cuidado al moverlas. Después de algunos momentos, comenzó a canturrear, contenta de haber hallado algo que hacer.

-¿Ves, Robby? Te dije que oí a alguien aquí.

Ángela dio media vuelta y halló la mirada despectiva de Crystal Maitland. Su hermano Robert miraba a Ángela con una mezcla de sorpresa y placer. La muchacha conocía a Crystal sólo por las descripciones de Hannah, pero había visto a Robert en la ciudad. Era un hombre delgado, de unos veinticinco años, estatura mediana, y tenía cabellos rubios muy claros como

su hermana, además de rasgos fuertes y aristocráticos. El hermano de Crystal era también el mejor amigo de Zachary Maitland y pasaba tanto tiempo en Golden Oaks como en su propia plantación.

-Bueno, al menos sirve para algo -prosiguió Crystal, como si Ángela no estuviese en la habitación.

-Oh, estoy seguro de que tu estimado suegro tiene algo mucho más útil en mente para la huerfanita -dijo Robert fríamente.

-Vamos, Robby, te he dicho que no quiero oírte hablar así. Papá Maitland no se atrevería a traerla aquí como su amante -replicó Crystal en tono áspero.

-Ah, ¿no? -preguntó Robert, con una ceja levantada-. Mírala. No puedes negar que es bonita, y Dios sabe que en esta casa no hacen falta más criados. Tal vez el viejo se ha vuelto lo suficientemente tonto para pensar que no adivinaríamos sus verdaderos motivos para traerla aquí.

-¡Oh, basta! -exigió Crystal-. Si me inclinara a creerte, la echaría de aquí de una oreja. Pero no creo en tus tontas ideas. Y me aseguraré de que tenga bastante trabajo para ganarse la vida. Además, será agradable tener una criada blanca en la casa, siempre que haya aprendido a ser cortés. Solía ser bastante salvaje, ¿sabes?

-Pues a mí me parece muy mansa -dijo Robert, con una sonrisa en los labios, mientras observaba a Ángela con descaro.

Ángela enrojeció. ¿Acaso no les importaba que ella estuviese allí?

-Te llamas Ángela, ¿no es así, muchacha? -preguntó Crystal, dirigiendo contra ella su fastidio con su hermano.

-Sí.

-Bien, Ángela, ve a buscar un vaso de limonada y tráemelo a la sala. Y hazlo enseguida.

Ángela pasó junto a ellos sin decir palabra y se dirigió deprisa a la cocina, con las mejillas aún encendidas. Hannah estaba allí y le sonrió cuando la joven entró a la habitación.

-Tilda dice que estuviste aquí antes, pero no han sido presentadas como se debe -dijo cuidadosamente-. Esta es Tilda, la mejor cocinera de por aquí.

-Encargada de conocerla, Tilda -dijo Ángela, con sinceridad.

-Yo también, señorita. Será muy agradable tenerla con nosotros.

Ángela quería quedarse a conversar, pero temía hacer esperar a Crystal Maitland.

-Quisiera un vaso de limonada, por favor -dijo enseguida.

-Puede servirse lo que desee, señorita -respondió Tilda en tono jovial -. Hay una jarra sobre la mesada. Déjeme limpiarme las manos y le daré un vaso,

Tilda se dirigió a la mesa y sirvió un gran vaso de limonada, lo que hizo que Ángela sintiera sed. La muchacha tomó el vaso, dio las gracias a la mujer y salió de la habitación. Se encaminó de prisa hacia la sala del frente, a la derecha de] vestíbulo, que era la única habitación que tenía la puerta abierta, y halló a Crystal y a Robert cómodamente instalados en un gran sofá verde y blanco.

Crystal tomó el vaso de limonada, la probó e hizo una mueca.

-¡A esto le falta azúcar, muchacha! Llévatelo y asegúrate de que esté bastante dulce antes de regresar.

Ángela tomó el vaso y salió de la habitación, pero se detuvo al oír que Robert Lonsdale lanzaba una carcajada.

-¿Desde cuándo te gustan tanto las cosas dulces? -preguntó Robert, riendo entre dientes.

-No me gustan. Pero te dije que la haría ganarse la vida aquí -respondió Crystal, y luego rió- Vaya, después de todo, será divertido tener a esa muchacha aquí.

-Sí. Creo que podría prolongar mi visita -dijo Robert, pensativo, y agregó-: Para ver el juego, claro. Jamás me había dado cuenta de que tuvieras una vena tan cruel, hermanita. Si el viejo supiera...

-¡Oh, cállate, Robert! -lo interrumpió su hermana, y sonrió con malicia-. Papá Maitland no lo sabrá.

Ángela estaba al borde de las lágrimas al regresar a la cocina. ¡Ser tan cruel, sólo para divertirse!

-¿Podría ponerle más azúcar? -preguntó, intentando disimular su perturbación.

-Tilda pone montones de azúcar en la limonada -respondió Hannah, sorprendida-. Si le añade más azúcar, engordará, señorita.

-oh, no es para mí -dijo Ángela enseguida. Es para la señorita Crystal.

-¿Y por qué se la lleva usté? -preguntó Hannah, con el entrecejo fruncido.

-Ella me lo ordenó.

-¿Y después le dijo que le faltaba azúcar?

-Sí.

-Señó, ¿qué se cree esa muchacha que está haciendo? -exclamó la mujer-. Espere aquí, señorita. No haga nada; sólo mire cómo Tilda hace su pastel de melocotones. Yo llevaré la limonada a la señorita Crystal. Usté espere unos veinte minutos y luego venga al estudio del amo. Él querrá hablarle.

Diez minutos más tarde, Hannah abrió la puerta del estudio y Ángela entró con recelo. La habitación era amplia. Se extendía hasta la parte trasera de la casa, y los rayos rojizos del sol poniente entraban a raudales por las ventanas. Una de las paredes estaba cubierta por completo de libros; en otra, había una gran vitrina de armas de fuego. Había cabezas de animales disecadas y engastadas sobre placas de madera, además de varios cuadros que representaban caballos salvajes en las llanuras. Las cortinas, que llegaban hasta el suelo, eran de color marrón oscuro y los muebles estaban tapizados en cuero negro. Se trataba, sin duda alguna, del estudio de un hombre.

-Hannah, di a los demás que esperen en el comedor. Yo me retrasaré unos minutos -dijo Jacob.

-Sí, señó -respondió la mujer, y cerró la puerta con una sonrisa cómplice en los labios.

Jacob rodeó su escritorio y condujo a Ángela hasta un largo sofá.

-Querida, ha sucedido algo que no acabo de entender, y creo que tú puedes ayudarme.

-Me encantaría ayudarlo, señor -respondió la muchacha, entusiasmada.

-Hannah me dijo que fuiste a la cocina a buscar un vaso de limonada y que regresaste unos minutos después para agregarle azúcar. ¿Es verdad?

-Sí, señor.

-¿Y esa limonada era para mi nuera?

-Sí, señor.

-¿Ella te pidió que le llevaras la limonada, o te lo ordenó?

-En realidad, eso no importa mucho, señor -dijo la muchacha.

-Dímelo, Ángela.

-Bueno, según recuerdo, me lo ordenó -respondió, sumisa. ¿Qué habría hecho mal?

-¿Y por qué lo hiciste?

-¿Por qué lo hice? Oh, ya sé que usted me dijo que descansara, y yo no quise desobedecer sus deseos, pero es que no estoy acostumbrada a descansar, señor. Tenía que hacer algo y por eso vine abajo para ver si podía ayudar. Empecé a limpiar el polvo de los muebles, y entonces la señorita Crystal me lo dijo. Yo sé que usted no me dijo todavía cuáles son mis tareas, pero no vi nada malo en empezar a trabajar. Siento mucho haberlo enfadado, señor Maitland.

-Oh, Ángela, ¿qué voy a hacer contigo? -dijo, riendo -. Una pregunta más, querida. ¿Acaso mi nuera se refirió a ti como a una criada?

-Lo mencionó cuando hablaba de mí con su hermano. Pero esa es una pregunta tonta, señor Maitland. Usted ya debe haber dicho a su familia por qué me traía aquí.

-Sí, así es -respondió, con un suspiro -. Pero, aparentemente, no expliqué bien la situación. Ven, iremos a cenar.

-¿Quiere que sirva la mesa?

-No, tú cenarás con la familia -dijo Jacob con paciencia.

-¡Pero no puedo hacer eso! -Ángela comenzaba a alarmarse -. ¡A ellos no les gustará!

-Yo soy el jefe de esta familia, Ángela. Ellos podrán ser tercos y malcriados, pero mi palabra es ley. Y creo que te dije que me llamaras Jacob -le recordó con una sonrisa.

Cuando llegaron a la puerta del comedor, todos los ojos se volvieron hacia ellos. Ángela sintió que las palmas de sus manos comenzaban a sudar. No comprendía lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué había insistido Jacob en que cenara con ellos? Sabía que habría resentimiento. Ella ya lo veía, sólo porque Jacob se había atrevido a llevarla con él al comedor.

-¿Tenemos otra invitada para la cena, padre?

Fue Zachary Maitland quien formuló la pregunta. Ángela jamás lo había visto antes, pero no la sorprendió su parecido con su padre. Le recordaba a Bradford, excepto por sus ojos verdes.

-¿Por qué lo preguntas?

-Hay un plato más en la mesa -dijo Crystal.

-Ese plato es para Ángela -respondió Jacob, y miró a cada persona para observar su reacción.

-¡No irá a permitirle cenar con nosotros sólo porque es blanca! -exclamó Crystal, indignada-. ¡Jamás oí nada tan descabellado!

-Eso es absurdo, padre -agregó Zachary -. ¿Qué pensarán los demás criados?

-¡Basta!, -ordenó Jacob en tono tan exigente que se produjo un inmediato silencio-. Pretendo explicároslo -prosiguió, con más calma -. Pero antes, Robert, ¿serías tan amable de ceder tu lugar a Ángela? Quiero que se siente junto a mí.

Robert consideraba a Jacob Maitland un segundo padre. Lo había hecho desde que él y Zachary se habían hecho buenos amigos, doce años atrás. Sin embargo, hizo lo que le habían ordenado sin decir palabra.

-Está yendo demasiado lejos, papá Maitland. ¿Cuánto más espera que toleremos?

-Toleraréis cuanto yo desee, querida. Creo que mis deseos aún son ley en esta casa.

Jacob condujo a Ángela hasta la silla y la ayudó a acomodarse. Luego, se sentó en la cabecera. La muchacha mantuvo la mirada baja, con temor.

-Ahora tengo bastante que deciros -comenzó Jacob, en tono sereno -. Ayer os informé de que uno de mis arrendatarios había fallecido y que había dejado una huérfana. Os dije que me sentía responsable de Ángela Sherrington, pues hacía muchos años que conocía a su padre, y que la traería a vivir a Golden Oaks. Pero, ¿cómo diablos pudísteis todos, incluyendo a Ángela, llegar a la conclusión de que la traía aquí como sirviente?

-¿Quieres decir que no está aquí por eso? -preguntó Zachary con incredulidad.

-¡Por supuesto que no!

-¡Oh, Dios! ¡Entonces Robby tenía razón! -exclamó Crystal -. ¿Cómo se atreve a traer aquí a su amante y a hacer alarde de ella frente a nosotros?

-¡Por Dios! -rugió Jacob, con la mirada repentinamente encendida -. ¿De dónde sacáis esas ideas absurdas? Si fuera tan grosero como para traer a mi amante a mi casa, entonces también lo sería para decíroslo a ustedes. Y ya que habéis abierto este tema tan vulgar, os diré que sí tengo una amante, que vive cómodamente en la ciudad. Es una encantadora viuda que se acerca a los cuarenta años y que no tiene deseos de volver a casarse, aunque se lo he pedido. ¡Pero que me creáis tan lascivo como para seducir a una criatura de la edad de Ángela es imperdonable!

-Entonces, ¿por qué la ha traído aquí? -preguntó Crystal en tono desafiante.

Jacob suspiró.

-Ángela será un miembro de esta familia, y deberán tratarla como tal.

-¡No hablarás en serio! -exclamó Zachary, riendo.

- Jamás he hablado con más seriedad en mi vida. Conozco a Ángela desde su nacimiento y siempre me preocupó su bienestar. Me siento como un padre para ella, y, si me lo permite, me gustaría serlo: un padre que reemplace al que perdió.

A esa altura, las lágrimas corrían por las mejillas de Ángela. Crystal y Zachary habían formulado todas las preguntas que ella misma había pensado, y todas habían sido respondidas. ¿Es que todo eso era real? ¿Cómo era posible que la fortuna la iluminara tanto?

-Debes perdonarme, Ángela, por no haberte dicho esto en el estudio, pero quería decirlo una sola vez - dijo Jacob, con ternura. Luego prosiguió-: Y lamento no haber sido más explícito cuando hablé contigo después del funeral. Pero ahora que sabes que quiero hacerme cargo de ti, ¿aceptas?

-Sería una tonta si rechazara su amable ofrecimiento, señor Maitland... quiero decir, Jacob -logró responder.

-¡Espléndido! -Jacob miró a las demás personas que estaban sentadas a la mesa, desafiándoles a decir algo más. Luego sonrió y dijo con una voz que resonó en la habitación -: Tilda, ya puedes enviar la comida.

10

La noche fue larga para Ángela, que tuvo dificultad para dormirse. Pasó horas enteras recordando cada palabra dicha ante la mesa del comedor.

No le cabía duda de que Crystal la odiaba. Sin embargo, Robert Lonsdale era algo totalmente distinto. Se había sorprendido al principio, pero luego parecía divertido. La había observado durante toda la velada, como si ella fuese una yegua que pensaba comprar. Estaba segura de que tendría que cuidarse de él.

A medida que transcurría la noche, Ángela comenzó a preocuparse por Bradford. ¿Cómo reaccionaría él? De pronto se le ocurrió que podría odiarla tanto como Zachary.

Se durmió pensando en su padre. Había sido rudo y bebía demasiado, pero ella lo había amado. Había tenido una niñez muy dura, pero en ese momento habría dado cualquier cosa por volver a estar en casa con William Sherrington. Lloró hasta quedarse dormida.

-Buenos días, señorita.

Hannah entró alegremente a la habitación.

-Hace ya un rato que salió el sol. Usté no duerme siempre hasta tan tarde, ¿verdá?

Ángela abrió los ojos y vio que la luz del día inundaba su cuarto.

-¿Qué hora es?

-Apenas pasadas las ocho.

-¡Las ocho!

La muchacha saltó de la cama y corrió hacia el armario.

-¿Qué prisa tiene, querida?

Ángela se detuvo en seco al advertir que no tenía por qué apresurarse. Ya no tenía tareas que hacer.

-Creo que lo he olvidado.

Hannah rió con aire jovial.

-Pronto se acostumbrará a esta vida fácil. Sólo tiene que pensar si quiere desayunar abajo o si desea que le envíe una bandeja aquí.

-¿Los demás bajarán a desayunar? -preguntó, con recelo.

-Sólo el señó Lonsdale. El amo Jacob desayunó hace un rato, y la señorita Crystal lo hace en su habitación.

-¿Y Zachary ?

-Fue a la ciudá esta mañana -respondió Hannah -. Se consiguió un estudio legal que está tratando de reconstruir ahora que ha terminado la guerra.

-Entonces creo que bajaré, Hannah -afirmó. Siempre que no tuviese que enfrentarse a Crystal o a Zachary y al obvio desagrado que sentían por ella, no veía razón alguna para quedarse en su cuarto -. No puedo ponerme haragana.

-Es una buena chica. Necesitará todo el ejercicio posible ahora que no tiene tanto que hacer. Y después el amo Jacob quiere verla en el estudio.

-¿He hecho algo malo otra vez?

-No, niña. Sólo quiere hablarle -respondió Hannah enseguida, tranquilizando a la muchacha -. Bien, enviaré a Eulalia para que le arregle el cabello y le ayude a vestirse. Ella será su criada personal, a menos que a usté no le agrade.

-Pero yo no...

-Ahora se calla -la interrumpió la mujer mientras se dirigía a la puerta, pues ya sabía cuáles serían las objeciones -. Ahora será una dama, y las damas no hacen nada solas. Tiene que acostumbrarse a muchas cosas, niña.

Momentos después, Ángela tenía puesto un rígido vestido de algodón verde y, bajo él, una camisa interior igualmente rígida. Preferiría ponerse sus viejos pantalones y su camisa de

Librodot

algodón, pero Hannah se había encargado de deshacerse de ellos. Ángela había protestado, pero fue en vano.

También había pasado treinta minutos discutiendo con la muchacha que sería su criada. Eulalia había recibido órdenes de Hannah de arreglar el cabello de Ángela en un peinado favorecedor. El pelo le llegaba hasta unos pocos centímetros por debajo de los hombros y estaba acostumbrada a recogerlo en ajustadas coletas o a sujetarlo atrás con una cinta. Había ganado esa batalla, y su cabello castaño rojizo estaba cuidadosamente sujeto con una cinta verde.

Al entrar, nerviosa, al comedor, encontró allí a Robert bebiendo café negro.

-Comenzaba a pensar que no bajaría -dijo Robert, con una sonrisa -. Me alegra haber esperado.

-Siento haber tardado tanto. ¿Ya ha comido usted? -preguntó, inquieta. Deseaba que él no la mirase tanto.

-Sí, y fue una comida muy buena. Hace muchos años que el arte de Tilda me atrae aquí. Se podría decir que Golden Oaks es mi segundo hogar. Pero ahora tengo que admitir que Golden Oaks tiene una atracción mucho mayor -agregó en tono significativo.

Ángela se ruborizó.

-En realidad no sé lo que quiere decir - dijo -. Pero si ya ha terminado de desayunar, no quiero demorarlo. Seguramente tendrá algo que hacer, además de hacerme compañía.
Robert lanzó una carcajada.

-Pero, querida. No tengo más que tiempo en mis manos, y no se me ocurre mejor manera de pasarlo que con usted.

Ángela enrojeció. Se sentó y comenzó a servirse comida. Veía que sería fácil tener a Robert como aliado, pero temía que el sacrificio que este esperaría de ella fuese demasiado grande.

-¿No tiene usted una plantación que dirigir, señor Lonsdale? -preguntó, con obvia intención.

-No mientras viva mi padre. El no desea mi ayuda y, francamente, yo no deseo brindarla. A pesar de que la guerra disminuyó mucho su riqueza, el viejo pudo pagar los impuestos atrasados por The Shadows y se las arregla muy bien solo. Es como si la guerra nunca hubiese existido. Y yo siempre encuentro algo que hacer para pasar bien el tiempo.

Tanta indolencia exasperó a Ángela.

-Bebiendo y jugando, sin duda. Todos los hijos de hacendados son iguales.

-No todos -replicó Robert, con una sonrisa -. Algunos no tienen tanta suerte como yo.

La muchacha lo miró, estupefacta. Había tomado su frase como un cumplido, no como el sarcasmo que había sido su propósito. Realmente era insufrible. Ella creía que la raza de hombres que vivían cada día sólo por placer y dejaban el trabajo a los demás había terminado con la guerra. Aparentemente, se equivocaba: Robert Lonsdale era uno de ellos.

-¿Querría salir a cabalgar esta mañana? -prosiguió Robert sin amilanarse -. Podríamos ir a ver a The Shadows. Mi padre ha hecho algunas reparaciones considerables y quedó muy bella de nuevo. Se había arruinado en los últimos años de la guerra y la mayoría de los esclavos huyeron cuando las cosas comenzaron a ponerse mal. Pero pronto regresaron, cuando se enteraron de que la idea que tienen los yanquis de la libertad era mucho peor que lo que habían dejado aquí.

Ángela se calmó. Robert no podía evitar ser así, y ella lo necesitaba como amigo, no como enemigo. Contuvo las palabras mordaces y le dirigió una sonrisa radiante, agradecida por tener una excusa para rechazar el ofrecimiento.

-Me encantaría ir a ver The Shadows con usted, señor Lonsdale, pero Jacob desea verme después del desayuno. Podríamos dejarlo para otra vez, si no se opone.

Robert frunció el entrecejo sólo un instante y luego volvió a sonreír.

Librodot

-Claro que habrá otra vez. Y no me llame "señor Lonsdale", Ángela. Debe llamarme Robert.

Librodot

11

Poco más tarde, Jacob Maitland la llevó a Mobile. Viajaron en un cómodo carruaje cerrado que impedía el paso del sol ardiente.

La muchacha no había advertido aún hasta dónde llegaba la generosidad de Jacob Maitland. Cuando él dijo que quería ser cómo un padre para ella, Ángela jamás soñó que en realidad deseara otorgarle lo que el resto de la familia daba por sentado.

-Ángela -le habla dicho esa mañana -sé que ayer me dijiste que nunca tuviste tiempo para educarte. Ahora que ya no tienes que trabajar, ¿te gustaría ir a la escuela?

La joven suspiró con pesar.

-Ya no tengo edad para ir a la escuela.

-Tonterías -replicó Jacob con una sonrisa -. Nunca se tiene demasiada edad para aprender. Y no estoy hablando de una escuela pública para niños, querida, sino de una privada para señoritas.

-Pero yo ni siquiera sé escribir mi nombre...

-Me encargaré -de que tengas una maestra particular que te enseñe todos los fundamentos. Luego, podrías ir a las clases junto con las demás jóvenes. Claro está que la decisión es sólo tuya; no te estoy ordenando que vayas.

-Pero me encantaría -dijo Ángela enseguida -. Siempre me he preguntado qué es lo que la gente encuentra tan interesante en los libros.

-Pues ahora puedes averiguarlo tu misma. Y cuando vuelvas a casa, tal vez querrás ayudarme con mis papeles.

-Oh, me encantaría ayudarlo en lo que pueda, señor... Jacob.

-Bien. Ahora tenemos que escoger la escuela. Hay muchas, aquí y en el norte. Hay una buena escuela en Massachusetts. Una de las maestras de allí, Naomi Barkley era muy amiga de tu madre. De hecho, tu madre asistió esa escuela cuando tenía tu edad.

-¿Mi madre fue a una escuela del norte?

-Sí. Massachusetts fue su hogar hasta que vino a Alabama y se casó con tu padre.

Ángela estaba atónita.

-No lo sabía... quiero decir, papá nunca me lo dijo. Siempre creí que ella había nacido aquí. ¿Cómo lo sabe usté?

Jacob titubeó antes de responder con cautela:

-Yo también vivía en Massachusetts. Aun tengo negocios allí. Mi padre conocía a los padres de Charissa. Estaban en buena posición económica antes de la Depresión de 1837. Después de eso murieron y tu madre quedó sin un centavo. Durante algún tiempo trabajó como institutriz, y luego vino aquí.

-¿Por qué vino aquí?

-Bueno, yo no... Cuando seas mayor, tal vez puedas comprenderlo.

Él conocía las razones, pero no quería explicárselas a Ángela.

Y ella no podía insistir para sonsacarle más respuestas; simplemente no podía hacerlo. Pero quería saber más.

-Bien, en cuanto a la escuela -prosiguió Jacob -en mi opinión las del norte son las mejores. Mis dos hijos se educaron allí. No obstante, la decisión es tuya. Podría enviarte a Europa, pero pensé que te gustaría conocer el hogar de tu madre.

-¡Claro que sí! - exclamó Ángela, entusiasmada -. Elijo la escuela de Massachusetts.

Entonces, ¿no sientes antipatía por el norte?

-No. Bradford... quiero decir, su hijo mayor, peleó por el norte. No tengo nada contra los norteños. Jacob frunció el ceño.

-¿Cómo sabías que Bradford peleó por la Unión?

Ángela palideció. ¿Cómo se le pudo escapar eso?

-Yo... yo...

No lograba hallar una explicación. Jacob advirtió su turbación y le sonrió para tranquilizarla.

-Está bien, Ángela. Sólo me sorprendió que lo supieras. Ya no importa quién lo sepa ahora que ganó el norte.

-Cambiando de tema, prosiguió: - Tendrás que partir en unos diez días, Ángela, y eso no nos da mucho tiempo. Hoy iremos a la ciudad para que te pruebes ropa. Me han dicho que diecisiete vestidos bastarán para el año escolar. No hay tiempo para que los hagan a todos aquí y, de todos modos, en el norte hay géneros más abrigados. La señorita Barkley, la mujer que te mencioné antes, te ayudará a completar tu guardarropa una vez que estés allí.

La muchacha estaba asombrada.

-Pero yo no necesito...

Sin embargo, Jacob interrumpió su objeción.

-Te he pedido que me permitas considerarte una hija, Ángela -dijo, suavemente -. No haría menos por la esposa de Zachary. Por favor, déjame hacer lo mismo por ti. Si esto te hace sentir incómoda, piensa que ayudarás a alguna pobre costurera que necesita el trabajo.

Se encaminaron a la ciudad para escoger modelos y géneros apropiados para una muchacha de diecisiete años.

Más tarde, compraron todos los accesorios que Jacob insistió en que Ángela necesitaba, en las mismas tiendas cuyos escaparates ella había contemplado antes con más deseos que esperanzas. Adquirieron baúles, sombreros y zapatos, artículos de tocador y chaquetas de abrigo para el clima frío en que pronto se hallaría, Era tanto el dinero que cambiaba de manos que la joven estaba asombrada. ¡Todo eso era verdad, y le estaba sucediendo a Ángela Sherrington!

12

Después de pasar tres inviernos en South Hadley, Massachusetts, Ángela debería de estar acostumbrada al clima frío, pero no lo estaba. No creía poder lograrlo alguna vez. Sin embargo, a las demás muchachas no parecía afectarles, puesto que la mayoría de ellas provenían de los estados del norte.

Ángela no tenía amigas en la escuela, excepto Naomi Barkley, que la trataba más como a una hija que como una alumna.

Hacía ya mucho tiempo que la joven había perdido las esperanzas de encontrar una amiga. Pero la culpa no era suya: se había esforzado mucho por ser amigable. No obstante, las demás alumnas le habían tomado una inmediata antipatía debido a su acento sureño, ya que la mayoría de ellas había perdido hermanos y padres en la guerra. De la misma manera en que culpaban al sur por la guerra, la culpaban a ella

Aunque la situación la incomodaba, Ángela logró vivir con esa hostilidad durante el primer año, gracias a que tenía a Naomi, y se dedicó de lleno a aprender. Sin embargo, como la hacían blanco de bromas pesadas, no podía evitar perder los estribos de vez en cuando, Las otras jóvenes se asombraban por su conocimiento de las malas palabras. Ángela les lanzaba epítetos que les hacía ruborizarse.

Disfrutaba cuando ellas se escandalizaban: era su único alivio.

Lo bueno era que, a través de Naomi, la muchacha llegó a saber más acerca de su madre. Averiguó aun las cosas que Jacob se había mostrado reticente a explicar: el motivo por el cual su madre había abandonado Springfield, Massachusetts.

Charissa tenía trece años cuando el mundo de sus padres se derrumbó en la Depresión de 1837. Sin embargo siguieron enviándola a la escuela y la mantuvieron en la ignorancia respecto a su pobreza y sus deudas crecientes. La muchacha no descubrió la verdad hasta que ellos murieron en 1845. Como su familia y los Maitland habían sido buenos amigos, Charissa se convirtió en dama de compañía de la madre de Jacob. Cuando ésta falleció, en el ' 47, la joven comenzó a trabajar como institutriz para una familia de banqueros.

En esa época, Naomi la veía con cierta frecuencia, Charissa le confesó que estaba enamorada de un hombre casado, a quien resultaba imposible abandonar a su esposa y a sus hijos. No quiso revelar la identidad del hombre pero Naomi sospechó que se trataba del Banquero. Debido a la imposibilidad de tal romance, Charissa abandonó Springfield con rumbo a Alabama.

Ángela se preguntaba por qué Jacob se había mostrado tan reticente para decirle la verdad; ella tenía ya edad suficiente para comprender.

En una de las frecuentes excursiones a Springfield que realizaban las muchachas, Ángela se hallaba acurrucada junto a la entrada de una tienda, esperando que las demás jóvenes terminaran con sus compras. En realidad no tendría que haber ido ese día, pues tenía mucho que estudiar. Pero necesitaba más hilo azul para terminar un abrigo que estaba haciendo para Naomi. Se arrebujó en su capa y sintió la piel fría de la capucha contra su rostro. Deseó que las muchachas se apresuraran.

De pronto, una conmoción le llamó la atención. Del lado opuesto de la calle, dos niños discutían. Ángela observó, alarmada, cómo uno de ellos empujaba al otro y comenzaba una pelea. En ese momento, un hombre alto se acercó y les dijo algo. De inmediato dejaron de pelear y se alejaron corriendo en direcciones opuestas.

El hombre le pareció vagamente conocido y lo observó con atención. Ángela lanzó una exclamación ahogada que atrajo a Jane y a Sybil que habían salido de la tienda.

-¿Conoces a ese hombre, Ángela? - preguntó Jane. Ángela palideció y se volvió para mirarlas. Habían pasado casi cinco años y medio desde la última vez que había visto a Bradford Maitland. Por alguna misteriosa razón que la familia se rehusaba a explicar, no había regresado a Golden Oaks desde el verano del '62. ¿Qué hacía en Springfield?

Sybil rió y susurró algo a Jane, que abrió los ojos. Sin embargo, Ángela no les prestaba atención: tenía la mirada fija en un edificio marrón, del otro lado de la calle. Estaba perdida en el pasado. En todos esos años, no había pasado un día sin que pensara en Bradford, y ahora había vuelto a verlo.

Jane la tomó del brazo.

-¿Por qué no entras allí y vas a verlo? Sabes que eso es lo que quieres.

-Yo... no podría -titubeó.

Claro que si -dijo Jane, con un brillo en los ojos -. Nosotras diremos que te encontraste con una amiga que se ofreció a llevarte de regreso a la escuela.

-Pero eso es mentira.

-Guardaremos tu secreto, Ángela -afirmó Sybil, para alentarla -. Después podrías alquilar un carruaje para regresar la escuela si tu amigo no te lleva. Es temprano; no te esperarán hasta la cena. Ve, entra al edificio.

Ángela entregó a Jane su pequeño paquete y cruzó la lentamente. Sin embargo, al llegar a los escalones del edificio marrón, de pronto se sintió indecisa. Ir a buscar hombre era una cosa muy desatinada. ¿Qué pensaría Bradford de ella? Dio media vuelta, lista para regresar corriendo a la tienda, pero las muchachas ya no estaban

¿Por qué no seguir? Le parecía tonto no hablar con Bradford.

Subió los escalones y golpeó con fuerza. Un momento después, abrió la puerta un hombre alto que llevaba una camisa arremangada, chaleco y un cigarro entre los dientes y espero a que ella hablase. Al ver que no lo hacía, la tomó del brazo, la atrajo hacia el interior y cerró la puerta.

-No hay que dejar entrar el frío, cariño - dijo el hombre con voz áspera pero amistosa.

Pasaron algunos segundos hasta que los ojos de Ángela se acostumbraron a la penumbra del vestíbulo. Sin embargo, podía ver con claridad la habitación contigua, que estaba bien iluminada y ocupada por hombres y mujeres de ropas costosas. Todos estaban sentados a grandes mesas. ¡Eso era un garito! Había humo flotando en el aire más allá de la ancha puerta doble, y se oía el sonido confuso de risas, quejidos, gritos e insultos. Ángela advirtió que tanto el vestíbulo como esa habitación tenían paredes de un rojo oscuro, cubiertas con cuadros lascivos.

Ángela se sobresaltó cuando el hombre que estaba tras ella comenzó a quitarle la capa.

-Como no vienes acompañada, tú debes ser la nueva chica que Henry prometió enviar. ¡Eh, Peter! - llamó-. Ve a decir a Maudie que llegó la nueva chica. Será mejor que me des también tu chaqueta, cariño. Aquí dentro se está bien y no hay que ocultar la mercadería. Te vistes muy bien, pero no hablas mucho. Ven, Maudie, te espera.

Ángela se quedó sin habla. ¿ A qué nueva chica se refería? Tenía que explicar su presencia allí, pero el hombre la arrastraba consigo. Entraron a una habitación enfrentada a la sala donde los jugadores ganaban y perdían fortunas y él la dejó allí sin decir palabra.

La habitación era amplia y estaba llena de mujeres vestidas de brillantes sedas y satenes, cómodamente instaladas en sofás de terciopelo. Incluso las paredes estaban recubiertas de terciopelo. Al fondo había una lujosa escalera. Bradford estaba subiéndola con una bonita pelirroja del brazo. Él también vio a Ángela y se detuvo de pronto. El corazón de la muchacha pareció detenerse y sus manos comenzaron a sudar. ¿Acaso la reconocería después de tanto tiempo?

-Eh, Maudie, he cambiado de idea - dijo Bradford -. Prefiero a esa chica nueva.

Maudie miró a Ángela y respondió sonriendo:

-Está bien, querido. Esta te costará más cara.

-¡Demonios! - gruñó Bradford -. Ya he perdido una fortuna en tus mesas ten un poco de piedad.

-Lo siento, cariño, pero ella será muy solicitada. Cuesta caro.

-Está bien, ¿cuánto?

-El doble - respondió Maudie.

Librodot

La pelirroja se apartó de Bradford y descendió las escaleras con expresión contrariada en su rostro muy maquillado. Entonces Ángela advirtió que todas esas mujeres eran prostitutas. Le resultaría muy difícil salir de allí. Pero tal vez Bradford la había reconocido e intentaba sacarla de allí. Se dirigió a él deprisa y Bradford le rodeó la cintura con un brazo. Mientras subían la escalera la muchacha sintió un vaho de alcohol en él.

-Mi nombre es Bradford, querida y será mejor que valgas lo que pagué por ti - dijo, mientras sus ojos castaños-dorados recorrían el cuerpo de la joven.

Ángela sintió miedo de decir algo en ese momento y le permitió conducirla hasta una habitación del primer piso. Bradford cerró la puerta y sus próximas palabras la dejaron boquiabierta.

-Puedes quitarte la ropa mientras preparo unos tragos. Veo que Maudie tiene un poco de champaña disponible.

Tal vez lo hubiese malentendido.

-Ya estás borracho, Bradford. ¿No crees que has bebido bastante?

-Comienza a quitarte esa bonita ropa. No sé por qué tengo que decirte cómo hacer tu trabajo.

Ángela estaba estupefacta. ¡No la reconocía! ¡No tenía idea de quien era ella! ¡Pensaba que era una prostituta! ¿Qué iba a hacer?

-Bradford, tú no entiendes. Yo...

La muchacha había comenzado a recobrar la cordura cuando él se acercó a ella con rápidas zancadas y la hizo levantar la cara para mirarlo. Ángela se apartó al ver las llamas en sus ojos. Ese era el Bradford del retrato. Sintió un temor irracional cuando la tomó de los hombros

¿Qué diablos te pasa, nena? Si crees que eso de fingir miedo excita a tus clientes, puedes terminar con ello ahora mismo. No resultará conmigo. Ahora desvístete.

-Yo... no puedo -balbuceó Ángela. Su mente comenzaba a aturdirse nuevamente.

De pronto, Bradford echó a reír y sus ojos de ámbar se iluminaron.

-¿Por qué diablos no me lo dijiste?

La hizo dar media vuelta y comenzó a deshacerle las ligaduras del vestido. Ángela advirtió que había malinterpretado sus palabras: había supuesto que no podía quitarse el vestido sin ayuda. La muchacha permaneció inmóvil mientras los dedos de Bradford trabajaban con su vestido. Temía moverse. Ahora que había permitido que las cosas fueran tan lejos, ¿podría detenerlo? Y entonces se sobresaltó al darse cuenta de que ***no quería*** que se detuviese. Ciento de veces había soñado con un momento como ése, con los dos solos, haciendo el amor.

Ese era el hombre a quien había amado todos esos años y, en ese momento, él también la deseaba. Ángela quería sentir sus manos sobre ella, saborear sus besos, aunque fuese sólo por esa vez.

Oh, Dios, ¿por qué no? Le quedaría ese momento con él, para recordarlo siempre. Podía darle su amor, como siempre había deseado. Podía entregarse a él e imaginar por un momento que él también la amaba.

Bradford se inclinó y besó la suave piel de su cuello. Su cercanía la hizo temblar.

-Siento haberte gritado antes, querida, pero me preocupaba que no quisieras hacer esto.

-¿Quieres decir que no me forzarías si yo no lo quisiera?

-¡Claro que no! -gruñó Bradford, indignado.

La sorprendió al tomarla en sus brazos. La fuerza de su beso hizo que la cabeza de Ángela diera vueltas. ¡Era su primer beso, y dado por el hombre a quien siempre había amado! Se sentía débil y, al mismo tiempo, alborozada, un extraño cosquilleo recorría su cuerpo. De pronto, Bradford la soltó.

-¿Por que me siento como si estuviera en otro lugar y en otro tiempo? -dijo.

La desvistió suavemente. La imagen de la muchacha que estaba allí de pie, desnuda, sin más que una moneda de oro colgada entre las generosas colinas de sus senos lo conmovió profundamente. Le quitó las horquillas del cabello, dejando que los suaves rizos castaños cayeran sobre sus hombros. Besó sus ojos, su rostro y sus labios antes de levantarla en brazos y llevarla a la cama.

Ángela temía no saber qué hacer, pero Bradford le enseñó el camino. Con suavidad, hizo que su cuerpo conociera la sensación de sus manos y sus labios. La muchacha no sintió vergüenza alguna mientras él la exploraba. Pronto pudo corresponder a sus caricias y aun estrechar su virilidad y sentir júbilo ante el gemido de placer que eso produjo en Bradford.

Cuando finalmente la tomó, Ángela estaba preparada para experimentar lo máximo en placer, pero no para lo que ocurrió. El dolor estalló como un fuego en su interior. Apretó los dientes y apenas dejó escapar un leve gemido. Bradford la miró, confundido.

-¿Te hice daño?

-No -respondió enseguida.

-Entonces, ¿por qué me clavaste las uñas en la espalda?

-Lo siento, no me di cuenta...

-No te disculpes. Rara vez encuentro una mujer apasionada. De hechos siempre he dado con las mujeres más frías de este mundo... hasta ahora.

Volvió a besarla y comenzó a moverse una vez mas dentro de ella. El dolor habla desaparecido. Ángela se sentía muy bien al tenerlo dentro de si y al sentir su cuerpo con cada impulso. Pronto, Bradford se detuvo y la muchacha lamentó que todo hubiese terminado. Supuso que se apartaría, pero no fue así. Sólo permaneció sobre ella, respirando con agitación, y luego comenzó a moverse una vez más.

Ángela se alegró de que aún no hubiese terminado, de que aún estuviera en su interior, amándola. Entonces, una nueva sensación comenzó a crecer en ella, una sensación exquisita y diferente. Se intensificó, se hizo más y fuerte hasta que estalló en un inmenso placer. Había entrado en un mundo completamente nuevo.

Bradford la besó con suavidad y susurró:

-Si no estuviese tan cansado, podría hacerte el amor durante toda la tarde y la noche. Será la próxima vez.

Se apartó con un profundo suspiro y se tendió junto a ella en la cama. Tenía los ojos cerrados y pronto quedó dormido. Ángela contempló su cuerpo musculoso, delgado y perfecto, y luego su rostro relajado por el sueño.

Todo había terminado, y la muchacha supo que debía abandonar ese lugar enseguida, antes de que Maudie encontrara otro cliente para ella. Se levantó, intentando no perturbar a Bradford. Entonces vio la mancha de sangre la sábana. Se alarmó al ver la prueba de su inocencia y se apresuró a cubrirla con la sábana. Luego se dirigió a palangana de agua que había en un rincón y se lavó.

Volvió a recogerse el cabello y dejó algunos rizos sueltos, pues debía verse exactamente igual que al salir de la escuela. Al vestirse, advirtió que no podría cerrar su vestido sola. Tendría que ponerse algo que cubriera su espalda, pero en la habitación no había nada excepto la chaqueta con brocado de Bradford, o su camisa blanca con volados, o su abrigo. Se puso la chaqueta sobre el vestido. Entonces se le ocurrió que tendría que dejar allí su propia capa y su chaqueta. No podía regresar abajo a buscarlas. Rogó que ese edificio tuviese otra salida además de la habitación donde estaba Maudie.

Se dirigió a la cama para echar un último vistazo hombre que dormía allí.

-Te amo Bradford Maitland, y siempre te amaré -susurró.

-¿Qué? -masculló él, sin abrir sus ojos castaño-dorados.

Ángela se alarmó.

-Nada, Bradford. Vuelve a dormirte.

Con un profundo suspiro, abandonó la habitación y cerró la puerta en silencio. Luego se encaminó hacia la parte trasera del edificio, rogando con desesperación hallar una salida segura.

Librodot

13

Ángela regresó a la escuela al caer la tarde. Se dirigió a su habitación sin que nadie la viera y permaneció allí hasta la cena. Hasta entonces, nadie había detectado su tarde de gozo.

Por la noche, en la cena, Ángela sabía que las muchachas aguardaban su reacción encolerizada por la broma que le habían gastado. Sin embargo, las sorprendió con sonrisas y cálidos saludos. Sabia que estaban muriendo de curiosidad. ¡Magnífico!

Más tarde, mientras la muchacha se dormía poco a poco, a kilómetros de allí, Bradford Maitland despertaba bruscamente de su sueño.

-¡Qué bonito! -gritó Maudie al irrumpir en la habitación -. Salgo a hacer unas compras y a cenar, y al volver me encuentro con que has tenido a esa chica aquí todo el día. -Se detuvo y miró a su alrededor.-¿Dónde diablos está?

Bradford se encogió de hombros.

-Le pedí que se quedara, pero supongo que se cansó de verme dormir. ¿No está abajo?

-¿Crees que te lo preguntaría si estuviera allí? Ahora dime: ¿qué demonios le hiciste a esa chica para que huyera?

-Cállate, mujer. y déjame despertarme -gruñó Bradford.

-No me iré de aquí hasta que lleguemos al fondo del asunto - respondió, Maudie sin apartarse de los pies de la cama.

-Bueno, desaparece mientras me visto.

-No es el momento para sentir pudor, cariño -dijo riendo entre dientes -. He visto cientos de hombres desnudos, y tú no eres diferente.

-Bradford maldijo por lo bajo. No estaba dispuesto a mostrarse ante esa vieja ramera. Tomó la sábana superior y envolvió en ella y se dirigió a la silla donde había dejado su ropa.

-¿Qué demonios es esto? -chilló Maudie de pronto. Apuesto a que ni siquiera ibas a decírmelo, ¿o si? ¡Ibas a escabullirte sin pagar el recargo?

-¿ Recargo de qué?

-Era virgen... ¡cómo si tú no lo supieras! Y la prueba está aquí en la cama.

Bradford observó la mancha y miró a la mujer con suspicacia.

-¿Qué tratas de sacarme, Maudie? La chica era una prostituta... ¡sabia lo que hacia! ¿Quieres explicarme cómo es posible que una chica sea prostituta y virgen al mismo tiempo?

Maudie retrocedió unos pasos al ver el fuego en los ojos de Bradford, pero no iba a permitir que la estafara.

-¿Acaso sangraba antes de que la tomaras? - preguntó enseguida.

-No.

-Entonces ¿cómo explicas esa mancha de sangre en el medio de la cama, a menos que la chica fuera virgen.

Bradford volvió a mirar la, mancha y frunció el ceño pensativo. ¿Era posible? Entonces recordó que el cuerpo de la muchacha se había vuelto rígido de pronto y cómo había clavado las uñas en su espalda. Además había estado asustada y nerviosa.

-Dios mío! - exclamó -. ¿Qué demonios hacía desechando así su virginidad? Y ni siquiera recibió dinero por ello... ¡fuiste tú quien lo recibió!

-Así es cariño. Pero no lo suficiente, no para una virgen.

-Yo no pedí una virgen -le recordó en tono áspero -. Y no pienso pagarte sólo porque esa chica lo era.

-Será mejor que lo hagas, cariño, o no volverás a ser bien recibido en mi club -afirmó Maudie, indignada.

-De todos modos, ¿qué hacia la muchacha en tú casa, si tú no sabias que era virgen?

-Esperaba una nueva chica y pensé que era ella. Vino sin acompañante y no dijo nada cuando te la entregué. Ella quería hacerlo, sólo Dios sabe por qué. Muchos hombres habrían pagado una fortuna para hacerlo.

-De modo que ni siquiera era una de tus chicas y, con todo, tú pretendes sacarme más dinero.

-Será una de mis chicas en cuanto la encuentre. Esa muchacha es una mina de oro. Tal vez vino aquí porque quiere iniciarse en la profesión. Pero el punto es - dijo Maudie, agitando un dedo regordete en el aire -que vino aquí para tener a su primer hombre, y a mi me pagan por todo lo que ocurra en este lugar.

Bradford sacudió la cabeza, pero tomó su billetera extrajo cinco billetes de un dólar y los dejó sobre la silla.

-¿Esto es suficiente?

Maudie se acercó y tomó el dinero mientras Bradford se ponía la camisa.

-Supongo que tendré que conformarme con esto -explicó, y metió los billetes entre sus enormes senos -. Después de todo, no sé por qué rezongas tanto.

-Ya he perdido más de diez mil en tus mesas. La muchacha tendría que haber sido por cuenta de la casa.

-Demonios, eso no significa nada para ti. He oído que los Maitland pueden permitirse el lujo de perder esa cantidad todos los días.

-Ese no es el punto, Maudie -dijo Bradford, y extendió la mano para tomar su chaqueta.-¡Diablos! Miró a su alrededor para ver si se equivocaba.-¡La muchacha robó mi chaqueta!

Maudie lanzó una carcajada.

-Hoy no es tu día de suerte ¿eh, cariño?

-¿Por qué se llevó mi chaqueta y no mi billetera? Tengo más de cinco mil allí.

-Tal vez te ganaste el corazón de la pobre chica y quiso llevarse un recuerdo tuyo. O, lo que es más probable, no pudo encontrar tu billetera, o era demasiado estúpida para saber dónde buscarla. La próxima vez blue estés en la ciudad, cariño, ven a verme. Esa muchachita será muy solicitada por aquí y si crees que vale el precio que le pondré, podrás volver a tenerla.

-Oh, sí, lo vale, Maudie. Y si volveré a tenerla -respondió con una sonrisa, mientras tomaba su abrigo y se encaminaba a la puerta-. Pero no te pagaré por ella. Yo la encontraré antes que tú, Maudie, te lo juro.

-¡Bastardo! -gritó la mujer, pero Bradford ya bajaba las escaleras y su risa apagó las maldiciones.

Bradford fue directamente a ver a David Welk, su abogado en Springfield. Lo despertó y le dio la descripción de Angela. Acordaron investigar en toda la ciudad e incluso apostar un hombre en el club de Maudie, en caso de que la muchacha regresara alli. Era imperativo que Bradford volviera a Nueva York al día siguiente para atender sus negocios: de no ser así se habría quedado para colaborar en la búsqueda. Quería resultados rápidos.

Bradford odiaba los misterios. ¿Por qué esa muchacha había hecho eso? Lo dejó creer que era una ramera cuando, en realidad, jamás habla estado con un hombre. Y ¿por qué se había llevado su chaqueta y no su dinero? Tenía que encontrarla. Quería respuestas. Pero, más que nada, la deseaba. El simple hecho de pensar en ella lo conmovía profundamente. No había terminado con ella. De una u otra manera, volvería a tenerla.

14

Cuando Bradford regresó a su hogar de Nueva York, encontró un telegrama de David Welk y un mensaje de su prometida, Candise Taylor. Ignoró el mensaje y abrió enseguida el telegrama de David.

HALLAMOS A LA CHICA. NOMBRE ANGELA. TENGO RAZONES PARA CREER QUE DEJARA EL ESTADO PRONTO. ESPERO INSTRUCCIONES.

-¡Maldición! -exclamó.

No podía regresar, al menos no durante unos días. Pero y si, para entonces, la muchacha se había marchado? Era imperativo que no la perdiera. Rápidamente escribió instrucciones para David y las envió con su criado. Esperaba poder confiar en que David llevase a cabo sus órdenes. Mientras escribía, se regocijaba en silencio: "Angela... ¡se llama Angela!"

David Welk bajó de su carruaje en la estación del ferrocarril, y buscó en la multitud al hombre que lo había mandado llamar con urgencia. Un momento después, Io vio hacerle señas frenéticamente desde el interior de la estación y se dirigió hacia alli de prisa.

-¿Y bien? ¿Dónde está? -preguntó David.

-Allá, señor, con esa señora vestida de verde -respondió el hombre -. Pensé que no llegaría a tiempo. Su tren sale en unos diez minutos.

-¿Hay algún agente de policía por aquí?

-Hay uno en la entrada.

David suspiró con pesar.

-Ve a buscarlo.

El hombre a quien habla contratado para seguir a Angela partió a cumplir con su orden. David extrajo de su bolsillo el telegrama de Bradford y lo leyó una vez más.

MANTEN CHICA BAJO VIGILANCIA.
SI INTENTA DEJAR ESTADO, DETENLA.
ARRESTALA SI ES NECESARIO.

David sacudió la cabeza. Eso era lamentable. Pero Bradford le había hablado de la chaqueta robada: tenía un motivo. Además, no se le ocurría otra manera legal retener a la muchacha que no fuera el arresto.

Ángela se despidió de Naomi Barkley con un abrazo.

-Gracias por acompañarme.

-Bueno, no olvides enviarme un telegrama y vendré a recibirte cuando regreses.

-No es necesario, Naomi -protestó Ángela.

-Tonterías. No tengo nada mejor que hacer. ¿Estás segura de que no cambiarás de idea y te quedarás a pasar tus vacaciones de Navidad conmigo? Me encantaría que lo hicieras.

Angela sonrió y sacudió la cabeza.

-Tú me conoces. Aprovecharé cada oportunidad que tenga para escapar de este clima frió y atroz.

-Entonces será mejor que te des prisa, querida. El cargador está esperando para subir tu equipaje al tren.

-Ángela.

La muchacha se volvió. No reconocía al hombre que estaba tras ella.

-¿Si?

-¿Usted se llama Ángela?

Observó al hombre con curiosidad. Había dos hombres más detrás de él. Uno de ellos era un agente de policía.

-¿Quién es usted? -preguntó, con cautela.

-Soy abogado, señorita.

Ángela abrió más los ojos. Oh, Dios, algo le había ocurrido a Jacob. Lo sabía.

-¿Trae malas noticias?

-¿Usted se llama Ángela? -insistió el hombre.

-Sí, sí -respondió, preocupada.

El abogado se volvió hacia el policía y lo llamó.

-Tiene el mismo nombre y concuerda con la descripción. Arréstela.

Ángela quedó boquiabierta. En ese momento, Naomi se adelantó y miró al policía con furia.

-¡No se atreva a tocar a esta joven! Es una estudiante que viaja a su casa por las vacaciones de Navidad. Es obvio que el caballero ha cometido un grave error.

-Temo que no, señora -dijo David, incómodo -. La joven robó una prenda de un cliente mío. Mi cliente no está en el estado por el momento pero, cuando regrese, decidirá si retirará los cargos o no.

-¡Esto es absurdo!

-Estoy de acuerdo, señora, y es muy desagradable para mí. Pero no se ha cometido ningún error.

Naomi se volvió hacia Ángela, que había palidecido.

-¿Ángela?

La muchacha estaba segura de que se desmayaría.

¡Bradford iba a encarcelarla por haber robado su chaqueta!

-Yo... tomé algo que no me pertenecía... Tuve que hacerlo -dijo asustada -. Pero lo habría devuelto si hubiese sabido dónde encontrar al... caballero. Puedo dárselo a ustedes.

-Temo que ya es demasiado tarde para eso, señorita -dijo David Welk -. Se ha cometido un delito.

-¡Pero yo no soy una ladrona! -protestó Ángela, cada vez con más temor -. No tomé esa maldita chaqueta porque quise hacerlo Ese día la necesitaba para... para...

Se interrumpió. ¿Cómo podía explicarlo? El abogado debía de conocer toda la sórdida historia Pero Naomi no la conocía, y no podía contársela.

El policía la tomó del brazo con firmeza y la llevó con él. Naomi los siguió, gritando:

-Ángela, telegrafiaré a Jacob y él se encargará de solucionar esto.

-¡No! -exclamó Ángela, volviéndose. El policía esperó a que Naomi los alcanzara -. No, Jacob no debe enterarse de esto.

-Pero él puede ayudarte querida.

-¡No!

-Jacob es un hombre comprensivo.

-Esta vez no lo será. No puedo explicártelo pero, ***por favor,*** no se lo digas.

Naomi sacudió la cabeza.

-Tengo que hacerlo, Ángela. Es tu tutor.

Ángela respiró profundamente. Tendría que decírselo a Naomi.

-Naomi, la chaqueta que tomé pertenece a Bradford Maitland el hijo de Jacob.

-¿Él es el responsable de esto?

-Si. Y Jacob se pondría furioso si lo supiera. Pero, lo que es más exigiría una explicación, y eso es algo que no puedo darle.

-Pero ¿cómo pudo Bradford hacerte esto? ¡Eres un miembro de su familia! Además, ¡cielos!, desde que te conozco no has hecho más que hablarme de él. Tenia la clara impresión de que estabas locamente enamorada de él.

No importa lo que yo sentía. Bradford no me reconoció el día que nos encontrarnos en Springfield. Y aunque me hubiese reconocido, él no sabe que su padre es mi tutor. No ha ido a su casa desde antes de que Jacob me llevara a vivir allí.

-¿Por qué no le dijiste quién eras?

-Él creyó... ¡Oh, Naomi, no me preguntes por ese día! Pensé que querría recordarlo siempre, pero ahora desearía que jamás hubiese sucedido.

Más que eso, deseaba que jamás hubiese conocido a Jacob Maitland, Dios, por qué no le había dicho quién era ella. Si lo hubiese hecho no estaría en ese aprieto.

-Hablaré con ese abogado -sugirió Naomi, interrumpiendo así los pensamientos Ángela.

-¡No!

-Pero él trabaja para Bradford y, tal vez, también para Jacob, de modo que hay que informarle que tú estás bajo su tutela.

-Entonces éI sentirá que tiene la obligación de decírselo a Jacob, y yo preferiría morir antes de que Jacob sepa lo que he hecho.

-Ángela, creo que olvidas que Jacob te espera para Navidad.

-Puedes decirle que me enfermé y no puedo ir y que en cambio me quedaré contigo. Por favor, Naomi, hazlo por mí. Estoy segura de que podré salir de este aprieto antes de que terminen las vacaciones, de modo que la escuela no tendrá por qué enterarse, y tampoco Jacob. Bradford no tenia motivos para hacer esto, y se lo haré ver cuando regrese.

Naomi suspiró.

-Ángela. No entiendo nada de esto, pero te excusaré ante Jacob. No me parece lo mejor, pero lo haré.

15

Bradford llegó a la cárcel con David Welk en un coche de alquiler. Se había retrasado en Nueva York más de lo que había supuesto y ese era el tercer día que la muchacha había pasado encerrada. Era una estudiante, y de una escuela para señoritas muy exclusiva. Bradford jamás lo habría creído, pero allí la había encontrado David y ella había admitido su culpabilidad. Sí, esa era la muchacha.

-Esperaba no tener que llegar a esto -dijo Bradford, pensativo, cuando llegaron a destino -. Pero, por otro lado, tal vez esto constituya una ventaja para mí. Sin duda ella estará agradecida cuando la deje en libertad. ¿Conque encontraste una casa en el campo?

-Sí.

-¿Una casa privada y apartada?

-Sí, sí -respondió David, con bastante fastidio -. Y tengo que decirte que no apruebo lo que estás planeando, Bradford.

-¿Por qué? Tendré el consentimiento de la chica. No quebrantaré ninguna ley, David.

-Es inmoral.

Bradford rió.

-Bien, hemos llegado -dijo David con tono irascible -. ¿Sabes? Lo que no entiendo es por qué no han venido los padres de la muchacha.

-¿Se notificó a alguien que quedaba arrestada? -preguntó Bradford.

-Supuse que la señora que la acompañaba se encargaría de eso.

Bradford se encogió de hombros.

-Tal vez a sus padres no les importe un bledo. De todos modos, si vienen, ya no la encontraran aquí. Y no hace falta que esperes, David. Yo puedo ocuparme de todo de ahora en adelante. -Luego añadió -: Supongo que en la casa hay bastantes provisiones, ¿verdad?

-Sí -respondió David -. Además hay un carruaje y un par de caballos en el establo. Pero tendrás que atenderlos tú mismo, ya que no quieres criados.

-Has hecho maravillas, David, en tan poco tiempo. Gracias.

-No me lo agradezcas. Para esto no necesitas un abogado. Te habría bastado con cualquier dueña de burdel.

-Señorita Smith.

Ángela miraba fija en el techo. Tendida en un estrecho camastro, contaba las grietas por centésima vez. Jamás había estado tan furiosa en toda su vida. Había tenido tres días para alimentar esa furia.

-¡Ágela Smith!

Sobresaltada, se sentó en la cama. No debía olvidar que había utilizado el apellido Smith. Impulsivamente, había inventado toda la información que le habían requerido, para no implicar a la escuela en un escándalo. Se puso de pie cuando se abrió la puerta y un guardia entró a la celda.

-Y bien, no se quede allí de pie, muchacha -dijo el hombre con impaciencia -. Venga.

-¿Adónde? -Preguntó, con recelo.

-Queda en libertad. El hombre a quien usted robó ha decidido retirar los cargos. Todo lo que quiere son unos minutos de su tiempo. La está esperando afuera.

-Ah, ¿sí? -dijo, fríamente.

Tomó la pequeña maleta que había conservado, que contenía algunas mudas de ropa. Naomi se había llevado el resto de su equipaje. Salió de la celda y se dirigió a la entrada, sin esperar que nadie le dijera si podía hacerlo o no. La detuvieron, pero sólo para entregarle su chaqueta y su capa. Se las puso de prisa y abandonó el edificio.

Al salir, el sol matutino la cegó. Eso, además de la nieve que había caído, hizo que por un momento todo se viera blanco y borroso, y la muchacha tuvo que detenerse para orientarse.

Finalmente, protegiéndose los ojos con la mano, lo vio a pocos metros de allí, de pie junto a un pequeño carruaje.

Se dirigió a él con deliberada lentitud y con los ojos fijos en su rostro. ¡Bradford sonreía! Eso era el colmo. Se detuvo cerca de él; luego, su mano surcó el aire y fue a dar contra la mejilla del hombre. Este se sorprendió.

-¿Por qué has hecho eso?

-¡Y te atreves a preguntarlo! -gritó, furiosa-. Si tuviera un revólver, te mataría ahora mismo. ¡Juro por Dios que te mataría!

-Baja la voz, maldición, o logrará que la policía vuelva a arrestarte.

-Sí, claro, ¡vuelve a mandarme a la cárcel! Puedes decir que te agredí.

Bradford la miró, con el entrecejo fruncido.

-Sube al carruaje.

-¡No lo haré!

La tomó del brazo y la empujó a través de la puerta del vehículo y luego arrojó la maleta al interior. Subió de prisa y el cochero puso el carruaje en movimiento. Angela se colocó en el asiento opuesto y lo miró con ira.

-¡Detén este coche ahora mismo y déjame bajar! ¡Me niego a ir contigo a ninguna parte!

-Cállate, y deja de actuar como si te hubiera agraviado. Tú me robaste, ¿verdad? Podría haber dejado que te pudrieras en la cárcel.

Ángela sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Sus labios comenzaron a temblar y las lágrimas acudieron a sus ojos.

-No tenías por qué ser tan cruel -dijo, con voz débil -. Me ofrecí a devolver tu chaqueta, pero tu abogado dijo que eso no bastaba. Después de todo, fue por tu culpa que la tomé.

-¿Mi culpa? Eso es ridículo.

-Ah, ¿sí? -Sus ojos volvieron a brillar con furia -. Aquel día te necesitaba para cerrar mi vestido, pero te dormiste. Por eso necesitaba tu maldita chaqueta.

-¿Conque por eso la tomaste? -dijo Bradford, riendo-. Querida, abajo había muchas mujeres que te habrían ayudado con gusto.

-No podía bajar y correr el riesgo de encontrarme con esa horrible Maudie -replicó, espantada.

-De modo que huiste y, por fortuna, dejaste allí tu chaqueta y tu capa.

-¿Por fortuna?

-Así fue como te hallamos. Envié un hombre allí en caso de que regresaras, y por medio de¡portero se enteró de que habías dejado esas prendas. Fue una suerte para ti que él las hurtara antes de que las encontrara Maudie.

-No me parece una suerte, puesto que me condujo a ti.

-¿Preferirías que te hubiese hallado Maudie? Estaba decidida a hacerlo, ¿sabes? -Sonrió al ver que la muchacha no respondía -. Eso creí. De todos modos, en el bolsillo de tu chaqueta había un trozo de papel escolar con notas de matemáticas. Mi hombre fue a la escuela y te reconocieron por la descripción. Como la joven seguía sin hablar, Bradford suspiró -. Ángela, no quería arrestarte. Sólo quería que estuvieses aquí cuando yo regresara.

Ángela necesitó toda su fuerza de voluntad para no volver a golpearlo.

-¿Quieres decir que no he pasado los últimos tres días en la cárcel por haber tomado tu chaqueta sino porque querías asegurarte de que estaría aquí a tu regreso? ¡Qué despreciable, odioso...

-¡Basta! -la interrumpió -. Si quieres hablar de algo despreciable, hablemos de ti. Estudias en una escuela exclusiva, era obvio que provienes de una buena familia, ¡y sin embargo fuiste a un burdel a prostituirse!

-¡No es cierto!

-Entonces, ¿cómo lo llamaría usted, señorita Smith? -le preguntó, con sarcasmo -. ¿Acaso niegas que pagué por ti? ¿O vas a decir que te violé?

-¡Lo que yo hice no excusa lo que tú has hecho!

-Señorita Smith, aquel día yo le robé algo que no esperaba ni había pedido; sin embargo, me costó otros quinientos dólares.

-¿De qué hablas?

-De tu virginidad.

Ángela sofocó una exclamación de asombro.

-Creo que me debes una explicación. ¿Qué hacías en un lugar como ese? -preguntó Bradford.

Ahora se sentía atrapada.

-Te vi afuera y... me pareció reconocerte. No sabía qué clase de lugar era ese. Sólo quería hablar contigo.

-Bueno, hablamos mucho, ¿verdad? -dijo con ironía -. Y yo ni siquiera resulté ser el hombre que tú creías, ¿no es así?

-No, no eres el hombre que yo creía -respondió, con un significado que sólo ella entendió.

-Entonces ¿por qué no te excusaste y te marchaste al saber que estabas en un error?

-Yo...

No podía continuar, no sin decirle la verdad.

-¿Qué le ocurre, señorita Smith? -preguntó en tono burlón -. ¿Acaso le avergüenza admitir que sólo iba en busca de diversión? Hay muchas chicas como tú, que quieren tener lo mejor de ambos mundos, pero pocas son tan osadas como tú.

Ángela se ruborizó.

-¡Te equivocas! ¡Yo no buscaba diversión!

-Entonces, explícamelo. Si no querías librarte de tu virginidad para poder disfrutar una vida promiscua, ¿por qué te entregaste a mí?

Ángela se irguió con dignidad.

-No tengo por qué responder su pregunta, señor Maitland.

Bradford frunció el entrecejo y luego se encogió de hombros.

-Supongo que, por el momento, puedo dejarlo pasar. Pero te prometo que obtendré las respuestas que quiero antes de terminar contigo.

¿Antes de terminar con ella? ¿Qué quería decir? Parecía una amenaza. Finalmente, Ángela advirtió cuánto tiempo había pasado y, al mirar por la ventanilla, vio que estaban en campo abierto.

-¿Adónde me llevas? -preguntó, alarmada.

-Serás mi huésped por algún tiempo.

-¡No lo seré!

-Ángela, cálmate. -Bradford sacudió la cabeza -. Realmente no se puede predecir el comportamiento de una mujer.

-¿De qué hablas?

-De ti, querida. Estaba seguro de que me estarías agradecida por retirar los cargos, de que te agradaría mi sugerencia de que pasaras el resto de las vacaciones conmigo. Incluso llegué a conseguir una casa en el campo para nosotros. Allí vamos ahora.

-Tú puedes ir allí, o caerte muerto, no me importa. Yo iré a South Hadley y espero poder olvidar que alguna vez te conocí -dijo fríamente.

-¿Qué le ha ocurrido a la muchachita que tanto se preocupaba por complacerme?

Ángela se ruborizó y miró por la ventanilla, incapaz de mirarlo.

-Esa muchachita pasó tres días horribles en la cárcel y se dio cuenta de que eres un bastardo.

-Déjame recompensarte, Ángela -dijo, en voz baja.

Ángela volvió sus oscuros ojos violetas hacia él.

-¿No puedes entender que te desprecio? No tienes derecho a secuestrarme, ni a enviarme a la cárcel. ¡Te odio!

-Ángela, no me conoces lo suficiente para odiarme.

Librodot

-Sí te conozco -replicó fríamente.

Bradford se inclinó hacia adelante en su asiento y tomó la mano de la muchacha, que la retiró enseguida.

-Mira, lamento haber manejado las cosas de esta manera. No quiero discutir contigo. Te deseo: por eso estoy aquí. Por eso me tomé tantas molestias.

Ángela no respondió. Lentamente, Bradford se recostó contra el asiento y la observó. Permanecieron en silencio durante el resto del viaje.

Librodot

16

Ángela demostró poco interés en el ambiente en que se hallaba. El enorme dormitorio era cálido y acogedor. Había un fuego encendido en el hogar y gruesas alfombras para caminar descalza. Era una habitación lujosa pero, por lo que a ella concernía, era otra prisión.

Le resultaba inconcebible encontrarse allí, pero así era. La puerta estaba cerrada desde afuera y las ventanas eran altísimas. Además, Bradford se reuniría con ella muy pronto.

-Serás mía por un tiempo, te guste o no -le había dicho después de arrastrarla al interior de la gran casa campestre y de llevarla al primer piso -. Te daré la tarde para que lo pienses y te des cuenta de que no hay nada que puedas hacer al respecto. Por tu propio bien, espero que esta noche, cuando me reúna contigo, estés más sociable.

La tarde pasó con lentitud mientras se paseaba furiosa por la habitación y gritaba exigiendo ser liberada. Lo que empeoraba la situación y la hacía tan frustrante era que apenas unos días atrás la muchacha se habría sentido llena de felicidad de estar con Bradford.

Recogió todos los objetos que pudiesen ser usados como armas (libros, jarrones, un reloj, dos estatuillas de hierro) y los apiló sobre la cama dispuesta a arrojarlos en cuanto se abriera la puerta. Si eso no impedía que ese hombre entrara, al menos el atizador de hierro del hogar lo mantendría alejado de ella.

Bradford había pasado la mayor parte del día abajo, meditando. Sabía que no tenía derecho a mantener allí a la muchacha contra su voluntad y que, al hacerlo, podía terminar en la cárcel. Pero eso no le importaba. Estaba dispuesto a pagar ese precio.

Pasó la última parte de la tarde preparando la cena, Y luego hizo una mueca al ver el desastre en que había convertido la cocina. Pronto, colocó una bandeja con comida sobre una mesa cercana al cuarto de Angela y se dispuso a abrir la puerta. El hecho de encerrarla perturbaba su conciencia, pero no se le había ocurrido otra manera. Todo lo que ella necesitaba era tiempo para calmarse. Después de todo, antes lo había recibido con los brazos abiertos.

No provenía sonido alguno desde el interior de la habitación. Bradford hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta. Se sorprendió y se hizo a un lado mientras un objeto volaba junto a su cabeza y se hacía trizas en el corredor. Al ver a Angela del otro lado de la cama, lista para arrojarle un libro, salió de la habitación rápidamente y volvió a cerrar la puerta. Frunció el entrecejo. Eso sería difícil.

-Ángela, esto no dará resultado -le dijo -. De todos modos voy a entrar.

-Hazlo y por la mañana estarás dolorido.

-Te he traído comida. Tienes que comer.

-Muchas veces me las he arreglado sin comida. No quiero nada de ti.

Bradford sacudió la cabeza. Mucha gente no había tenido qué comer durante al guerra. Eso le hizo preguntarse dónde habría pasado Angela esos duros años. Había muchas cosas que quería saber acerca de ella, y estaba decidido a averiguarlo todo. En los próximos días lo haría.

Buscó en el corredor algo que pudiese utilizar como escudo. Vio la bandeja de comida y quitó rápidamente todo lo que había en ella. Sosteniéndola frente a sí, abrió la puerta y se introdujo en el cuarto. Un jarrón golpeó la bandeja y un libro le dio en el muslo antes de que pudiese llegar a la cama. Angela estaba de pie muy rígida, con un atizador de hierro en la mano. Bradford rió al verla.

-No te das por vencida, ¿eh, Ángel?

-¡No me llames así! -gritó, antes de dirigirle un golpe.

Bradford tenía los reflejos bien entrenados. Se hizo a un lado y luego la tomó de la muñeca antes de que pudiera volver a levantar el atizador.

-Y ahora, ¿con qué pelearás? -preguntó, luego de quitarle el arma.

-¡Con esto!

La muchacha levantó la otra mano para golpearlo, pero Bradford también la atrapó.

-Y ahora, ¿con qué?

La atrajo hacia sí y cayó con ella sobre la cama, mirándola y sonriendo por la furia que brillaba en los ojos de la muchacha.

-No te enfades más, Ángel. No luches contra mí.

-¡No puedes tenerme aquí encerrada!

Él ignoró sus palabras. Se inclinó sobre ella y hundió la cara en su cuello. Sus labios hicieron que a Angela se le pusiera la piel de gallina. Se estremeció al sentir la presión de las piernas de Bradford sobre las suyas. Intentó liberar sus manos, pero él la sostuvo con fuerza y continuó atacando su piel sensible.

-Basta -protestó, pero advirtió la debilidad de su propia voz -. ¡Por favor!

La respuesta de Bradford fue reclamar sus labios. La muchacha sintió su ansiedad, se sintió subyugada por ella, y luego afloró su propio deseo. Intentó con desesperación recordar que lo odiaba. Se dijo con furia que aquel contacto debía repugnaría. En cambio, arqueó la espalda para acercarse más a él y maldijo la ropa que los separaba.

-Ámame, Ángel -susurró Bradford, mientras sus labios recorrían el cuello de la joven -. Sé mía, como lo fuiste antes. Jamás he deseado nada como te deseo a ti.

-No -gimió, con los últimos vestigios de resistencia.

-Sí -murmuró Bradford.

-Sí -suspiró.

17

Después de esa primera vez, Angela disfrutó la semana que pasaron juntos en la hermosa casa de campo. Bradford no lograba saciar su sed de ella, y la muchacha tampoco. Pronto supo que era muy apasionada. Apenas él la tocaba, despertaba su deseo.

Bradford descubrió que ella no quería hablar del pasado. La única vez que la había interrogado al respecto, se había molestado y asustado. Jamás le diría quién era en realidad. Ya era demasiado tarde para eso. El se pondría furioso si lo supiera, y entonces lo perdería. Por lo tanto, no volvió a hacerle preguntas. Sin embargo, hablaban mucho. Él le habló acerca de la guerra y de las batallas que había ganado y perdido.

-El ejército del Potomac era el mejor -dijo Bradford, mientras bebían vino junto al fuego-. Volví a incorporarme en el verano del '63, cuando el ejército estaba al mando del general George Meade. Fue un honor pelear junto con el viejo George, Ángel. Había que respetar el coraje de ese hombre. Encontramos a Lee cerca de Gettysburg y obligamos a los rebeldes a replegarse a Virginia. Ese fue un día para celebrar. Pero no todas fueron victorias gloriosas; algunas podían dar náuseas a cualquiera. Hubo una matanza total en Cemetery Ridge, cuando abatimos casi toda una división de rebeldes que atacaban esa maldita colina.

La expresión de Bradford se endureció al recordar el episodio. Esa tarde no volvió a hablar de la guerra, pero concluyó la historia al día siguiente.

-Después de Cemetery Ride, estuve en la caballería al mando del Pequeño Phil hasta el fin de la guerra.

-¿Él también era general?

-Mayor General Sheridan. Era un buen hombre. Hubo muchas más batallas decisivas, y en el '65 volvimos a encontrarnos con el ejército de Lee. Diablos, nosotros habíamos que el sur estaba derrotado, pero ellos eran demasiado tercos para admitirlo. En abril logramos que Lee se rindiera, cuando bloqueamos su línea de retirada.

-Ojalá la guerra hubiese terminado entonces -comentó Angela, al recordar que, después de la rendición de Lee, Canby había ocupado Mobile y Wilson había atacado Alabama.

-Después de la victoria de Appomattox, fue fácil dominar al resto de los ejércitos sureños. Pero ¿por qué has dicho eso, Ángel? Tú estabas a salvo aquí en el norte, ¿no es así?

-Sí, claro -mintió rápidamente.

Angela estaba agradecida a Naomi por haberla ayudado a perder su acento sureño. Se alegró de que Bradford diese por sentado que ella provenía del norte, aunque no le agradaba mentirle. Omitir la verdad era una cosa, pero una mentira era algo muy diferente.

Ese día, Bradford explicó cómo lo había cambiado la guerra. También explicó por qué la había tratado de manera tan arbitraria.

-Toda esa matanza, ver cómo morían mis amigos, ver morir tantos jóvenes, hizo que me diera cuenta de que la vida es muy corta e incierta. En la mitad de la guerra decidí que, si salía de ella con vida, aprovecharía al máximo el resto de mi vida. Nada de compromisos, nada de segundas partes. Y eso es exactamente lo que he hecho. Busqué y conseguí todo lo que quise. No hay razón para conformarse con menos cuando se puede obtener lo mejor. ¿Acaso no te conseguí a tí? -agregó, sonriendo.

Sí la había conseguido, y ella estaba dispuesta a seguirlo hasta los confines de la tierra. Sólo que él no se lo pedía. Esperaba que regresara a la escuela y, cuando terminaron las vacaciones, él mismo la llevó allí.

Ángela se sentía desdichada ese día, hasta que Bradford le explicó que volvería por ella cuando terminaran las clases en el verano.

Cuando llegaron a la escuela las primeras flores para Ángela Smith, la muchacha se quedó encantada. No podía reclamar las flores, de modo que fueron devueltas, pero al menos sabía que las había enviado Bradford, que no la había olvidado. Envió flores tres veces más,

Librodot

y también fueron rechazadas. Luego, ya no llegaron más. Sin embargo, la muchacha no se molestó por ello; no esperaba que él siguiera mandándolas. Después de todo, las flores eran demasiado caras en el invierno. Pero llegó el verano, y Bradford no.

Librodot

18

Zachary Maitland llamó a la puerta de¡estudio y luego la abrió sin esperar respuesta.

-Padre, quisiera hablar contigo, si tienes un minuto.

-Un minuto es todo lo que puedo dedicarte -respondió Jacob desde detrás del escritorio -. Quiero terminar estas cuentas antes de ir a recibir a Ángela.

-Bueno, justamente ella es el motivo por el que quiero hablar contigo, padre. Es hora de que te des cuenta de lo que haces -dijo Zachary mientras se sentaba en la silla de cuero que estaba junto al escritorio.

-De lo que me doy cuenta es de que uno de mis hijos se ha convertido en un presuntuoso, igual que su esposa -respondió Jacob con cierta irritación -. Creía que te había criado mejor, Zachary.

-No me gustan tus palabras,

-Eso creo, pero me parece que "presuntuoso" es la palabra adecuada. Os describe a ti y a Crystal a la perfección. Es una pena que no puedas parecerte más a tu cuñado... aunque temo que él cambie de idea con respecto a Ángela sólo porque está enamorado de ella.

- Es un tonto, pero ya se le pasará -replicó Zachary.
- ¿Eso crees? -preguntó Jacob, cerrando sus libros por el día -. A mí me parece que el tonto fuiste tú en cuanto al amor. Dejaste de lado tus convicciones para poder ganar a Crystal.

-Creo que he vivido aquí el tiempo suficiente para ofrecer mi lealtad al sur -replicó, indignado -. Peleé por una buena causa. No cambié mi lealtad por Crystal.

-¿A quién intentas convencer, Zachary? ¿A mí o a ti mismo? Crystal y Robert fueron leales al sur porque es todo cuanto han conocido. Pero tú no creías en la causa del sur más que Bradford o yo. Al menos mi hijo mayor tuvo el coraje de luchar por sus ideas, aun cuando le costara caro.

-¿Acaso es culpa mía que Crystal rompiera su compromiso y dijera que jamás quería volver a verlo al descubrir que Bradford simpatizaba con el norte? ¡Yo podría habérselo dicho, pero no lo hice! -gritó Zachary, para disimular el profundo temor que sentía hacia su hermano mayor. Siempre se sentía incómodo cuando su padre mencionaba ese tema -. ¡Bradford la perdió por su culpa, no por la mía!

-Crystal tomó una decisión apresurada, pero tú no le diste tiempo para reflexionar. Esa muchacha te interesó desde que te enteraste de que Bradford estaba con la Unión. Te incorporaste a la Confederación y esperaste tu oportunidad, pues sabías lo que ocurriría cuando ella descubriera de, qué lado estaba Bradford. ¿Nunca se te ocurrió que ella podría haberse casado contigo sólo por despecho?

-Ella me ama, padre, y yo la amo.

-Podría creer eso si tuviera algún nieto como prueba. ¡Hace ya seis años que estás casado con esa mujer! Lo único que veo es que ese que tú llamas amor entre tú y Crystal impide que Bradford regrese a casa.

-Yo no le impido que vuelva, y tampoco Crystal. Bradford se ha quedado en el norte porque así lo quiere -dijo Zachary con obstinación, pero no podía sostener la mirada de su padre.

-No es así, Zachary -replicó Jacob con un suspiro -. Es porque teme que, si se enfrentara contigo, podría matarte. Amaba a Crystal lo suficiente para convertirla en su esposa. Tuvieron una discusión y ella canceló el compromiso. Pero el tiempo lo habría solucionado. Él seguía decidido a casarse con ella cuando regresara, y tú lo sabías. ¿Crees que alguna vez te perdonará?

No, pensó Zachary para sí, no lo haría. Y gracias a Dios prefirió mantenerse lejos. Vivía con un constante temor que algún día Bradford regresaría. Lo aterrorizaba el temperamento explosivo de su hermano.

-Vine aquí para hablar de tu preciosa Ángela, no de Bradford -dijo con amargura.

-Ah, sí. Conque quieres volver sobre la misma discusión de siempre. ¿O acaso traes nuevos argumentos? Zachary, ¿qué tienes contra ella?

-Personalmente, nada. Es una muchacha muy agradable y le deseo el bien. Sólo que se lo deseo en otro lugar. Cada vez que viene aquí en las vacaciones, los rumores y las habladurías continúan durante meses, mucho después de que ella regresa a la escuela.

-¿Cómo te atreves a volver a hablarme de esos tumores cuando fuiste tú quien los inició? ¡Si no te hubieses mudado a la ciudad con tu esposa el primer verano que Ángela vino a casa, ninguno de esos rumores habría comenzado! Tu pequeño acto de desafío, Zachary, al quedarte en la ciudad hasta que Ángela regresara a la escuela, fue lo que llevó a la gente a creer que protegías a tu esposa de la inmoralidad de esta casa. Preferías enfrentarte a la fiebre en la ciudad y no a los pecados que tenían lugar en tu casa; eso fue lo que hiciste creer a la gente.

-Hablaré con Crystal, padre, pero sigue en pie la cuestión de las habladurías. Ya es bastante malo que nuestros amigos hablen de ti y de Ángela a nuestras espaldas, pero el último verano, cuando ella se encerró en esta casa contigo y no quería ir a ninguna parte, las cosas empeoraron. Ni siquiera ha llegado aún, y ya han comenzado las habladurías.

-¡Me importa un bledo lo que diga la gente! Te lo he dicho antes -dijo Jacob, levantando el tono de voz y comenzando a perder los estribos.

-Pues a nosotros sí nos importa. ¿Cómo crees que nos sentimos cuando vamos a la ciudad y la gente nos mira? Ni siquiera se molestan en susurran ¿Sabes lo que dicen? Que te gustó una mujerzuela blanca y la trajiste a tu casa para no tener frío en las noches. Que la enviaste a educarse a una buena escuela para no avergonzarte de ella. Que la cubres de obsequios para que no te abandone por un hombre más joven. Y ahora la gente siente lástima por Robert porque tuvo la desgracia de enamorarse de la amante de un hombre rico -dijo, con desdén -. ¿Es que eso no te molesta en lo más mínimo?

-No, -respondió Jacob, enfadado, y decidió poner a Zachary en su lugar -. Pero ya que a ti te molesta tanto, tal vez debería dar permiso a Robert para pedir a Ángela que se case con él. Robert ya me ha consultado al respecto.

-¡No puedes hablar en serio! -exclamó Zachary, consternado -. ¡No permitiré que mi mejor amigo se case con la muchacha con quien has estado durmiendo todos estos años!

-¡Maldición, Zachary! -rugió Jacob, y se puso de pie en un acceso de furia -. ¡De modo que tú también crees en todas esas sucias mentiras! Creía que hace ya mucho tiempo os había explicado que... que...

Jacob se llevó las manos al corazón, incapaz de hablar debido al dolor punzante que sentía en el pecho. Volvió a caer sobre la silla. Su rostro palideció rápidamente y apenas podía respirar.

-¡Padre! -exclamó Zachary, fuera de sí por el susto -. ¡Padre! Iré a buscar al doctor Scarron... Iré volando, padre. ¡Aguanta un poco!

19

Ángela esperaba con ansiedad en el muelle, sentada sobre uno de los grandes baúles llenos de ropa de invierno. Hacía una hora que había abandonado el barco de vapor, y Jacob tendría que haber estado allí para recibirla. ¿Qué podía haberlo demorado?

Su estómago protestaba, furioso, pero la muchacha no quería arruinar su apetito para la cena que le regalaría Jacob. Todas las demás veces en que había regresado de la escuela, la había llevado a un buen café antes de partir hacia Golden Oaks. El año anterior, como se sentía desdichada por Bradford, no lo había apreciado lo suficiente, pero este año sería distinto. Su prolongada tristeza había llegado a su fin.

Una pequeña brisa impulsó un rizo suelto sobre su rostro, y Ángela lo sujetó bajo el sombrero blanco. Estaba vestida de blanco, hasta los zapatos y las medias de seda. Se alegraba de que así fuera, pues era una tarde muy calurosa.

La dársena hervía de gente y la muchacha intentaba concentrarse en ella, pero no lo lograba. Continuaba preguntándose qué clase de recepción tendría esta vez en Golden Oaks. En los últimos tres años, Zachary y Crystal se habían mantenido lejos de allí durante la mayor parte de sus visitas. Pero esta vez volvía para quedarse. El último verano, Hannah le había dicho que Zachary jamás se mudaría de Golden Oaks para siempre, de modo que tendría que luchar con Crystal. A Ángela no le atraía la idea.

¿Por qué, después de tanto tiempo, Crystal no podía aceptarla como lo había hecho su hermano Robert? Ángela hablaba tan bien como Crystal y estaba mucho mejor educada que ella, puesto que había abandonado la escuela a los catorce años. Ahora, podía desempeñarse bien en una reunión social. Estaba a su nivel en todos los aspectos externos. ¿Por qué Crystal no podía aceptarla? ¿Acaso le reprobaría por siempre su niñez de pobreza?

-Vaya, miren quién está aquí: la bella dama. Veo que as vuelto de la escuela.

Ángela se sobresaltó, se volvió rápidamente y vio a Billy Anderson. Sus ojos se abrieron más al verlo, vestido con un inmaculado traje de tweed gris azulado. Habían pasado siete años desde la última vez que lo había visto, el día que lo había echado a punta de rifle. A menudo se había preguntado que habría sido de él. En sus frecuentes viajes a la ciudad, acompañada por Robert Lonsdale o por Jacob alunas veces había visto a su padre, Sam Anderson, pero nunca a Billy. Era como si hubiese desaparecido de Mobile,

-¿Te han comido la lengua los ratones, Ángela? -preguntó, con una sonrisa desdeñosa.

-No, yo... es que estoy sorprendida de verte -respondió, nerviosa.

Billy rió de la expresión atemorizada que la muchacha no lograba disimular.

-¿Acaso te asusto, Ángela? Veo que ya no llevas un rifle contigo.

Angela retrocedió.

-¿Qué buscas, Billy?

-Sólo una charla amistosa -dijo, en tono sarcástico -. Aunque tú nunca fuiste muy amigable, ¿verdad? -Sus ojos castaños se ensombrecieron de pronto -. Fue muy astuto de tu parte correr a contárselo al anciano Maitland y hacer que él amenazara a mi padre con un juicio hipotecario si yo no te dejaba en paz. Papá me envió al norte a vivir con mi tío entre todos los malditos yanquis... ¡aún mientras la guerra continuaba! ¡Y todo por tu culpa, Ángela Sherrington!

Había en sus ojos un odio amargo que atemorizó a la muchacha. Apenas pudo recobrar el aliento.

-Yo no tuve nada que ver con eso, Billy. Yo jamás le hablé de ese día. En ese tiempo apenas conocía a Jacob Maitland.

-Ahora lo conoces muy bien, ¿no es así?

-¿Qué quieres decir con eso?

Billy ignoró la pregunta y la observó.

Librodot

-Resultaste aún más bonita de lo que creía. También eres más astuta de lo que esperaba. Te fijaste altos objetivos y los conseguiste. -Sonrió-. Pero no puedo culparte. Vivir en esa hermosa mansión, como un miembro más de la familia, debe de ser mucho mejor que la casita en la ciudad que te ofrecí. Y supongo que no te importa que Jacob Maitland tenga edad suficiente para ser tu padre, siempre que te dé tantos lujos.

-¡Creo que esta conversación ya ha durado demasiado! -dijo Ángela en tono cortante. Dio media vuelta para alejarse, pero Billy la tomó del brazo y la retuvo -. ¡Suéltame, Billy!

-Mi padre ya saldó sus deudas con Jacob Maitland, de modo que esta vez no habrá amenazas -dijo, burlón -. De todos modos, ya no dependo de papá. Logré una posición en Nueva York, gracias a la muerte de mi tío, que en sus últimos años agradeció mi compañía. Sí, me va muy bien. -Aferró el otro brazo de Ángela y la obligó a mirarlo -. Ahora podría ofrecerte algo mejor, Ángela. Ahora que eres una dama educada, incluso podría casarme contigo.

Ángela se enfureció. Liberó sus brazos y miró a Billy con ira.

¿Incluso podrías casarte conmigo? ¡Pues tengo noticias para ti, Billy Anderson! ¡Mi respuesta es la misma que antes! Y déjame aclarártelo de una vez por todas: ¡me das asco! Jamás, jamás pensaría siquiera en ser tu amante. Y en cuanto al matrimonio, ¡preferiría casarme con un mísero vagabundo antes que contigo! Ahora bien, ya que no te atreves a hacerme nada frente a tantos testigos, te sugiero que te marches. Jacob llegará en cualquier momento. Billy rió con desdén, como si ni siquiera la hubiese oído.

-¿Crees que tengo miedo de ese viejo? Sólo estás en lo cierto en una cosa, Ángela. Ahora estás a salvo, pero habrá otra oportunidad. Durante todos estos años, he pensado en ti constantemente. Al principio te odiaba, y creo que ahora te odio más aún. Pero eso sólo me dará más satisfacción cuando finalmente te haga mía. Y lo haré, Ángela. No importa cuanto tiempo me lleve, algún día te entregarás a mí. O morirás antes.

Le dirigió una última mirada penetrante; luego, se quitó el sombrero a modo de saludo y se alejó. Ángela estaba profundamente perturbada. Después de tantos años, ¿tendría que vivir atemorizada? ¡No! Ya no estaba sola en el mundo. Tenía a los Maitland. Jacob la protegería.

En ese momento, el brillante carruaje negro que tanto conocía se detuvo frente a ella y la hizo olvidar su encuentro con Billy Anderson. Pero no fue Jacob quien descendió a saludaría, sino Robert Lonsdale y su hermana. Sus rostros solemnes anunciaban que algo había ocurrido. Angela recordó el día de la muerte de su padre.

-¿Dónde está Jacob? -preguntó, aterrorizada.

-Ha sufrido un grave ataque, Ángela... su corazón. -Robert le dio la noticia de la manera más suave posible -. Pero dice el doctor que se pondrá bien, siempre que tome las cosas con calma. Tendrá que permanecer en cama hasta que recobre sus fuerzas.

El alivio hizo que las lágrimas acudieran a sus ojos. Podría haber sido peor. Pero a los cincuenta y cinco años no se tenía mucha posibilidad de sobrevivir a los ataques cardíacos. "¡Dios mío, no dejes que muera!", rogó en silencio.

-No lo tomes así -dijo Crystal secamente -. Tal vez se ponga bien, de modo que no tienes que preocuparse por perder tu posición en Golden Oaks. Al menos, todavía no.

Ángela se quedó boquiabierta. Robert replicó con furia:

-¡No tienes por qué decir eso, Crystal!

-Supongo que no, pero no pude resistir la tentación -dijo, riendo -. Después de todo, si algo le ocurriera a papá Maitland...

Dejó la frase inconclusa, se volvió y subió al carruaje. Ángela la siguió con la mirada; sus lágrimas eran ahora de ira.

Librodot

20

La oficina de David Welk estaba decorada con buen gusto. Tenía un escritorio y mesas de caoba, sillas de color crema y un sofá. Las paredes estaban adornadas por retratos de presidentes, y en un rincón había un discreto bar bien equipado. Detrás del gran escritorio, había una inmensa ventana panorámica que daba a un jardín en flor. Se avecinaba una tormenta de verano, y el fuerte viento hacía estragos con las delicadas flores, haciendo volar hojas y pétalos coloridos.

Bradford Maitland miraba con impaciencia la tormenta que se cernía sobre el lugar, con la esperanza de poder regresar a su hotel antes de que comenzara. Después de varios meses sin resultados, uno de los detectives de Welk había encontrado a Ángela. Bradford había viajado desde Nueva York, sólo para recibir la noticia de que David no estaba en la ciudad y que no regresaría hasta esa tarde. Habían acordado encontrarse en su oficina a las seis.

Eran casi las siete cuando terminó su tercer vaso de whisky con agua. Inconscientemente, sus dedos daban golpecitos sobre sus piernas. Hubo un relámpago que señalaron el comienzo de la tormenta. Estuvo a punto de saltar de la silla cuando la puerta se abrió y David, aún con la ropa del viaje, entró lentamente a la oficina.

-¡Maldito seas, David! -dijo Bradford, -irritado -. ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer además de estar sentado en tu oficina y emborracharme mientras te espero?

David Welk le sonrió con fatiga; aparentaba más de sus cuarenta años. Se quitó el sombrero y la chaqueta antes de sentarse tras el escritorio.

-Pensaba regañarte, pero tú siempre me ganas -dijo David con un suspiro, sacudiendo la cabeza. Se inclinó hacia adelante, con el entrecejo fruncido -. Creo que lo haré de todos modos. ¡Maldito seas, Bradford! ¿Es que siempre tienes que tratar conmigo después del horario normal de oficina? Llego a casa justo a la hora de la cena y me encuentro con que tengo que verte aquí. ¡Si no me alejas de mi familia, me llamas en mitad de la noche!

-Te pago para que estés disponible, así que no esperes ninguna disculpa -replicó Bradford.

David levantó los brazos en gesto de exasperación.

-¡Dios no me permita esperar que Bradford Maitland acate los horarios normales! O cualquier otra cosa, en realidad.

Finalmente, Bradford se calmó y sonrió.

-Algunos de mis mejores negocios han terminado después de la medianoche, y en ambientes más divertidos que una oficina. Y ahora que hemos terminado con los buenos modales -agregó, y sonrió al oír el "bah" de David -, ¿dónde está ella?

-Tú sí que vas al grano enseguida, ¿eh?

-Sabes cuánto tiempo he esperado esta información -dijo Bradford, sin dejar de sonreír -. Dímelo.

-Las noticias... no son lo que tú esperas, Bradford -dijo David, incómodo -. Temo que te avisé un poco prematuramente.

Bradford se incorporó.

-Pero ¿encontraste a la muchacha? ¡No me digas que la has perdido!

-Bueno, sí... y no. Lo que quiero decir es que hallamos una chica que concordaba con la descripción. Ahora está casada y vive en Maine. Vivió aquí durante el período en cuestión y se llama Ángela, igual que tu chica. Incluso tiene la misma edad.

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-Es que no es ella. Es una buena muchacha.

-¡La mía también, maldición! -gruñó Bradford -. Sólo porque ella...

-Tú no entiendes, Bradford -lo interrumpió David -. La muchacha que encontramos es hija de un clérigo; tuvo una crianza estricta.

Librodot

-¿Qué diferencia hay? Te dije que mi Ángela no era ramera ni ladrona. El asunto de la chaqueta fue un error

-Lo sé, lo sé. Pero esta chica tiene una hija de tres años. Investigamos para asegurarnos de que la criatura es realmente suya. Además, tú dijiste que tu chica era virgen cuando la conociste.

-Está bien -dijo Bradford, con un suspiro -. De modo que he hecho este viaje para nada.

-Lo siento, Bradford. Te envié un telegrama en cuanto supe que habíamos seguido una pista equivocada. Aparentemente, no llegó a tiempo.

-Por desgracia, no -dijo, desanimado -. ¿No tienes nada alentador para informarme?

-Temo que no, Bradford.

-¿Ninguna pista nueva? -insistió, esperanzado -. ¿Algo... cualquier cosa?

David se movió, intranquilo. Respetaba a Bradford Maitland, pues era un genio para los negocios. Pero le parecía que había perdido la cabeza por la esquiva Ángela.

-David, tengo que encontrarla.

-Desiste, Bradford. No creo que la chica merezca tanto esfuerzo, tiempo... y dinero.

-Sí los vale -dijo Bradford. Sus ojos se veían distantes al recordar las suaves curvas, los hipnóticos ojos violetas, la delicada belleza, la brillante sonrisa -. Vale más que eso.

Deseando poder ofrecerle más aliento, David dijo:

-Había una muchacha en la escuela que concordaba con la descripción, pero era del sur y me dijiste que no me molestara en seguir esa pista porque tu Ángela no podría haber sido sureña. Además, la señora Barkley explicó que ese año no había ninguna Smith en la escuela. Es hora de darse por vencidos.

-No.

-Muy bien, Bradford -suspiró David -. Si quieres seguir pagando a los detectives que he contratado... bueno, eso es cosa tuya. Te he dado un consejo y eso es todo cuanto puedo hacer. Pero te diré algo más: no te hagas ilusiones. Ha pasado demasiado tiempo. Ya no quedan pistas que seguir.

-Hay una que pasamos por alto. Si es todo lo que tienes, entonces comienza a buscar en el sur.

-Cómo quieras -respondió David y -se puso de pie, poniendo fin a la reunión.

Al regresar a su hotel, Bradford halló al conserje esperándolo.

-Acaba de llegar este telegrama para usted, señor -dijo el hombre, sonriendo.

-Gracias -respondió Bradford.

Miró el trozo de papel con fastidio, pensando que se trataría del telegrama demorado de David Welk. Pero el mensaje no era lo que suponía.

SU PADRE TUVO UN ATAQUE CARDIACO.
GRAVE.
VENGA PRONTO.
DR. SCARRON.

Librodot

21

Tres semanas después del ataque de Jacob Maitland. Hannah encontró a Ángela en el corredor frente al dormitorio de él.

-¿El amo duerme, niña? -susurró mientras la muchacha cerraba la puerta del cuarto de Jacob.

-Sí, pero creo que deberíamos llamar otra vez al doctor Scarron -dijo Ángela, muy preocupada.

-¿Qué pasó? -preguntó Hannah, con los ojos muy abiertos -. ¿Se ha puesto peor?

-No lo sé -respondió, con los ojos violetas llenos de inquietud -. Esta noche comió bien y luego se durmió pero después de unos minutos comenzó a hablar como si delirase.

-Oh, señorita -rió Hannah, aliviada -. No hay que preocuparse por eso. El amo Jacob habla en sueños. Siempre lo ha hecho.

-¿ Estás segura?

-Sí. ¿No recuerda que fue así como mi Luke se enteró de que el amo Bradford peleaba por el norte? Yo misma lo oí hace mucho, mientras él dormía en el sofá de su estudio.

Camino a la cocina, Ángela pensaba en lo que Jacob había dicho en sueños. Había mencionado tres veces el nombre de su madre; nada más: sólo Charissa. La muchacha pensó que la había confundido con su madre pero después de lo que dijo Hannah, ya no estaba segura de ello. Jacob estaba soñando con Charissa Sherrington, pero ¿por qué?

En ese momento, Crystal entró a la cocina.

-Conque estás aquí, Ángela. Te he buscado por todas partes.

La curiosidad de Angela despertó enseguida, puesto que Crystal siempre trataba de evitarla.

-¿ Es posible que busques mi compañía? -preguntó.

Crystal le dirigió una falsa sonrisa.

-Pues, de hecho, así es. Quería hablar contigo. -Se sentó frente a Ángela y dijo sin preámbulos: -Creo que no deberías pasar tanto tiempo con mi hermano. La gente comienza a hablar.

-¿Y cuáles son los rumores ahora, si es que puedo saberlo?

-Bueno... eso no importa -respondió Crystal, irritada, y su sonrisa falsa se borró de su rostro -. Es sólo que Robert no podrá hallar una esposa apropiada si pierde... si pasa tanto tiempo contigo.

-¿No tendrías que decirle esto a Robert? - preguntó Ángela, cuya paciencia comenzaba a acabarse.

Crystal se puso de pie, se sirvió una taza de chocolate caliente y volvió a sentarse.

-Lo hice, créeme. Pero Robert no quiere atender razones. Es hora de que siente cabeza y forme una familia.

-Eso no es asunto mío, Crystal.

-¡Claro que es asunto tuyo! -exclamó Crystal-.¡Él quiere casarse contigo! Pero estoy segura de que comprenderás que eso es imposible.

-¿Dices que Robert quiere casarse conmigo?

-Dice que esta enamorado de ti. Ya ha hablado con Jacob.

-¿Cuánto hace que sabes lo que siente Robert por mí?

Ángela no lo comprendía. Robert le había hecho innumerables insinuaciones amorosas y ella disfrutaba rechazándolas en tono de chanza. Pero jamás había imaginado que hablara en serio.

-Pues, hace al menos tres años. Ha estado esperando que terminaras tus cuatro años de escuela -respondió Crystal -. ¿Quieres decir que de veras no sabías lo que él siente?

-No, no lo sabia. Ojalá me lo hubieras dicho antes; así habría podido desalentarlo.

¡Maldición! -exclamó olvidando sus modales.

Crystal abrió aún más los ojos.

-¿No quieres casarte con él*?*

-No lo amo, Crystal, de modo que no podría casarme con él.

Sin embargo, le agradaba Robert y no deseaba hacerle daño.

-¡Es maravilloso...! Quiero decir... bueno, no importa. Robert se repondrá. Lo que necesitamos es un baile; eso lo ayudará a olvidar su tonta infatuación. Hace ya demasiado tiempo que los Maitland no dan un baile.

-Tuvieron uno hace apenas dos años -le recordó Ángela .

-Sí, pero no fue tan importante como debería haber sido. En ese momento la gente comenzaba a recuperarse de la guerra. Por supuesto, Jacob no quiso hacerlo demasiado lujoso porque eso habría recordado a la gente que la guerra no lo afectó en absoluto. Pero ahora las cosas están mejor. ¿ Qué te parece ?

-¿Te refieres al baile o a cómo están las cosas ahora ? -bromeó Ángela.

-Tú sabes a qué me refiero. Organizar un baile nos daría mucho que hacer -respondió Crystal, entusiasmada por la idea de pavonearse con un espléndido vestido nuevo.

-Creo que sí.

-.Será una excelente oportunidad para que Robert conozca a otra persona. Y, claro*,* también para ti. No conoces a bastantes jóvenes pues Robert y Jacob monopolizan tu tiempo. No te preocupes por Robert. Lo que necesita es un baile. No hay como un nuevo amor para olvidar.

Ángela sonrió. Por desgracia, estaba en condiciones de saber que eso no era verdad. Cuando se ama muy profundamente, no se puede enamorarse de otro con facilidad. Oh sí, ella lo sabía muy bien.

Al día siguiente, Robert le propuso matrimonio y la muchacha se rehusó de la manera más suave posible. Él pareció tomar su rechazo con buen humor, pero en sus ojos había más que un asomo de dolor. Ángela deseó que encontrase otro amor con rapidez. Triste, irónicamente, comprendía su pena pero no podía explicarle por qué.

22

Bradford Maitland saldó su cuenta y abandonó el hotel Mobile. En el poco tiempo que había transcurrido desde su llegada en la víspera, había sido objeto de más miradas atónitas de lo que podía haber esperado. ¿Qué le ocurría a esa gente? ¿Acaso creían que jamás regresaría?

Tal vez con su regreso cambiaría el tema de las habladurías que había oído la noche anterior. ¿Realmente era posible lo que decían de su padre y de la muchacha que, suponía, era su amante? ¡No era de extrañarse que el viejo hubiese sufrido un ataque!

No había mucha gente en las calles a esa hora de la mañana y Bradford no tuvo dificultad para hallar un carruaje abierto que lo llevara a Golden Oaks. Se recostó en el asiento y permitió que el sol ardiente lo envolviera. De pronto advirtió cuánto odiaba a Nueva York y la vida que había estado llevando. Trabajaba sólo por las tardes, bebía y jugaba por las noches, pasaba de un romance intrascendente a otro. Extrañaba sentir el sol de la mañana en el rostro, el sol abrasador del sur, no aquel frío sol del norte. Extrañaba cabalgar en campo abierto. Pero, más que nada, extrañaba a su padre.

Habían pasado siete años desde que llegara a su hogar aquella noche del '62, después de dejar a Crystal. Siete largos años. A los treinta años, había demostrado su capacidad para dirigir el imperio Maitland, aunque no había sido ésa su intención antes de la guerra. Entonces, quería casarse con Crystal y llevarla a la frontera con Texas. Pero la guerra y su hermano habían matado todos estos sueños, o la mayoría de ellos.

Aún pensaba ir a la hacienda de Texas. De hecho, lo haría muy pronto. Pero antes tenía que ver a su padre y esperaba que Zachary y Crystal se mantuvieran fuera de su camino.

Había llegado el día anterior y había ido directamente a hablar con el doctor Scarron para obtener un informe completo. Abandonó la casa del buen médico aliviado de su carga de inquietud. Su padre se pondría bien.

Bradford frunció el ceño. ¿Odiaba a Crystal o aún la amaba?

Dudaba que aún sintiera algo de amor, pero la amargura no había desaparecido. Esa bella y dulce sureña le había profesado tanto amor que estaba dispuesta a entregarse a él antes del matrimonio. ¿Por qué él se había comportado como todo un caballero? Debería haberla tomado. Tal vez, si hubiese pasado una sola noche con ella, le resultaría más fácil olvidarla.

Volvió al presente cuando el carruaje tomó el largo camino privado sombreado por gigantes robles perennes. Sonrió. La gran mansión blanca estaba igual: una parte del mundo antiguo, intacta. La guerra no la había afectado. Pero el interior sería diferente. El tiempo no se había detenido para los habitantes de Golden Oaks. ¿Cuántos de los viejos sirvientes quedarían? ¿Robert Lonsdale sería aún un huésped constante? ¿Tendrían hijos Zachary y Crystal? ¿Cuántos? Bradford deseaba ahora no haber pedido a su padre que no mencionara nada al respecto en sus cartas.

Pagó al cochero y dejó sus baúles en la galería del frente. Entró a la casa sin molestarse en llamar a la puerta y se detuvo en el amplio vestíbulo. El único sonido que oía era el confuso golpeteo de las oIlas en la cocina.

Comenzó a subir las escaleras rumbo a la habitación de su padre. Esperaba que él no hubiese cambiado mucho. Tal vez el ataque lo había afectado en gran medida.

-Amo Zachary, ¿Por qué regresó tan pronto de la ciudad? ¿Sucede algo?

Bradford se volvió y vio a Hannah de pie en la entrada al comedor, con una toalla mojada en las manos. La expresión de su rostro lo hirió.

-No te sorprendas tanto, Hannah. Creo que nadie esperaba que volviera a poner un pie en esta casa, incluyéndote a ti.

-Sí, señó... eh... quiero decir, no, señó -balbuceó, con sus ojos castaños abiertos como platos.

-Bueno, no digas a nadie que estoy aquí. Hannah, porque sólo vine a ver a mi padre. ¿Está en su cuarto?

La mujer asintió lentamente. Bradford continuó subiendo las escaleras, mientras Hannah lo seguía con la mirada. Llamó a la puerta de su padre y esperó respuesta, luego, entró a la habitación inundada de sol.

Se miraron sin hablar durante largo rato. Bradford se alegró mucho de encontrar a su padre con tan buen aspecto.

"Esa muchacha con la que anda debe de hacerle bien", pensó, divertido.

-Ha pasado mucho tiempo, hijo. ¡Demasiado tiempo! -dijo Jacob con voz áspera. Sus ojos empañados revelaban su alegría. -Es una pena que mi mala salud sea lo único que te trae a casa. Pero es una manera de que vengas adonde debes estar. Sé que no me queda mucho tiempo y, antes de morir, quiero ver que haya paz entre mis hijos, Eso no es posible si tú no estas aquí.

-No es posible en absoluto, padre. Además, sólo me quedaré esta noche -dijo Bradford de mala gana, al ver que los ojos de Jacob perdían algo de su brillo. Incluso eso es demasiado tiempo para esperar que no haya roces. ¿Zachary vive aquí?

-Sí.

-Entonces ni siquiera tiene sentido hablar de ello. Sólo vine a verte a ti, no a mi hermano ni a su esposa. Pero dime, ¿qué fue lo que provocó el ataque? El doctor Scarron no me lo dijo.

-Sólo puedo culparme a mí mismo -respondió Jacob, molesto por sus propios defectos -. Zachary y yo estábamos discutiendo una vez más por Ángela y perdí la cabeza. Debí controlarme. El médico me ha advertido muchas veces que no debo enfadarme.

-Conque se llama Ángela. ¿Eh? Es sorprendente la cantidad de muchachas que llevan ese nombre -comentó Bradford para sí -. ¿Qué le ocurre a Zachary? ¿Acaso es demasiado puritano para aceptar que tu amante viva en esta casa?

-¡Por Dios, Bradford! ¿De modo que has oído esos sucios rumores? ¿Y crees que son ciertos?

-No veo nada malo en tener una amante, siempre que eso no perjudique a nadie -respondió -. Lo hace todo el mundo.

-¡Maldición, Bradford! ¡Esperaba más de ti!

Jacob comenzaba a elevar el tono de voz hasta un nivel peligroso.

-¡Eh, cálmate! -dijo su hijo, alarmado -. Sólo quería que supieses que no me tomo el derecho de juzgar tu modo de vida. Eres viudo y nadie espera que te mantengas célibe. Pero si no es eso lo que hay entre tú y esa chica, ¿qué es?

-Siento haber perdido la cabeza, pero...

-¡Haces bien en sentirlo! -le reprendió Bradford-. Acabas de decirme que no debes hacerlo más.

-Lo sé, lo sé. Pero hace ya cuatro años que vivo con esas habladurías y, aunque no me importa un bledo lo que la gente piense de mí, no es justo para Ángela. Aun Zachary lo cree, ¡y él fue el imbécil que comenzó todo!

-No lo entiendo.

-¿Cómo quieres entenderlo, si no me dejaste escribirte sobre lo que ocurría aquí?

Bradford suspiró.

-***Touché***. Lo siento.

-Bien, primero déjame explicarte acerca de Ángela. Hace cuatro años, cuando murió William Sherrington, Ángela quedó absolutamente sola. Yo...

-¡Espera un minuto! -exclamó Bradford, sorprendido-. ¿Te refieres a aquella chiquilla flacucha cuyo padre tenía una granja en tus tierras?

-Así es. Conozco a Ángela desde su nacimiento. Su madre, Charissa y yo fuimos amigos en la niñez. Los padres de Charissa, los Stewart, eran amigos de la familia cuando vivíamos en Springfield. Bien, debido a las relaciones familiares, me sentí responsable por

Librodot

Ángela. Además es una muchacha muy agradable. ¿Puedes comprender eso?

-Oh, sí, claro -mintió. Bradford sabía todo acerca de Charissa. Recordaba con dolor las noches en que su propia madre lloraba sobre su hombro por la otra mujer que había en la vida de Jacob. Se creían muy listos, su padre y Charissa Stewart. Estaban seguros de que nadie estaba al tanto de su romance. Pero Samantha Maitland lo estaba; lo había sabido desde el comienzo. No se lo dijo a nadie más que a Bradford. Con él desahogaba su dolor y su vergüenza.

Durante mucho tiempo, Bradford odió a su padre y, especialmente, a la mujer que tanta pena había causado a su madre. Por ella, Jacob Maitland se había trasladado con toda su familia a Alabama, sólo para poder estar cerca de ella. Sin embargo, Charissa Stewart, luego casada con William Sherrington, finalmente desapareció.

Su madre volvió a ser feliz. Con los años, Bradford perdonó a su padre.

Ahora no le importaba que él tuviese una docena de mujeres, pues Samantha Maitland estaba muerta. Pero no podía creer que su padre tuviese como amante a la hija su antiguo amor. Eso era inconcebible.

-Traje a Ángela a mi casa hace cuatro años -prosiguió Jacob -, no por casualidad, sino para convertirla en un miembro más de esta familia. La hice educar; ella ni siquiera sabía escribir su nombre. Es una joven inteligente y este año se graduó con honores. Yo le daría lo que quisiese, pero ella no me pide nada. Durante la mayor parte de su vida ayudó a su padre con el trabajo de la granja. Es una muchacha dulce y amable, aunque un poco temperamental a veces. Ahora tiene veintiún años y es muy hermosa. -Jacob sonrió.-De hecho sólo he conocido a una mujer que igualara su belleza, y era su madre.

-¿Alguna otra novedad? - preguntó Bradford cambiando de tema.

-Zachary y Crystal tomaron antipatía a Angela desde el principio. y no le han hecho la vida muy agradable. Están resentidos porque la traje a vivir aquí y la trato como a una hija. Siempre he deseado tener una hija -dijo, pensativo. antes de continuar -. Ahora bien, tu amigo Robert está enamorado de Ángela (o al menos eso dice) y quiere casarse con ella.

-Bueno, me alegro por Robert.

No estoy seguro de que sea una buena idea -dijo Jacob enseguida -. He intentado desalentarlo porque es... bueno, digamos que el muchacho no demuestra demasiado sentido de la responsabilidad. No, no creo que sea una buena idea. Zachary está indignado y estoy seguro de que si Ángela acepta casarse con Robert, hará todo lo posible por evitarlo. Como te dije antes, Zachary es prácticamente quien provocó las habladurías. Cada vez que Ángela venía a casa de vacaciones, incluso para Navidad, Zachary se mudaba con su esposa a la ciudad, dando la impresión de proteger a Crystal de la inmoralidad de su padre. Dijo que sólo cumplía con los deseos de su esposa, porque ella no quería vivir bajo el mismo techo que Ángela, pero ahora no estoy tan seguro de ello. Él realmente cree que Ángela es mi amante.

-¡Qué situación difícil! -observó Bradford, sacudiendo la cabeza -. ¿No puedes hacer una especie de anuncio para aclarar has cosas?

-Dijera lo que dijese, seguirían hablando. Tú lo sabes.

-Bueno -dijo Bradford, con un brillo travieso en los ojos -, yo podría llevar a Ángela a la ciudad mañana, cuando me marche. Un beso apasionado en un lugar público. donde todos puedan vernos. cambiaría el objetivo de las habladurías. Pero eso no sería bueno para mi reputación. ¿Sabes, papá? Estoy comprometido, y Candise Taylor será una excelente esposa.

-Pero ¿la amas?

-No. Hace ya tiempo que busco el amor, sin resultados. No puedo seguir buscándolo para siempre. Y si alguna vez me enamorase, siempre podría tener a esa mujer como mi amante. -Se contuvo de decir: "De tal palo, tal astilla".

-Eso no me agrada, Bradford.

Bradford levantó una ceja.

-¿Qué? ¿Que tenga una amante o que me case Candise Taylor?

-Tenía la esperanza de que te casaras por amor -respondió, con tristeza -. Yo no lo hice,

y siempre me arrepentí.

Bradford sintió que la furia del pasado renacía.

-Entonces, ¿por qué te casaste con mamá? -preguntó con amargura.

-Por la insistencia de mi padre -respondió en tono pesaroso al recordarlo -. Era un hombre que disfrutaba manejando la vida de los demás, en especial la mía. En esa época, yo no estaba comprometido con nadie, por eso accedí. Pero debes saber que el matrimonio de tu madre y mío no fue ideal. Es por esa razón que jamás he insistido en que te casaras.

-Y ahora que he decidido casarme y pensaba que mi elección te complacería, no te hace feliz. ¿verdad?

-Si tú estuvieras feliz, yo también lo estaría, acabas de admitir que no amas a Candise Taylor.

Bradford suspiró.

-Además de Crystal. hubo otra muchacha a quien amé y con quien podría haber sido feliz, pero desapareció de mi vida sin dejar rastros. Ya he perdido las esperanzas de encontrarla. aunque sigo intentándolo. -Se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación.-Pero no puedo esperar toda la vida.

-¡Por Dios, Bradford, apenas tienes treinta años!

-Sí, pero ¿debo seguir esperando hallar a la muchacha adecuada, cuando lo más probable es que jamás la encuentre? Además, Candise es una mujer encantadora. Es callada, tímida... nos llevaríamos bien. Quién sabe. tal vez llegue a amarla.

En ese instante llamaron a la puerta. Ante la respuesta de Jacob, Robert Lonsdale entró a la habitación. Se veía perturbado. No prestó atención a Bradford, que levantó una mano rápidamente para cubrir a medias su rostro. Robert se dirigió a Jacob.

-Pensé que le gustaría saber, señor, que ella me rechazó -dijo, paseándose por el cuarto.

-¿De qué hablas, muchacho? -preguntó Jacob, aunque la respuesta era obvia.

-¡De Ángela! Me rechazó. Dice que no me ama, que ama a otro. No quiero parecer irrespetuoso, señor, pero esa persona es usted, ¿verdad? Ella está enamorada de usted porque ha sido muy bueno con ella.

-No seas ridículo, Robert -respondió Jacob, con paciencia -. Ángela es como una hija para mí.

-¿Quién más podría ser sino usted?

-Alguien que conoció en la escuela, tal vez.

-Bueno, no importa de quién crea Ángela que está enamorada; ¡no me daré por vencido!

-Sería mejor que lo hicieras, Robert, si Ángela no se inclina por ti.

-Usted me perdonará, señor, pero no puedo rendirme tan fácilmente -dijo Robert con énfasis -. ¡No quiero otra mujer que no sea Ángela!

-¿Ella sabe que estás tan perturbado? -preguntó Jacob, inquieto.

-¡Claro que no!

-¿Dónde está ahora?

-La dejé en casa de Susie Fletcher. Susie nos invitó a pasar la noche allí. Yo estaba demasiado enfadado para quedarme, pero Ángela aceptó. Supongo que volverá mañana por la tarde. Pero le aseguro, señor, que me casaré con Angela. Y no quiero oír más argumentos de tu parte, Zachary. Seremos los mejores amigos, pero...

Robert se detuvo en seco cuando Bradford se volvió. Al principio, su rostro se iluminó de placer, pero luego frunció el ceño y abandonó la habitación sin decir palabra. Bradford sonrió, pues parecía que su viejo amigo sentía orgullo más que verdadera antipatía.

-No creo que te odie, Bradford, ni que lo haya hecho nunca. Robert, como todos tus amigos, no pudo comprender por qué te incorporaste a la Unión para luchar contra ellos. La guerra cortó muchos lazos, tanto nacionales como personales. Las pérdidas personales son irrecuperables, pero el país está mejor gracias a ellas. Creo que Robert está, más que nada, avergonzado.

Librodot

-Espero que tengas razón, padre -dijo Bradford, con una sonrisa desanimada-. Pero parece que nuestro plan tendrá que cancelarse. Me marcharé en la mañana, de modo que no tendré oportunidad de conocer a Ángela ni de llevarla conmigo a la ciudad.

-¿No podrías quedarte más tiempo? -preguntó Jacob, esperanzado.

-Como están las cosas, ya hay suficientes roces en esta casa. No quiero aumentarlos. Iré a Texas; estoy ansioso por llegar allí. Sabes que nuestra vieja hacienda se arruinó durante la guerra, pero no llevará mucho tiempo volver a ponerla en orden. Estará lista a tiempo para mi futura esposa. He dejado a Jim McLaughlin a cargo de los negocios Maitland en el norte, pero yo seguiré tomando las decisiones si tú no puedes hacerlo.

-Bien, si eso es lo que deseas, ¿qué puedo decir? Sí, quiero que continúes encargándote de las cosas. No quiero que pierdas contacto con los negocios, puesto que pronto todo será tuyo. Aun así, quisiera que te quedaras un poco más... algunos días, tal vez.

Bradford se puso de pie lentamente y tomó la mano de su padre.

-Me encantaría quedarme contigo, de veras, pero será mejor que no me encuentre con Zachary y, definitivamente, no quiero ver a Crystal. A propósito, ¿dónde está?

-Zachary llevó a Crystal a la ciudad a hacer unas compras. A esa mujer le encanta gastar mi dinero. Tal vez no regresen hasta la noche.

-Creo que tuve suerte al no toparme con ellos esta mañana. Esta noche vendré a cenar contigo, padre, y por la tarde podremos hablar más. Fuera de eso, permaneceré en mi habitación. Siento que tenga que ser así.

23

Bradford se despidió de su padre, que intentó una vez más convencerlo de que se quedara. Sin embargo, no había nada que pudiese persuadirlo a permanecer por más tiempo en Golden Oaks, ya que sería inevitable un enfrentamiento entre él y Zachary. Francamente, no estaba seguro de su propia reacción en caso de que se hallaran frente a frente. Sería mejor no averiguarlo.

Era una hermosa mañana de verano, con un brillante cielo azul. Bradford se dirigió a los establos.

-Estoy listo para salí, amo Brad -dijo Zeke, de pie junto al carruaje.

-He decidido ir hasta la ciudad en uno de los sementales, Zeke -replicó Bradford, con aire animado -. Tú puedes seguirme con el carruaje.

-Sí, señó.

Volver a montar un caballo lo hizo sentirse bien. Eso, además de la mejoría en la salud de su padre, lo puso de buen ánimo. Al tomar el largo camino, con Zeke siguiéndolo lentamente, Bradford dejó atrás a Golden Oaks y a sus habitantes y comenzó a pensar en Texas.

Algunos kilómetros más adelante, Bradford aminoró la marcha al ver que un jinete se acercaba al galope. Aún estaba a gran distancia. No lograba discernir si se trataba de un muchacho o de una niña, pues llevaba pantalones largos y una camisa blanca de mangas abultadas. Pronto, sin embargo, vio que tenía cabellos de mujer, con largos rizos volando al viento; el sol de la mañana daba a los cabellos castaños un tono rojizo.

Bradford decidió que debía tratarse de una niña pequeña. Sin embargo, a medida que la distancia se reducía y que podía distinguir la figura bien formada del jinete, advirtió que era una mujer adulta. Pero ¿qué diablos hacía vestida de hombre?

La distancia que los separaba se redujo en un instante y, de pronto, el rostro de Bradford se iluminó de alearía e incredulidad. La muchacha pasó junto a él, lo miró y luego detuvo su caballo tan abruptamente que estuvo a punto de caer de la montura. Se volvió y lo miró por encima de su hombro; estaba tan estupefacta como él. Enseguida, clavó los talones en el caballo y partió a la carrera.

Bradford la persiguió y la alcanzó en un momento. Se apoderó de las riendas y detuvo ambos caballos.

-¡Eres tú! -exclamó Bradford -. ¿Por qué no te has detenido?

Sin esperar respuesta, saltó del caballo, ayudó a la muchacha a bajar de la yegua gris y la tomó en sus brazos. La abrazó, sin decir nada más, recordando esa sensación, recordando las innumerables noches en que había soñado con ella. Había comenzado a creer que jamás había existido. Pero era real, y estaba allí. Después de un momento, preguntó:

-¿Jim McLaughlin te trajo aquí?

-¿Q... quién? -balbuceó.

Bradford no advertía el temor de la joven.

-Mi abogado. Le dije que, cuando te encontrara, te enviaran a mí directamente, adonde estuviese. He tardado mucho tiempo en encontrarte, Ángel.

Ángela se dio cuenta enseguida de que Bradford no sabía quién era ella ni qué hacía allí. El alivio casi la hizo sentir mareada. Pero, ¿por qué estaba tan feliz de verla? En el verano él no había ido a buscarla.

-¿Por qué te molestaste en buscarme? Dejaste bien claro que habías echado una cana al aire y que no querías tener nada más que ver conmigo -dijo Ángela, con amargura.

-¿De qué hablas? -preguntó Bradford, asombrado -. Fuiste tú quien desapareció.

-No es cierto, Te esperé una semana después de que empezaron las vacaciones de verano, pero tú no apareciste.

Bradford volvió a atraerla hacia sí y la abrazó con fuerza.

Librodot

-Dios mío, Ángel, hemos hecho un lío de las cosas. Yo creí que tú te habías escapado. Cuando me devolvieron las flores que te envié, regresé a South Hadley para ver qué ocurría. Fui a tu escuela, pero en el registro no había ninguna Ángela Smith.

-Yo...

Oh, Dios, ¿qué podía decir? Claro que no había ninguna Ángela Smith en el registro. Ángela Smith no existe.

-¿Qué ocurre, Ángel? Dime qué fue lo que nos hizo estar tanto tiempo separados.

Zeke se acercó y detuvo el carruaje junto a ellos antes de que la muchacha pudiese pensar en una respuesta.

-Señorita Ángela, ¿qué hace vestida así? ¿Qué le pasó a ese bonito vestido rojo que tenía puesto ayer?

Ángela retrocedió con cautela cuando Bradford miró a Zeke y luego, muy lentamente, a ella. Su rostro reflejó entendimiento y sus ojos se aclararon más y más hasta que parecieron atravesarla con su fuego. La muchacha sintió pánico. Se volvió hacia Zeke, mientras intentaba pensar en algo que detuviera la furia de Bradford.

-Alguien usó un par de tijeras con mi vestido anoche, mientras dormía, Zeke. Tal vez fue alguno de los criados de los Fletcher, pero no quise quedarme más tiempo para averiguarlo. Como los vestidos de Susie me quedan demasiado pequeños, su hermano Joel me permitió usar su ropa. Pero no digas nada de esto, Zeke Jacob se enfadaría mucho y...

-¡Muy bien, Ángela Sherrington! -la interrumpió Bradford -. Espera aquí, Zeke. ¡Y tú! -agregó, clavando los dedos en el brazo de la muchacha -. ¡Tú vienes conmigo!

Bradford la internó consigo el bosque que había junto al camino, mientras Zeke los seguía con la mirada llena de consternación. Una vez fuera del alcance de los ojos y oídos de Zeke, Bradford se detuvo y la obligó a mirarlo.

-¿Por qué? - rugió -. ¿Por qué me seguiste al club de Maudie aquel día y no me dijiste quién eras?

-Tú... no me reconociste. Pensaste que yo...

-¡Al diablo con lo que pensé! ¿Qué se supone que debía pensar? Tú sabías quién era yo, ¿verdad?

-Sí.

-Entonces ¿por qué dejaste que pagara por ti, que te hiciera el amor y que te arrebatara tu bendita virginidad? ¿Por qué?

-Bradford, me lastimas.

Ángela intentó soltarse, pero él la sujetó con más fuerza, haciendo que la muchacha gritara de dolor.

-He gastado miles de dólares buscándote, cuando todo el tiempo estuviste a salvo en tu escuela. Estabas allí, ¿no es verdad? No es de extrañarse que no haya ninguna Ángela Smith en el registro. ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué diablos no me dijiste quién eras?

-¡Basta, Bradford! ¡Tú no podrías entenderlo! -gritó Ángela, con lágrimas en los ojos.

-¡Entonces dímelo! -exigió, furioso -. Sabías que te deseaba. Te habría dado cualquier cosa, pero ahora veo que mi padre me venció. -La apartó de sí, disgustado -. Es eso, ¿verdad? Te divertiste con el padre y con el hijo, ¿no es así?

-¡No fue así! -respondió, con voz entrecortado. -¡Maldición, quiero la verdad! ¡Dejaste que te hiciera el amor y tengo que saber por qué!

-Yo... no puedo decírtelo.

-¡Pues vas a decírmelo! ¿Eres una ramera? ¿Cuántos hombres ha habido después de mí?

-Ninguno... ¡oh, Dios, no hubo nadie más! -dijo.

-Entonces, ¿por qué yo?

-Tú... ahora me odias, Bradford. No puedo decirte porqué. ¡No puedo!

Logró soltarse y echó a correr. Tropezó entre los árboles hasta llegar al camino. Sin poder controlar ya los sollozos, montó su caballo y se alejó en dirección a Golden Oaks. Dios, ahora Bradford la odiaba, tal como siempre había temido.

Librodot

24

Ángela pasó el resto del día en su habitación, llorando la mayor parte del tiempo. No tenía sentido pensar en lo que podría haber sucedido. Él la odiaba y, al negarse a darle una explicación, sólo había logrado enfurecerle más aún. Pero ¿cómo podía decirle que lo amaba, si Bradford pensaba lo peor de ella? ¿Cómo podía decirle que por eso lo había dejado hacerle el amor? Él jamás le creería. Si le hubiese revelado la simple verdad, se habría echado a reír.

Jacob fue a verla por la tarde, pues ella había dicho a Hannah que no se sentía bien. Jacob le habló acerca de la visita de Bradford, y que no había podido convencerlo de que se quedara más tiempo. Angela se preguntó en silencio si no sería mejor así. Había estado aterrorizada de volver a verlo. Y ahora él iba camino a Texas.

Hacia la noche, Eulalia entró a la habitación, con muchos chismes.

-Señó, ¡qué alboroto hay en esta casa por la visita del amo Brad anoche! Los demás están todos furiosos porque ni siquiera se enteraron de que estuvo aquí. Vino y se fue, así nomás.

Eulalia rió mientras extendía un vestido verde de tafetán, con una guarnición dorada en el escote y en el dobladillo.

-No necesitaré ese vestido. Esta noche no bajaré a cenar.

-Sí lo hará. Es la primera noche que el amo Jacob vuelve a la cabecera, y usté sabe muy bien que tiene que estar ahí.

-Sí, claro. No estaba pensando en ello, eso es todo.

Ángela suspiró y dejó que Eulalia se encargara de todo.

Ella y Eulalia se llevaban muy bien, teniendo en cuenta que discutían sin cesar. Eulalia estaba segura de que sabía lo que más convenía a Ángela. La mayoría de las veces tenía razón, pero la muchacha no podía dejar que lo supiera. Eso arruinaría sus pequeñas peleas, que ambas disfrutaban tanto. Momentos después, bajó las escaleras y se dirigió al comedor, donde ya se hallaban Crystal y Zachary. Robert llegó enseguida, pero aún faltaba Jacob.

-¡Cómo has tardado en bajar, Ángela! -dijo Crystal, con impaciencia.

-Basta, Crystal -le advirtió Zachary -. Papá aún no ha llegado, de modo que Ángela no ha demorado la comida. Y, por favor, recuerda lo que hablamos, ¿quieres?

-¿Acaso has olvidado lo que te dije, Zachary Maitland? -preguntó Crystal, en tono insolente -. No pienso ser hipócrita sólo por las amenazas de tu padre.

-Papá no me amenaza porque sí, Cristal. -respondió Zachary -. Será mejor que sigas mi consejo y con tu lengua, si sabes lo que te conviene.

-¡No me amenaces! -exclamó Crystal -. ¡Diré lo que me plazca y cuando me plazca, aunque sea sobre ella!

Robert dio un puñetazo en la mesa.

-¿Por qué no os calláis los dos? ¡Y dejad de hablar de Ángela como si ella ni siquiera estuviese aquí! -gritó. -Por favor, baja la voz, Robert -le pidió Zachary -. Esto no es asunto tuyo.

-No quisiera ser la causa de más peleas esta noche -dijo Ángela, suspirando. Mirando directamente a Crystal, agregó con firmeza -: Todos sabemos lo que pensamos, pero este es el primer día que Jacob pasa fuera de la cama y no debemos estropearlo.

-¿Alguien mencionó mi nombre? -dijo Jacob sonriente, mientras entraba en la habitación.

-Sólo hablábamos de su salud, Jacob -dijo Ángela enseguida -. ¿Sabe? Realmente debería haberse quedado en cama un día más, como sugirió el médico.

-Tonterías, me siento bien - replicó -. De hecho, no podría estar más feliz.

-¿Qué tiene que ver la felicidad con su salud? -preguntó Crystal, aburrida.

-Todo -respondió Jacob, riendo entre dientes. -¿Estás feliz por la visita de Bradford? -dijo Zachary con sarcasmo.

Librodot

-Sí, podría decirse que sí.

-¿Él... dijo algo de mí? -aventuró Zachary tímidamente -. ¿Acaso dijo qué siente ahora?

-¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?

Más de una exclamación de sorpresa se oyó cuando Bradford apareció en la puerta, con una sonrisa tranquila en los labios. Ahora que se había calmado, sus ojos eran de un claro tono castaño-dorado. Miró directamente a cada persona en la habitación.

El silencio se volvió opresivo. Zachary había palidecido por completo. Crystal estaba furiosa. Robert tenía los ojos clavados en la mesa, para evitar la mirada de Bradford. Jacob era el único feliz de ver a su hijo mayor.

Las criadas comenzaron a servir la comida. Bradford tomó asiento en un extremo de la mesa, sin decir palabra. El silencio se prolongó hasta que Crystal, nerviosa, tocó el tema del baile. Jacob dio su consentimiento y dejó todos los preparativos a las mujeres. Crystal continuó hablando del tema durante toda la comida. Se veía muy tensa y repetía las cosas varias veces. Cuando sirvieron el postre, ya no tenía qué decir.

Bradford no habló en toda la cena. Ángela le dirigía alguna que otra mirada tímida. En general, lo veía mirando con expresión fría a Zachary y a Crystal. Estos evitaban mirarlo y no le dirigían la palabra. Robert también estaba callado, pero observaba todo con una sonrisa divertida y esperaba.

-¿Y bien, Robert? -dijo Bradford, finalmente, dirigiendo toda su atención a su viejo amigo -. ¿No tienes nada que decir? ¿Ni siquiera un simple "vete al diablo?”

-¡Bradford! -exclamó Jacob.

-Sólo trato de aclarar las cosas, padre, y tengo que empezar por alguien -explicó Bradford -. Estoy seguro de que las damas sabrán disculpar mi lenguaje.

-Me alegra que hayas vuelto, Bradford dijo Robert, sonriendo-. Durante mucho tiempo tuve cargo de conciencia por no haberte comprendido. Si me lo permites, quisiera disculparme por todas las cosas que dije cuando ni siquiera estabas aquí para defenderte.

Bradford rió entre dientes.

-Puedo imaginar todo lo que dijiste. Pero, al menos, ¿has eliminado de la lista la palabra "traidor?”

-Sí -respondió Robert -. Todo lo que hiciste fue actuar según tus ideas. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre?

-Es verdad. Sólo que algunos no llegan tan lejos -murmuró Bradford, pensativo, con la mirada fija en la mesa. Luego volvió a alzar los ojos y sonrió -. No has cambiado en absoluto, Robert, veo que esta vieja casa aún te atrae más que la tuya. Pero ya eres un miembro de la familia, ¿no es así?

Robert se aclaró la garganta.

-Supongo que sí.

Bradford rió ante su respuesta tan insegura. Luego se volvió hacia Zachary y la risa se borró de inmediato.

-¿No tienes nada que decir, hermano?

-La amo, Bradford -respondió Zachary, con voz entrecortada -. ¿Qué más puedo decir?

-Claro. Todo vale en la guerra y en el amor, ¿eh? -dijo Bradford fríamente -. ¿Y tú, Crystal? ¿Ni siquiera saludas al hombre con quien debías casarte?

-Por supuesto, Bradford. Hola -dijo Crystal, con una sonrisa que se desvaneció enseguida.

-Bien, basta de saludos -dijo Bradford. Miró a Ángela y sus ojos perdieron su frialdad -. Vaya, realmente has cambiado mucho desde aquella chiquilla flacucha que conocí hace siete años, Ángel.

-Su nombre es Ángela -lo interrumpió Crystal, de mal modo.

-Sí, lo sé -respondió Bradford con calma, sin mirar a Crystal.

Ángela sintió deseos de huir corriendo, pero Jacob no lo entendería. Estaba tan nerviosa que comenzó a sudar. Sacó su moneda de oro desde dentro del vestido y la apretó

con fuerza, pidiéndole el coraje que una vez le había dado. ¿Por qué Bradford le hacía eso? ¿Por qué estaba allí y no rumbo a Texas? ¿Y por qué, por todos los santos, ella tenía tanto miedo?

-Ese es un dije muy poco común -observó Bradford, observando la reacción de la muchacha - Una vez conocí a una bella joven que tenía uno igual. ¿Dónde conseguiste el tuyo, Ángel?

Eulalia, que estaba retirando los platos en silencio, rió de la manera deliberada en que Bradford utilizaba el nombre "Ángel", pero los demás estaban visiblemente molestos, incluido Jacob.

-Me lo dio un hombre que iba montado en un caballo negro cuando yo tenía once años -respondió Angela, con aprensión -. Él... salpicó mi vestido con lodo y me dio la moneda para que me comprara uno nuevo.

-Debe haber sido una imagen muy bonita -comentó Crystal.

-Y tú conservaste la moneda en lugar de comprar otro vestido. ¿Por qué? -dijo Bradford ignorando el comentario.

-¿Acaso eso importa? -preguntó Ángela, a la defensiva -. A esa edad no me interesaban los vestidos.

-Pero nunca gastaste la moneda en otra cosa -insistió Bradford -. ¿Por qué no?

Ángela sentía que las paredes se cerraban sobre ella. Se puso de pie, incapaz de soportar más.

-¿Puedo retirarme, Jacob? Realmente no me siento muy bien esta noche.

-Claro, querida. ¿Quieres que envíe a alguien a buscar al doctor Scarron? -preguntó, inquieto.

-No... no, estaré bien por la mañana.

Salió de la habitación rápidamente, sin despedirse de nadie, y corrió a su habitación. Se arrojó sobre la cama y dio rienda suelta a las lágrimas que había contenido toda la noche. ¿Por qué había regresado Bradford? Con él allí, todo era peor.

25

Durante mucho tiempo Ángela se había preguntado por qué Bradford jamás iba a casa. Ahora lo sabía: estaba enamorado de Crystal. Lo había estado antes de la guerra y aún lo estaba. ¡Amaba a la esposa de su hermano!

Se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación mientras esperaba que Eulalia terminara su trabajo en la cocina y fuera a ayudarle a quitarse el vestido. Sin embargo, no tenía prisa: esa noche no podría descansar.

¿Bradford dormiría en la habitación que estaba frente a la suya? ¿Acaso le diría todo a Jacob?

Luego, la ira comenzó a apoderarse de ella. El no tenía derecho a tratarla con tanta crueldad. Cuando Eulalia llegó, la muchacha seguía paseándose por el cuarto.

-Siento llegar tarde, señorita. ¿Hace mucho que espera?

-¡Sí! -respondió Ángela, irritada, pero Eulalia no le prestó atención.

-Estaba ayudando a Tilda a limpiar la cocina. No sabía que todo el mundo iría a la cama temprano esta noche -prosiguió, mientras comenzaba a desabrochar el vestido de Ángela.

-¿Todo el mundo?

-Menos el amo Jacob y el amo Brad. Están en el estudio bebiendo y hablando de negocios.

"Oh, Dios", pensó Ángela para sí. Iba a contárselo a Jacob. ¡Lo sabía! Se esforzó por calmar sus nervios.

-¿Podrías traerme un poco de agua para otro baño, Eulalia? Fue una noche muy calurosa.

Eulalia rió entre dientes.

-Tilda ya puso el agua a hervir. No fue usté la única que tuvo que sudar esta noche, señorita -respondió, y salió de la habitación.

Una hora mas tarde, Ángela entró en la gran bañera llena de agua con aroma a rosas e intentó relajarse. Trató de mantener la mente en blanco y de escuchar sólo la alegre melodía que Eulalia tarareaba mientras extendía sobre la cama el camisón de la muchacha. Entonces, se abrió la puerta y ambas se sobresaltaron.

-¡Se equivocó usté de habitación, amo Brad! -chilló Eulalia, sorprendida. Luego, se colocó frente a la bañera para ocultar a Ángela.

-¿Cómo te llamas, muchacha? -preguntó Bradford, desde la puerta.

-Eulalia.

-Bien, Eulalia, ¿por qué no te largas de aquí?

-¡No puede entrar! ¡Al amo Jacob le dará un ataque!

-Él no se enterará, Eulalia -insistió Bradford con paciencia -. Mi padre se enfadaría, y no quiero que eso suceda.

Eulalia se volvió para mirar a Ángela.

-¿Por qué no grita o algo, señorita, para que se vaya?

-¡Oh, por Dios! -exclamó Bradford, y entró a la habitación.

Tomó a Eulalia del brazo y la acompañó hasta la puerta con firmeza.

-Esta bien, Eulalia. No te preocupes. Sólo quiere hablar conmigo -dijo Ángela, antes de que Bradford cerrara la puerta y le echara llave.

La muchacha se hundió más en el agua. El miedo se hacía sentir en la boca de su estómago. Pero también estaba furiosa. ¿Cómo se atrevía a comprometerla entrando a su cuarto?

-¿Qué quieres, Bradford?

Él se acercó hasta quedar detrás de ella y respondió:

-Quiero hablar. 0, mejor dicho, serás tú quien hable.

-No puedo. Ya te lo dije antes. ¡Ahora sal de aquí antes de que siga el consejo de Eulalia y grite!

-No gritarás, pero sí hablaras, Ángel -dijo suavemente, y acarició con un dedo la nuca de la muchacha.

-¡No, Bradford, por favor! -exclamó, al recordar lo que eso producía en ella.

Su furia se disipó, y sólo quedó el temor. No temía la ira de Bradford, sino el extraño poder que él ejercía sobre su cuerpo.

-¿Por qué? En Springfield no te molestó que te tocara -le recordó.

-Eso era diferente. Tú no sabías quién era -respondió, nerviosa.

-¿Qué diablos tiene eso de diferente?

-¡Bradford, por favor! Déjame terminar el baño y vestirme; después podemos hablar.

-¡No! Y no me digas que sientes vergüenza en tu estado natural, porque no te creeré -dijo, con crueldad.

-¿Por qué volviste? -preguntó Ángela, desesperada.

-Por ti -respondió simplemente y se acercó al costado de la bañera -. ¿Jamás te quitas esto? -preguntó, levantando del agua la moneda de oro.

-¡No! -exclamó, y se la quitó.

-¿Por qué la conservaste, Ángela?

-Eso no es asunto tuyo, Bradford; de todos modos, no importa.

-Sí importa porque fui yo quien te la dio. -Sonrió al ver la sorpresa de la muchacha -. Cuando explicaste cómo había conseguido la moneda, lo recordé. ¿Creíste que no lo haría?

-Eso fue hace diez años -dijo la muchacha, bajando los ojos -. No esperaba que lo recordaras.

-¿Y mi chaqueta? ¿Aún la tienes? -preguntó Bradford, con una ceja levantada en gesto de irónico humor.

-Está en el último cajón de la cómoda, si quieres llevarla.

-No quiero la chaqueta, Ángel. Lo que quiero es algunas respuestas.

Se inclinó, la levantó de la bañera y la llevó a la cama.

Comenzó a quitarse su propia ropa mientras Ángela intentaba cubrirse con el camisón.

-¡Bradford, no! - suplicó -. ¡Por favor, no hagas eso!

-¿Por qué no? En nuestro pequeño refugio estabas muy dispuesta. Entonces te deseaba, y ahora te deseo.

-¡Así no! -exclamó la muchacha -. ¡No con furia!

-Una vez disipé tu furia, ¿recuerdas? -preguntó bruscamente y cayó sobre ella, quitando el camisón de en medio -. Ahora trata de disipar la mía.

Ángela estaba atormentada por el deseo y la desdicha, y se echó a llorar. El cuerpo de Bradford aprisionaba el suyo. -Dime por qué lo hiciste, Ángela. ¿Por qué te entregaste a mí aquella primera vez? -preguntó en un suave susurro, mientras sus dedos trazaban círculos alrededor de los tensos senos de la joven.

-¿Por qué me torturas así? -Los ojos de Ángela eran temblorosos estanques azul-violetas cuando los abrió para mirarlo -. ¿No te basta con odiarme ahora?

-No te odio, Ángel -dijo, tiernamente -. Admito que esta mañana me puse furioso, pero eso no significa que te odie. Sólo quiero saber por qué hiciste aquello. Me diste tu virginidad y quiero saber por qué. Creo que me usaste con algún propósito que no quieres revelarme.

-¡Mientes, sólo para que te diga lo que quieres saber! Pero no puedo, Bradford -dijo, con voz lastimera -. No puedo, porque jamás me creerías.

-¿Qué tengo que hacer? -gruñó Bradford, perdiendo la paciencia -. ¿Tengo que sonsacártelo a golpes?

Ángela abrió los ojos.

-¡Está bien! - sollozó -. ¡Te amo, maldición, te amo! La suave risa de Bradford la cubrió.

-Es lo que sospechaba, Ángel, pero tenía que oírlo ...

Librodot

26

Ángela despertó sobresaltada, pensando que encontraría a Bradford junto a ella, en la cama. Sin embargo, estaba sola. ¿Acaso todo había sido un sueño? Era demasiado hermoso para ser real.

Recordaba todo con claridad: le había dicho que lo amaba y había oído su risa feliz al hacerlo, Luego, él le había hecho el amor suavemente, como la primera vez. Después habían hablado. Ella le explicó todo. Le relató cómo una niña de once años se había enamorado y cómo ese amor había crecido con los años. Le dijo lo que había sentido aquel día en Springfield, cómo había deseado un único día de felicidad, sin importarle lo que le costara. Bradford la escuchó con atención y formuló muy pocas preguntas.

Luego, él le contó cómo la había buscado, sus innumerables viajes. Le dijo que había pensado en ella constantemente, que había soñado con ella, que había esperado el día en que volviera a encontrarla y pudiese hacerla suya.

-Y ahora que te he hallado, jamás te dejaré ir, Ángel. Jamás -le había dicho.

Esas palabras la hicieron sentirse la mujer más feliz del mundo. Volvieron a hacer el amor, esta vez con alegría y pasión.

Hablaron durante toda la noche; aprendiendo el uno del otro y lamentaron el tiempo que habían perdido. Luego, Ángela se durmió en brazos de Bradford. ¿O había estado dormida todo el tiempo? ¿Era realmente posible que todo hubiese ocurrido tal como lo recordaba?

-¡Cielos, señorita! Nunca antes había dormido hasta tan tarde. Es casi la una y todo el mundo ha almorzado ya -dijo Hannah al entrar en la habitación a oscuras.

-¡Dios mío! ¿Por qué no vino Eulalia a despertarme esta mañana? -preguntó Ángela, con los ojos muy abiertos.

Hannah rió entre dientes.

-El amo Bradford la ahuyentó... y a mí también. Dijo que anoche la mantuvo despierta hasta muy tarde hablando de los viejos tiempos, y que debíamos dejarla dormir hasta que despertara sola.

-¿De veras dijo eso?

-Sí, señó; eso es lo que dijo.

-¡Oh, Hannah, te adoro! -exclamó la muchacha, y abrazó a la mujer mayor.

-Yo también la adoro, niña, y usté lo sabe. Y veo que está tan feliz como un bebé al nacer. Eso es bueno, muy bueno. Ya era hora de que se cumplieran sus deseos.

-¡Oh, si, Hannah, se cumplieron! ¿Dónde está Bradford ahora? ¿Está abajo?

-Está en el comedor, bebiendo café -respondió Hannah, mientras abría las cortinas -. Está esperando que usté baje, para poder hacerle compañía mientras come.

-¿Por qué no me lo dijiste antes? -exclamó.

Se lanzó hacia el gran armario y escogió rápidamente un vestido de algodón de color crema.

-Cálmese, niña. Ese hombre no se escapará -dijo Hannah, riendo otra vez.

Para variar, Ángela dejó su moneda de oro del lado de afuera del vestido y se puso un par de pendientes de oro que hacían juego. Como no estaba dispuesta a perder tiempo recogiéndose el cabello, se lo sujetó con una cinta de terciopelo y dejó que las ondas castañas cayeran en rizos sueltos sobre su espalda.

Bajó las escaleras de prisa y aminoró el paso antes de entrar al comedor. Se detuvo, casi sin aliento, y sus fuerzas flaquearon al ver la cálida sonrisa de Bradford. Este se puso de pie y fue a su encuentro; luego, la tomó en sus brazos y la besó. La apretó contra sí, casi quitándole el aliento con sus fuertes brazos. Finalmente, sus labios se separaron y el abrazo disminuyó su presión, pero no la soltó.

Librodot

-¿Puedes creer que ya comenzaba a echarte de menos, Ángel? -dijo Bradford, riendo. Sosteniéndola con un brazo, le hizo levantar el rostro y volvió a besarla, esta vez con suavidad -. Quiero estar contigo cada minuto. Odié dejarte esta mañana, pero creo que habría sido embarazoso que me encontraran en tu habitación.

-Hannah lo habría comprendido. Siempre ha sabido lo que siento por ti.

La muchacha recordó todas las veces que había preguntado a la mujer por Bradford. Ahora comprendía por qué ella nunca quería hablar de él: sabía que Ängela lo amaba, pero él estaba comprometido con Crystal. La dulce Hannah.

-Eulalia, por otra parte -prosiguió Ángela, con una sonrisa -, quizá se hubiese escandalizado.

-Bueno, una vez que anuncie que nos casaremos, es posible que esa presumida criada tuya mire hacia otra parte cuando me encuentre en tu habitación.

-¿Casarnos?

Ángela se quedó boquiabierta. ¡Casarse con Bradford!

-¡Por Dios, Ángela, no te sorprendas tanto! -exclamó Bradford, riendo entre dientes -. ¿Qué entendiste cuando te dije que jamás te dejaría ir?

-Yo... no pensé que quisieras casarte conmigo -balbuceó.

-¿Y por qué no? No pienso ocultarte, Ángel.

-Pero yo creía que aún amabas a Crystal. Por la manera en que hablaste anoche, en la cena; estaba segura.

Bradford lanzó un profundo suspiro. Sus ojos cálidos dorados acariciaron el rostro de la muchacha.

-Una vez la amé, pero eso fue hace mucho tiempo, Angela. Ella mató ese amor al casarse con mi hermano. Crystal fue parte de mi juventud, y me llevó mucho tiempo ponerme. Pero tú eres mi futuro, y quiero amarte y hacerte feliz por el resto de tu vida. ¿Me dejarás hacerlo? ¿Te casas conmigo para que el mundo entero sepa que eres mía?

-¡Oh, Bradford, sí! ¡Sí! -exclamó, con lágrimas de dicha, y lo abrazó con fuerza.

-Entonces, lo anunciaré esta noche, en la cena. Y no habrá ningún compromiso prolongado, preciosa. Una semana o dos bastarán.

-¡No! -exclamó, alarmada.

Bradford se sorprendió al oírla.

-Muy bien, entonces nos casaremos mañana -dijo, sonriendo -. Pero papá se sentirá decepcionado por no por planear una gran boda.

-No, no quería decir eso, Bradford. Es que aún no podemos decírselo a nadie.

-¡Cielos! ¿Por qué no? -preguntó, confundido. Luego, sus ojos adquirieron un brillo peligroso y sus dedos se cerraron automáticamente sobre la cintura de la muchacha -. No me habrás mentido anoche, ¿o sí?

-¡Oh, Bradford, no! -le aseguró enseguida, y se alivió al ver que los ojos de él volvían a la normalidad -. Te amo como el aire que respiro. Lo que tú deseas, esta bien para mí.

-Entonces, ¿por qué no quieres que lo anuncie esta noche?

-Tu familia no lo entendería, Bradford. Ante sus ojos, hace apenas un día que me conoces.

-Ellos saben que nos conocimos hace siete años.

-Entonces tú ya eras un hombre, pero yo no tenía más que catorce años. Aunque ese encuentro tuvo un mundo de significado para mí, tu familia jamás creería que te enamoraste de mí aquella vez. En ese tiempo, aún amabas a Crystal y pensabas regresar a ella. Tu familia piensa que no hubo más encuentros desde entonces, y no entendería.

-Ah, pero sí hubo otro encuentro, Ángel -murmuró Bradford, y sonrió con picardía mientras la atraía más hacia él.

-¡Bradford!

-Supongo que tendremos que mantener en secreto aquel dichoso encuentro, ¿verdad? -bromeó. Luego, su voz se redujo a un susurro profundo y ronco -. Yo mismo comenzaba a dudar de haberte tenido sólo para mí aquella semana de diciembre... hasta ayer. Ayer, mi vida volvió a comenzar.

-La mía también, mi amor -respondió Ángela, con el corazón tan lleno de alegría que parecía a punto de estallar -. Pero ¿entiendes por qué debemos esperar para anunciarlo?

-No -dijo, categóricamente -. Diré a los miembros de mi puritana familia que te conocí en Springfield, cuando ingresaste a la escuela. Diré que, con los años, te visité a menudo y que me enamoré de ti, pero tú, con tu sed de conocimientos, quisiste terminar los estudios antes de casarnos. Ahora que lo has hecho, he venido a reclamarte como esposa. Aunque no es toda la verdad, es creíble. ¿Aceptas eso?

-Pero tu padre se sentirá herido. Se preguntará por qué nunca le mencioné esas visitas ni le dije que te amaba. Se preguntará por qué tú nunca le escribiste al respecto. Además, si lo que quieres es que tu familia te crea, ¿por qué te mantuviste lejos de Golden Oaks estos últimos cuatro años si yo he estado aquí cada verano? Todos se lo preguntaran. Tu historia hará que Jacob se enfade mucho.

-Ángela, esa historia que inventé sería para Zachary y Crystal, no para mi padre. Él no es tan crédulo.

Ángela abrió los ojos, alarmada.

-No pensarás decirle a Jacob la verdad, ¿o sí?

Bradford suspiró.

-¿Por qué tienes que buscar fallos, mujer? Sería mejor que hubieses seguido siendo la campesina analfabeta: te casarías conmigo mañana mismo.

-Si así fuera, jamás habríamos vuelto a vernos y yo moriría solterona, amándote hasta la muerte.

-Ni lo pienses, Ángel -dijo, sonriendo -. Serás mi esposa, no lo dudes. Esperaremos, como sugieres, pero no más de un mes. En ese tiempo, la familia sabrá que me he enamorado perdidamente de ti. Pero, en realidad, sólo necesitaré un día: el día en que me entregaste tu inocencia.

-¿De veras me amabas entonces? -preguntó la muchacha; al mirarlo, sus ojos eran límpidos estanques violetas.

-Si, sólo que no lo supe hasta ayer. Pensaba que sólo te deseaba, pero es mucho más que eso. Serás la madre de mis hijos, la reina de mis tierras, la dueña de mi corazón. Tú eres la mujer que ha borrado de mi mente a todas las demás. Quiero envejecer a tu lado y amarte para siempre, Ángela.

-Jamás ha habido mujer tan feliz -susurró Ángela, y acercó sus labios a los de él.

Bradford la atrapó en un beso apasionado que le hizo recordar todas las maravillas de la noche anterior.

-Haré el anuncio el día siguiente al baile de Crystal y nos casaremos una semana después. Dios mío, dime cómo soportaré esta espera. Me tientas hasta el alma misma, Ángel. No tendré voluntad para resistirme a ti.

-Anoche no sentiste la necesidad de hacerlo -bromeó la joven, con cariño.

-Pero eso no es correcto, Ángela. Ahora tendremos que contenernos. ¿Cómo haré para soportar tantas noches, deseando tenerte en la cama junto a mí y sabiendo que debo esperar?

La ira de la muchacha afloró.

-Francamente, Bradford, los hombres pueden ser muy ridículos. Está muy bien dormir con una mujer pero, una vez que se le propone matrimonio, ¿es tabú? ¿Es eso o que dices?

Bradford se veía avergonzado.

-Algo así.

-Pues esta mujer no esperará, Bradford -le dijo, en tono severo -. Mi cama es tuya.

-¿Lo dices en serio?

La expresión de Ángela se suavizó.

-Mi amor no está regido por las convenciones -murmuró, abrazándolo -. Mis primeros diecisiete años me enseñaron a no avergonzarme de desear algo.

Bradford la miró con curiosidad; sus espesas cejas negras casi se encontraban sobre sus ojos castaño-dorados.

-¿De veras hablas en serio? ¿Me amas lo suficiente para evitarme largas noches de sufrimiento?

-Mi amor no tiene límites, pero cada palabra que dije es verdad. No soportaría estar lejos de ti sólo porque lo dicta la sociedad. En mi corazón, ya estamos casados. Y daría cualquier cosa por poder despertar en tus brazos cada mañana, durante el resto de mi vida.

-Pero... ¿y tu criada? Tal vez sería mejor que tú fueras a mi habitación. Aún no tengo sirviente y, en realidad, no lo necesito.

-No, tendría que mentir a Eulalia y eso no me agrada. Será mejor decirle todo. -Ángela rió -. En realidad, no puede escandalizarse tanto, puesto que todas las noches se encuentra con Todd, uno de los peones. Además, siente un gran amor por tu padre. Preferiría cortarse la lengua antes que preocuparle.

-Pero ¿es leal?

-Creo que sí. De todos modos, si nos descubrieran, Jacob insistiría en que hicieses lo apropiado y nos casaríamos antes de lo previsto. Pero si prefieres sufrir, mi amor, Dios no me permita acortar tu martirio -concluyó, con una sonrisa artera.

-Eres una bruja -dijo Bradford, riendo -, y un ángel, todo en uno. Cuando trato de ser un caballero, me dejas salirme con la mía.

-Porque tu voluntad es la mía -murmuró.

-Gracias a Dios, no todas las mujeres son criaturas tímidas y asustadizas.

La risa de Hannah hizo que Bradford soltara a la muchacha.

-Estaba segura de que, a estas alturas, ya habrían terminado de comer. ¿Estaban demasiado ocupados hablando del pasado para decir a Tilda que sirviera la comida? -preguntó, con expresión perspicaz.

-Del pasado no, Hannah: del futuro... ¡Y qué futuro tan glorioso será! -respondió Bradford.

Sólo había un problema, y era Candise Taylor. Tenía que romper su compromiso con ella. Bradford no se sentía feliz de hacerlo. La había hecho perder dos años de su vida, esperándolo. Y ahora tenía que decirle que estaba enamorado de otra mujer.

27

Golden Oaks era una casa distinta con Bradford Maitland. Jacob estaba siempre de buen ánimo. Incluso Crystal se había convertido en una persona más agradable.

Nadie le hizo preguntas acerca de sus motivos para quedarse en Golden Oaks en lugar de seguir viaje a Texas. Cada miembro de la familia tenía sus razones para evitar el tema, de modo que pasaban los días sin que nadie supiese cuándo se marcharía.

Pero Ángela lo sabía. Después de la boda, irían en luna de miel; cruzarían el océano hacia una tierra de la que ella sólo había leído. Bradford lo había decidido y lo habían discutido a fondo, el uno en brazos del otro. Irían a Inglaterra, a una enorme casa que poseía Jacob. Se quedarían allí uno o dos meses y luego regresarían a los Estados Unidos, a Texas.

Los días pasaban rápidamente para Ángela. Vivía en un estado de continua dicha. Cuando estaba sola, se preguntaba si todo eso sería real, y sabía que lo era cuando Bradford la tomaba en sus brazos y le hacía el amor. La primera semana, Bradford hizo saber a su familia que Ángela le interesaba. Le prestaba mucha atención, la hacía entrar en conversación durante las comidas, le enseñaba a jugar al póker. Por las mañanas, la llevaba a cabalgar por las tierras de los Maitland, tierras ricas en caña de azúcar y algodón. Se imprimieron las invitaciones al baile y se enviaron esa misma semana. De inmediato, comenzaron a llover tarjetas de aceptación.

La segunda semana, Bradford comenzó a llevar a Ángela a cenar a la ciudad, y deliberadamente excluía a todos los demás de sus invitaciones. La familia notó eso, en especial Robert.

Dos semanas antes del baile, Jim McLaughlin llegó de Nueva York en viaje de negocios y lo invitaron a quedarse. Al día siguiente, Golden Oaks recibió un visitante que venía de Texas.

Ángela estaba de pie en la puerta de la sala del desayuno, observando al hombre con curiosidad. Este medía al menos quince centímetros más que Bradford, que, en comparación, parecía pequeño. El visitante tenía la piel bronceada por largas horas bajo el sol abrasador. Llevaba el cabello dorado partido al medio, como Bradford, sólo que lo tenía mucho más largo, hasta los hombros. Llevaba calzones de cuero de ante.

-Vaya, Bradford. Te reconocería en cualquier parte, aunque veo que tú no me recuerdas. Pero no puedo culparte. Han pasado quince años desde que corríamos juntos por las praderas.

Bradford frunció el entrecejo un momento, y luego exclamó:

-¡Grant Marlowe! Vaya, no puedo... Apenas tenías diez años cuando volví a Alabama.

-Sí, y tú tenías quince. Pero parece que yo soy el único que ha cambiado mucho. Empecé a crecer y parecía que nunca iba a parar.

Bradford miró a su viejo amigo de arriba abajo y lanzó una carcajada.

-Parece que has crecido unos centímetros desde entonces. Pero supongo que esa estatura debe de venirte bien. Apuesto a que no hay hombre en Texas que quiera meterse contigo.

-Es cierto, pero también es un estorbo. No puedo encontrar ninguna chica en todo el oeste que no se muera de miedo de que le aplaste los huesitos en la cama.

Bradford se aclaró la garganta e indicó la presencia de Ángela. Cuando Grant siguió la dirección de su mirada, el rubor que afluyó a su cara fue evidente aun bajo su profundo bronceado.

-Per... perdóneme, señora -balbuceó Grant, frotándose los muslos con nerviosismo -. Estaba tan contento de ver a Brad que no la vi.

Ángela sonrió dulcemente al mirar aquellos oscuros ojos verdes.

-No es nada, señor, de veras.

Librodot

-Ángela, este es Grant Marlowe, un buen amigo mío de años atrás -dijo Bradford -. Ángela está bajo la tutela de mi padre. Y el caballero que está allí en la escalera es un viejo amigo de la familia y hermano de mi cuñada. Ven aquí, Robert.

Robert se adelantó y estrechó la mano de Grant, pero este apenas le prestó atención. Sus ojos verdemar volvieron a Ángela. Tanto Robert como Bradford lo advirtieron.

-¿Qué te trae por aquí, Grant? -preguntó Bradford, mientras los hacía pasar a la sala -. Esperaba a tu padre. ¿Ha venido contigo?

-No, por eso he venido yo. Papá y yo salimos de la guerra sin un rasguño. Una semana después de regresar a Texas, lo liquidó un tren de carga.

-Lamento oír eso. Phil Marlowe era uno de los mejores hombres que haya conocido. Lo necesitaba en la hacienda -dijo Bradford, con un suspiro.

-Es lo que imaginé -comentó Grant-. Yo estaba trabajando como capataz en una finca, cerca de Fort Worth, cuando me enteré de que buscabas a mi padre. Supuse que el viejo Jacob por fin se había decidido arreglar el JB, así que renuncié y vine a ver si podía servir de algo. Prefiero trabajar para tu padre.

-Estoy seguro de que se alegrara al saberlo, pero ya se ha retirado de los negocios. Si aceptaras el empleo, trabajarías para mí.

-Eso me gusta todavía más -dijo Grant, sonriendo. -Bien. Hay mucho que hacer, y tú estarás a cargo de todo hasta que yo llegue. Eso será dentro de unos cuatro o cinco meses. ¿Crees que podrás poner la hacienda en orden para entonces?

-Haré todo lo posible -respondió Grant, entusiasmado -. ¿Cuándo empiezo?

-Puedes volver a Texas en unas dos semanas -dijo Bradford -. Mientras tanto, tenemos mucho de que hablar y puedes quedarte para el baile que dará mi cuñada. Incluso podrías encontrar una esposa para llevarte contigo.

-Por eso vale la pena quedarse -rió Grant, y sus ojos volvieron a Angela.

Bradford llevó a Grant a ver a su padre, dejando a Ángela y Robert solos en la habitación.

-Angie, últimamente me estás evitando, y tengo que hablar contigo.

Esa misma semana, Bradford había comentado la manera en que Robert andaba por la casa de mal humor. Habían decidido que él debía ser el primero en enterarse y Ángela había insistido en que fuese ella quien se lo dijese.

-No tienes que molestarle tú con esto -le había dicho Bradford -. Yo me encargaré.

Ángela había perdido los estribos.

-¡Pero es a mí a quien Robert quiere como esposa!

-¡Y yo soy el que se casará contigo! -replicó, con tanta vehemencia que la muchacha contuvo el aliento.

Ángela lo miró, furiosa, y señaló la puerta.

-¡Largo de aquí, Bradford Maitland! ¡Aún no estamos casados, y no estoy tan segura de que alguna vez lleguemos a estarlo!

-¿Qué?

-¡Lo que oyes! - gritó -. ¡Si piensas cuidarme y protegerme de cualquier tontería durante el resto de mi vida, olvídalo!

-¡Bien! ¡Muy bien! -respondió Bradford, y salió de la habitación con aire ofendido.

Unos minutos después, regresó con expresión de arrepentimiento.

-¿No podríamos hablar de esto?

-Estoy absolutamente a favor de hablarlo, Bradford -dijo Ángela -. Pero eso no es lo que tú hacías; tú imponías tus puntos de vista.

-Lo siento, Ángel, pero yo estaba con mi padre cuando Robert le dijo que lo habías rechazado. Dijo que no se daría por vencido.

-Dije a Robert que estaba enamorada de otro hombre, pero no le dije que eras tú -respondió, con más calma -. Cuando se entere de que me casaré contigo, tendrá que olvidarme. Pero debo ser yo quien se lo diga.

Librodot

Entonces, Bradford la tomó en sus brazos.

-Tú ganas -dijo, sonriendo -. Pero no pienses que Robert te olvidará. Ningún hombre que te ame podrá olvidarte jamás.

La abrazó con fuerza y luego rió con pesar.

-Con dos temperamentos como los nuestros, creo que tendremos una buena cuota de discusiones. Pero, siempre que terminen así, no nos pueden hacer daño.

La besó, y luego le demostró de la manera que más le agradaba cuánto la amaba. La muchacha recordaba esa noche con una secreta sonrisa. Sí, no cabía duda de que tendrían otras peleas, pero todo estaría bien mientras terminasen en esa forma.

Finalmente, Robert la tenía acorralada y tuvo que enfrentarse a él.

-¿Qué ocurre, Robert?

-No me gusta que pases tanto tiempo con Bradford -dijo Robert en tono áspero, sin embages -. Y tú pareces disfrutar de toda la atención que te dedica. ¡Jamás te había visto tan feliz!

-Pensé que querrías mi felicidad, Robert -dijo la muchacha, suavemente.

-¡Claro que sí, pero esto no es justo! Tú me dijiste que estabas enamorada de otro hombre y que por eso no podías casarte conmigo... ¡y ahora esto! ¿Es que tu corazón cambia con tanta rapidez? ¿Estás enamorada de Bradford ahora?

Ángela suspiró. De la manera más sencilla posible, le explicó que siempre había amado a Bradford. Robert se enfadó y, en cuanto Ángela terminó de hablar, salió de la casa sin decir palabra. Minutos después, desde la ventana, la muchacha lo vio alejarse al galope junto a la larga hilera de robles, en dirección al camino del río.

Más tarde, llegó otro visitante a Golden Oaks para ver a Bradford. Courtney Harden era un hombre taimado de treinta y tantos años, de cabellos rojizos y penetrantes ojos azules. A Bradford no le agradaba ese hombre y hacía poco tiempo que lo había desligado de uno de sus negocios.

Bradford había conocido a Courtney Harden en Nueva York, donde este le había pedido que le ofreciera respaldo en un negocio relacionado con un hotel-restaurante. En ese momento, otros asuntos preocupaban a Bradford -en especial, la búsqueda de Angela-y había aceptado el trato sin tomar las precauciones habituales de investigar acerca de él.

Harden, que había hallado la ubicación para el hotel restaurante, estaría a cargo de todo. Sin embargo, meses antes de viajar a Mobile, Bradford averiguó que un tal Courtney Harden estaba relacionado con la prostitución y las drogas. En lugar de implicar a la ley, le envió un mensaje a Harden en el cual lo despedía.

Ahora Harden lo había alcanzado y exigía ser repuesto en el cargo de gerente del hotel. En pocas palabras, Bradford le informó que tenía dos alternativas: aceptar su despido o ser arrestado. Harden abandonó la casa gritando que Bradford se arrepentiría de sus actos.

Esa noche, Bradford se paseaba, furioso, por la habitación de Ángela.

-¡Jamás debí contratarlo! -rugió.

-¿Hablas de Grant?

-¡Sí, maldición! -aulló, y se volvió hacia la muchacha -. Vi cómo te miraba, ¡Y tú no te mostrabas precisamente indiferente! Lo encuentras atractivo, ¿no es así?

-Sí, en realidad, así es -respondió, con una rápida sonrisa -. Grant es muy apuesto, pero mi corazón ya tiene dueño.

-Ah. ¿sí?

-¡Estás celoso! -exclamó, riendo.

-¡Por supuesto que sí!

-Bradford, ¿aún no estas seguro de mí? Por Dios, hace diez años que te amo.

-No puedo evitar recordar todas las veces que huiste de mí.

Ángela sonrió.

-Si haces memoria, verás que te dejé sólo una vez, y lo hice porque tenía que volver a la escuela.

Se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos. -Jamás volveré a dejarte, Bradford -susurró -. Te amo a ti... a nadie más.

-Nunca has estado con otro hombre, Ángela. ¿Cómo sé si tu corazón no cambiará en brazos de otro? Podrías encontrar a alguien que te complaciera más que yo.

-Basta ya, Bradford Maitland. Tú hablas de apetito carnal, y yo hablo de amor -dijo, en tono severo, y lo besó.

-Ah, pero ya he descubierto que ambos se llevan muy bien -rió Bradford, aliviado.

La levantó en sus brazos y la llevó a la cama.

En la gran cama de Ángela, no había lugar para los celos ni la ira; sólo para la seriedad del amor. Bradford la desvistió lentamente, siempre mirándola a los ojos, con tanta pasión que la muchacha se excitó de sólo verlo. Quería que se diera prisa, sentía que no podría esperar para que el cuerpo de Bradford cubriera el suyo. Pero él estableció su propio ritmo. Esa noche, deseaba saborear cada matiz de su unión.

Finalmente, sus ropas quedaron esparcidas sobre la cama y Bradford tomó a Ángela en sus brazos. Cada punto que tocaba producía excitación, y la acariciaba por completo. Al fin llegó a sus senos. Tomó uno en cada mano, los acarició con ternura, todavía mirándola a los ojos. Luego inclinó la cabeza y su boca jugó con uno y otro de los suaves montes.

Ángela ya no podía soportarlo.

-¡Bradford! -exclamó, casi sin aliento -. ¿Tratas de volverme loca?

Bradford levantó la cabeza y rozó los labios de la muchacha con los suyos.

-¿Por qué dices eso, Ángel?

Ángela vio el brillo en sus ojos y sintió deseos de gritar. En cambio, tomó entre sus manos la cabeza de Bradford y acercó sus bocas, para hacerle saber lo que quería.

Bradford sintió el deseo de la joven y se deleitó con él. El saber que ella lo deseaba lo llenó de tanto orgullo y alegría que estaba seguro de que estallaría.

La tendió sobre la cama, aún besándola de manera posesiva. Ángela abrió las piernas para él, y el miembro endurecido de Bradford se deslizó suavemente al interior de ese refugio húmedo. La adoró con su cuerpo, dilatando cada medida de su pasión. Ángela era apasionada, fogosa, no se avergonzaba de su amor, y él la amaba más por ello.

28

Bradford seguía decidido a mantener a Ángela fuera de la vista de Grant Marlowe. La llevaba a la ciudad con mayor frecuencia, al teatro y a cenar. Iban juntos a todas partes y, tal como él lo había predicho, las habladurías habían cambiado de objetivo.

Los preparativos para el baile casi habían terminado. Los dos próximos días estarían dedicados a la limpieza y la cocina. En unos días llegaría una nueva carga de hielo que guardarían en la bodega, bajo la casa. Prepararían helados y se recogerían muchas cestas de flores de toda la plantación. Las damas recibieron la confirmación de que sus vestidos estarían listos a tiempo y el sastre de los caballeros fue a Golden Oaks por un par de días.

No habían visto a Robert desde el día que había abandonado la casa, después de la llegada de Grant. Crystal informó a la familia, sin mayores explicaciones, que al fin le había interesado la dirección de The Shadows. Dudaba que lo vieran mucho en el futuro inmediato.

El cielo amaneció despejado, anunciando buen tiempo para el baile de los Maitland. Durante toda la mañana y la tarde, el delicioso aroma que provenía de la cocina inundó el piso inferior de la casa. Se habían pelado montañas de manzanas, que se habían convertido en pasteles que hacían agua la boca. Había dulces y pasteles franceses, y se estaban decorando grandes tartas. Se prepararon los helados y fueron colocados en la bodega para enfriarlos. Sobre el gran hogar de la cocina, se cocinaban sopas y salsas en enormes ollas. Se horneaban los jamones que se servirían fríos. El resto de las carnes sería asado más tarde, pues la comida no comenzaría hasta la medianoche.

Había un entusiasmo en el aire que afectaba a todos, incluso a los criados. El entusiasmo de Ángela no tenía tanto que ver con el baile sino con lo que sucedería una semana después, cuando Bradford la convirtiera en su esposa.

Pasó por el comedor rumbo a las escaleras y se detuvo junto a la larga mesa para inspeccionar las copas que había en ella. Ese sería el bar. Había licores alineados detrás de la mesa; más tarde traerían champaña y otros vinos, rodeados de hielo. Al ver que todas las copas estaban inmaculadas, la muchacha siguió su camino. Sin embargo, se detuvo al oír la voz de Crystal en el vestíbulo.

-Me has estado evitando, ¿verdad, Brad?

-¿Qué te hace pensar eso? -preguntó Bradford, con un dejo de humor en la voz.

-Porque esta es la primera vez que te encuentro solo, sin que esa campesina te pise los talones. Realmente estás prestando demasiada atención a esa chica. ¿Acaso compites con tu padre?

-Los años te han dado una lengua perversa, Crystal. Aunque recuerdo que hace siete años eras bastante cruel -respondió.

-Sólo porque te dije algunas palabras alteradas, desapareciste de mi vida -dijo Crystal, frunciendo los labios -, ¿Eso te parece justo?

-¡Tú desapareciste de mi vida cuando te casaste con mi hermano! -le recordó Bradford, en tono áspero.

-Pero es a ti a quien siempre he querido. Zachary no es tan hombre como tú.

-Tú hiciste tu propia cama, Crystal. Espero que te guste dormir en ella -replicó, con cierta amargura.

-¿De modo que ahora te ha dado por esa chica? ¡Por su culpa no vienes a mí!

-¡Por Dios, Crystal, lo nuestro terminó hace mucho tiempo! -respondió bruscamente; comenzaba a perder la paciencia -. Aunque jamás hubiese conocido a Ángela, no acudiría a ti. Pero sí la conocí, y le doy gracias al cielo por eso. Ella es como el sol después de la tormenta. Si eres infeliz en tu matrimonio, te sugiero que busques por otro lado. Yo ya estoy ocupado.

Ángela oyó a Crystal subir las escaleras corriendo. Luego, se acercó lentamente a la puerta, justo a tiempo para ver a Bradford entrar al estudio. Esperó unos minutos y luego salió del comedor y subió las escaleras sin ser vista. Estaba radiante, pues las dudas que le quedaban habían sido disipadas. Crystal aún deseaba a Bradford, pero él no la quería. Ángela se preguntó si alguna vez alguien habría sido tan feliz como ella en ese momento.

Librodot

29

-Ángel, date prisa -dijo Bradford, con impaciencia, desde fuera de la habitación -. El primer carruaje llegará en cualquier momento.

-Ya va, amo Brad -respondió Hannah, y lo envió abajo. Luego se volvió a Eulalia -. Has hecho un muy buen trabajo, Eulalia. Cuando vea a nuestra amita, la señorita Crystal querrá que tú la peines de ahora en adelante.

-Te dije que la peinaría bien. ¡No tenías por qué venir a controlarme! -replicó Eulalia, con insolencia.

-Sólo quería verlo yo misma, niña. Ahora vete a la cocina a ver si Tilda necesita tu ayuda -dijo Hannah, con su tono más autoritario.

Hannah rió entre dientes cuando Eulalia salió de la habitación con aire ofendido.

-Esa muchacha se está convirtiendo en una gallina clueca, sí, señó. Siempre piensa que lo sabe todo. Muchas veces tiene razón, pero no hay que hacérselo saber.

-Extrañaré a Eulalia cuando Bradford y yo nos marchemos. Y, más que a nadie, te echaré de menos a ti, Hannah. -No es momento de pensar en eso, niña -respondió la mujer alegremente -. Ya volverán a visitar a la vieja Hannah. Ahora dése la vuelta y déjeme verla.

Ángela lo hizo y luego se miró al espejo.

-Sí que es un ángel, como le dice el amo Brad. Nunca vi una dama tan bonita como usté, niña.

-Es sólo el vestido, Hannah. Cualquiera sería hermosa con él.

-Eso es lo que usté cree.

Era un vestido primoroso. Su fino organdí rojo profundo sobre seda azul oscura formaba un color violeta que armonizaba a la perfección con sus ojos. El escote era muy profundo, adornado con una fina cinta de seda roja. Tenía mangas ceñidas y, en el frente, varias capas de género se unían en las caderas para formar el polisón, a la última moda. Angela no había permitido a la costurera añadir los numerosos lazos y moños ni los metros de encaje que la mujer quería agregar en la parte superior como en la falda. Sólo aceptó la fina cinta de seda para formar y delinear el polisón y dos lazos de la misma seda roja: uno en el nacimiento del polisón y el otro en su fin, donde la falda se dividía en dos líneas rectas.

Llevaba largos pendientes de granate, uno de los muchos obsequios de Jacob. También le había regalado las horquillas con incrustaciones de granate que coronaban su cabeza y que sujetaban su cabello. Había dejado dos rizos cortos en sus sienes, y nueve bucles estrechos caían sobre su cuello.

Debido al profundo escote, la muchacha sólo se puso su moneda de oro como collar, pero ahora estaba engastada en granates. Eso había sido obsequio de Bradford, que había mandado hacer dos engastes más para la moneda. Eran marcos redondos para colocar la moneda, y cada uno tenía una gema mayor que las demás para disimular el orificio que la muchacha había tallado en ella diez años atrás.

Bradford recibió a Ángela al pie de la escalera en el momento en que llegaba el primer carruaje.

-¡Estás magnífica! -exclamó, y la tomó de la mano, radiante de orgullo.

-¿Magnífica?

-Bueno, debes de estar cansada de oírme decirte lo hermosa que eres. Hay otras palabras para describirte, Ángel, y "magnífica" es una de ellas.

La muchacha rió alegremente.

-Mientras sigas pensando así, mi amor, nada más me importa.

-¡Vaya, qué cuadro tan encantador! -dijo Crystal desde atrás, con desdén -. Conque "mi amor", ¿eh? Y yo que pensaba que habías preparado tu trampa para mi pobre hermano, Ángela -agregó, riendo con amargura -. Pero Bradford es mucho mejor partido, ¿verdad? Después de todo, será el heredero de una propiedad mucho mayor que The Shadows.

Ángela se mantuvo en silencio. Los ojos de Crystal parecían helados mientras proseguía:

-Claro, al casarte con Bradford tendrás la seguridad de que no te echarán de una oreja cuando Jacob muera, ¿no es así, querida?

-La dama de la lengua viperina -dijo Bradford con calma, pero sus ojos parecían oro líquido al mirar a Crystal -. Aunque tal vez no sea una dama.

Rodeó con su brazo la cintura de Ángela y la condujo al amplio salón de baile. Mientras entraban los primeros invitados, los músicos, situados sobre una plataforma elevada en un rincón, comenzaron la noche con un vais. Bradford debía estar en la fila -de recepción junto con el resto de la familia pero, en cambio, tomó a Ángela en sus brazos. Fueron los primeros en bailar sobre la pista encerada.

Cuando terminó el vals, ya habían llegado ocho familias y otras atravesaban las anchas puertas. Ángela insistió en que Bradford se reuniera con su padre. Mientras tanto, ella fue a saludar a Susie Fletcher, que estaba con su hermano Joel junto a las largas mesas cubiertas de dulces y bocadillos, y decoradas con rosas recién cortadas.

-Susie, no pude darte las gracias por haberme invitado a quedarme en tu casa el mes pasado -dijo Ángela, un poco agitada por el baile.

-En realidad, no podemos culparte, Ángela después de lo que sucedió -respondió Joel.

-¿Descubrieron quién cortó mi vestido? -preguntó.

De hecho, Ángela ya había olvidado el incidente. -No -respondió Susie, sonriendo -. ¿Tú y Robert ya habéis fijado la fecha de la boda?

-Robert y yo no nos casaremos -respondió Ángela, desconcertada.

-¡Pero pareces tan feliz! -exclamó Susie.

-Lo estoy -dijo la muchacha, riendo -. Pero no por Robert. Amo a otro hombre, Susie.

-Pero yo creía... quiero decir...

Susie parecía alborozada y, al mismo tiempo, alarmada. Se volvió hacia su hermano.

-¿Podrías traernos un poco de champaña, Joel? -Claro -respondió el joven, y se dirigió al atestado comedor.

-¡Ángela, lo siento tanto! -exclamó Susie en cuanto se quedaron solas.

-No tienes nada que lamentar.

-Sí -respondió, con expresión contrita -. Cuando Robert me dijo que te propondría matrimonio, di por sentado que aceptarías. Yo... te odié en ese momento. Fui yo quien cortó tu vestido aquella noche. ¡Lo siento tanto, Ángela! -Estaba al borde de las lágrimas. -Fue una acción tan infantil...

-Amas a Robert, ¿verdad?

-Sí.

Ángela sonrió.

-A veces, las mujeres hacemos cosas extrañas cuando estamos enamoradas. No te preocupes por el vestido, Susie. De todos modos, ya estaba pasado de moda. Y te deseo suerte con Robert, aunque, en realidad, no creo que la necesites. Eres la muchacha más bonita de por aquí.

-¿De veras lo crees? -preguntó Susie. Sus ojos irradiaban alegría.

-Si no lo creyera, no te lo diría -le aseguró Ángela.

Sin embargo, la calidez se transformó en irritación cuando vio que Crystal se aproximaba.

-Vaya, Ángela -dijo secamente al reunirse con ellas -. No pensé que te separarías de Brad esta noche. ¿No tienes miedo de perderlo?

Ángela apretó los puños, pero logró sonreír.

-¿Acaso su cuñada, habiendo fallado una vez, planea atraerlo a su cama nuevamente?

El rojo vívido que afluyó al rostro de Crystal dio plena satisfacción a Ángela, que se alejó sin esperar respuesta. Se encontró con Joel, que regresaba con el champagne.

Librodot

-¿Por qué no dejas esas copas allí, en la mesa, y bailas conmigo, Joel Fletcher? -dijo Ángela con audacia, pues quería estar fuera del ataque de Crystal. Sabía que la víbora estaría ansiosa por desquitarse.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Joel, esperanzado. -¿Acaso ninguna dama te invitó a bailar jamás? ¡Dios mío! -bromeó.

Joel dejó las copas rápidamente y tomó a Ángela en sus brazos con cierto nerviosismo. Del otro lado del salón, los ojos de Bradford parecían brasas encendidas.

-Parece que Ángela se está divirtiendo -observó Jacob.

-Sí... así es -respondió Bradford, lacónicamente. -¿Qué te ocurre, hijo? -preguntó Jacob, preocupado. -Nada que no pueda solucionar. ¿Me disculpas, padre?

-Supongo que tendré que hacerlo. Pero quiero tener una larga charla contigo, Bradford, sobre tu prometida y... otros asuntos.

-Hablaremos mañana, padre.

-Muy bien, entonces -dijo Jacob, y volvió a atender a los invitados.

En cuanto terminó la música, Bradford se encaminó hacia Ángela y Joel. Cuando llegó a ellos, tomó la mano de la muchacha y la llevó consigo al jardín. Joel los siguió con la mirada, con total desconcierto.

-¿Qué sucede, Bradford? -exclamó Ángela. Él la obligó a mirarlo y la tomó con fuerza por los hombros -. Me... me haces daño.

La luz de la luna inundaba el jardín y lo cubría de un tenue brillo plateado. Bradford redujo la presión de sus manos, pero no la soltó.

-Ese muchacho con quien bailabas, ¿es el mismo que te prestó su ropa el día que volviste a casa?

-Sí, es el hermano de Susie.

-¡No quiero que vuelvas a bailar con él! -dijo Bradford, casi gritando.

-¿Y por qué no, si puedo saberlo?

-Ese chico esta enamorado de ti, eso es evidente. Pero tú eres mía, Ángela. ¡No pienso compartirte con nadie!

-Otra vez estás celoso -dijo Ángela, intentando contener la risa -. Eres imposible, Bradford. Sólo bailaba con Joel para estar lejos de Crystal.

Como por arte de magia, el fuego desapareció de los ojos de Bradford.

-Lo siento, Ángel. Tendré que hablar con Crystal. No permitiré que vuelva a molestarle. Nadie te hará daño.

Ángela habló suavemente pero con firmeza.

-Pero tú tendrás que confiar más en mí. El hecho de que otro hombre me mire no significa que yo también lo haga. Mi corazón te pertenece a ti.

-Ya debería creerte -respondió, con una sonrisa de disculpa.

-¿Aún no lo crees? -preguntó, y rozó los labios de Bradford con los suyos.

-Sí, mi amor, oh, sí -murmuró, y la abrazó con fuerza.

Había pasado más de una hora cuando regresaron al salón.

-Si otro hombre me invita a bailar, ¿puedo aceptar? -aventuró Ángela.

-Sí -dijo, sonriendo, y la tomó en sus brazos para reclamar la pieza que comenzaba -. Pero no dos veces con el mismo hombre ¿entendido? Me llevará tiempo dominar mi temperamento celoso. Tendrás que tener paciencia, Ángel.

Hacia la medianoche, se retiraron los entremeses de las dos largas mesas situadas al frente de la habitación y se colocaron sillas para el banquete. Se trajeron las sopas y luego las ensaladas, seguidas de grandes fuentes de arroz con mantequilla y montañas de bizcochos dorados. Luego, sirvieron pato, carne de venado, pavo y jamón caliente y frío.

Después del banquete, Ángela bailó con varios hombres a quienes, en su mayoría, no conocía. Claro que la mayor parte del tiempo bailó con Bradford. El champagne se le había subido a la cabeza. Cuando Grant Marlowe la invitó a bailar, aceptó con una risita.

-No puedo creer que al fin la encontré sin compañero -dijo Grant, sonriendo -. Comenzaba a pensar que nunca lo haría.

-No sea tonto. Podría haberme invitado en cualquier momento.

Rió otra vez. ¿Por qué él la hacía reír?

-Ojalá hubiese muchachas como usted en Texas. ¿Quiere casarse conmigo, señorita Ángela?

-Sí que es tonto -respondió la muchacha, riendo.

Grant la condujo hasta el jardín y la llevó hasta un gran roble cubierto de musgo. Con rapidez, la atrajo hacia sí y la besó. Fue un beso apasionado que aclaró la mente de la joven. Intentó resistirse con todas sus fuerzas, pero Grant pudo más. Cuando finalmente la soltó, segundos después, Ángela trastabilló hacia atrás y estuvo a punto de perder el equilibrio.

-¡Usted... no ha debido hacer eso!

-No he podido evitarlo -respondió Grant sin mucha seriedad.

-¡Oh, Dios mío, Bradford se pondrá furioso si me encuentra aquí afuera!

-¿Acaso Brad tiene algún derecho sobre usted? -preguntó Grant, perplejo.

-Sí, lo tiene. ¡Maldición! Tengo que volver antes de que se dé cuenta de que no estoy.

-Es demasiado tarde para eso, señora.

-¿Qué?

Ángela dio media vuelta y vio que Bradford corría hacia ellos. Antes de que ella pudiera decir nada, el puño de Bradford dio en el rostro de Grant y lo derribó al suelo. Finalmente, Ángela pudo hablar.

-¡Basta! ¡Detente! ¡Él no lo sabía, Bradford!

Bradford la miró y la muchacha retrocedió unos pasos. Por un instante, tuvo la impresión de que podría matarla.

-¿Cómo podía saberlo? No se lo hemos dicho a nadie. ¿Entiendes? ¡No tenía manera de saberlo!

Bradford escrutó el rostro apenado de Ángela y, poco a poco, recuperó la calma. Se volvió hacia Grant y extendió la mano para ayudarlo a levantarse.

-Disculpa mi temperamento necio. ¿Me perdonas?

-Si tú también aceptas mis disculpas -respondió Grant, mesándose la barbilla -. Si hubiese sabido que tenías derechos sobre esta dama, esto no habría ocurrido.

-Disculpa aceptada -dijo Bradford, sonriendo con expresión avergonzada -. Bien, ya que tendrás que marcharte en unas seis horas, te sugiero que vayas a dormir. Mi futura esposa y yo tenemos algunas cosas que discutir.

-Es muy menuda para soportar ese temperamento tuyo, Brad -dijo Grant con franqueza y obvia inquietud por Ángela -. No le harás daño por eso, ¿verdad?

-Claro que no -respondió Bradford, sorprendido -. Esta mujer es mía. Sabe que no tiene nada que temer de mí. Ahora sal de aquí, ¿quieres?

Grant titubeó, con la mirada fija en Bradford. Había pasado de la furia a la calma en segundos; no era natural. ¿Estaría Bradford tan tranquilo como parecía? Se despidió y se alejó de mala gana.

Bradford lo siguió con la mirada hasta que Grant volvió a entrar al salón de baile. Por las grandes ventanas y las puertas abiertas, vio que la mayoría de los invitados ya se habían retirado. Su padre se pondría furioso porque él no había estado allí para despedirlos.

-Tú, ven aquí -ordenó, aunque su tono no era severo.

Ángela se acercó a él lentamente.

-¿No estás enfadado? -susurró.

-Ya no.

La muchacha suspiró y luego sacudió la cabeza.

-¡Pues yo sí! Tienes que confiar en mí, Bradford. No puedo vivir con la preocupación de que cada vez que mire a un hombre tú lo derribarás de un puñetazo. Tienes que dominar ese temperamento.

Librodot

-Lo sé, Ángel, y lo siento. Todo esto es nuevo para mí, Ángel. Jamás había sentido una posesividad tan fuerte. Pero jamás te haré daño por ello. Te lo juro.

Ángela se entregó a sus brazos y sintió que la tensión abandonaba a ambos. Entre los dos, vencerían esos celos. Tenían que hacerlo. Ella le demostraría que no había motivos para sentir desconfianza.

Bradford la abrazaba con ternura y le acariciaba la espalda. Miró al cielo, que había adquirido un tono rosa grisáceo con la llegada del día. Pensó brevemente en la charla que tendría mas tarde con su padre. Sabía qué preocupaba a Jacob. Tendría que decirle que ya no podía casarse con Candise. Luego, haría el anuncio formal.

-Esta noche informaremos de lo nuestro a la familia -prosiguió Bradford -. Y dentro de una semana, nos casaremos. Después de eso, ningún hombre dudará de que eres mía, Pero confío en ti. Confío en que nunca me dejes, como Crystal. Confío en que me ames sólo a mí, mi Ángel, como yo te amo sólo a ti.

30

Era casi la una cuando Ángela despertó, aunque había pensado que dormiría más tiempo. Las gruesas cortinas estaban cerradas para impedir el paso del sol. Bradford no estaba en la habitación.

Después de lavarse y vestirse, estaba lista para afrontar el día. Y ¡qué glorioso día iba a ser!

Salió de su habitación y atravesó el corredor en silencio, para no despertar a los huéspedes. Ella y Bradford tenían que ser mucho más cuidadosos desde la llegada de Jim MacLaughlin, el abogado. Pero sus encuentros secretos acabarían en una semana. Después, ya no tendrían nada que ocultar.

Bajó las escaleras con rapidez, pero aminoró el paso al oír la voz furiosa de Bradford. Estaba en la sala, pero ¿a quién gritaba?

-¿Para esto hiciste que el chico de Tilda me despertara? ¿Para decirme estas tonterías? ¿Acaso crees que soy un tonto?

Se oyó la risa aguda de Crystal.

-¿Por qué te cuesta tanto creerlo? Estas cosas pasan todo el tiempo.

-Es mentira, Crystal, ¡una inmunda mentira! - rugió Bradford-. ¡Y si crees que este truco tuyo impedirá que me case con Ángela, estas loca!

-Entonces, ¿de verás piensas casarte con ella? -preguntó Crystal, incrédula.

-Te lo dije anoche, en el baile, cuando te advertí que la dejaras en paz. ¿No me creíste?

-Francamente, no - respondió -. Me das pena, Bradford. Lo que deseas es imposible.

-No pienso escucharte más.

-¡Será mejor que lo hagas! -insistió Crystal -. Seguramente no habrás creído esos pretextos que dio tu padre para traerla aquí. ¡Vamos, Bradford! ¿Convertir a la muchacha en miembro de la familia sin ningún motivo? ¿Sólo porque la conoce desde su nacimiento?¡Qué crédulo eres!

- Él y la madre de Ángela fueron amigos de la infancia.

- ¡Precisamente! -exclamó Crystal.

-¡No has probado nada! ¡Maldición, Crystal! ¿Debo hablar con papá para que termines con esto?

-Dime una cosa -aventuró Crystal -. Si él hubiese querido que se conociera la verdad, ¿para qué inventaría tantas mentiras por evitar decirla? No debes decirle nada. Se enfadaría mucho si supiera que has descubierto sus pecados. Podría provocarle otro ataque, y su médico advirtió que eso lo mataría.

-Y eso te convendría mucho, Crystal -dijo Bradford secamente -. Conque no puedo hablar con mi padre sobre tus mentiras. Pero eso no significa que te haya creído una palabra.

-Sé sensato, Bradford. Está registrado que tu padre compró Golden Oaks hace casi veintidós años. Poco tiempo después, una tal Charissa Sherrington dio a luz a Ángela. Es obvio que Jacob siguió a esa mujer hasta Alabama. Si no fuese así, ¿por qué compraría las tierras en que trabajaba su flamante esposo?

-Son simples conjeturas, Crystal -respondió Bradford con tono fatigado -. Eso no prueba nada.

-Muy bien. Escucha esto. Yo no quería admitir que revisé el escritorio de tu padre, pero tú me obligas a mostrarte lo que encontré allí. Es una carta escrita por Clarissa Sherrington que prueba todo. Te la leeré, y tú la escucharás porque sabes que tienes que hacerlo. Dice así:

"Amado Jacob:

Sé que debes de estar buscándome y lamento haberme marchado sin despedirme, pero me pareció lo mejor. Siempre supe que no podrías dejar a tu esposa, pues eso significaría abandonar a tus hijos, y ellos te necesitan. Aun sabiendo esto no puedo evitar amarte, Jacob. ¡Ojalá hubieses advertido tu amor por mí antes de casarte con ella! Pero ya he dicho eso muchas veces, ¿verdad?

No tienes que preocuparse por mí, Jacob, ni por el hijo que llevo en mí. Sé que tú dijiste que darías al niño todo lo que das a tus hijos, pero eso no basta, mi amor. No puedes admitir que eres su padre, y yo quiero que mi hijo tenga un padre. Por esa razón, me he casado.

Apenas ayer conocí a mi esposo, cuando él abordó el mismo vagón en que yo viajaba. Parece un hombre honrado. Sé que pensarás que debí esperar hasta hallar un hombre a quien pudiese amar, pero eso no importa pues jamás amaré a nadie más que a ti.

William Sherrington quería una esposa y yo necesitaba un marido lo más pronto posible. La gente creerá que él es el padre de mi hijo. Será un matrimonio conveniente y William ha prometido criar a mi hijo como si fuese suyo.

Él tiene una pequeña granja en Alabama, y es allí adonde iremos. Te digo esto porque tienes derecho a saber dónde estará tu hijo. Dejaré instrucciones a un abogado de Mobile para que se ponga en contacto contigo en caso de que el niño llegase a quedar en la miseria.

Te ruego que no me sigas, Jacob, pues eso no haría ningún bien.

Adiós, amor mío."

-Y la firma Charissa Sherrington -concluyó Crystal, triunfante.

Bradford estaba tan afectado por la carta que no observó detenidamente el rostro de Crystal. Si lo hubiese hecho, habría advertido que mentía. Crystal mentía siempre que le convenía y, si Bradford hubiese conservado su presencia de ánimo, lo habría recordado. Pero estaba angustiado y pasó por alto ese brillo especial en los ojos de la mujer.

-¡Maldita seas, Crystal!

Ángela dio media vuelta lentamente y volvió a subir las escaleras como en trance. Tenía los ojos muy abiertos, pero no veía. Algo le oprimía el pecho y apenas podía respirar.

Llegó a su habitación sin siquiera advertirlo y se sentó en el borde de la cama. Los ojos le ardían por las lágrimas que no querían salir.

¡Dios mío, estoy, enamorada de mi medio hermano! ¡Mi hermano! Lo he amado durante diez años... la mitad de mi vida. Dios me perdone, pero no puedo evitarlo. ¡Aún lo amo!

Sin pensarlo, Ángela se puso de pie y comenzó a meter su ropa en los dos baúles que había utilizado para la escuela. Guardó de prisa todo lo que poseía. No había motivos para dejar nada, puesto que jamás podría regresar a esa casa.

Una vez que los baúles estuvieron llenos y cerrados con llave, la muchacha salió de su habitación. No encontró a nadie camino a los establos. Allí estaba Zeke echando heno a los caballos. Levantó la vista y le sonrió.

-Zeke, quiero que vayas a mi habitación y traigas los dos baúles que hallarás allí. Y hazlo con cuidado; el resto de la familia aún duerme.

-¿Va a alguna parte, señorita? -preguntó, rascándose la cabeza -. No me dijeron...

-Sólo a la ciudad, Zeke -lo interrumpió con una débil sonrisa -. Últimamente he engordado un poco y necesito reformar casi todos mis vestidos. Es hora de que lo haga.

-Sí, señorita -dijo Zeke, y se alejó en dirección a la casa.

El suspenso angustiaba a la muchacha mientras esperaba al criado. Al fin, este llegó con el segundo baúl y partieron hacia la ciudad.

¿Adónde iría? ¿En qué lugar del mundo habría un sitio para ella? Tal vez pudiese encontrara su madre. ¡Si, buscaría a su madre y viviría con ella! Vaya, incluso conocía a alguien que se dirigía al oeste: Grant Marlowe. Le pagaría para que la llevase con él.

Ángela se volvió para echar un último vistazo a Golden Oaks. La inmensa mansión blanca resplandecía bajo el sol del mediodía. Entonces, Zeke tomó el camino del río y ya no pudo verla.

Se negó a pensar en Bradford pero, mientras se alejaba de la mansión, supo que jamás volvería a ver a Jacob. Entonces su corazón comenzó a destrozarse.

Bradford irrumpió en la habitación de su padre con más furia que la que pensaba demostrar. No era a Jacob a quien quería estrangular, sino a Crystal. Se había dado cuenta de que no podía aceptar nada de lo que ella había dicho. Tenía que estar mintiendo. ¡Ella misma había inventado esa carta!

-Tú querías hablar conmigo acerca de Candise, padre, y he venido a decirte que no puedo casarme con ella.

Jacob se mantuvo en silencio, pues sabía que algo terrible le ocurría a su hijo.

-No pensé que lo harías -dijo, finalmente -. Tengo clara impresión de que tu interés está en otro lado.

-Tienes mucha razón -dijo Bradford en tono belicoso -. Me casaré con Ángela la semana próxima. ¿Qué me dices de eso?

-No podría estar más complacido.

-¿Qué?

Jacob sonrió.

-¿Creías que me opondría? Siempre tuve la esperanza de que tú y Ángela os casárais algún día pero, por la diferencia de edades, temía que te casaras antes de que ella creciera. ¿Oponerme? Muchacho, no podría estar más feliz.

Bradford se sentó lentamente y se echó a reír. De pronto no podía dejar de reír. ¡Maldita Crystal! Esa ramerita debió darse cuenta de que su mentira sería refutada enseguida. Jacob no podría permitirle que se casara con Ángela si ella fuese su hija. Sin embargo, Jacob estaba encantado con la idea. La semana siguiente, serían ellos quienes reirían de Crystal, cuando él y Ángela llegaran al altar y ella fuese suya para siempre. Estaba tan feliz que su furia se disipó casi por completo.

Librodot

31

Zeke detuvo el carruaje frente a la pequeña tienda de Madame Tardieu. Una vez que llevó los baúles al interior, la muchacha lo envió de regreso y le dijo que más tarde, alquilaría un carruaje para volver a casa, pues no sabía cuánto tardaría. Odiaba tener que mentir otra vez, pero no podía hacer otra cosa.

Madame Tardieu, la francesita que creaba vestidos bellísimos para las mujeres de la familia Maitland. Salió de la trastienda y saludó a Ángela alegremente.

-Mademoiselle Sherrington, confío en que el baile de anoche habrá sido todo un éxito.

-Sí, fue espléndido -respondió la muchacha, inquieta.

-Bien. bien. Pero ¿qué es esto? -preguntó Madame Tardieu al ver los baúles -. ¿Ha comprado géneros en otro lugar para que yo trabaje con ello?

-No, madame -le aseguró Ángela -. Yo... había pensado reformar algunos de mis vestidos, pero he cambiado de idea. La moda cambia con mucha rapidez. Creo que preferiría tener todo un guardarropa nuevo.

-Ah, oui, con el nuevo polisón. Hace falta mucho más género. ¿Desea elegir las telas ahora? Recibí un nuevo cargamento de sedas de París.

-Aún no, madame Tardieu. Primero llevaré mis vestidos viejos a la iglesia, para que los den a los pobres.

Además, tengo un par de trámites que hacer. Volveré en unos momentos -respondió.

Lamentaba tener que volver a mentir. ¿Por qué una mentira siempre conducía a otra, y otra más?

-Debe de estar entusiasmada de tener una boda tan poco tiempo después del baile -continuó la francesa, mientras la acompañaba hasta la puerta.

Ángela contuvo el aliento. Nadie sabía que habría una boda.

-¿Cómo se enteró de esto?

Madame Tardieu rió.

-Ah, pero si es la comidilla del pueblo. Las noticias de esta clase se difunden rápidamente. Pero es una pena; que la encantadora novia no haya podido llegar a tiempo para el baile de anoche.

Ángela la miró, sin comprender.

-¿No lo sabía? Mademoiselle Taylor llegó esta mañana con su padre. Ah, monsieur Maitland debe de estar muy contento de que su hijo se case con la hija de su mejor amigo. Tengo entendido que hace mucho tiempo que está comprometidos.

Ángela esperó que las palabras llegaran a su conciencia: ¿Candise Taylor y el hijo de Jacob? Pero Jacob sólo tenía un hijo soltero. Una repentina comprensión se encendió en los ojos de la muchacha. Bradford le había propuesto matrimonio, le había hecho el amor mientras, todo tiempo, había estado comprometido con la hija del mejor amigo de su padre.

-Necesitará usted un nuevo vestido para la boda -decía madame Tardieu -. ¿Un verde claro, tal vez? Quedará hermoso con su cabello.

-¡No! -exclamó Ángela bruscamente, mas luego se controló -. Azul, o quizá rosa. Pero ahora debo irme.

-Claro. Lo decidiremos más tarde.

-Sí - respondió -. Más tarde.

En la entrada de la tienda, todo el cuerpo de Ángel se estremecía de indignación. Bradford sólo había busca en ella una compañera de cama conveniente mientras esperaba que llegara su prometida. Y ella había esta muy dispuesta a complacerlo.

Se rehusó a seguir pensando en ello, pero buscó un carruaje de prisa. Sabía que Grant Marlowe partiría esa de en un barco que se dirigía a Louisiana. Encontró el barco y luego a su capitán; por medio de él averiguó que Grant ya estaba a bordo. No le resultó difícil hallarlo, pero sí fue difícil convencerlo de que la acompañara al oeste. Se hallaban junto a la barandilla, observando cómo subían a bordo las últimas cargas. Grant no sabía que los baúles

Librodot

de la muchacha ya estaban en el barco y que ya había pagado su pasaje.

-Tiene que entender, señorita Ángela, que viajo a Texas solo, Sería diferente si hubiera otras personas, con vagones o cosas por el estilo. No... no puedo hacerlo.

-No le causaría problemas, Grant. No le pido protección, sólo necesito un guía.

-¿Y quién la protegería, si no yo?

-Yo sé cuidarme sola -respondió, con el mentón levantado.

Grant la miró de arriba abajo con expresión divertida y una sonrisa incrédula en los labios.

-Estamos hablando de Texas, señora. Es una tierra salvaje, llena de indios, bandidos mexicanos y forajidos que no dudarían en matar a una mujer. Y, como le dije, viajo solo, Viajar en carro para comodidad de una dama me atrasaría por lo menos un mes, y no puedo permitirme el lujo de perder tanto tiempo.

-Yo no necesito un carro. Si usted puede viajar a caballo, yo también -dijo Ángela.

Grant la miró con curiosidad un instante. El sol se reflejaba en sus ojos y los convertía en brillantes estanques verdes.

-¿Por qué se empeña tanto en ir al oeste?

La muchacha había previsto la pregunta.

-Quiero encontrar a mi madre.

-¿Está en Texas?

-Tengo motivos para creer que sí -respondió.

-¿Quiere decir que no está segura?

-Lo único que sé es que viajó al oeste hace veinte años, Pero pienso recorrer el país hasta encontrarla.

-Tengo entendido que Brad irá a Texas dentro de cuatro o cinco meses. ¿Por qué no espera hasta que él la lleve? -aventuró Grant -. O, mejor aún, haga que él contrate a alguien para buscar a su madre.

Ángela se aclaró la garganta y bajó la cabeza.

-Yo... creo que usted debe saber que he decidido no casarme con Bradford. No... nos llevamos bien.

Grant frunció el ceño.

-No la habrá lastimado anoche, ¿verdad? Quiero decir, ¿ cambió usted de idea por lo que pasó en el jardín?

-No -respondió la muchacha evitando mirarlo a los ojos -. No, claro que no. Mis motivos no tienen nada que ver con usted.

-No lo entiendo. Anoche usted juró que amaba a Brad.

-No puedo negar que lo amo -dijo, con voz débil. Era verdad: siempre lo amaría.-Pero no puedo casarme con él.

-De modo que, en realidad, huye de Bradford.

-Podría decirse que sí.

-Él la seguirá.

-No vendrá a buscarme; de eso estoy segura -dijo Ángela, intentando contener las lágrimas -. Cuando descubra que me marché, sabrá por qué lo hice y admitirá que es lo mejor. Entonces... ¿me llevará con usted?

-Con una condición -respondió Grant gravemente -: que sea mi esposa.

-¡No puede hablar en serio! -exclamó, pero advirtió enseguida que así era.

-Anoche le pedí que se casara conmigo y ahora vuelvo a pedírselo.

-No puedo casarme con usted, Grant. Ya le he dicho que amo a Bradford -dijo, con pesar.

-Pero dice que tampoco puede casarse con él. Eso no tiene sentido, señorita Ángela.

-Le pagaré para que me lleve.

-Ya le dije cuál es mi condición, señora, y es la única manera de que yo acepte llevarla conmigo. Usted es demasiado bonita para viajar sola conmigo, y yo no soy de acero.

-Grant, por favor...

-La respuesta es no, aunque me pese.

La saludó con el sombrero y se alejó, dejándola sola junto a la barandilla. Pero ella lo haría cambiar de idea. Tenía que hacerlo.

Librodot

31

Zeke detuvo el carruaje frente a la pequeña tienda de Madame Tardieu. Una vez que llevó los baúles al interior, la muchacha lo envió de regreso y le dijo que más tarde, alquilaría un carruaje para volver a casa, pues no sabía cuánto tardaría. Odiaba tener que mentir otra vez, pero no podía hacer otra cosa.

Madame Tardieu, la francesita que creaba vestidos bellísimos para las mujeres de la familia Maitland. Salió de la trastienda y saludó a Ángela alegremente.

-Mademoiselle Sherrington, confío en que el baile de anoche habrá sido todo un éxito.

-Sí, fue espléndido -respondió la muchacha, inquieta.

-Bien. bien. Pero ¿qué es esto? -preguntó Madame Tardieu al ver los baúles -. ¿Ha comprado géneros en otro lugar para que yo trabaje con ello?

-No, madame -le aseguró Ángela -. Yo... había pensado reformar algunos de mis vestidos, pero he cambiado de idea. La moda cambia con mucha rapidez. Creo que preferiría tener todo un guardarropa nuevo.

-Ah, oui, con el nuevo polisón. Hace falta mucho más género. ¿Desea elegir las telas ahora? Recibí un nuevo cargamento de sedas de París.

-Aún no, madame Tardieu. Primero llevaré mis vestidos viejos a la iglesia, para que los den a los pobres.

Además, tengo un par de trámites que hacer. Volveré en unos momentos -respondió.

Lamentaba tener que volver a mentir. ¿Por qué una mentira siempre conducía a otra, y otra más?

-Debe de estar entusiasmada de tener una boda tan poco tiempo después del baile -continuó la francesa, mientras la acompañaba hasta la puerta.

Ángela contuvo el aliento. Nadie sabía que habría una boda.

-¿Cómo se enteró de esto?

Madame Tardieu rió.

-Ah, pero si es la comidilla del pueblo. Las noticias de esta clase se difunden rápidamente. Pero es una pena; que la encantadora novia no haya podido llegar a tiempo para el baile de anoche.

Ángela la miró, sin comprender.

-¿No lo sabía? Mademoiselle Taylor llegó esta mañana con su padre. Ah, monsieur Maitland debe de estar muy contento de que su hijo se case con la hija de su mejor amigo. Tengo entendido que hace mucho tiempo que está comprometidos.

Ángela esperó que las palabras llegaran a su conciencia: ¿Candise Taylor y el hijo de Jacob? Pero Jacob sólo tenía un hijo soltero. Una repentina comprensión se encendió en los ojos de la muchacha. Bradford le había propuesto matrimonio, le había hecho el amor mientras, todo tiempo, había estado comprometido con la hija del mejor amigo de su padre.

-Necesitará usted un nuevo vestido para la boda -decía madame Tardieu -. ¿Un verde claro, tal vez? Quedará hermoso con su cabello.

-¡No! -exclamó Ángela bruscamente, mas luego se controló -. Azul, o quizá rosa. Pero ahora debo irme.

-Claro. Lo decidiremos más tarde.

-Sí - respondió -. Más tarde.

En la entrada de la tienda, todo el cuerpo de Ángel se estremecía de indignación. Bradford sólo había busca en ella una compañera de cama conveniente mientras esperaba que llegara su prometida. Y ella había esta muy dispuesta a complacerlo.

Se rehusó a seguir pensando en ello, pero buscó un carruaje de prisa. Sabía que Grant Marlowe partiría esa de en un barco que se dirigía a Louisiana. Encontró el barco y luego a su capitán; por medio de él averiguó que Grant ya estaba a bordo. No le resultó difícil hallarlo, pero sí fue difícil convencerlo de que la acompañara al oeste. Se hallaban junto a la barandilla, observando cómo subían a bordo las últimas cargas. Grant no sabía que los baúles

de la muchacha ya estaban en el barco y que ya había pagado su pasaje.

-Tiene que entender, señorita Ángela, que viajo a Texas solo, Sería diferente si hubiera otras personas, con vagones o cosas por el estilo. No... no puedo hacerlo.

-No le causaría problemas, Grant. No le pido protección, sólo necesito un guía.

-¿Y quién la protegería, si no yo?

-Yo sé cuidarme sola -respondió, con el mentón levantado.

Grant la miró de arriba abajo con expresión divertida y una sonrisa incrédula en los labios.

-Estamos hablando de Texas, señora. Es una tierra salvaje, llena de indios, bandidos mexicanos y forajidos que no dudarían en matar a una mujer. Y, como le dije, viajo solo, Viajar en carro para comodidad de una dama me atrasaría por lo menos un mes, y no puedo permitirme el lujo de perder tanto tiempo.

-Yo no necesito un carro. Si usted puede viajar a caballo, yo también -dijo Ángela.

Grant la miró con curiosidad un instante. El sol se reflejaba en sus ojos y los convertía en brillantes estanques verdes.

-¿Por qué se empeña tanto en ir al oeste?

La muchacha había previsto la pregunta.

-Quiero encontrar a mi madre.

-¿Está en Texas?

-Tengo motivos para creer que sí -respondió.

-¿Quiere decir que no está segura?

-Lo único que sé es que viajó al oeste hace veinte años, pero pienso recorrer el país hasta encontrarla.

-Tengo entendido que Brad irá a Texas dentro de cuatro o cinco meses. ¿Por qué no espera hasta que él la lleve? -aventuró Grant -. O, mejor aún, haga que él contrate a alguien para buscar a su madre.

Ángela se aclaró la garganta y bajó la cabeza.

-Yo... creo que usted debe saber que he decidido no casarme con Bradford. No... nos llevamos bien.

Grant frunció el ceño.

-No la habrá lastimado anoche, ¿verdad? Quiero decir, ¿ cambió usted de idea por lo que pasó en el jardín?

-No -respondió la muchacha evitando mirarlo a los ojos -. No, claro que no. Mis motivos no tienen nada que ver con usted.

-No lo entiendo. Anoche usted juró que amaba a Brad.

-No puedo negar que lo amo -dijo, con voz débil. Era verdad: siempre lo amaría.-Pero no puedo casarme con él.

-De modo que, en realidad, huye de Bradford.

-Podría decirse que sí.

-Él la seguirá.

-No vendrá a buscarme; de eso estoy segura -dijo Ángela, intentando contener las lágrimas -. Cuando descubra que me marché, sabrá por qué lo hice y admitirá que es lo mejor. Entonces... ¿me llevará con usted?

-Con una condición -respondió Grant gravemente -: que sea mi esposa.

-¡No puede hablar en serio! -exclamó, pero advirtió enseguida que así era.

-Anoche le pedí que se casara conmigo y ahora vuelvo a pedírselo.

-No puedo casarme con usted, Grant. Ya le he dicho que amo a Bradford -dijo, con pesar.

-Pero dice que tampoco puede casarse con él. Eso no tiene sentido, señorita Ángela.

-Le pagaré para que me lleve.

-Ya le dije cuál es mi condición, señora, y es la única manera de que yo acepte llevarla conmigo. Usted es demasiado bonita para viajar sola conmigo, y yo no soy de acero.

-Grant, por favor...

-La respuesta es no, aunque me pese.

La saludó con el sombrero y se alejó, dejándola sola junto a la barandilla. Pero ella lo haría cambiar de idea. Tenía que hacerlo.

Librodot

32

Caía la tarde cuando los dos jinetes llegaron, fatigados, a las afueras de Nacogdoches.

-Allí podrá conseguir pasaje para una diligencia.

Después no quiero tener más que ver con usted -rezongó Grant.

¿Cómo había dejado que ella lo convenciera de llevarla hasta allí?

Grant ató los, caballos frente al único edificio que tenía un cartel que decía: "Hotel". Entraron y Grant, golpeó sobre el mostrador hasta que un anciano menudo y de bigotes canos salió de prisa desde una habitación posterior.

-Está bien, ya voy. ¿Cuál es la prisa? -dijo el viejo, con voz quebrada.

-¿Cuándo sale la próxima diligencia? - preguntó Grant, con impaciencia.

-Acabas de perderla, hijo. Salió hoy al mediodía

-¿Cuándo sale la próxima?

-Dentro de una semana. Pero tú y la joven pueden alojarse aquí -respondió el hombre, sonriendo a Angela con admiración -. Tengo una bonita habitación que da a la calle; se la puedo dejar muy barata.

-Puede dar esa habitación a la dama y buscar otra para mí por esta noche -dijo Grant, y luego se volvió hacia Ángela -. Parece que tendrá que esperar una semana. Yo me iré en la mañana.

-Pero...

-Acordamos que la traería hasta aquí. Ya lo hice.

El tono abrupto de Grant y la comprensión de que nuevamente estaba sola la desconcertó.

-Gracias, señor Marlowe -dijo, en tono igualmente brusco.

Luego, dio media vuelta y siguió al viejo por las escaleras, mientras Grant, furioso, la seguía con la mirada. Finalmente, Grant abandonó el hotel rumbo a la taberna más cercana.

Muy temprano por la mañana, Grant llamó a la puerta de Ángela e irrumpió en el cuarto sin esperar respuesta. La muchacha estaba sentada en la gran cama doble, bien despierta.

-¿Puedo saber por qué tiene que presentarse a esta hora? -preguntó, fríamente.

-Me marcho, señora -respondió, con una cortesía que revelaba cierto sarcasmo.

La actitud dura de Grant era una defensa contra el deseo que sentía por la muchacha. La quería, pero ella amaba a Brad.

-Creo que ya nos despedimos ayer, ¿no es así?

-Usted lo hizo. Y ahora lo haré yo -replicó, y se acercó a la cama en dos zancadas.

Se inclinó, la tomó de los hombros y cubrió los labios de Ángela con los suyos. La rudeza lo abandonó y se volvió cada vez más tierno. Poco a poco, se sentó al borde de la cama y la abrazó.

Ángela intentó apartarse de él. No correspondía con entusiasmo a su beso, pero era agradable y se sentía segura en sus brazos. No sentía lo que le provocaban los besos de Bradford, pero le resultaba bastante grato besar a Grant. Gimió ligeramente por lo que jamás volvería a tener, pero Grant interpretó su pesar como deseo.

-Ángela, dime que te casarás conmigo -dijo, mientras le besaba el cuello -. Eres como una flor de las praderas... demasiado delicada para tocarla, pero demasiado hermosa para ignorarla.

Sus palabras poéticas conmovieron a la muchacha. Además, Grant era un joven muy atractivo, mucho más apuesto que Bradford. Era más alto, más fuerte y tal vez fuese un amante cariñoso. Sería un buen marido, de quien ella podría enorgullecerse. Pero no lo amaba, y él tampoco hablaba de amor.

- ¿Por qué quieres casarte conmigo, Grant? -preguntó suavemente.

-Quiero que seas mi esposa.

-Pero ¿por qué?

Él la miró a los ojos que, a la luz de la mañana, parecían oscuros estanques violetas, casi azules.

-Te deseo -dijo, en voz tan baja que fue casi un susurro.

-Pero no me amas. Ni yo te amo a ti -razonó Ángela.

-Lo que siento por ti está muy cerca del amor -replicó.

-Sé sincero conmigo, Grant -dijo, con calma -. Lo que quieres es hacerme el amor.

-Pues, ¡claro que sí! -respondió Grant, asombrado y desconcertado por la franqueza de la muchacha.

-Y si yo te dejara hacerme el amor, ya no habría necesidad de casarnos. ¿Estoy en lo cierto?

-¡Eres la mujer más increíble que he conocido! -exclamó, escandalizado. Se puso de pie rápidamente. Así no se hace, Ángela.

La joven rió de su expresión.

-Vamos, Grant. Creía que ustedes, los tejanos, se burlaban de las convenciones.

La expresión de Grant cambió de pronto. En sus oscuros ojos verdes apareció el brillo vivaz y miró a la muchacha apreciativamente. Sonrió y, sin decir más, comenzó a desabrocharse la camisa. Entonces fue Ángela quien se sobresaltó.

-¿Qué... qué estás haciendo?

-Pienso aceptar su oferta, señora.

-¡Grant, no! - exclamó -. No estaba ofreciéndome.

Sólo intentaba explicarte algo. Tú no me quieres como esposa, sólo me quieres en tu cama.

-Es cierto -respondió, sin dejar de mirarla -.Yo siempre creí que las damas finas querían ambas cosas juntas, pero tú me has demostrado que no es así.

-¡Largo de aquí, Grant Marlowe! -gritó Ángela.

La aprensión comenzaba a convertirse en miedo, y ella intentó salir de la cama por el otro lado. Grant la tomó del brazo y la obligó a volver al centro de la cama. La sostuvo con firmeza con las muñecas contra la almohada y se inclinó sobre ella, con expresión de ira.

-No tengo intenciones de violarte, Ángela - gruñó -. Pero en el futuro ten cuidado con lo que dices a un hombre. ¡Si no fueras una maldita virgen, te tomaría aquí y ahora! -Sonrió al ver el temor en los ojos de la muchacha. Adiós, señorita Ángela.

Le soltó las manos y abandonó la habitación sin mirar atrás.

Durante largo rato, Ángela mantuvo la mirada fija en la puerta cerrada. No comprendía a Grant Marlowe. Su estado de ánimo cambiaba con tanta rapidez como el cielo en un día ventoso.

Pero Grant ya se había marchado y ella estaba sola. Suspiró y se levantó para comenzar a vestirse. Tenía mucho que hacer ese día y los siguientes, hasta la llegada de la diligencia. Quería comprar una pequeña arma que estaba decidida a guardar bajo su almohada ya llevarla sujeta a su pierna durante el día. No podía permitirse seguir indefensa. Además, comenzaría a hacer preguntas acerca de su madre. Tal vez alguien de ese mismo pueblo la conociera. Sí, tenía mucho que hacer.

33

El primer golpe a la puerta de Ángela fue tan leve que la muchacha no lo oyó. El segundo fue como un trueno. Se sentó en la cama de un salto, completamente despierta, y dejó atrás su sueño turbado.

Con ojos muy abiertos, Ángela miró rápidamente a su alrededor en la habitación a oscuras. Hubo una serie de golpes más que la hicieron saltar de la cama; llevó la sábana consigo y trató de encender la vela que estaba sobre la mesa de noche. Antes de que pudiera lograrlo, la puerta se abrió.

La muchacha quedó paralizada, aferrando la sábana. Desde el pasillo entraba una tenue luz.

El intruso entró a la habitación, tambaleándose, y de pronto cayó al piso. Ángela sólo podía ver su enorme silueta en la penumbra. El hombre se puso de pie con torpeza. La muchacha corrió hacia la cama y buscó frenéticamente bajo la almohada hasta que su mano dio con la pequeña pistola de bolsillo que había comprado esa misma tarde.

Sosteniendo con firmeza la pistola, Ángela recuperó el coraje.

-Q... quédese donde está o tendré que dispararle. Sus palabras no dieron la impresión de valentía que intentó transmitir.

-¿Qué?

La voz del hombre le resultó muy familiar y, al reconocerla, Angela estalló de furia, tanto que volvió a caer en su antigua forma de hablar.

-¡Grant Marlowe! ¿ Quién diablos crees que eres para entrar sin permiso? ¡Tendría que liquidarte nada más que por el susto que me diste!

-¡Maldición! ¡Golpeé... antes! -dijo, con cierta dificultad -. ¿Por qué no contestaste?

-¡No me diste tiempo! ¡Y estás borracho! -gritó, más furiosa aún.

-Sí, señora... estoy borracho - respondió -. Con... mucha razón.

Parecía un chiquillo orgulloso. Al fin, aliviada, Ángela echó a reír. Dejó la pistola con cuidado sobre la mesa de noche, se envolvió en la sábana y se inclinó para encender la vela.

Grant se cubrió los ojos ante la luz repentina y luego miró a la muchacha con los ojos entre cerrados desde el centro del cuarto, donde se mantenía en pie con vacilación. Angela se dirigió a la puerta, la cerró en silencio y luego se recostó contra ella.

-Ahora dime por qué entraste a mi habitación en mitad de la noche.

-Te lo dije... Yo... golpeé antes. Me preocupé al ver que no respondías...

-No importa, Grant -lo interrumpió -. Sólo dime qué haces aquí. Creía que habías partido hacia la hacienda esta mañana.

-Lo hice.

Ángela suspiró. A Grant le resultaba difícil mantener el equilibrio, de modo que lo ayudó a llegar hasta la silla que estaba junto a la cama. El se dejó caer sobre ésta, agradecido. La muchacha lo miró como una madre regañona. -Si te fuiste esta mañana, ¿por qué volviste?

-Para... verte.

-¿Por qué?

-Estaba bebiendo en el camino. Me puse a pensar... que tenía... que intentar otra vez - dijo, levantando un dedo para aclarar lo que decía.

-¿Intentar qué otra vez? -preguntó Ángela, que comenzaba a exasperarse.

Grant le sonrió con expresión infantil.

-Convencerte de que te cases conmigo. No podía dejarte... sola aquí.

-¡Oh, Grant! ¡Francamente! -exclamó, sacudiendo la cabeza -. ¿Qué voy a hacer contigo?

-Cásate conmigo.

Ángela se sentó en el borde de la cama y lo miró con cariño.

-Grant, la respuesta sigue siendo no. No pienso casarme contigo ni con ningún otro

hombre... jamás.

-Pero necesitas a alguien -replicó Grant, al comprender sus palabras.

-¡No necesito a ningún hombre! -gritó, desafiante -. ¡Soy capaz de cuidarme sola! -Con la esperanza de cambiar de tema, preguntó: - ¿Conseguiste una habitación antes de venir aquí?

-No -respondió Grant, con una sonrisa tímida.

Ángela suspiró.

-Muy bien. Ya que no estás en condiciones de ir a ningún lugar en este momento, puedes quedarte aquí. Yo bajaré a pedir otra habitación para mí por el resto de la noche.

Grant la tomó de la mano.

-Ángela, quédate aquí conmigo. Yo no...

-No, Grant -respondió, con firmeza, y comenzó a estirar el brazo del joven -. Ahora ven y te ayudaré a acostarte.

Grant dejó que lo condujera hasta la cama. Luego, la muchacha le ayudó a quitarse la gruesa chaqueta y la camisa, y logró arrancarle las botas. Cuando lo cubrió con la manta, Grant volvió a tomar su mano y la miró, anhelante. -Un beso... antes de irte -aventuró, sosteniendo la mano de Ángela contra su mejilla.

-Si eso es lo que necesitas para dormirte... -respondió. Ángela se sentó en el borde de la cama y se inclinó para besarlo. Sintió que sus brazos la rodeaban y la estrechaban contra él, pero no intentó apartarse: el beso era agradable.

No oyó que la puerta se abría lentamente. Tampoco advirtió la presencia del hombre que estaba de pie en la entrada, observándola un largo rato. Pero sí oyó cerrarse la puerta. Se liberó del abrazo de Grant y miró en esa dirección.

-¿Qué ocurre? -preguntó Grant.

Ángela volvió a mirarlo y sonrió.

-Nada. Me pareció oír algo, pero creo que me equivoqué. -Lo cubrió con la manta hasta el cuello y le apartó el cabello que le caía sobre la frente.- Ahora duérmete, Grant. Te veré en la mañana.

34

Bradford Maitland regresó a Mobile y recibió la noticia de que su padre había muerto. Un obrero de los muelles que dio por sentado que Bradford ya estaba enterado se lo dijo a modo de condolencia cuando éste desembarcó del buque. El tormento de las últimas semanas se volvió más amargo aún por no haber estado allí a la muerte de su padre. Mientras se dirigía a Golden Oaks, sentía un profundo dolor y una furia que ardía en su interior.

Era la media mañana, y sin embargo, en la mansión reinaba un silencio sepulcral. Los ojos de Bradford tenían un brillo dorado al escudriñar el vestíbulo y ver que todas las puertas estaban abiertas, excepto una. Se encaminó directamente al estudio de su padre y abrió la puerta con tanta fuerza que ésta golpeó la pared y derribó un enorme cuadro.

Zachary Maitland se puso de pie de un salto: Había estado sentado al escritorio de su padre y, de prisa, se ubicó detrás de la silla, como si ésta y el escritorio le ofrecieran protección. Su hermoso rostro reflejaba terror al ver a su hermano entrar lentamente al estudio.

-¿Cómo sucedió? -preguntó Bradford en tono calmo y lento.

-Fue su corazón, Brad -respondió Zachary, con los ojos muy abiertos, intentando apaciguar a su hermano -. No se pudo hacer nada.

-¿Cómo sucedió? -repitió Bradford, levantando la voz.

-¡Tuvo otro ataque! -gritó Zachary, como sí defendiera su vida.

Y, por cierto, así era. En ese momento, Bradford sentía un abrumador deseo de matar a alguien, y no le importaba mucho quién fuese. Se dirigió a Zachary con rapidez y aferró las solapas de su chaqueta.

-¡Fuiste tú quién provocó el primer ataque! -dijo Bradford con furia calculadora. Los ojos de Zachary se agrandaron de sorpresa y miedo. -¡Ahora, hermano; me dirás qué causó el ataque que le costó la vida!

-¡Sólo... sólo sucedió! -balbuceó Zachary-. Nadie pudo hacer...

-¿Crees que soy idiota? - lo interrumpió -. ¡Me dirás la verdad ahora mismo o juro por Dios que te la arrancaré a golpes!

-¡Está bien... está bien, Bradford! -gritó Zachary, palideciendo -. Pero fue un accidente... ¡Lo juro! ¿Cómo podíamos saber que papá estaba en las escaleras y que podía oír nuestra discusión?

-¿Quiénes?

-Crystal y... y yo. Suponíamos que papá estaba durmiendo la siesta, como le sugirió el doctor Scarron desde... desde... bueno, -tú sabes; tú estabas aquí.

-Sí, recuerdo muy bien cuánto se preocupó papá por la desaparición de su pupila -observó Bradford con desagrado.

Soltó a Zachary y se dirigió lentamente hasta la licorera de su padre.

-Muy bien, Zachary -dijo, mientras llenaba un vaso de whisky -. Quiero oírlo todo ahora, y será mejor que digas la verdad.

Zachary estaba helado. Se aclaró la garganta con nerviosismo.

-Bueno, como te decía, Crystal y yo estábamos discutiendo. Comenzamos en la sala pero, de alguna manera, terminamos en el vestíbulo... yo la seguí... sí, porque ella dijo que no tenía más que decir y que iría a su habitación, pero... la detuve en el vestíbulo. No sabíamos que papá estaba en la escalera... que podía oírnos.

-¡Se me está acabando la paciencia, Zachary! -lo interrumpió Bradford -. Los esposos discuten de tanto en tanto. ¿Qué tiene eso que ver con el ataque de papá?

-Fue por lo que discutíamos, Bradford. O, mejor dicho... por quién discutíamos -respondió Zachary con voz débil, evitando la mirada fría de su hermano.

Bradford vació su vaso como si en él no hubiera más que agua de manantial. Sin embargo, el líquido ardiente pareció avivar el fuego de sus ojos, clavados en los de Zachary.

-Supongo que te refieres a Ángela-dijo Bradford, aunque ya lo sabía.

Librodot

-Sí, hablábamos de ella. Crystal me mostró esa carta que encontró... la carta de Charissa Sherrington. Me dijo que te la había leído, pero que no habría sido necesario pues Ángela huyó con Grant Marlowe. Dijo que Ángela había sido tu amante después de cansarse de Robert y que por eso fuiste a buscarla. Crystal me echó todo eso en cara para explicarme por qué no quería que yo... por qué ella no quería concebir hijos en esta casa... una casa de incesto.

-¡Dios mío! -exclamó Bradford, y su cuerpo se puso rígido -. ¿Y papá oyó todo eso?

-Sí. Entonces lo oímos caer. Él...

-¿Cayó por la escalera? -lo interrumpió.

-No, pero ya estaba muerto cuando llegamos hasta él.

-¡De modo que los celos y el odio de Crystal mataron a mi padre! -Su voz era apenas un susurro, pero estaba cargada de tal intensidad que hizo temblar a Zachary.

-¡Por Dios, Bradford! Fue un accidente. ¿Crees que yo no lo siento? ¡Y Crystal también! Yo... la golpeé esa noche. Fue algo que debía hacer hace mucho tiempo. Desde entonces, no sale de su habitación; sólo lo hizo para el funeral.

-¿Cuándo fue?

-Hace una semana -respondió Zachary, bajando la vista -. No podíamos esperar; no sabíamos cuándo regresarías.

Se produjo un tenso silencio entre ambos. Bradford estaba de pie junto a la licorera, con el vaso vacío aún en la mano. Ya no miraba a su hermano, sino al escritorio de su padre. Zachary apenas podía imaginar la mitad de los pensamientos asesinos que llenaban su mente.

Finalmente, Zachary volvió a hablar, incapaz de soportar el silencio ominoso.

-Aún no se ha leído el testamento de papá. -Al ver que Bradford no lo miraba, prosiguió. -Jim McLaughlin es el albacea. Parece que papá redactó un nuevo testamento el día que Jim llegó aquí. No era necesario que estuvieras presente, pero todos acordamos esperar hasta tu regreso.

-Qué considerados -observó Bradford fríamente, y se encaminó a la puerta. Sin volverse siquiera una vez para mirar a su hermano, prosiguió:

-Que se haga esta tarde. No me quedaré en esta casa más tiempo del que sea necesario.

Luego se marchó. Zachary quedó aturdido por el alivio, aunque aún temblaba.

35

Jim McLaughlin se aclaró la garganta y miró lentamente a su alrededor para asegurarse de que estuvieran presentes todos los que habían sido convocados. Deseaba que Jacob Maitland no lo hubiese nombrado albacea. A Bradford, en particular, no le agradarían algunas de las condiciones del testamento. Jacob había confirmado su poder aun después de la muerte.

Dos de los beneficiarios estarían ausentes. La amante de Jacob no había querido imponerse a esa familia dolorida, y Ángela Sherrington había desaparecido.

Jim suspiró. Tendría que hallar a la señorita Sherrington antes de poder terminar su trabajo. Esperaba que Bradford hubiese logrado averiguar su paradero en su viaje al oeste. Tendría que hablar con él al respecto.

-Si no hay objeciones, comenzaré -dijo Jim -. En primer lugar, quisiera decir que este testamento y última voluntad es absolutamente legal.

Jim comenzó a leer:

> *Yo, Jacob Maitland, hallándome en pleno uso de mis facultades mentales, sin actuar bajo coacción, coerción ni influencia indebida de persona alguna, hago y declaro este instrumento mi última voluntad y testamento, anulando por este acto todos los testamentos y codicilos redactados por mí con anterioridad.*
>
> *Primero: Ordeno que ninguna deuda pendiente contraída conmigo quedará cancelada con mi muerte sino que en lo sucesivo será debida a mi hijo, Bradford Maitland.*
>
> *Segundo: A ciertas corporaciones que yo...*

Bradford dejó vagar su mente mientras Jim McLaughlin leía acerca de las corporaciones, instituciones de caridad, empleados, amigos y otros por el estilo. Pensó en la breve hora que había pasado con Candise y Robert, escuchando los detalles del funeral y su relato de la muerte de Jacob. Aparentemente, Zachary no les había explicado la verdadera causa de la muerte de su padre.

Bradford ya había decidido ceder Golden Oaks y la plantación a Zachary, si su padre había dejado esa decisión en sus manos. No quería volver a ver Golden Oaks. Había allí demasiados recuerdos recientes, recuerdos que sólo atizaban su furia. No sabía con exactitud qué haría ahora.

Quería ir a Texas, a la hacienda que tanto amaba, pero eso sería imposible.

> ... *Décimo: A mi ama de llaves, Hannah, que ha sido una criada leal y confiable, lego la suma de cinco mil dólares y los dos acres de tierra conocidos como Granja Willow, adonde podrá retirarse en cualquier momento de aquí en adelante, o bien conservar su puesto en Golden Oaks por el tiempo que desee.*

Bradford sonrió al ver la expresión atónita de Hannah. Su padre siempre había sido generoso con aquellos que lo servían.

> *Undécimo: Lego la suma de quinientos mil dólares a Zachary Maitland, más veinte mil dólares a ser asignados cada año por el resto de su vida, y el Hotel Rush localizado en Londres, Inglaterra. A la descendencia legítima que él engendre, la suma de cinco mil dólares*

por año para hijos varones, dinero que será mantenido en fideicomiso hasta que dichos hijos alcancen la mayoría de edad.

Duodécimo: Lego la suma de cinco mil dólares a Crystal Maitland, a ser asignados cada año por el resto de su vida, con la condición de que dé a luz un hijo legítimo en el lapso de dos años después de mi muerte.

Bradford sonrió al oír la exclamación ahogada de Crystal. Notó que también Zachary sonreía. Ahora, Crystal tendría que someterse a su esposo en la cama... más bien como una ramera, pensó Bradford, con ironía.

De pronto, advirtió que ya no odiaba a Zachary, sino que sentía pena por él. Ahora le estaba agradecido por haberle quitado de las manos a esa ramera conspiradora. ¡Y pensar que una vez la había amado!

Volvió a sonreír mientras Jim continuaba: diez mil dólares por año para la viuda Caden, la fiel amante de su padre, e igual suma para Robert Lonsdale, que había sido casi un tercer hijo. Sin embargo, todo fue confusión en su mente cuando se mencionó el nombre de Ángela Sherrington. No oyó las palabras de Jim ni la risita alegre de Hannah desde el fondo de la habitación, ni la segunda exclamación ahogada de Crystal. Bradford no oyó nada de eso. La imagen de Ángela pasó por su mente, su cuerpo desnudo envuelto con una sábana suelta, los brazos de Grant rodeándola, sus labios unidos. ¡Ramera! ¡Zorra! ¿Acaso terminaban de hacer el amor o estaban a punto de hacerlo? No importaba. Tendría que haberlos matado a ambos, tal como había deseado al abrir la puerta y hallarlos juntos en la cama.

¿Qué había dicho Ángela una vez? "Tendrás que confiar más en mí, Bradford" y "Jamás volveré a dejarte. Te amo a ti... y a nadie más." ¡Sucia mentirosa! Bradford Maitland jamás volvería a confiar en otra mujer mientras viviese.

-Y bien, Bradford, ahora todo es tuyo. ¿Qué se siente al ser millonario?

Bradford levantó la vista cuando la pregunta de Jim McLaughlin interrumpió sus pensamientos. Vio que estaban solos en el estudio. La lectura del testamento de su padre había terminado.

-No hay ninguna diferencia -respondió, aburrido -. Tener tanto dinero es desperdiciarlo.

Jim McLaughlin no podía quejarse de su propia situación. Al ser uno de los principales abogados de las Empresas Maitland, sus ingresos anuales eran considerables. El mismo estaba en vías de convertirse en millonario.

-Bueno -continuó Jim en tono profesional -, aquí tengo una copia del testamento de tu padre y una lista detallada de todos sus bienes. Sin duda, tú sabes bien lo que abarcan las Empresas Maitland, puesto que hace ya muchos años que estás a cargo de los intereses de tu padre. Sin embargo, él pensaba que las tierras tienen un gran valor y, con los años, adquirió muchas. De hecho, ahora posees propiedades por todo el mundo.

-Propiedades que, quizá, nunca veré -dijo Bradford.

-¿Eso te importa? -preguntó Jim -. La mayoría de estas propiedades producen ingresos considerables y proporcionan trabajo a mucha gente. No creo que tu padre hubiese aprobado tu actitud.

-Creo que tienes razón -respondió Bradford -. Pero hacer dinero ya no me parece un desafío al saber que tengo más que suficiente. ¿ Y si donara todo e hiciera mi propia fortuna?

-Temo que no puedes hacer eso -dijo Jim en tono firme -. Según se estipula en el testamento de tu padre, todos sus bienes deben permanecer en la familia. Claro que se los puede vender, pero no donar. Si tú prefieres renunciar a tu herencia, Zachary recibirá todo.

Bradford apretó los dientes. No, Zachary no la recibiría; no mientras Crystal fuera su esposa. Tendría que resignarse a estar a cargo de toda la fortuna de los Maitland, tal como la había deseado su padre.

-¿Cuáles son tus planes ahora, Bradford?

-Supongo que mi único camino es partir hacia Nueva York mañana por la mañana. Tengo que volver a los negocios -dijo, de mala gana.

-Entonces, ¿ya no piensas dirigir las cosas desde Texas?

-¡No! -respondió, con cierta aspereza. Sus ojos habían adquirido un tono ámbar.

Jim observó con detención al hombre pensativo. Estaba seguro de que algo inquietaba a Bradford y no estaba de ánimo para responder preguntas al respecto. Jim había esperado que estallara de furia al oír las condiciones de su herencia. Sin embargo, no parecía haberlas escuchado. -Bueno, yo también regresaré a Nueva York en cuanto encuentre a la señorita Sherrington -dijo Jim, mientras se ponía de pie detrás del escritorio de Jacob -. ¿Tuviste suerte al investigar su paradero?

Bradford tardó en responder. Se esforzaba por dominar su temperamento enfurecido. Cuando finalmente habló, no pudo disimular la amargura de su voz.

-Vi a la señorita Sherrington por última vez en Nacogdohes, pero tengo razones para creer que podrás encontrarla en la hacienda JB. Sin duda estará allí con su actual amante: mi capataz, Grant Marlowe.

Jim enmudeció. Hacía poco tiempo la señorita Sherrington y Bradford parecían muy encariñados, lo cual era, en sí, sorprendente pues Jim estaba enterado del compromiso de Bradford con Candise Taylor.

-Aquí están los papeles que te mencioné antes -dijo Jim, mientras rodeaba el escritorio para entregárselos a Bradford -. También hay una carta personal de tu padre; me pidió que te la diera después de la lectura del testamento. Te dejaré solo para que la leas. Volveremos a vernos antes de que te marches, estoy seguro.

Bradford esperó hasta que Jim abandonó la habitación para abrir la carta de su padre. La leyó lentamente; en cada página, las palabras se lanzaban contra él como pequeños demonios. Era imposible que su padre le pidiese que hiciera la única cosa que jamás podría hacer. También resultaba hipócrita de su parte: siempre había dicho que no impondría sus deseos a sus hijos.

Ahora Bradford tenía que soportar un dolor más profundo, no cumpliría con el último deseo de su padre; no podía hacerlo. Jacob pedía demasiado.

Esa habitación, donde su padre había pasado tanto tiempo durante los últimos veintidós años, parecía guardar la presencia de Jacob. Bradford clavó la mirada en el escritorio y en la silla vacía... ***vacía***. Su autocontrol se esfumó y, sin preocuparse, una lágrima rodó por su mejilla, y luego otra.

Bradford tardó mucho tiempo en salir del estudio.

36

Bajo el tórrido sol del oeste, la diligencia avanzaba dando tumbos sobre el barro endurecido. Cada golpe era más fuerte para los pasajeros que el anterior. El interior atestado era sofocante y el viaje se hacía interminable Los pasajeros, todos extraños entre sí, parecían conformes de seguir siéndolo, excepto una mujer excesivamente alegre que viajaba con su esposo, un ministro religioso de aspecto austero que dormía profundamente a su lado. La mujer de mediana edad, que se presentó como Aggie Bauer, era regordeta y llevaba gruesas ropas negras de viaje. No parecía importarle el calor opresivo ni el traqueteo de la diligencia, ni el hecho de que nadie le hablaba.

El incesante parloteo de la señora Bauer pasaba inadvertido mientras la mujer explicaba cuál era la mejor manera de cultivar un jardín en esas tierras áridas. Ángela escuchaba sólo con la mitad de su mente, mientras la otra mitad se preguntaba dónde acabaría su viaje, si alguna vez eso sucedía.

Después de despedirse de Grant Marlowe, había ido a Crickett y luego a Midway, y se había quedado una semana en cada lugar. Había hecho preguntas, pero no había averiguado nada en absoluto. A la mañana siguiente llegaría a otro pueblo pero, ¿acaso las cosas serían diferentes allí? ¿Había alguna esperanza de hallar a su madre? Veinte años eran mucho tiempo. Tal vez su madre se hubiese casado y cambiado de apellido. Quizá hubiese ido a California o a México. Además, siempre quedaba la temida posibilidad de que Charissa Sherrington hubiese muerto.

El hombre que viajaba a la izquierda de Ángela la ponía muy nerviosa, pues el arma que llevaba sujeta a la pierna presionaba contra la falda de la muchacha últimamente había visto muchos hombres como ése. ¿Alguna vez se acostumbraría a ellos? Se los llamaba pistoleros o vaqueros, esos hombres de aspecto peligroso que llevaban armas abiertamente y se metían en riñas.

Ángela había visto una de esas peleas en medio del pueblo, en plena calle. No era un duelo tradicional, como los del sur civilizado. Los oponentes no se alejaban entre sí hasta contar diez y volverse, sino que aquí dos hombres se acercaban lentamente hasta que uno de los dos hallaba el coraje de extraer su revólver. A Ángela no le cabía duda de que el hombre que iba a su lado había matado a muchos en tales duelos.

La joven que viajaba a su derecha era española y llevaba una mantilla blanca de encaje sobre la cabeza y los hombros. Su compañera de viaje, sentada frente a ella junto a la esposa del ministro, era una mujer alta, delgada y de aspecto feroz.

Ángela miró a la chaperona con perplejidad. El rostro de la mujer mayor palideció al mirar por la ventanilla. De pronto, la diligencia se detuvo.

-Pero ¿por qué diablos nos detenemos aquí? -preguntó la señora Bauer, inclinándose sobre su esposo para echar un vistazo por la ventanilla. Luego exclamó, asustada: -¡Es un asalto! ¡Dios mío, van a robarnos!

-Calma, calma -dijo el ministro con firmeza, ya despierto. Miró con solemnidad a los demás pasajeros. Será mejor que escondan sus objetos de valor si quieren conservarlos.

-¡Tendremos suerte si conservamos la vida! -gritó su esposa. Se volvió hacia el hombre que iba junto a Ángela y dijo: -¿Por qué no hace algo? Usted tiene un arma... ¡úsela!

El hombre sacudió la cabeza.

-No soy ningún imbécil, señora. El cochero prefirió rendirse sin pelear, y yo sugiero que hagamos lo mismo. En ese momento se abrió la portezuela y un hombre que tenía la parte inferior de la cara cubierta con un pañuelo asomó la cabeza al interior. Apuntó con su revólver a cada uno de los pasajeros.

-Usted, el del revólver. Arrójelo por la ventana -ordenó el bandido, y el hombre obedeció sin dudar -. Ahora salgan todos y formen una hilera junto a la diligencia.

-¡Usted, baje! -gritó el hombre desde afuera.

Librodot

La diligencia se movió ligeramente cuando el cochero bajó de su puesto.

Eran cinco salteadores. Cuatro de ellos permanecían sobre sus caballos, con las armas en la mano y apuntando a los pasajeros. El quinto hombre, el que les había ordenado que salieran, estaba descargando los baúles y el equipaje desde la parte superior y trasera del vehículo. Luego, otro hombre desmontó y se acercó, guardando el arma.

El joven que se hallaba frente a ellos, con las manos apoyadas en las caderas, era bastante alto, delgado y de hombros anchos. Su sombrero de ala ancha dejaba entrever su cabello negro, pero estaba bien afeitado. Por extraño que pareciera, sus ojos grises reflejaban un toque de diversión. -No dudo de que sus equipajes contienen muchas cosas de valor, pero también habrá que revisar sus personas -dijo el hombre. Tenía un ligero acento español o mejicano.

-Si cooperan, ahorraremos tiempo y molestias.

La esposa del ministro tuvo un ataque de histeria y se aferró a su esposo. El joven bandido comenzó a revisar al cochero. Examinó lentamente los bolsillos del pobre hombre y extrajo sólo algunas monedas, que guardó en una bolsita enganchada a su cinturón. Luego siguió con el pistolero y, finalmente, con el ministro.

El bandido se volvió hacia las mujeres y sus ojos brillaron, como si sonriera. Primero se dirigió a las españolas y habló a la chaperona en su propio idioma, con tono severo. La mujer respondía con rudeza y escudó a su protegida con sus brazos. El joven rió al ver eso, pero desenfundó su pistola y apuntó a la mujer, que palideció.

El bandido pasó su mano libre por la falda de la mujer y examinó el dobladillo en busca de dinero oculto. Luego volvió a hablarle y la mujer chilló. El bandido volvió a reír y se encogió de hombros. Luego, con rapidez, le desgarró el vestido sobre el pecho e introdujo la mano para la humillante revisación final. Encontró dos anillos de oro y un relicario.

La esposa del ministro se desmayó y la chaperona comenzó a golpear al bandido en la espalda cuando éste se volvió hacia su protegida.

Ángela, nerviosa, metió la mano en el bolsillo de su falda y tomó la pequeña pistola que llevaba sujeta al muslo. El joven bandido se hallaba ahora frente a Aggie Bauer, que yacía, inconsciente, contra la rueda de la diligencia. Cuando abrió el vestido de la mujer, el ministro apartó la vista, agradecido de que su esposa no lo sintiera.

Ángela se puso rígida cuando el joven se acercó a ella. La miró un largo rato y sus ojos volvieron a brillar. Podría haberlo confundido con Bradford, pues tenía un físico similar y el mismo tipo de cabello.

-No encontrará nada de valor en mi persona -dijo la muchacha. Intentó parecer tranquila, aunque el miedo y la furia la desgarraban. -Todo lo que poseo está en mis baúles.

-Veremos -dijo el hombre.

Comenzó a revisar los bolsillos de su chaqueta; luego inspeccionó el dobladillo de la chaqueta y de la falda. La muchacha se mantenía quieta pero, cuando el joven se incorporó otra vez, la furia que había en los ojos de Ángela lo hizo vacilar.

-No se ponga difícil ahora, señorita. Como ya expliqué a las otras damas, lo que debo hacer ahora es necesario.

-¡Pero ya le dije que no llevo nada de valor! -replicó en voz alta.

-Debo comprobarlo yo mismo -dijo, y comenzó a desabrocharle el vestido.

-Si me toca, lo mataré.

Lo dijo lentamente, casi en un susurro. El bandido advirtió el bulto en su falda y la miró con suspicacia.

-Sí, le creo, señorita. Pero si lo hace, mis amigos la matarán a usted. ¿Está dispuesta a morir tan joven por una tontería?

El coraje abandonó a la muchacha y sus ojos lo reflejaron.

-Vamos, señorita -dijo el hombre, en voz tan suave que sólo ella pudo oírlo -. Terminaremos enseguida... no será tan malo. Incluso le dejaré su pequeña arma.

Ángela cerró los ojos y dejó que continuara desabrochándole el vestido. Cuando volvió a abrirlos, vio que el bandido sostenía en la mano su moneda de oro.

-Mintió, señorita.

-No mentí. Esa moneda no tiene valor. Ya ve que tiene un agujero. Por favor -susurró, con un ruego en los ojos -, no me la quite.

-Debe de tener valor; si no, usted no querría conservarla -respondió, examinando la moneda.

-¡Sólo tiene valor para mí! -exclamó, y le arrebató la moneda.

El joven se encogió de hombros y sus ojos volvieron a brillar.

-Bueno, veamos qué otros tesoros esconde.

Desabrochó dos botones más e introdujo la mano dentro del vestido. El rostro de Ángela se encendió de humillación cuando los dedos del hombre se movieron lentamente bajo cada seno. Lanzó una exclamación ahogada y, sin pensarlo, lo abofeteó. Los ojos del bandido se oscurecieron. Antes de que la muchacha pudiera arrepentirse de su impulso, la tomó de la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí. Luego, levantó el pañuelo que le cubría la cara y la besó. La soltó con la misma rapidez y volvió a cubrirse el rostro.

-He encontrado mucho de valor, señorita -dijo con calma, muy cerca de Ángela -. Si no existiera el peligro de que alguien venga por aquí, me quedaría a explorar sus otros tesoros.

Ángela echaba chispas de indignación.

-¡Usted es un... un!

-¿ Bandido? ¿ Forajido? -la interrumpió, divertido. Sí, lo soy. Y como siempre hago bien mi trabajo, me llevaré esto -agregó, arrancándole la moneda -. Para recordarla.

La muchacha comenzó a suplicarle una vez más pero, al mirarlo, comprendió que sería inútil. Con una terrible sensación de pérdida, lo observó dar media vuelta y montar su caballo.

Había perdido todo cuanto poseía: toda su ropa, sus joyas, su dinero y la preciosa moneda de Bradford. Sabía que era ridículo, pero la moneda significaba más para ella que todo lo demás.

Librodot

37

Ángela estaba sentada frente al alguacil, al borde de las lágrimas.

-¡Pero todo lo que tenía estaba en mi equipaje... mis joyas, mi dinero!

-Lo siento, señorita Sherrington, pero no hay nada que podamos hacer. Tal vez usted tenga familiares a quienes avisar -sugirió el alguacil Thornton.

Ángela miró al suelo, sin esperanzas.

-Sólo mi madre -dijo, más a sí misma que al hombre.

-Entonces no hay ningún problema, señora. Nos pondremos en contacto con su madre y...

-Ojalá eso fuera posible, alguacil -lo interrumpió -. Pero verá usted, no sé dónde está mi madre. Es por eso que vine a Texas... a buscarla.

El alguacil Thornton sacudió la cabeza.

-Entonces, creo que necesitará usted un empleo. En el restaurante del hotel necesitan una camarera. Si usted tiene educación, tal vez pueda conseguirle un puesto en el banco. Una vez que tenga usted trabajo, hablaré con Ella para que le dé una habitación a crédito en su pensión. Quizá así pueda ahorrar lo suficiente para llegar adonde usted quiere.

-No lo sé, alguacil Thornton -dijo Ángela-, pero le agradezco su ayuda.

Ángela recorrió lentamente el pasillo hasta llegar a su cuarto, en la pensión de Ella Crain. Era una habitación cómoda, con muebles de fabricación casera y una gran cama doble donde podía pensar por las noches.

Las dos semanas que había pasado en ese pueblito le parecían dos años. Los demás pasajeros habían podido extraer dinero del banco donde ahora ella trabajaba y se habían marchado. ¿Cuánto tiempo tendría que permanecer allí? Había pensado por un momento escribir a Jacob para pedirle dinero, pero luego lo pensó mejor. No era una buena idea. Si bien Jacob la amaba, era obvio que se avergonzaba de ella. Si no, la habría reconocido como su hija. .

Ángela abrió la puerta de la habitación y volvió a cerrarla lentamente. Se recostó contra ella y cerró los ojos con un profundo suspiro. ¿Qué podía esperar? Sólo cenar en el gran comedor de la planta baja. Luego, regresar a su habitación y entregarse a un sueño perturbado. ¿Cuándo cambiaría su situación? ¿Acaso pasaría el resto de su vida en ese triste pueblito?

Un leve sonido la hizo abrir los ojos y mirar a su alrededor. Lanzó una exclamación ahogada al ver al hombre repantigado en su cama.

-¿Quién es usted? -exclamó, mientras su mano buscaba en el bolsillo la pequeña pistola -. ¿Qué hace en mi cuarto?

El extraño se apoyó en un codo para mirarla y en sus labios se formó una amplia sonrisa.

-No me mate, señorita. Sólo vine a hacerle un favor.

-¿Cómo sabe que tengo una pistola? y ... -Ángela se detuvo en seco y abrió más los ojos.-¡Usted! ¡Es usted! ¡Cómo se atreve!

-Ah, yo me atrevo a muchas cosas, señorita. Pero, como le dije, vine a hacerle un favor -respondió con calma. El hombre se sentó en el borde de la cama y sus oscuros ojos grises la observaron con atención. Ángela permaneció donde estaba, con una mano en la perilla de la puerta y la otra sosteniendo la pistola.

-¿De qué favor habla?

-No me tiene miedo, ¿eh? -dijo, divertido.

-¿Por qué habría de tenerlo? -replicó agriamente, con el mentón alto -Ahora no están sus amigos para protegerlo...

Mientras hablaba, Ángela miró a su alrededor para asegurarse de que estaba en lo cierto. Volvió a mirar al hombre y agregó:

-Lo mataría antes de que pudiera desenfundar ese revólver que lleva sujeto a la pierna.

Librodot

No lo dude.

-No lo dudo - admitió -. Pero cálmese, no tengo intenciones de hacerle daño.

-Podría matarlo sólo por estar en mi habitación. ¡Y créame que la idea me tienta bastante después de lo que usted hizo! Además, sería justo -le advirtió -. Hay carteles que piden su captura, ¿sabe?

-Sí, los he visto -dijo, encogiendo sus anchos hombros, y se puso de pie para encender la vela que estaba junto a la cama -. Me describió usted muy bien.

-¿Cómo... qué le hace pensar que fui yo quien dio su descripción? -preguntó, sorprendida.

El hombre la miró con una sonrisa en los labios. -Los demás no me miraron como usted; no de la misma manera.

-¡No sé de qué habla!

-Claro que sí -dijo, riendo -. Para usted no era sólo un bandido, sino un hombre. Y para mí, usted no era sólo una víctima más, sino una mujer, y muy hermosa. El rostro de Ángela se encendió al recordar cómo la había tocado.

-¡Salga de aquí antes de que pida ayuda y haga que lo arresten! Oh, mejor aún, ¡antes de que yo lo mate!

El hombre dio unos pasos hacia ella.

-¿Me haría eso después de que me arriesgué a venir aquí para devolverle sus joyas?

-¿Mis joyas?

Ángela lo miró, perpleja.

-¿Por qué no guarda esa pistolita y se aparta de la puerta, señorita? Prometo no sorprenderla con ningún truco. -Al ver que la muchacha permanecía clavada en su lugar, rió entre dientes. -Aún no confía en mí, ¿eh? Mire sobre su tocador y verá su alhajero.

Poco a poco, Ángela apartó la mirada de él y vio su alhajero de terciopelo negro. En su prisa por revisarlo, olvidó al hombre por completo. Dejó la pistola sobre el tocador y abrió la caja suavemente. Todo estaba allí: todas sus hermosas joyas, los tres engastes que Bradford le había regalado... todo, excepto su moneda de oro.

-Este es un bonito juguete, señorita.

Angela dio media vuelta y vio al forajido cerca de ella, examinando la pistola. Advirtió lo tonta que había sido. Ahora estaba indefensa y observó, con los ojos muy abiertos cómo él guardaba el arma en su bolsillo. Se dispuso a gritar, pero él la sujetó con rapidez y le cubrió la boca con la mano.

-Debe confiar en mí, pues no tiene alternativa. Si grita, conseguirá ayuda, desde luego. Pero no le gustará lo que ocurra. Ahora tiene las joyas. Ellos no creerán que un forajido devolvería parte del botín sólo por su buen corazón. No, ellos pensarán que usted es mi cómplice... y eso es lo que yo les diré.

Cuando retiró su mano, la muchacha no gritó, pero lo miró con aire acusador.

-¿ Por qué me devolvió las joyas? -preguntó, fríamente.

-¿Por qué no?

-¡Podría haberlas empeñado!

El hombre se encogió de hombros, sosteniéndola aún con un brazo.

-Es demasiado riesgoso empeñar objetos de valor para obtener dinero... demasiado fácil de rastrear. No, en general nosotros damos las joyas y artículos similares a nuestras amigas a cambio de... favores.

Ángela logró que la soltara y se apartó de él.

-¿Es eso lo que quiere de mí? ¿Un favor?

-Y si le pidiera uno, ¿me lo concedería?

La muchacha se volvió y lo miró, con las manos apoyadas en las caderas y un brillo furioso en la mirada.

-¡No! -respondió-. ¿Y dónde está mi moneda de oro? No está con las demás joyas.

El hombre la miró, confundido.

-Pero no me la llevé; la dejé en el bolsillo de una chaqueta verde. ¿Aún no la encontró?

-No... yo...

Ángela corrió hacia el armario sin decir más. Halló la moneda y la aferró en su mano. Toda la furia la abandonó. Se volvió, dispuesta a expresar su agradecimiento, pero se detuvo al ver que el hombre estaba apenas a centímetros de ella. Este apoyó las manos en el armario, uno a cada lado de la joven, encerrándola.

-Cuando está feliz, es aún más encantadora-dijo, con voz suave, muy cerca de ella.

El hombre lanzó una carcajada y Ángela volvió a advertir que era muy apuesto. Tenía un rostro suave y bien afeitado. Sus ojos grises brillaban. A pesar de ser un forajido, no parecía cruel.

-¿Cómo supo que ésas eran mis joyas y dónde poner la moneda? -preguntó.

-Los aros de oro que estaban con el resto de las joyas eran marcos perfectos para esta moneda que tanto atesora usted -respondió el hombre. Mirándola a los ojos, prosiguió: -Decidí que un solo encuentro no bastaba para nosotros.

-Bien, ahora que ha vuelto a verme y que me ha devuelto las joyas, ¿quiere marcharse, por favor? Fue una locura venir aquí.

Parecía un niño, con el ceño fruncido de decepción. -¿ Es así como me agradece?

-Le agradezco que me haya devuelto las joyas, pero fue por su culpa que tuve que buscar un empleo y poner fin a mi viaje. ¿También debo agradecerle eso?

-¡Ah, cuánta amargura en alguien tan adorable! -Pasó un dedo por la mejilla de la muchacha.-Pero, tarde o temprano, habría tenido que buscar empleo, cuando se le acabaran el dinero y las joyas. ¿Me equivoco?

-¿Qué le hace pensar eso? -preguntó, con evidente sorpresa.

-Si hubiese alguien que pudiera ayudarla, ahora no estaría aquí -respondió -. No, creo que no tiene a nadie. -Pues se equivoca, señor, porque tengo amigos muy poderosos - replicó -. Sólo que no deseo imponerles nada. -Tal vez sea cierto, tal vez no -reflexionó, acercándose a ella más aún-. Pero ¿qué importa eso? Ahora usted continuará su viaje.

Dígame adónde va, para que pueda volver a encontrarla.

No la dejó responder; sus labios cubrieron los de la muchacha. A pesar de su indignación, Ángela se vio atrapada por su pasión. Las manos que la sostenían de los hombros eran como de acero. El beso era fuego fundido. Ella no pudo pensar: se entregó.

No supo en qué momento la llevó a la cama, pero pronto se halló allí con el extraño de cabellos negros. Entonces, ya nada le importaba excepto volver a nacer en sus brazos. Cuando las manos del hombre comenzaron a desabrocharle el vestido y sus labios seguían la huella de sus dedos, ya no pudo contenerse.

-¡Bradford! -exclamó-. ¡Bradford! Te amo. Abrió los ojos y halló una mirada fría y furiosa. Los ojos del hombre la asustaron.

-Lo siento -dijo Ángela. Fue todo lo que pudo decir.

-¿Por qué? -preguntó, fríamente-. ¿Por hacerme creer algo que no es verdad? ¿O porque yo no soy Bradford?

-Usted no entiende...

-Sí que lo entiendo -dijo, interrumpiendo la explicación. Se inclinó sobre ella y sus dedos aferraron los hombros de la joven. -Aún podría tomarla. Aunque usted desee a otro, yo podría hacer que lo olvidara.

-¡No! -imploró Ángela. Las lágrimas comenzaban a afluir a sus ojos.-¡Por favor!

-¿Por qué? - preguntó -. ¿Por qué? Me hizo pensar que estaba dispuesta a hacerlo. Yo aún la deseo.

Ángela sollozaba, pero no sabía si lo hacía por miedo o por remordimientos.

-¡Yo amo a otro... o lo amaba! El fue el único... Aunque sea imposible, él debe ser el único.

El hombre maldijo violentamente en castellano y abandonó la cama. De pie, miró el rostro bañado en lágrimas de Ángela y dijo, en tono áspero:

-Tenía razón, señorita. Yo no entiendo. -Extrajo de su bolsillo la pistola de la muchacha y la arrojó sobre la cama. -Cuando hago el amor a una mujer, ella tiene que estar conmigo, no con el recuerdo de otro hombre La dejo con sus recuerdos y le deseo todo el placer que pueda encontrar en ellos. Adiós.

Librodot

38

Ángela no tardó mucho en empacar. Muy pronto, con un vestido de viaje azul claro y una chaqueta adornada con brocado, esperaba la diligencia. Había otras personas esperando: hombres de trajes oscuros y sombreros en forma de hongos que resultaban cómicos y fuera de lugar en esa tierra apenas civilizada.

Cuando el hombre alto y de cabellos oscuros entró a la estación y se sentó a su lado, Ángela se puso de pie de inmediato. Sin embargo, él se levantó al mismo tiempo, la tomó del brazo y se acercó a ella.

-Si creyera que podría usted acostumbrarse a otro estilo de vida, la llevaría conmigo a México, a la tierra que recuperaré algún día y que fue robada a mi familia.

-¡Yo no iría con usted! -respondió, con firmeza.

-No dije que le pediría permiso -replicó el hombre, con la misma firmeza.

Antes de que la muchacha pudiese volver a hablar, le rodeó la cintura con los brazos. La muchacha intentó apartarse, pero él la sostuvo con fuerza. De pronto, ambos se sobresaltaron por la voz que provenía desde detrás de Ángela.

-¿Acaso ahora regalas tus favores, Ángela?

-¡Grant! -exclamó la muchacha, al volverse y ver los furiosos ojos verdes -. ¿Qué... haces aquí?

-Acabo de llegar en la diligencia. Pero tal vez tú preferirías que no lo hubiese hecho -dijo, mirando fríamente al bandido.

-¡No seas tan insolente! -le reprendió Ángela -. Este es... un amigo mío. Sólo estábamos despidiéndonos.

El bandido rió.

-Sí -dijo, y llevó la mano de Ángela a sus labios -. Espero que algún día volvamos a encontrarnos. Hasta entonces, adiós.

Se alejó con rapidez.

Angela se volvió hacia Grant, lista a escuchar el sermón que seguramente le daría. Se sorprendió al oírlo decir:

-Te he extrañado.

¿Qué podía responder?

-¿Por eso viniste?

-No -dijo Grant, con voz sombría -. Jim McLaughlin fue a la hacienda en tu busca y me pidió que lo ayudara.

-¿Para qué me busca?

Grant miró el suelo con expresión solemne.

-Tiene algunas cosas que discutir contigo. Ángela...Jacob Maitland ha muerto.

Ayudó a la apenada joven a salir de la estación. En su aflicción, ninguno de los dos vio al hombre que, en un rincón, se ocultaba tras un periódico. Acababa de llegar, pero Ángela no lo había visto.

Los ojos de Billy Anderson brillaban. ¡Lo había logrado! Había seguido a Jim McLaughlin desde Mobile, pues sabía que el abogado estaba relacionado con Ángela y estaba seguro de que lo llevaría hasta ella. No era el momento apropiado para lo que tenía en mente, pero Billy tenía mucha paciencia. Después de años de espera, no le importaba un poco más.

Una hora más tarde, Ángela y Jim McLaughlin se hallaban en una pequeña oficina del banco. Él le leía un largo documento. La muchacha intentaba escuchar, pero no lograba asimilar las palabras. Estaba muy quieta, sentada en una silla de respaldo duro, con la mirada fija en el papel que Jim tenía en las manos. Sin embargo, veía a Jacob, sentado en su estudio, con los ojos alegres al verla llegar para a ayudarlo con los libros. Ya Jacob en el comedor. Jacob, con su cabello ligeramente cano, inclinándose para susurrarle algo al oído. Jacob.

¿Jacob, muerto? No, aún debía de estar en Golden Oaks, dando órdenes. Jacob era demasiado real para estar muerto. Entonces, ¿por qué estaba allí Jim McLaughlin, leyendo su testamento?

-¿Comprendiste todo lo que he leído, Ángela? -preguntó Jim McLaughlin en tono amable.

-¿Qué?

La muchacha levantó la vista, sin expresión alguna en los ojos.

-Entiendo que esto ha sido un gran golpe para ti, Ángela -dijo Jim -. Déjame resumirlo. Recibirás doce mil dólares por año que podrás retirar de cualquier banco. Hay dos residencias que te pertenecen con exclusividad: una cómoda casa en Massachusetts y una pequeña propiedad en Inglaterra. Aparte de éstas, puedes utilizar cualquiera de las residencias de la familia cuando gustes. Si alguien se rehusara a darte la bienvenida (supongo que esto se refiere a Bradford, ya que él es ahora el dueño de estas propiedades), será desheredado. Esta es una cláusula muy severa, pero Jacob insistió en ella. Además de todo eso, ahora eres dueña de la mitad de la hacienda JB; la otra mitad pertenece a Bradford. La hacienda es muy grande, tiene miles de hectáreas y, según creo, la están restaurando. Una vez que comience a producir, serás una mujer muy rica, aún más de lo que ya eres.

Ángela lo escuchaba, atónita. Jacob había demostrado una extraordinaria generosidad. Ya no tendría que preocuparse por el dinero.

-Si aceptas un consejo, Ángela, podría ser una buena idea retirarte por un tiempo a la hacienda. Grant Marlowe regresará allá, de modo que él puede acompañarte. Eso te dará tiempo para recobrarte de la muerte de Jacob y para decidir qué quieres hacer. Las posibilidades son limitadas. Una de ellas es viajar, y ni siquiera tendrás que hospedarte en hoteles puesto que los Maitland tienen propiedades por todo el mundo.

-Sí, bueno, tal vez vaya a la hacienda por un tiempo -respondió Ángela.

Ya no tendría que recorrer esa tierra agreste en busca de su madre. Podía contratar a alguien para que lo hiciera en su lugar.

-¿Has comprendido todo? -preguntó Jim.

-Sí.

-Bien. Entonces no me queda nada por hacer excepto darte una copia del testamento y esta carta de Jacob -dijo Jim, al tiempo que le entregaba los artículos.

Ángela no se sorprendió al recibir la carta, pues la esperaba; al menos, esperaba algo similar. Sabía lo que diría: Jacob le explicaría que era su padre y cómo había ocurrido todo. Al sostener la carta, sintió de pronto la presencia de Jacob. Intentó quitarse esa sensación, pues sabía que era absurdo. Jim McLaughlin abandonó la habitación en silencio mientras la muchacha abría el sobre.

Mi querida Ángela:
Cuando leas esta carta yo estaré muerto, y espero de corazón que no sufras por mí. Tú fuiste una bendición para mis últimos años, la hija que siempre quise tener, y no podría soportarlo si te provocara desdicha.

Esa es una de las razones por las cuales no. pude resignarme a hablarte de tu madre. Lamento tener que decirte ahora que ella está muerta y sepultada en mi hacienda de Texas.

Ángela permaneció inmóvil, con la carta en la mano. No se movió por largo rato.

Su madre estaba muerta, y Jacob lo había sabido todo el tiempo. Echó a llorar. Lloró mucho por su madre y luego, finalmente, lloró por Jacob.

Al fin, continuó leyendo.

Librodot

Me culpo a mí mismo por su muerte. Fue tan trágica... y ella era muy joven. Verás, yo amaba a tu madre con toda mi alma, y ella me amaba a mí. Pero descubrimos nuestro amor demasiado tarde, cuando yo ya estaba casado y tenía hijos a quienes cuidar.
Habría abandonado a mi esposa, pero Charissa no me lo permitió. Habría preferido convertirse en mi amante, pero yo la respetaba demasiado para permitir eso. Ahora me arrepiento de mi decisión, porque discutimos al respecto y Charissa juró que se marcharía y se casaría con el primer hombre que se lo pidiese.

Tu madre era una mujer obstinada e hizo exactamente lo que había prometido. Desesperado, intenté hallarla cuando se marchó de Massachusetts, pero no lo logré hasta un año después. Para entonces, estaba casada con tu padre y te esperaba a ti. Entonces compré Golden Oaks porque, a pesar de que ambos estábamos casados, no podía soportar estar lejos de ella.

Más tarde, cuando tú cumpliste un año, tuve que ir a mi hacienda de Texas. Bradford estaba allí y yo quería que viniese a casa. Tu madre me rogó que la llevase conmigo. No soportaba estar casada con un hombre a quien apenas conocía y la vida en la granja era muy diferente de lo que ella había conocido. Mi mayor error fue rehusarme a llevar a Charissa conmigo a Texas. Sin embargo, en esos años el oeste no era lugar para una mujer, especialmente para una mujer con la educación de tu madre.

Créeme, Ángela, que jamás imaginé que ella me seguiría. Vino al oeste sin compañía, en un tren que fue atacado por los indios. Fue herida en el ataque y murió al llegar a mi hacienda.

Su último deseo fue que yo te cuidara, aunque lo habría hecho sin que me lo pidiera.

Perdóname, Ángela, por no haberte dicho esto antes. No podía resignarme a contártelo. Temía que me culparas por la muerte de tu madre, como yo me culpo.

Mi sueño más preciado siempre ha sido que tú te cases con mi hijo mayor. He visto que lo amas y que él te ama a ti. Ustedes dos tendrán la vida que nos fue negada a Charissa ya mí.

Te pareces mucho a tu madre, Ángela.

Ella vive en ti. Sé feliz, querida, y no sufras por nosotros. Si existe el paraíso, yo ya estoy allí con tu madre.

Con profundo amor, Jacob.

Ángela leyó la carta una y otra vez. Después de todo, no era la hija de Jacob. ¡No era la media hermana de Bradford! Pero, ¿y la carta que Crystal había utilizado para provocar a Bradford? ¿Acaso la habría inventado? ¡Claro que sí! Crystal habría hecho cualquier cosa para recuperar a Bradford o para herir a Ángela.

Sin embargo, Bradford sí había estado comprometido con Candise mientras le declaraba su amor. ¡Qué bastardo era en realidad!

En ese momento, Jim McLaughlin llamó a la puerta y asomó la cabeza.

-¿ Estás lista para partir, Ángela?

Ángela y Jim salieron de la pequeña oficina y se encontraron con Grant en el hotel. Los tres compartieron una cena temprana y partieron a la mañana siguiente. Jim viajó con ellos hasta Dallas y l*os* dejó allí para regresar a Nueva York.

Ángela no había querido preguntarle por Bradford y Candise. No deseaba saber si ya estaban casados. Se sintió aliviada al saber que Bradford había regresado a Nueva York y que se había sumergido en los negocios. Estaba segura de que él no iría a la hacienda de Texas, de modo que ella no tendría prisa en dejarla.

La hacienda JB quedaba a menos de veinte kilómetros de Dallas. Ángela y Grant recorrieron en una pequeña carreta las tierras áridas, la llana pradera salpicada apenas por colinas bajas y escasos árboles. La hacienda era exactamente como la había descrito Bradford, aunque estaba bastante deteriorada. Además de la larga casa principal de una sola planta, había un gran establo y, a su izquierda, los corrales. Frente al establo había una barraca. J unto a la casa, había algunos árboles grandes y viejos y, a la derecha, un terreno donde alguna vez había existido un jardín.

Grant se disculpó por el aspecto del lugar y le explicó que sólo había tenido tiempo de contratar algunos hombres. la mayoría de los cuales se hallaban reuniendo el ganado. Dos hombres estaban reparando el corral y el establo. La casa necesitaba mucha dedicación. Había ventanas rotas, la pintura estaba descascarada y un trozo de la baranda del porche estaba tendido en el polvo. Ángela vio todo eso desde afuera, y se estremeció al pensar cómo estaría el interior. Se necesitaría mucho trabajo. Aunque, por otra parte, ella tendría tiempo de sobra para hacerlo. Además, ahora podría ocuparse en algo útil, tendría trabajo que disfrutaría hacer y que evitaría que pensara tanto.

Billy Anderson, oculto tras una colina cercana, hizo girar a su caballo: Había visto a Ángela entrar a la casa con el hombre robusto. Ahora sabía dónde encontrarla. Regresó a la ciudad, seguro de que ya no tendría que esperar mucho tiempo más. Ahora, su único obstáculo sería Grant.

39

Ángela terminó de lavar los platos del desayuno y se sentó a la mesa de la cocina para beber otra taza de café negro y fuerte. Miró por la ventana que estaba sobre el fregadero y vio que el sol iluminaba las montañas, a lo lejos. Se sintió extrañamente satisfecha al recordar cómo solía contemplar la salida del sol en la pequeña granja de Alabama. Ahora, su vida no era tan diferente, sólo que ya no tenía campos que arar ni tenía que preocuparse y esperar que la cosecha fuese buena. Allí, la única cosecha sería el jardín que había comenzado un mes atrás.

Grant le había advertido que era ridículo comenzar un jardín a esa altura de la temporada, puesto que en unos meses haría mucho frío. De todos modos, ella lo había intentado. Quería tener vegetales frescos o envasarlos ella misma, no esa comida enlatada que se había visto forzada a comprar en el almacén del señor Benson.

La gran casa ya parecía un hogar. La despensa estaba llena de provisiones que durarían al menos tres meses, y la muchacha había comenzado a hacer cobertores para las camas. La semana anterior había ordenado a los hombres que limpiaran muy bien la barraca, cosa que ellos hicieron a regañadientes. No obstante, se rehusaron terminantemente a poner cortinas en lugar de los sacos de harina que cubrían las ventanas.

La mayoría de los hombres contratados estaban aún reuniendo el ganado en los campos y en las colinas. Grant dijo que tal vez pasara al menos otro mes hasta que trajeran toda la manada. Entonces, marcarían los animales y los dejarían pastar hasta que fuera tiempo de llevarlos por el sendero Chisholm hasta Kansas. Eso llevaría unos dos
meses y el ganado que no hubiese muerto por el camino sería enviado al este por ferrocarril.

La única compañía de la muchacha era Grant, y eso era sólo de vez en cuando, para la cena. Luego, él se marchaba y Ángela se acostaba, sola. Grant se ablandó una vez que ella se convirtió en la "jefa", según la llamaba en broma. Ya no discutían. Tampoco volvió a ofrecerle matrimonio. Sin embargo, a Ángela le agradaba ese cambio, pues ahora Grant era su amigo y disfrutaba de su compañía.

Cuando oyó que se acercaba un caballo, Ángela se puso de pie y se dirigió a la puerta del frente. Salió al porche y vio a una mujer que montaba un potro negro. La mujer llevaba ceñidos pantalones de montar y una camisa blanca de cuello abierto bajo una chaqueta marrón. Le pareció conocerla: tenía cabellos castaños rojizos recogidos en una coleta corta y ojos azules. Entonces, Ángela abrió los ojos, sorprendida.

-¿Mary Lou?

La mujer rió alegremente.

-Ángela, ¿de veras eres tú, querida? ¡Cielos!

Ambas rieron y se abrazaron. Ángela estaba encantada de ver a la única compañera de escuela de la que había sido amiga. Y Mary Lou estaba tan encantada como ella. Entraron y la muchacha sirvió café. Luego, siguió un aluvión de preguntas.

-Me enteré en la ciudad de que una mujer vivía aquí en la JB -dijo Mary Lou en cuanto se sentaron en el largo sofá, ahora tapizado con un motivo de hojas otoñales rojas y amarillas -: No podía creerlo. Jamás había habido ninguna mujer aquí, de modo que tenía que verlo yo misma. ¡Y me encuentro con que eres tú! ¿Qué haces aquí? ¿Te casaste al fin con Bradford Maitland?

Ángela se puso tiesa al recordar lo tonta que había sido durante tantos años.

-No, el padre de Bradford murió y me dejó la mitad de la hacienda.

-¿Tú eres la dueña? ¡Es maravilloso!... Es decir, me refiero a la hacienda, no al señor Maitland.

Librodot

-¿Sabes? He estado tan ocupada arreglando la casa que olvidé por completo que tú vivías cerca de aquí.

-Sí, a sólo dieciséis kilómetros. Las tierras de mi padre están a veinticuatro kilómetros al sur de aquí. Pero no son tan extensas como la JB. ¡Cielos, cómo has cambiado este lugar! -exclamó Mary Lou, mirando a su alrededor -. Cuando era niña solía venir aquí y todo era muy distinto. Claro que en esa época sólo vivían aquí el señor Maitland y Bradford, y tú sabes cómo son los hombres. No les importa la comodidad tanto como a nosotras.

-Sí, lo sé -dijo Ángela, riendo, y le explicó cómo había intentado dar un aspecto alegre a la barraca-. Pero cuéntame cómo estás. Hace ya un par de años que te casaste. ¿Tienes hijos?

-No, ninguno -respondió Mary Lou con cierto rubor -. Mi marido, Charles, murió el invierno pasado.

-Oh... lo siento mucho.

-No lo sientas, Ángela. No había amor entre nosotros. Charles era mucho mayor que yo y fue mi padre quien arregló el matrimonio. Quería dominar las dos haciendas.

-¡Qué terrible! -exclamó Ángela-. ¡Que te casen así!

-Ahora no importa -dijo Mary Lou, sonriendo -. Las dos haciendas están juntas, pero mi padre no está a cargo, pues yo misma dirijo la de Charles.

-Felicitaciones -rió Ángela -. Eres la mujer exacta para hacerlo.

-Me gusta pensar que sí -respondió Mary Lou con una sonrisa traviesa -. ¿ Y tú, diriges la JB? Oí decir que tienes hombres reuniendo el ganado que se dispersó con la guerra.

-Eso no es obra mía -dijo Ángela -. Bradford contrató a Grant Marlowe como capataz, y él está a cargo de todo.

-¡Bah! Eso es típico en ellos, especialmente en Bradford. Siempre fueron sabelotodos, incluso cuando eran niños. Recuerdo que jamás me permitían ir a cabalgar con ellos; decían que era demasiado pequeña. Pero yo los seguía, de todos modos, sólo para demostrarles que podía hacerlo. Veo que siguen siendo sabelotodos que piensan que una mujer no sabe hacer nada.

Ángela rió, pues había advertido un brillo especial en los ojos de Mary Lou ante la mención del nombre de Grant.

Continuaron conversando durante el resto de la mañana, hasta que Mary Lou dijo que tenía que marcharse. Ángela la acompañó hasta el porche y la hizo prometer que el sábado iría a cenar allí con su padre.

Mientras observaba a su amiga alejarse, cabalgando, Ángela divisó el gran árbol de madera dura que se hallaba cerca del camino; bajo él, estaba la tumba. La había descubierto un día después de su llegada y la visitaba siempre que no había nadie cerca de allí.

Se volvió al ver a Grant junto al pozo y se dirigió a él. Grant terminó de llenar un segundo cubo de agua y lo dejó en el suelo. Sonrió al ver acercarse a la muchacha. Esta tenía el cabello recogido con un pañuelo rojo y llevaba una blusa amarilla con una falda bermeja. A pesar del tono oscuro de su falda, se veían en ella marcas a la altura de las rodillas, por haber estado arrodillada en el jardín. No obstante, ella estaba tan hermosa y fresca como siempre, pensó Grant.

-Vas a terminar arruinando toda tu bonita ropa, jefa si no te das por vencida con ese tonto jardín -bromeó Grant.

Ángela miró su falda y sonrió.

-Creo que tendré que volver a usar pantalones, como en la granja de papá.

-No estoy seguro de que sea una buena idea -respondió Grant -. Quisiera que los hombres trabajaran y no que pasaran el tiempo mirándote en ese maldito jardín.

-¿ Y si usara camisas anchas?

-De todos modos, harás lo que te plazca, así que no sé por qué me lo preguntas.

Ángela rió y señaló los cubos de agua.

-¿Son para mí?

-Sí. Pensé que los necesitarías pero, si me lo preguntas es un desperdicio.

Librodot

-Cambiarás de opinión cuando pruebes verduras frescas en la mesa. En la primavera, se podría agrandar el área y plantar maíz y arvejas también.

-Esto es una hacienda, no una granja, Ángela.

-Nunca está de más ser autosuficiente.

-Bueno, es tu tierra -dijo Grant, encogiéndose de hombros -. ¿Vino Mary Lou Markham por aquí?

Ángela asintió.

-Tú la conoces desde antes de la guerra, ¿verdad?, cuando tu padre era capataz aquí.

-Sí. Se ha puesto muy bonita. Aunque veo que no ha cambiado mucho; sigue aficionada a los juegos de muchachos. -Ahora dirige su hacienda. Eso no es fácil.

-Tendría que haber regresado con su padre cuando murió Charles Markham, en lugar de querer demostrar que puede manejar la hacienda sola -dijo Grant, en tono burlón.

-¡Tú estás muy seguro de lo que debería hacer todo el mundo! ¡Eres exasperante, Grant!

-Sí - rió -. Ya me han insultado antes.

Ángela sacudió la cabeza y observó a Grant alejarse hacia el establo. Realmente era insoportable. Sin embargo, se había encariñado mucho con él.

Una vez que Grant se alejó, la muchacha dio media vuelta, atravesó lentamente el patio de tierra en dirección a la tumba de su madre y se arrodilló junto a ella. Era un momento de intimidad para ella, algo que no hacía a menudo.

-¿Qué haces aquí, Ángela? -preguntó Grant desde atrás. La muchacha se sobresaltó. -Esta es la segunda vez que te encuentro junto a esta tumba.

-Tú estabas aquí cuando ella murió, ¿verdad, Grant? -inquirió Ángela, ignorando la pregunta.

Grant miró un instante la cruz de madera.

-Sí, estaba aquí. Era un niño... tenía cinco años, creo... cuando el viejo Maitland mismo la enterró allí. Más tarde, mi papá me habló de la mujer. Dijo que su muerte afectó mucho a Jacob.

-¿Bradford no estaba aquí cuando eso sucedió?

-En realidad, Jacob había llegado apenas unos días antes. Había enviado a Brad al pueblo para que cerrara sus cuentas. El viejo siempre hizo que Brad se hiciera cargo de sus responsabilidades, incluso cuando era niño.

-Pero ¿se enteró de ello a su regreso?

-No. Por alguna razón, Jacob no quiso que supiera nada. Al día siguiente, volvieron a Alabama. Pero ¿por qué me haces tantas preguntas, Ángela? No puedes haber conocido a la mujer. Tú debías de ser un bebé cuando eso ocurrió.

Ángela no pudo contener las lágrimas.

-Sí la conocí - murmuró -, por poco tiempo.

-Era tu madre, ¿no es así?

-Sí.

Los ojos verdes de Grant se ensombrecieron.

-Lo siento, Ángela.

-Estoy bien, Grant -dijo, con voz débil -. Lloré por mi madre cuando era niña, cuando no la tenía conmigo. Durante todos esos años, pensé que estaba viva. Hace muy poco que me enteré de que murió hace tanto tiempo. Siento mucho no haberla conocido.

Permanecieron en silencio algunos minutos. Luego, Ángela se volvió y se encaminó de regreso a la casa. En su habitación, lloró por el amor frustrado de Jacob y Charissa, y por su madre, a quien jamás volvería a ver.

Librodot

40

El viento rugía con ferocidad contra las ventanas. El cielo era un manto negro, como si una gruesa cortina cubriera la luna y las estrellas. Con el viento, vino el frío, que se colaba a través de las tablas sueltas en las paredes.

-Parece que al fin tendremos un poco de lluvia -observó Ángela, mientras servía una segunda taza de café a Grant. Luego regresó a la cocina.

-Más bien, una tormenta -respondió. Tomó su guitarra y comenzó a tocar una melodía triste -. Espero que tu jardincito pueda soportar un aguacero.

Mientras Grant continuaba rasgueando la guitarra, la muchacha preguntó:

-Vendrás a cenar mañana, ¿verdad?

-Es la segunda vez que me lo preguntas -dijo Grant -. ¿Qué tiene de especial la cena de mañana?

-Bueno, en general, los sábados por la noche vas al pueblo con los hombres. Sólo quiero asegurarme de que estarás aquí. Tengo invitados.

Grant levantó la vista y la miró con una ceja levantada.

-Ah, ¿sí?

-Vendrán Mary Lou y su padre -dijo Ángela de prisa, con la esperanza de que Grant no se opusiera -. No te importa, ¿verdad?

Grant sonrió.

-¿Por qué habría de importarme? En realidad, hace años que no veo a Walter Howard. La velada será interesante.

-¿Por qué lo dices?

-¿Conoces a Walter Howard? -preguntó, divertido.

-No.

-Si no ha cambiado, creo que lo hallarás un poco... eh... difícil. Es probable que conozcas su opinión sobre las mujeres antes del fin de la velada, y estoy seguro de que no estarás de acuerdo con él.

-Otro Grant Marlowe, sólo que mayor. ¿Es eso lo que quieres decir?

Grant lanzó una carcajada.

-¿Acaso alguna vez te dije lo que debías o no debías hacer?

-Sí que lo has hecho -respondió, riendo -. De hecho. es lo único que tú...

La puerta se abrió con una ráfaga de viento. Ángela levantó la vista y halló un rostro furioso. Podría haber jurado que estaba observando las llamas del infierno. Sin embargo, la mirada de fuego pertenecía a Bradford Maitland, que estaba de pie en la puerta, con la montura en una mano y su saco de dormir y las alforjas en la otra.

¿Qué demonios hacía él allí, sucio y cubierto de polvo, sin haberse afeitado por bastante tiempo? ¿Y por qué la miraba como si quisiera matarla? Muchas veces, Ángela había imaginado ese encuentro, pero nunca así, con las furias del infierno en esos ojos. ¡Era ella quien tendría derecho a estar furiosa, no él!

Finalmente, Bradford apartó la mirada de ella y dejó la montura en el suelo, lo cual sobresaltó a Ángela. La muchacha observó cómo el viento se apoderaba del polvo despedido por la montura y lo esparcía por la habitación. Bradford cerró la puerta de un puntapié. Una vez que el viento volvió a quedar afuera, la atmósfera de la habitación se volvió sofocante.

Con gran esfuerzo, Ángela apartó la mirada de Bradford y observó a Grant, que estaba a pocos pasos del sofá. Esos dos hombres eran amigos. Entonces, ¿por qué Grant parecía tan receloso? ¿Y por qué Bradford no decía nada? El tenso silencio se prolongó cuando Bradford atravesó la habitación en dirección a la cocina y dejó el resto de su equipaje sobre la mesa, desparramando más polvo. Ángela lo siguió con la mirada, recordando todas las noches insomnes que había pasado maldiciendo a ese hombre. Ahora quería insultarlo, pero no hallaba fuerzas para hablar, ni siquiera para moverse.

Bradford rompió el silencio con voz dura y tensa al enfrentar a Grant.

-Veo que ninguno de los dos me esperaba, pero aquí estoy. Es una lástima que haya interrumpido esta tierna escena entre ustedes. Ahora quiero que recojas tus cosas, Grant, y te largues de aquí.

-¿Estás despidiéndome, Brad?

-Claro que no. Hicimos un trato -respondió, en tono áspero -. No tengo intenciones de dejar que lo quiebre una mujer. Ahora recoge tus cosas y vuelve a mudarte a la barraca.

-¡Pero mis cosas siempre han estado allí! - respondió Grant, indignado -. Si tienes alguna cuenta que ajustar conmigo, Brad, quisiera que fueras al grano.

-Nada de eso. Conque has sido discreto por el bien de esta dama -dijo, con desdén -. Eso es muy loable. Pero estoy cansado, de modo que, por favor, lárgate de aquí y llévatela contigo.

Grant miró a Ángela, cuyos ojos violetas se oscurecían poco a poco. Brad no tenía por qué hablar así de ella.

-Estás equivocado, Brad -dijo Grant, que también comenzaba a enfadarse -. No hay nada...

-Ahórrate eso -lo interrumpió Bradford -. ¿Tengo que echarte de aquí o harás lo que te dije?

-¡Me voy, maldición! -gritó Grant, furioso. Luego se volvió a Angela y bajó la voz. -Tal vez sea mejor que vengas conmigo -dijo suavemente, pero vio que el temperamento de la muchacha también había aflorado.

-¡No! -gritó Ángela, con los brazos cruzados sobre el pecho -. ¡Esta casa es tanto mía como de él y no pienso dejarla!

-¿De qué demonios hablas? -preguntó Bradford. Se acercó a las estanterías que abarcaba desde el piso hasta el techo y que servía como pared divisoria entre la cocina y la sala. Angela lo miró a los ojos, sin acobardarse.

-Jacob me dejó la mitad de esta hacienda. Tú debes saberlo.

-¡De haberlo sabido, no estaría aquí! -rugió Bradford. Se maldijo en silencio por no haber prestado atención a la lectura del testamento y por no haberlo revisado en su oportunidad. Sabía que Ángela estaría allí, pero estaba seguro de que podría librarse de ella con facilidad. ¿Qué diablos iba a hacer ahora?

-Si no me crees, tengo una copia del testamento -dijo Ángela.

Sus ojos volvieron a encontrarse y la muchacha se rehusó a dejar que aquella furia la acobardara. Antes, Bradford la asustaba, pero ya no la intimidaría más. Finalmente, Bradford habló.

-Yo también tengo una copia del testamento y la leeré. Si lo que dices es verdad, compraré tu parte.

-No, gracias -respondió la muchacha, fríamente -. Sucede que me gusta vivir aquí.

Bradford estaba lívido.

-¿De veras piensas quedarte en esta casa conmigo?

-¿Por qué no habría de hacerlo?

-Porque te arrepentirás, señorita Sherrington. ¡Te lo juro!

Bradford dio media vuelta y se alejó por el corredor. Pronto, se oyó abrirse la puerta de uno de los dormitorios y luego cerrarse de un golpe.

-Será mejor que te vayas, Grant. Yo hablaré con él en la mañana.

-No me parece que ustedes dos puedan tener una conversación amable. Tal vez sea mejor que me dejes hablar con él -dijo Grant -. Parece que Brad tiene algunas ideas equivocadas.

-No, yo me encargaré. Sólo recuerda estar aquí puntualmente mañana por la noche.

Grant sonrió.

-¿Estás segura de que Bradford me dejará entrar?

-Lo siento, Grant. Yo te invité a venir esta noche y tendría que haberte defendido.

Supuse que Bradford sabía que la mitad de la hacienda me pertenece, pero no era así. No volverá a suceder. Yo puedo invitar a quien me plazca.

-Entonces vendré mañana por la noche. Pero te aconsejo que te mantengas lejos dc Bradford por el resto de la noche. Deja que se calme antes de intentar explicarle nada. Ángela lo miró, estupefacta.

-¡Yo no tengo nada que explicarle! - exclamó -. ¡Es Bradford Maitland quien tiene que dar explicaciones... si puede! -añadió, con amargura.

Grant sacudió la cabeza.

-Tengo mis sospechas acerca de por qué Brad está tan furioso, pero ¿ por qué lo estás tú?

-No importa, Grant. Ahora ve y duerme un poco. Yo tengo mucho en qué pensar - respondió.

Grant se marchó y la muchacha recorrió la habitación, apagando todas las lámparas de aceite excepto una. No esperaba dormir bien esa noche.

41

El día amaneció brillante y soleado, sin vestigios de los nubarrones del día anterior. La tormenta había dejado charcos por toda la casa, debido a las goteras del techo. Ángela se puso fuera de sí al descubrir las alfombras empapadas en la sala y los charcos en la cocina. La lluvia había entrado incluso en la despensa y había arruinado dos costales de harina y un gran barril de harina de maíz que, por descuido, había dejado a medio tapar la noche anterior. Tardó dos horas en limpiar todo y en llevar las enormes alfombras de la sala al barandal del porche para que se secaran. Cuando terminó, estaba exhausta, pues había dormido muy poco por la noche. Era sábado, y había invitado a Mary Lou ya su padre a cenar.

La atemorizaba la perspectiva de volver a ver a Bradford. Tarde o temprano, tendría que enfrentarse a él. Y entonces, ¿qué?

Volvió a calentar el café que Bradford había hecho antes y se preparó un desayuno liviano. Mientras estaba sentada a la mesa, él entró a la cocina y se detuvo en seco al verla.

-¿Quédan más de ésos? -preguntó, señalando el bizcocho que tenía la muchacha en la mano.

Ángela suspiró. Bradford ni siquiera podía ofrecerle un saludo amable. Estaba allí, de pie en el medio de la habitación, con aire agresivo. Estaba afeitado y tenía el cabello aún húmedo por el baño. Sin embargo, el baño no había afectado su genio agrio.

-Quedan dos más en el horno pero, si quieres, puedo prepararte unos huevos y unos panqueques.

-No te molestes -respondió. Luego, añadió, irritado: -Y una hacienda no es lugar para esos malditos pollos que vi allá afuera.

-Sucede que me gustan los huevos y el pollo asado -le dijo, esforzándose por mantener un tono sereno.

-Ed Cox cría pollos para eso mismo -replicó.

-Lo sé -dijo, sonriendo -. Allí es donde conseguí mis pollos. Y te recuerdo que no necesito tu permiso para criarlos.

Bradford gruñó y se acercó a la mesada.

-¿Y esto? -preguntó, levantando el paño que cubría una gran hogaza de pan de maíz.

-Es para la cena de esta noche -respondió Ángela.

-Puedes hacer más pan de maíz más tarde, ¿verdad? -preguntó, con impaciencia.

-Sí, pero...

Bradford tomó un cuchillo y partió la hogaza por la mitad. La muchacha suspiró y se apartó de la mesa en busca de más mantequilla y almíbar. Sin decir palabra, los colocó sobre la mesa y luego le acercó una taza humeante de fuerte café negro.

Bradford se sentó a comer en silencio, dándole la espalda. Ángela echaba chispas. La trataba como si fuese una criada. Jamás volvería a molestarse por él. Podía comer con ella o preparar su propia comida.

Ángela se puso a trabajar en la mesada, preparando otra hornada de pan de maíz.

-Bradford -dijo, sin volverse -, esta noche habrá invitados para la cena. He invitado a Mary Lou Markham y a su padre. ¿Tú también vendrás?

-La perfecta anfitriona, ¿eh? -dijo Bradford, con amargura -. Conque la golondrina fugitiva ha encontrado un nido. Dime, sólo por curiosidad; ¿tienes estas fiestitas todas las noches?

La muchacha se puso tiesa y dio media vuelta. Bradford estaba sentado de costado con la taza de café en la mano, mirándola con desdén.

-Para que sepas, esta es la primera vez que tengo invitados a cenar.

-Además de Grant -dijo Bradford, en tono áspero. Ángela quedó boquiabierta. ¡Conque era eso! Bradford se comportaba así por causa de Grant. Pero eso era ridículo. No tenía

Librodot

ningún derecho a estar celoso, no si él mismo estaba comprometido.

-Bradford, de vez en cuando invito a Grant a cenar porque nos hemos hecho amigos. No hay nada entre él y yo.

-No soy imbécil, Ángela -dijo Bradford secamente y se dirigió a la puerta -. Tampoco me importa con quién te relaciones. En cuanto a esta noche, no, no vendré a tu fiestita. Iré al pueblo esta tarde y, como necesito una buena ramera, es probable que no vuelva esta noche.

Abrió la puerta y volvió a dirigirse a la muchacha.

-A menos, claro está, que tú quieras complacerme. Pago muy bien por una buena ramera y, si la memoria no me engaña, tú eres muy buena.

Rió entre dientes al ver la expresión indignada de la joven.

Bradford se inclinó con poca estabilidad sobre el mostrador, con la mirada pensativa clavada en el vaso de whisky que tenía frente a sí. Había bebido mucho durante toda la noche, mientras jugaba a los naipes en una mesa. Finalmente, sentía los efectos del alcohol y acababa de abandonar el juego. Había perdido más de doscientos dólares. Pero, qué diablos, sólo era dinero.

Vació el vaso y luego compró al tabernero una botella entera de whisky. Recorrió lentamente con la mirada la habitación llena de humo.

Poco antes, dos muchachas de la taberna, con ropas muy llamativas, habían atraído su atención, pero en ese momento no estaba de ánimo. No podía negar que necesitaba una mujer. En Nueva York se había sumergido tanto en los negocios que no había tenido tiempo para la compañía femenina. Sin embargo, decidió simplemente perderse en el dulce olvido del alcohol. Tenía que ahogar las imágenes que lo atormentaban y devastaban su mente.

Con paso inseguro, abandonó la taberna aferrando con una mano la botella de whisky. El aire fresco de la noche fue como un rocío de agua fría después del hedor de humo y sudor de la taberna atestada. No tuvo dificultad para orientarse y se encaminó hacia el hotel, en el otro extremo del pueblo. La larga calle parecía desierta y el alboroto que acababa de dejar se apagaba lentamente mientras caminaba. De pronto, se oyó un estallido de pólvora al otro lado de la calle y Bradford oyó que una bala pasaba silbando junto a él. Tardó un instante en darse cuenta de lo que ocurría. Entonces, se lanzó hacia el umbral más cercano y se acurrucó en él. Vio una línea de luz en la acera opuesta al dispararse otra bala, y luego otra surgió desde una pistola diferente, a algunos metros de la primera. Comprendió que quienes tuviesen esas armas le disparaban a él.

En ese instante, Bradford recordó otros dos ataques recientes. Llevaba una cicatriz como resultado de un ataque en Nueva York. Poco después, había luchado con unos asaltantes en Springfield. Había estado a punto de perder la vida. De hecho, ahora que lo pensaba, los asaltantes parecían más interesados en matarlo que en robarle. ¿Acaso este ataque tendría relación con los otros dos? Ya no tenía tiempo para pensarlo. Una bala se incrustó en la puerta, detrás de él, a centímetros de su cabeza. Intentó abrir la puerta, pero ésta no cedió. El refugio más cercano era una escalera de tablas, en el extremo del edificio. Como no le quedaba otra alternativa, Bradford se lanzó hacia ella y oyó tres disparos más mientras corría.

Se acurrucó bajo la escalera, maldiciéndose por no llevar una pistola. Había sido una tontería ir al pueblo desarmado. Por un instante se preguntó por qué sus atacantes no lo perseguían. Tal vez no sabían que no tenía armas.

Más atrás, la gente de la taberna había salido a la calle para ver a qué se debían los disparos. Pero nadie se adelantaba en su ayuda. ¿Dónde diablos estaba el alguacil? Los hombres apostados del otro lado de la calle mantenían su barrera de fuego, de modo que le resultaba imposible, escapar. ¿Cuánto tiempo tardarían en advertir que él no respondía a sus disparos?

En ese momento, uno de los hombres atravesó la calle. En la oscuridad, Bradford no

Librodot

logró distinguir sus rasgos. Se ocultó tras el otro extremo del edificio: esa nueva ubicación inutilizaba el refugio de Bradford. Enseguida, el hombre salió de su escondite y disparó una vez, luego, desapareció. Bradford sintió un fuego que le abrasaba la piel. Tenía la camisa desgarrada y su brazo sangraba, pero la bala apenas lo había rozado.

Sintió una intensa furia. ¿Cómo había ido tan indefenso? Su única oportunidad era correr hasta el hotel en su habitación tenía un rifle. Tendría que esquivar las balas.

Se preparó para correr. Tenía los músculos tensos y el aliento entrecortado. Esperó hasta que se produjo una pausa en los disparos. Con la esperanza de que sus atacantes estuvieran ocupados recargando las armas, se dispuso a huir.

Librodot

42

Ángela saludó con la mano a sus invitados y esperó en el porche hasta que Mary Lou y su dominante padre se alejaron. Sonrió y aspiró profundamente el aire fresco de la noche, que le produjo una agradable sensación de alivio después de soportar durante toda la noche el humo de los cigarros de Walter Howard.

Walter Howard era tal como lo había descrito Grant: testarudo en sus opiniones y de voz áspera. Su piel bronceada, su gran nariz corva y su mentón prominente hicieron que Ángela se preguntara de quién había heredado Mary Lou sus rasgos delicados.

Mary Lou parecía saber manejar a su padre, lo que había hecho que la velada resultara insoportable. El hombre pensaba que sus ideas eran las únicas dignas de consideración. Al principio, Ángela sintió que comenzaba a perder los estribos cuando la conversación llegó al tema de lo que una mujer debe o no debe hacer en una hacienda. Entonces, Grant le había susurrado que se lo había advertido. Finalmente, la muchacha dejó de discutir y siguió el consejo de Mary Lou: "Sólo tienes que sonreír y no hacer caso a papá. De todos modos, él dirá lo que quiera. No le prestes atención, querida, o él jamás se dará por vencido." Después de una abundante cena con pollo asado guarnecido con salsa, ensalada de patatas, arvejas, mollejas y pastel de manzanas, se sentaron junto al hogar y Grant los entretuvo con canciones campestres. Fue agradable mientras duró, pero luego Grant se excusó temprano y explicó que tenía que levantarse antes del amanecer. Mary Lou y su padre se quedaron un par de horas más. Con el café, que Walter reforzaba con mucho whisky, éste pasó el resto de la velada exaltando las virtudes de Grant a Mary Lou.

Esto divirtió a Ángela. Sabía que su amiga no necesitaba aliento alguno. Ambos harían una buena pareja, puesto que Mary Lou tenía ya años de experiencia en manejar a un hombre con el temperamento de Grant. Ángela esperaba que ese flirteo diera resultados.

La muchacha volvió a entrar a la casa, pensando en Mary Lou y en Grant, y en el noviazgo que tal vez iniciaran muy pronto. Sus pensamientos llegaron a Bradford... ya Candise Taylor. Ángela durmió a intervalos esa noche.

Bradford se mantenía erguido sobre la montura; los efectos de la resaca comenzaban a disiparse. El aire de la noche había contribuido a ello. " ¡Qué día!" pensó, angustiado. Entre las náuseas que sentía y el dolor de cabeza, había pasado el día entero en cama. Tardaría bastante en acostumbrarse al whisky que servían en el pueblo.

En silencio, echó un vistazo a su compañero y apenas pudo distinguir sus rasgos a la luz de la luna. Tenía que reconocer el mérito de su nuevo amigo de soportar ese licor ardiente. El hombre no parecía afectado en lo más mínimo, y estaba tan alegre y sonriente como la noche anterior, en que se habían conocido.

El hombre le había salvado la vida. Bradford recordaba el momento en que estaba listo para salir de su refugio y el sonido de un disparo. Este había provocado un alto en el fuego dirigido a él. Sintió otro disparo y Bradford observó, atónito, cómo uno de sus atacantes echaba a correr calle abajo y entraba a un callejón. El otro hombre lo siguió enseguida.

Luego, Bradford vio al mejicano montado en un caballo, en el medio de la calle. Simplemente estaba allí, sin ninguna protección, y disparaba su arma. El extraño acercó su caballo a Bradford y lo miró con precaución.

-¿Está usted bien, amigo?

Bradford estaba aún asombrado por su oportuna salvación.

-Ahora estoy bien, gracias a usted -respondió, tembloroso. Finalmente, se puso de pie. -Sólo tengo un rasguño en el brazo.

-Su rasguño sangra mucho -respondió el extraño y, al sonreír dejó al descubierto dientes blancos y parejos bajo el bigote negro.

-No es nada.

-No debería andar sin protección, amigo -le reprendió el hombre -. ¿Conocía a esos hombres?

-Espero que no.

-Entonces, ¿querían robarle?

-No lo creo -respondió Bradford, pensativo -. Acabo de perder todo mi dinero en una partida de póker. Aunque tal vez no lo supieran.

-Es una lástima. Si necesita un lugar donde dormir, yo iba camino del hotel. Puede hospedarse conmigo.

Bradford rió.

-Ya me ha hecho el mayor favor posible, amigo: me salvó la vida. Quiero que me deje pagarle por eso. Yo pagaré su habitación del hotel. Mi nombre es Bradford Maitland. ¿Y el suyo?

-Hank Chávez.

Pasaron el resto de la noche en la habitación de Bradford, emborrachándose. Bradford sentía que no había forma de recompensar a ese hombre y le ofrecía todo cuanto deseara. Hank Chávez se rehusó a recibir dinero pero, como tenía negocios en esa área, aceptó la oferta de Bradford de hospedarse en su hacienda.

Era bastante tarde cuando llegaron a la hacienda, un lugar tranquilo en la quietud de la noche. Después de acomodar sus caballos en el establo, se acercaron a la casa, bañada por la luz de la luna y oscura en su interior.

-Mi... eh... socia ya debe de haberse acostado -dijo Bradford en voz baja al encontrar la puerta cerrada con llave-. No hay razón para causar una conmoción. ¿Le molestaría entrar por la ventana?

-Muchas veces salí por una ventana, pero jamás entré por una. Será un cambio -dijo Hank Chávez, riendo.

Momentos después, estaban adentro, moviéndose como gatos. Bradford condujo a Hank hasta un cuarto enfrentado al suyo y se despidió de él. Luego regresó a su habitación y se preparó para dormir. Sin embargo, como había dormido la mayor parte del día, estuvo despierto muchas horas.

Lo preocupaba el ataque. Había pensado más en ello y estaba casi seguro de que alguien quería matarlo. Pero ¿quién? Y ¿por qué?

Bradford daba vueltas en la cama, inquieto. Había sufrido tres intentos de asesinato, los tres hacía poco tiempo. Seguramente habría otro, y otro más. Su suerte podría acabarse. Tenía que averiguar quién quería verlo muerto.

Por supuesto, Zachary era quien más ganaría con su muerte. Pero él había partido hacia Londres con Crystal. No obstante podría haber contratado a alguien.

También estaba Ángela. Al llegar a la hacienda, él había limitado su libertad. Ahora que lo pensaba, los dos primeros atentados habían tenido lugar antes de que viajara allí, pero después de conocer a Ángela. ¡Dios! ¿Acaso quería vengarse por lo que había ocurrido en Springfield? ¿Podría ser eso? Bradford no quería creerlo... no podía.

Pero ¿quién más podía ser? Siempre había sido justo con sus socios y había evitado apostar con alguien que no pudiese permitirse el lujo de perder.

Sus pensamientos volvieron a la mujer que ocupaba la habitación contigua. ¿Sería realmente tan traicionera? Se levantó y se puso una bata. En apenas unos instantes llegó al cuarto de Ángela. Entró en silencio para no despertarla. Se detuvo junto a la cama y la miró. La muchacha dormía con serenidad; su cabello bermejo se extendía en grandes ondas alrededor de su rostro. Tenía puesto un camisón celeste con adornos de encaje en el cuello y los puños, y estaba cubierta sólo con una sábana. Era una mujer muy hermosa, pensó Bradford.

De pronto, la furia se apoderó de él. Necesitaba herirla, causarle dolor, como había hecho ella al destruir su amor y su confianza.

Le arrancó la sábana y se quitó la bata. Se sentó en la cama y comenzó a desatar las

Librodot

cintas del camisón de Ángela. La muchacha despertó cuando los dedos de Bradford rozaron su piel.

Su primera reacción lo sorprendió: parecía feliz de verlo allí. Pero entonces recordó lo que él le había dicho al marcharse.

-¡Conque te quedaste en el pueblo! Supongo que no habrás podido apartarte de... de...

-¿Las rameras del pueblo? -dijo Bradford con una risa sardónica -. Me di cuenta de que no las necesitaba, no si tengo una ramera bajo mi propio techo.

Ángela quedó boquiabierta. Era la segunda vez que la llamaba así. Pero ¿por qué? ¿ Y por qué estaba en su habitación en mitad de la noche?

-Bradford, ¿qué haces en mi cuarto? Si has venido para insultarme, por favor vete.

-No te he insultado -dijo, en tono áspero -. Sólo dije la verdad. Y me iré en cuanto termine contigo.

La muchacha comenzó a incorporarse, pero Bradford la empujó hacia abajo.

-¡Bradford, no! -exclamó, con los ojos dilatados de temor.

Bradford le cubrió la boca con la mano y la muchacha se esforzó por liberarse. Él se tendió sobre ella rápidamente y, en un intento desesperado por detenerlo, Ángela le mordió la mano.

El dolor lo hizo reaccionar. La miró y gimió; vio el temor y las lágrimas de la muchacha, como diamantes en sus mejillas. Sintió asco por lo que había intentado hacer irracionalmente, culpó a Ángela de ello. Necesitaba insultar a alguien.

-¿Por qué demonios lloras? -murmuró Bradford -. ¿Acaso sientes remordimientos por haberme abandonado y engañado?

-¿De qué hablas? Yo no te engañé ni te abandoné.

-Entonces, ¿cómo lo llamas tú, maldición? - rugió -. Ya había recibido un golpe el día que huiste con Grant Marlowe. Mi querida cuñada urdió otro de sus trucos traicioneros. ¡Trató de convencerme de que eras mi media hermana! Yo iba a informar a mi padre de nuestra boda, de modo que lo hice y esperé su reacción. El viejo nunca estuvo tan feliz en su vida; eso destruyó la treta de Crystal. Entonces, cuando ya sentía que mi mundo volvía a estar bien, tú me abandonas por Grant.

Ángela enmudeció. Se sentía aliviada, arrepentida y, de pronto, la invadió una alegría inmensa. ¡Él había dicho a Jacob que se casaría con ella, no con Candise!

-Bradford, yo...

-¡Ahórrate eso! -la interrumpió.

-Es que yo nunca te engañé, Bradford -dijo, nuevamente con lágrimas en los ojos.

-¿Vas a decirme más mentiras desalmadas? -replicó Bradford, con fuego en los ojos.

-¡Pero no estoy mintiendo!

-¿Qué clase de tonto crees que soy? -gruñó con crueldad.

-¡Bradford, te amo! -exclamó. Bien, lo había dicho, y entonces, advirtió que era verdad, absolutamente cierto.¡Jamás dejé de amarte!

¡Dios, cómo quería creerle! Pero él no se dejaría engañar otra vez. En su mente, la vio abrazada a Grant; los vio con tanta claridad que sus ojos se encendieron más aún. Su voz parecía acero y sus dedos aferraron los hombros de la muchacha.

-Una vez te creí, pero no volveré a cometer ese error. Ángela quería rogarle, pero el orgullo la venció. La indignación se apoderó de ella.

-¿Qué me dices de Candise Taylor, Bradford? -susurró, con furia -. ¿Qué me dices de esa prometida que tenías mientras me jurabas que me amabas?

Bradford la miró un largo rato. La muchacha se sintió brevemente satisfecha ante su confusión. Luego, él sonrió con aire cruel.

-¿Te refieres a mi esposa? Nos casamos poco después de que tú desapareciste.

Ángela apenas podía respirar.

En silencio, Bradford se puso la bata y se dirigió a la puerta. Sin volverse a mirarla, dijo fríamente

Librodot

-Te sugiero que te marches de aquí si no quieres que esto vuelva a suceder.

Se marchó. Y con él, se fue toda la esperanza que había nacido por un instante fugaz.

Librodot

43

-¿Durmió bien, amigo?

Bradford miró de soslayo a Hank, que estaba sentado a la mesa de la cocina con una taza de café en las manos. ¿Sabría su amigo lo que había ocurrido la noche anterior? ¿Habría oído algo?

-Dormí bien -respondió Bradford, mientras se servía café.

Hank rió. Bradford comenzaba a acostumbrarse a oír esa risa.

¿ Y usted?

-Como un bebé, en cuanto apoyé la cabeza en la almohada. Pero no estoy acostumbrado a las noches tan silenciosas. No es como los hoteles ruidosos en los que suelo hospedarme.

Ángela aún no se había levantado, pero Bradford intentaba convencerse de que no le preocupaba. No le importaba. ¿Cuánto le costaría eliminarla de su vida de una vez por todas?

-Sus pensamientos están muy lejos esta mañana, ¿eh? -dijo Hank, rompiendo el silencio.

-No tan lejos -murmuró Bradford, y luego sonrió -. Dígame, ¿cómo es que un hombre de su ascendencia se llama Hank?

Hank lanzó una carcajada.

-Mi madre era anglosajona. Me puso este nombre antes de morir, sin dar a mi padre la oportunidad de oponerse. Por respeto a ella, él me dejó conservar ese nombre.

-No parece tomar la muerte de su madre como una tragedia. ¿ Es que nada le hace daño?

Hank se encogió de hombros.

-No se puede llorar por la pérdida de alguien a quien nunca se conoció.

-Creo que tiene razón -dijo Bradford, sonriendo -. Pero he notado que usted toma todo con una sonrisa.

-¿Y por qué no, amigo? -preguntó Hank -. Mi abuelo siempre me decía que es más fácil sonreír que fruncir el ceño.

-Es una bonita filosofía, pero no a todos nos va bien -comentó Bradford.

En ese momento, se abrió la puerta de la habitación y enseguida la muchacha apareció en la cocina. Su atuendo desconcertó a los hombres. Llevaba pantalones de montar ceñidos en la cadera y los muslos y una blusa blanca igualmente ajustada que delineaba sus senos firmes y redondos.

Bradford se incorporó en su asiento. Quería gritar a Ángela por la forma en que estaba vestida, pero se contuvo. ¿Por qué diablos debía importarle? Sin embargo, Hank Chávez tenía la mirada fija en ella. Además, Bradford advirtió que la muchacha también lo miraba fijamente.

-¿Qué hace usted aquí?-preguntó, sin pensar.

El hombre tenía el mismo aspecto que ella recordaba, con la adición del bigote negro.

-Yo podría preguntarle lo mismo -respondió Hank, con una sonrisa.

Bradford dio un salto; miró a Ángela, luego a Hank y nuevamente a la muchacha.

-¿De dónde conoces a Hank?

-Nos conocimos en Mobile -respondió Ángela, advirtiendo que había oído por primera vez el nombre del bandido. Sonrió a Bradford con picardía. -Si te interesa saberlo, conocí a este hombre cuando asaltó la diligencia en que yo viajaba.

-¿Esperas que crea eso? -rugió Bradford.

La muchacha logró seguir sonriendo.

-En realidad, Bradford, no me importa lo que creas -dijo. Se dirigió a la cocina y se sirvió una taza de café negro, dándoles la espalda deliberadamente. Hank sonreía en silencio, aliviado porque Bradford no había creído la historia del asalto.

-Voy a cabalgar antes del desayuno -dijo Ángela.

-Me gustaría ir con usted -dijo Hank, poniéndose de pie.

Ángela terminó el café y salió de la cocina, sin esperar que Hank la alcanzara.

A esa hora temprana, la mañana estaba fresca. El sol brillaba con intensidad, pero aún faltaba para que se hiciera sentir. Se acercaba el invierno.

Finalmente, Hank alcanzó a la muchacha en el establo y se ofreció a ensillar su caballo. Como no había ningún mozo allí, Ángela aceptó. Tenía muchas preguntas que hacer, pero se contuvo. No serviría de nada tener una discusión allí. Bradford podría oírlos.

Una vez que la yegua castaña estuvo ensillada, Ángela la montó sin ayuda de Hank y luego esperó que él ensillara su caballo. Sin embargo, antes de que terminara de hacerlo, Bradford apareció en la entrada. Miró a la joven con furia.

-¿Adónde crees que vas vestida así? -preguntó, tomando el bocado de la cabalgadura de Ángela.

-Voy a cabalgar -respondió secamente.

-¡Así no irás!

Ángela estaba tensa; sostenía el látigo en la mano derecha.

-Eres mi socio, Bradford; estamos en iguales condiciones. No tienes ninguna autoridad sobre mí. Yo soy mi propia jefa. ¡No respondo ante nadie! -dijo, con evidente furia en el profundo azul-violeta de sus ojos -. Haré lo que me plazca. ¿Está claro?

-¡Lo que harás es bajar de ese caballo! -gruñó Bradford.

En ese momento, Ángela perdió el control de su ira.

-¡Vete al diablo, Bradford Maitland! -gritó, y golpeó el anca del caballo con el látigo.

El animal retrocedió un paso y luego salió del establo al galope. Ángela se aferró, desesperada. al pescuezo de la yegua. Su sombrero cayó de su cabeza y la fina cuerda que lo sujetaba le apretaba la garganta. Sólo miró atrás cuando el caballo aminoró el paso.

Un jinete salía del establo, a unos ochocientos metros detrás de ella. Ángela se calmó y frenó más aún a su caballo para dar tiempo a Hank de alcanzarla. Subió una pequeña colina y bajó hasta un bosquecillo que había del otro lado. Una vez allí, detuvo el animal, fuera de la vista de la casa y el establo, para esperar a Hank.

Tenía muchas cosas que decirle y ése era un buen lugar para hacerlo. Desmontó y ató el caballo a una rama baja. Comenzó a pasearse por el lugar de mal humor, tensa y furiosa aún por la osadía de Bradford. Él no tenía derecho a darle órdenes.

Cuando oyó que se acercaba el otro caballo, se volvió rápidamente, contenta de poder ocupar su mente con algo que no fuera Bradford. Sin embargo, no fue Hank quien desmontó del caballo y se dirigió a ella.

-¡Debería azotarte! -dijo Bradford, tomándola de los hombros y sacudiéndola con rudeza.

Ángela se apartó de él y trastabilló hacia atrás. No se sentía tan valiente en campo abierto, sola con él. De pronto, sintió deseos de huir de allí y esconderse de aquella furia, pero no permitió que sus sentimientos la delataran.

-¿Cómo te atreves a salir así? ¡Mírate! -continuó rugiendo Bradford, recorriendo con la mirada el cuerpo de la muchacha -. Esa maldita ropa deja muy poco a la imaginación. ¡Nunca se sabe con quién podrías encontrarte por aquí!

-¡Por desgracia, me encontré contigo! -gritó Ángela -. ¿Dónde está Hank?

Bradford la miró con suspicacia.

-¿Acaso tu intención era seducirlo aquí? ¿Por eso te vestiste como...?

-¡Basta, maldición! -gritó Ángela -. Cuando me vestí para salir a cabalgar, ni siquiera sabía que el hombre estaba aquí. No puedo cabalgar bien con una falda, a menos que me la levante hasta los muslos. ¿Preferirías eso? -Esperó que respondiera. Al ver que no lo hacía, prosiguió con más calma. -Aún no he tenido oportunidad de mandarme hacer ropa de montar más adecuada. No puedo evitar que estos pantalones hayan encogido con tantos lavados. Son el único par que tengo en este momento.

Bradford se acercó a ella lentamente, pero Ángela se rehusó a acobardarse. Se mantuvo de pie, orgullosa, a centímetros de él, y lo miró a los ojos con audacia. Esperó que la golpeara. Al ver que no lo hacía, comenzó a temblar. De pronto, echó a llorar.

-Una vez me dijiste que me amabas - dijo -. ¿Cómo puedes herirme así después de todo lo que compartimos?

Bradford se apartó de pronto.

-¿Cómo te atreves a hablarme del pasado cuando fuiste tú quien mató nuestro amor?

Ángela abrió los ojos, confundida.

-Por Dios, ¿qué hice?

-¡Maldito sea tu corazón de ramera! -gruñó Bradford, volviéndose hacia ella -. ¿De veras creías que no me enteraría de tu relación con Grant? ¿Cuántos otros ha habido, Ángela? ¿Acaso Hank también es uno de tus amantes?

Ángela estaba atónita.

-¿Es eso lo que crees? ¿Por eso me odias? -Extendió las manos hacia él en gesto de ruego. -¡Jamás hubo nadie más que tú! Tú eres el único hombre que me ha hecho el amor. Tú. ¡Maldito seas, Bradford!

Bradford no podía permitirse creer en ella.

-¡No te hagas la inocente conmigo, Ángela! Dije que me enteré de tu relación con Grant. ¿Crees que lo diría si no estuviera seguro?

Ángela no quiso oír más.

Bradford estaba contra ella y no lograba hacerlo escuchar. Corrió hacia el caballo y lo montó con rapidez. Se volvió una vez a mirar a Bradford, con los ojos brillantes.

-Comienzo a ver que el odio llega muy fácilmente -dijo la muchacha con amargura.

Se alejó sin mirar atrás.

Ni Bradford ni Ángela advirtieron la presencia del hombre oculto en una barranca lejana, observándolos con un catalejo. El lugar donde se hallaba estaba desgastado, pues había ido a ese punto a menudo. Esperaba. Esperaba la oportunidad por la que rezaba a diario. Ángela no podía estar siempre protegida. Un día la encontraría sola en la casa, sin peones ni Maitland cerca.

Algún día.

44

Ángela estaba de pie en el porche, recostada contra un poste, contemplando el cielo salpicado de estrellas. Se cerró más la mantilla sobre los hombros y sintió que sus dientes comenzaban a castañetear. Hacía mucho frío afuera, pero prefería eso antes que la otra clase de frío que había en el interior de la casa, con Bradford.

Ahora comprendía por qué Bradford había sido tan cruel, por qué la odiaba. Creía que ella lo había traicionado. Y no quería creerle cuando ella lo negaba.

Estaba condenada, siendo inocente. Si, al menos fuera culpable de esas acusaciones... Pero no, no quería acostarse con un hombre a quien no amara.

Ángela suspiró. Tal vez debería dejar la hacienda.

-Se ve usted muy desdichada.

Ángela se sobresaltó.

-¿Tiene que acercarse a hurtadillas? -dijo, irritada.

Hank llegó a su lado con la eterna sonrisa en sus labios.

-Si no hubiera estado tan absorta en sus problemas, me habría oído. -Se desperezó lánguidamente. -Es una hermosa noche... y al fin la encuentro sola.

-¿Dónde está Bradford?

-Su socio se ha retirado por la noche -dijo Hank -. Creo que le parece que usted estará a salvo conmigo, ya que me advirtió que está usted prohibida.

El rostro de Ángela reflejó incredulidad.

-¿En serio dijo eso?

Hank rió.

-No fueron sus palabras exactas, pero lo dejó en claro. Creo que si Bradford no se sintiera en deuda conmigo, ya me habría echado de esta hacienda. Tal como están las cosas, estoy seguro de que se arrepiente de haberme invitado.

-Habla como si él estuviera celoso. Puedo asegurarle que no es así.

Hank levantó una ceja.

-¿ Qué otra cosa podría haber causado la furia que ha tenido todo el día? Jamás había visto a un hombre tan furioso por una mujer.

-Pero no son celos -insistió Ángela, deseando lo contrario -. ¿Sabe? Es mi presencia lo que provoca a Bradford, no la de usted. No me soporta y hace lo posible porque me marche.

-Entonces, ¿por qué no se marcha? -preguntó Hank, tomando suavemente un mechón del cabello de la muchacha -. Una vez le dije que quería llevarla a México conmigo. Ahora las circunstancias han cambiado y regreso a casa, a reclamar lo que es mío. México no es muy diferente de Texas. Venga conmigo, Angelina.

-Si la memoria no me engaña, usted dijo que me llevaría aunque protestara. ¿Acaso debo temer un secuestro?

-No -respondió, sonriendo -. Pero la idea ha pasado por mi mente.

Ángela sonrió.

-Usted hace que me resulte muy difícil detestarlo, Hank. Pero temo que México no es para mí. Si fuese a alguna parte sería a Europa. Pero, de todos modos, ¿qué hace aquí? No esperaba volver a verlo.

-La seguí hasta esta región para devolverle el resto de lo que le debo, pero ahora veo que no lo necesita. Esta hacienda es una de las mayores por aquí, según me dijo Bradford. Es usted una mujer muy rica.

Riqueza. Ángela apartó la mirada. Preferiría la riqueza del amor antes que tener todo el dinero del mundo.

-Ya no tengo más problemas económicos, podría usted conservar el resto de lo que robó -dijo la muchacha -. Después de todo, arriesgó su vida por eso.

-Es usted muy generosa, pero puede permitírselo -dijo Hank. Sus ojos grises brillaban a la luz de la luna. Admito que este dinero extra me vendrá bien. Se aproximan tiempos duros, hasta que mis tierras comiencen a producir.

Ángela se volvió y lo observó.

-Me ha dicho por qué vino aquí, pero ¿cómo conoció a Bradford? Y ¿qué es eso de que él está en deuda con usted?

-Parece creer que le salvé la vida la otra noche -respondió Hank, encogiéndose de hombros.

Le relató la historia. Luego de un largo silencio, le tomó la mano y la llevó a sus labios.

-Una mujer como usted debería ser feliz. Venga conmigo, Angelina. Le ofrezco mi amor.

Angela sonrió.

-Gracias, Hank, pero no. No podría corresponder a su amor.

-¿No siente nada por mí?

-Apenas lo conozco.

-Es esquiva, Angelina -observó.

La muchacha no pudo evitar sonreír.

-Y usted es obstinado.

-Sólo porque no puedo aceptar su rechazo. Seré franco con usted y le diré que el dinero no fue más que una excusa para volver a encontrarla. He saboreado la pasión de su beso. Sería un tonto si no volviera a intentar ganarla. La tomó de la nuca y comenzó a atraerla hacia él, pero la muchacha apoyó las manos en su pecho para detenerlo.

-Hank, por favor.

Hank vaciló un instante y luego la soltó, de mala gana.

-Me iré en la mañana, pues mi presencia aquí no impedirá que sea Bradford el hombre que usted quiere. Pero esperaré en Dallas algún tiempo. Sí no encuentra aquí la felicidad, venga conmigo. Juro que puedo hacer que lo olvide.

Luego, se alejó antes de que Ángela pudiera volver a rechazarlo.

Ángela estaba sentada en la vieja mecedora de su habitación contemplando con desconsuelo las llamas del hogar y palpando, distraída, su moneda de oro. El destino le jugaba muy malas pasadas. Toda su vida parecía girar en torno a Jacob Maitland. Él la aceptó cuando estaba desolada. La educó. Y ella amaba a su hijo.

Se dirigió a su tocador y halló la carta. Volvió a leerla lentamente, de espaldas al fuego. Jacob había querido que ella y Bradford se casaran. Si Crystal no hubiese interferido con su treta, podrían estar casados ya. Aunque, por otro lado, tal vez no. Lo más probable era que algo se lo hubiese impedido. No estaban destinados a estar juntos.

Ahora era demasiado tarde. Ángela lloró durante largo rato, sentada junto al fuego.

45

Ángela se reclinó contra la cerca del corral y apoyó un pie en una tabla para observar cómo marcaban a los animales. Hacía ya semanas que habían comenzado a marcar el ganado ya domar unos trescientos potros salvajes. Terminarían ese día, según había dicho Grant.

Grant estaba a su lado, dando órdenes a los hombres del corral. Últimamente ella lo veía muy poco. Él prefería quedarse en el campo con los peones. Ángela suponía que lo hacía para mantenerse lejos de Bradford y de su agrio temperamento.

Hubo un remolino de polvo cuando se derribó otra res de los cuernos en espera del hierro candente. Ángela miró hacia la casa. Bradford estaba sentado en la baranda, observándola. Siempre parecía observarla, con esos ojos pensativos.

Desde que se había enterado de que Grant y Bradford irían a arrear el ganado, Ángela tuvo malos presentimientos. Estaba segura de que sucedería algo terrible. Tardarían al menos dos meses para llegar al pueblo de Ellsworth, Kansas, donde el ganado sería despachado hacia el este. Los hombres partirían a la mañana siguiente. Ángela se estremeció de sólo pensar en todo el tiempo que pasarían juntos los dos. Bradford y Ángela casi no se hablaban. Desde que Hank se había marchado, Bradford había permanecido en silencio. Cuando hablaban, no lo hacían en tono muy amable. La muchacha se preguntaba por qué se quedaba allí, pero nunca hallaba la respuesta.

Mary Lou la visitó una tarde y Ángela intentó explicarle sus temores respecto del arreo del ganado.

-¿Sabes? Desde que Bradford vino aquí, su relación con Grant ha sido muy tensa. Está convencido de que hay algo entre Grant y yo.

-¿Quieres decir que está celoso de Grant?

-Es más que eso -respondió Ángela -. Bradford cree que lo traicioné con Grant y no quiere perdonarnos.

-Tal vez cambie de idea cuando sepa que Grant y yo nos casaremos -dijo Mary Lou, sonriendo.

-¿Qué?

-¿Por qué te sorprendes? - rió -. Grant me visita con regularidad desde que papá y yo vinimos a cenar aquel sábado por la noche. ¿Sabes que esa misma noche Grant me esperaba en mi hacienda? Hablamos casi hasta el amanecer.

Ángela se reclinó en la silla y suspiró, feliz.

-Es por eso que últimamente lo veía tan poco.

-No te importa, ¿verdad? -preguntó Mary Lou -. Quiero decir, perderás un buen capataz.

-Me parece maravilloso. Siempre tuve la secreta esperanza de que ustedes dos se unieran.

-Espero que ahora dejes de preocuparte, Ángela. Todo saldrá bien.

No, eso no era verdad. Nada volvería a estar bien, pensó Ángela, con amargura.

La brillante luna comenzaba a asomar por sobre las montañas. Un joven vaquero rasgueaba una melodía en su guitarra, junto a la fogata. La suave música llegaba, a través de la quietud de la noche, hasta Bradford, que se hallaba a unos treinta metros de allí, sentado sobre una gran roca para la primera guardia de la noche.

Pronto, el campamento quedó en silencio. Bradford se echó una manta sobre los hombros al sentir el viento helado en la cara. Sin embargo, no podía protegerse del viento, como tampoco podía evitar que aquellos ojos violetas lo atormentaran. Parecían seguirlo a todas partes, día y noche.

Apenas había pasado una semana y ya extrañaba a Ángela con desesperación. Maldijo en silencio, a sí mismo y a ella. Se había convertido en parte de él, había crecido bajo su piel.

Librodot

No podía deshacerse de ella.

-¿Piensas hacer toda la guardia tú solo? -preguntó Grant desde atrás.

-¿Qué?

-Perkins vino por su relevo y me despertó al mismo tiempo. Pensó que quizá te hubieses quedado dormido. Bradford gruñó, pero no se movió.

-Toma, te traje café -dijo Grant, y se sentó a su lado. Bradford aceptó el café, pero no respondió.

-Creo que es buen momento para decirte que renunciaré en cuanto termine el arreo.

Bradford lo miró de frente.

-Entiendo -dijo, fríamente.

-¿Ni siquiera te interesa por qué renuncio? -preguntó Grant.

-No, creo que no.

-Pues te lo diré de todos modos, ya que Mary Lou piensa invitarte a la boda.

-¿Boda? -repitió, incrédulo -.¿Tú y Mary Lou Markham?

-Sí -respondió Grant, sonriendo -. Esa muchacha me ha robado el corazón.

-Pero... ¿y Ángela?

-¿Qué quieres decir?

Los músculos de Bradford se pusieron tensos y, de pronto, sus ojos brillaron con una intensidad que podría haber derretido una roca.

-¡Debería hacerte pedazos! -rugió, poniéndose de pie.

-¿ Qué diablos te picó?

-¡Tú me robaste a mi chica y ahora la dejas de lado! Grant estaba absolutamente perplejo.

-Escucha, Brad...

Bradford estaba furioso, con los puños apretados a sus costados.

-¡Levántate o te derribaré allí mismo!

-Terco bastardo -gruñó Grant, que comenzaba a perder la paciencia -. ¿De modo que sigues envenenado por esa tonta idea?

Bradford aferró la chaqueta de Grant y lo obligó a ponerse de pie. Con la velocidad del rayo, su puño dio en la mandíbula de Grant y lo derribó contra las rocas. Grant se palpó la mandíbula con cuidado, pero se quedó donde había caído.

-¿Sabes, Brad? Si no te conociera tan bien, podría ofenderme por esto. Pero el hecho es que no eres más que un tonto enamorado.

-¡Levántate! -ordenó Bradford -. Debí hacer esto hace mucho tiempo, cuando supe que habías traído a Ángela contigo a Texas.

-No es tan sencillo -

-¿Ella te siguió? -preguntó Bradford con suspicacia. -Sólo buscaba alguien que la acompañara, Brad -explicó Grant enseguida -. Vino aquí a buscar a su madre. Jamás hubo nada entre ella y yo, y no es que yo no lo haya intentado.

Los ojos de Bradford volvieron a brillar.

Grant no esperó que Bradford lo alcanzara, sino que se lanzó hacia adelante y lo derribó. Ambos cayeron al suelo. Grant tuvo la ventaja de caer sobre Bradford; cuando éste intentó golpearlo y falló, Grant lo golpeó dos veces.

-¿Quieres escucharme ahora, maldición, sin perder los estribos? -dijo Grant, a horcajadas sobre el pecho de Bradford -. Pedí a Ángela que se casara conmigo, pero ella no me aceptó. Jamás me explicó por qué huyó de ti, y yo nunca insistí en saberlo. Todo lo que me dijo fue que no podía casarse contigo, a pesar de que aún te amaba. No quiso casarse conmigo por su amor por ti. Eso no tenía sentido para mí, pero es la verdad.

Bradford se limpió la sangre de la boca.

-Tendrías que haber inventado una historia mejor, Grant. No te creo -dijo.

Luego, se desembarazó de Grant con un golpe en el mentón. La lucha era despareja. Grant era más fuerte, y había sido provocado. Cuando terminó, Bradford no tenía fuerzas

Librodot

siquiera para levantarse. Grant estaba de pie a su lado con el rostro ensangrentado, aunque no tanto como el de Bradford.

-No tomaré esto en forma personal, Brad, porque sé que fue causado por tus tontos celos. Pero no tienes ningún motivo para estar celoso, ni lo has tenido jamás. Sí, pedí a Ángela que se casara conmigo. ¿Por qué diablos no habría de hacerlo? Es una mujer muy hermosa.

Bradford se volvió y se apoyó lentamente en un codo, gimiendo. Escupió la sangre que tenía en la boca y miró a

-Grant con ojos que ya comenzaban a hincharse.

-¿ Fue así como la llevaste a tu cama? ¿Con una propuesta de matrimonio?

-¿De qué demonios hablas? -gritó Grant, volviendo a perder la calma -. Jamás me acosté con Ángela. Ella es una dama y no merece que la acuses de eso. -Comenzó a alejarse, pero se detuvo. -Hace mucho tiempo que somos amigos, Brad. Una vez que comiences a recobrar la razón, volveremos a serlo. Si quieres despedirme por esto, hazlo. Si no, llevaré esta manada hasta Kansas según habíamos convenido. ¿Qué dices?

-Una vez te dije que no te despediría por una mujer.

-Así es -dijo Grant, sonriendo, y le ofreció su mano -. Déjame ayudarte a volver al campamento. Tienes que curarte esas heridas.

Librodot

46

La tarde estaba fría; oscuras nubes púrpuras se acercaban desde el norte. Ángela miró por la ventana de su dormitorio y frunció el ceño.

-Lloverá antes de la noche. Espero poder llegar al pueblo antes de eso.

-¿Estás segura de que no cambiarías de idea, Ángela? -preguntó Mary Lou.

Ángela se apartó de la ventana con un suspiro y miró a su amiga, que estaba sentada en la mecedora, en un rincón.

-No. Pero me alegra que hayas venido. Me ahorraste un viaje a tu casa.

-¿No puedes al menos esperar hasta que regresen? -insistió Mary Lou, preocupada.

-Espero estar en Europa para cuando Bradford regrese.

-Deberías pensarlo un poco más, querida. Sabes que lo amas. Dale una oportunidad.

Ángela se dirigió a la cama para terminar de empacar.

-Él no cambiará, Mary Lou, y tampoco atendrá razones. Tú no sabes lo difícil que ha sido vivir aquí con él, sabiendo que me odia.

-Confundes los celos con odio -afirmó Mary Lou.

-Es demasiado doloroso para que me quede.

-Él no puede seguir enfadado por siempre.

-Sí que puede -replicó Ángela.

-Sigo pensando que te apresuras demasiado -insistió Mary Lou -. Dale tiempo.

-No soy tan fuerte -dijo Ángela, al borde de las lágrimas -. Ya me ha hecho mucho daño y seguirá haciéndolo. Además, hay... algo que nunca te dije acerca de Bradford. Es casado.

-¡Casado! -exclamó Mary Lou -. No lo creo.

Ángela suspiró.

-Afirmó que estaba casado; nunca volvió a tocar el tema.

-Ángela -dijo Mary Lou -, en realidad no quieres marcharte,¿verdad?

-No -respondió, sonriendo -. He llegado a amar este lugar, la tierra y la gente. Extrañaré a Texas, pero tengo que irme.

En ese momento, oyeron que se acercaba un jinete.

-¿Alguien viene a buscarte? -preguntó Ángela a su amiga.

-No.

-Entonces, ¿quién podrá ser? -dijo, con curiosidad, mientras se dirigía a la ventana.

-Es Decker, un muchacho que hace mandados en el pueblo -dijo Mary Lou -. ¿Qué querrá?

Se lo oyó llamar a la puerta antes de que Ángela llegara hasta ella. Había un muchacho delgado en el porche. Sostenía un sobre.

-Telegrama para el señor Maitland, señora - dijo Decker.

-El señor Maitland no está en casa, Decker. -respondió Ángela.

Decker sonrió.

-El operador de telégrafos lo sabe, señora. Pero no sabía qué hacer con esto, de modo que me mandó traerlo.

Mary Lou se acercó a la puerta y dio una moneda al muchacho.

-Toma, Decker. La señorita Sherrington se encargará de que el señor Maitland reciba el mensaje -dijo. Tomó el telegrama y cerró la puerta.

-¿Por qué hiciste eso? -preguntó Ángela.

Mary Lou examinó el sobre.

-¿No sientes curiosidad?

-¿Por qué habría de sentirla?

-Pero vas a abrirlo.

-Claro que no. Es para Bradford, no para mí.

-Querida, eres la socia de Bradford y se supone que debes encargarte de sus asuntos en su ausencia. Ahora abre esto. Me muero de curiosidad. Viene de Nueva York.

-¿Nueva York? -preguntó, sorprendida -. Está bien, dámelo.

Ángela abrió el telegrama y lo leyó. Luego, atónita, se lo leyó a Mary Lou.

BRADFORD:

SEGUI TU CONSEJO Y ME CASE SIN PERMISO DE PAPA. NO SE ENFADO TANTO COMO SUPONIA. TODO BIEN. TE AGRADEZCO MUCHO. CARIÑOS.

CANDISE

Dejó caer el papel y miró a Mary Lou. La furia y la incredulidad hicieron que sus ojos violetas parecieran zafiros.

-¡Bradford me hizo creer que ella era su esposa!

-No lo entiendo.

Los ojos de Ángela brillaban de furia.

-¿No te das cuenta? Bradford me dijo que se había casado sólo para herirme. ¡Era sólo otra puñalada para lastimar mi corazón! Debí comprender que mentía.

-Entonces, ¿no está casado?

-¡No!

-Pero eso debería hacerte feliz, Ángela, no enfurecerte. Ahora puedes quedarte aquí e intentar solucionar las cosas.

-¡Ni lo sueñes! -exclamó Ángela -. ¡Si me quedara aquí, estaría tentada de matar a ese bastardo!

Mary Lou suspiró.

-¿Me escribirás?

-Claro que sí -respondió Ángela -. Primero pienso hacer una gran excursión, para mantenerme ocupada. Luego, tal vez me establezca en Inglaterra. Jacob me dejó una pequeña propiedad allí. Pero siempre estaré en contacto contigo. Quiero saber todos los detalles de tu boda.

-Entonces, será mejor que me marche. -Mary Lou se acercó y abrazó a su amiga. -Te echaré de menos, querida. Pero tengo el presentimiento de que volveremos a vernos.

Ángela oyó alejarse a Mary Lou y luego siguió empacando. Una hora más tarde, hizo que el único peón que quedaba allí subiera sus cosas a la carreta y la llevara al pueblo. Al registrarse en un hotel, se había calmado y comenzaba a sentir remordimientos. Tomaría la diligencia al día siguiente y pronto compraría un pasaje de barco a Inglaterra. En realidad, no quería marcharse, pero no hallaba otra solución. Permaneció mirando por la ventana de su cuarto de hotel durante largo rato.

Librodot

47

Nubes amenazantes se cernían sobre el campo y reinaba una misteriosa calma. Bradford espoleaba más y más su caballo. Uno de los cuatro jinetes que lo acompañaban se le adelantó y tiró de las riendas. El animal aminoró el paso poco a poco y, finalmente, se detuvo, echando espumarajos por la boca.

-¿Está loco? -gritó Bradford, intentando recuperar las riendas.

-Cálmese, señor Maitland -dijo el alguacil, mientras desmontaba -. Usted me pidió ayuda y seguirá mi consejo, le guste o no.

-Pero ya he perdido mucho tiempo -replicó Bradford. Su voz delataba la desesperación que comenzaba a apoderarse de él.

-¡Bien, entonces siga, si quiere que lo maten a usted y también a la dama!

Bradford se contuvo.

-Entonces, ¿qué sugiere?

-Cuénteme de nuevo acerca del viejo borracho. ¿Dijo que se le acercó en la cantina y lo llamó por su nombre?

-Sí. Me dijo que le habían pagado un dólar para darme un mensaje: que debía regresar solo a la hacienda de inmediato si quería volver a ver viva a mi socia.

-¿Esas fueron sus palabras exactas?

-Sí.

-¿ Y quién le dio el mensaje a él?

-Un par de extraños, dos hombres a quienes jamás había visto antes.

El alguacil se quitó el sombrero y se enjugó la frente con el dorso de la mano. Miró hacia las nubes grises que se agrupaban arriba y sonrió. Luego se volvió hacia Bradford. -Esos nubarrones son una bendición. El tiempo es muy importante, y ellas harán que oscurezca antes, especialmente si se desata la tormenta.

-Vaya al grano, alguacil -dijo Bradford, irritado. Y desmontó.

Se alejaron de sus tres compañeros.

-Muy bien. Quienquiera que esté en su hacienda, tenemos que suponer que lo busca a usted y no a su socia. -No le discuto eso.

-También tenemos que imaginar que están en la casa con la señorita Sherrington -prosiguió el alguacil -. Si llegamos allí a caballo, ellos tendrán toda la ventaja. Están en situación de exigir lo que quieran, puesto que tienen a la dama.

-Nosotros no iremos a caballo, alguacil; ¡iré yo! -anunció Bradford, en tono inflexible -. Él decía muy claramente que debía ir solo.

-Estoy de acuerdo con usted -dijo el alguacil -. No me agrada la idea de poner en peligro la vida de esa dama. Pero si usted quiere salvar su propio pellejo, espere hasta el anochecer.

-¡Maldición, alguacil! ¡Dijeron que fuese de inmediato! -exclamó Bradford.

-Mire, señor Maitland. Usted dijo que fue un viejo borracho quien le dio el mensaje, y que al principio nisiquiera podía entender lo que decía.

-Sí.

-Bien, entonces ellos deben tener en cuenta alguna demora, si piensan en quién escogieron para entregar el mensaje. Esperarán. Además, puede ver por el cielo que pronto oscurecerá.

-Lo único que veo es que Ángela está en peligro -respondió Bradford, tenso, con los ojos encendidos-.

A esta altura debe de estar muerta de miedo.

-Pero estará viva. Ahora bien, lo que usted tiene que, hacer si quiere terminar con esto con el menor riesgo para su propia vida es entrar a hurtadillas cuando esté oscuro. Estamos a menos de un kilómetro de su casa, según creo. Nos acercaremos más cuando usted esté listo para ir. En cuanto oiga disparos, los muchachos y yo lo seguiremos.

-Me parece justo -dijo Bradford, y regresaron a esperar con los demás.

Bradford estaba tendido en el jardín de Ángela, agradecido por el escondite que le proporcionaba. Comenzaron a caer grandes gotas de lluvia, pero pronto cesaron. Escudriñó el patio, pero no pudo ver nada en la oscuridad que lo rodeaba. También la casa estaba a oscuras.

Tomó aliento y se lanzó hacia el costado de la casa. Apoyó la espalda contra la pared y se deslizó lentamente hasta la ventana de su dormitorio. Sin perder un instante, entró por ella, rogando no toparse con nadie allí. Sin embargo, la habitación estaba vacía y la puerta, cerrada.

Adentro estaba oscuro como la noche, de modo que le resultaba imposible ver siquiera centímetros delante de sí. Se dirigió a la puerta, cuidando de no tropezar con nada. En la casa reinaba un silencio sepulcral.

Bradford llevaba en la mano el Colt 45 que le había dado el alguacil. Lo sostuvo contra sí para entreabrir la puerta y echar un vistazo. La casa estaba a oscuras y no se oía nada.

-Le sugiero que arroje cualquier arma que tenga, señor Maitland, y entre aquí con las manos en alto. Si no, su socia morirá.

Bradford no logró distinguir quién era ese hombre; sólo que estaba en la sala. Dejó caer su revólver y se adelantó, con las manos por sobre la cabeza.

El frente de la casa seguía a oscuras, pero Bradford divisó la sombra de un hombre junto al hogar. Escudriñó el área con rapidez y vio otra silueta en la cocina.

-Está bien, ya puedes traer un poco de luz, Logan -dijo el hombre que estaba junto al hogar-. Y tráeme la cuerda.

Cuando Logan trajo una lámpara a la sala, Bradford reconoció de inmediato al hombre de cabello rojizo. Llevaba una gruesa chaqueta, pantalones azules oscuros y camisa, y tenía una pistola en la mano, apuntada al pecho de Bradford.

-Courtney Harden -dijo Bradford, bajando las manos.

-Parece que tienes más enemigos además de mí -dijo Harden, riendo, al observar el rostro de Bradford -. ¿Quién te golpeó? Quisiera felicitar a ese sujeto.

-¿Qué quieres, Harden?

-Supongo que creíste que no volverías a verme, ¿eh, Bradford?

-A decir verdad, no pensé mucho en ello.

-No, claro que no. Lo único que te importa es aumentar tus ya abundantes riquezas. No te interesan los pobres que pisas por el camino.

-Dime qué quieres, Harden -insistió Bradford, con impaciencia.

-Sé que a los de tu cabaña les costará entender esto, pero a ciertas personas no les gusta que las pisen. Por eso voy a matarte.

-¿Por haberte despedido? -rió Bradford.

Courtney se adelantó.

-¡Ese hotel -restaurante fue idea mía, no tuya! Durante años trabajé en ese proyecto antes de presentártelo. Tú me hiciste perder mis contactos, mis chicas. ¡Me dejaste sin nada!

-Admito que puedes estar resentido conmigo, Harden, pero ¿no crees que irías demasiado lejos al asesinarme?

-Esa es tu opinión -respondió Courtney con una fría sonrisa -. Yo no tengo nada que perder.

-De modo que fuiste tú el responsable de los otros atentados contra mi vida.

-Sí. Cuando escapaste ileso en Nueva York y otra vez en Springfield, decidí darte una oportunidad de reparar lo que habías hecho. Por eso fui a verte a Mobile. Pero tú no lo quisiste. Después volví a intentarlo, pero ese maldito mexicano te rescató. De modo que, si quiero lograrlo, tendré que hacerlo yo mismo. Todo ha salido muy bien. Nadie podrá relacionarme con tu muerte.

Bradford se puso tieso.

-¿Dónde está... mi socia? ¿También piensas matarla?

La risa de Courtney Harden fue genuina.

-Sabía que mi mensaje acerca de tu socia daría resultado. He visto antes a esa dama en la ciudad y tengo que admitirlo, Bradford: es la mujer más hermosa que haya visto. Tenías un bonito arreglo aquí.

-¡Responde mi pregunta, Harden! -gruñó Bradford, y comenzó a avanzar hacia el hombre -. Si le has hecho algo, yo...

Courtney levantó el revólver y lo apuntó a la cabeza de Bradford.

-No estás en condiciones de hacer nada, amigo. -Hizo una señal y Logan se adelantó. -Trae una silla y acabemos con esto.

Logan acercó una de las sillas de la cocina y la colocó junto a Bradford. No era un hombre muy corpulento; tenía cabellos castaños que comenzaban a encanecer y ojos alertas. No podía competir con Bradford, ni tampoco Courtney podía hacerlo. Cuando Logan intentó atraparlo, Bradford lo derribó al suelo.

-Eso no fue muy prudente, Bradford -dijo Courtney con calma, seguro porque estaba armado -. Si quieres que tu socia salga de aquí viva, te sugiero que obedezcas y que dejes que Logan haga su trabajo.

-Pero si ella los ha visto... -comenzó a decir Bradford.

-No lo ha hecho, te lo aseguro. No tengo motivos para matar a esa joven, a menos que tú me causes problemas.

Bradford no era de los que se rinden, pero tenía que pensar en la seguridad de Ángela. Cuando Logan volvió a acercarse a él, dejó que lo atara a la silla con la cuerda.

-Casi tenía la esperanza de que me dieras motivos para meterte algunas balas, Bradford, pero esa dama debe de significar mucho para ti. Es una pena que yo no sea un hombre indulgente.

-¿Dónde está Ángela?

-Eso es lo mejor de todo esto, Brad -dijo Courtney, sonriendo -. Verás, ella no está aquí. Y no tengo idea de dónde puede estar. Suponía que estaría en casa pero, cuando llegué, el lugar estaba desierto. No había señales de ropa ni de ninguna otra cosa que pudiera haber pertenecido a la dama. Por suerte para mí, tú no lo sabías. De otro modo, no habrías venido.

-¡Bastardo!

-Sí, lo soy -dijo Courtney, riendo entre dientes -. También soy un hijo de perra. Pero viviré hasta el fin de mis días sabiendo que tú no lo harás. Ahora debo poner fin a esta conversación, a pesar de que me agradó hablar contigo. Debemos acabar con esto antes de que se desate la tormenta y apague el fuego.

A Bradford se le heló la sangre.

-¿Fuego?

Los ojos de Courtney se encendieron con un brillo grotesco.

-¿No te lo había dicho? Es así como vas a morir. Logan tomó la lámpara de la cocina, se la entregó a Courtney y atravesó la puerta. Courtney recorrió lentamente la habitación con la mirada y, al fin, volvió a mirar a Bradford con júbilo.

-Tenías un bonito lugar aquí -dijo, antes de arrojar la lámpara para el suelo, en medio del cuarto -. Algún día te veré en el infierno, Bradford Maitland -exclamó.

El fuego se extendió con rapidez. En pocos segundos, la puerta cerrada estaba en llamas, y luego, las cortinas. En minutos más, toda la casa sería un infierno. Bradford

observó, estupefacto, cómo las llamas danzaban más y más cerca.

48

Ángela volvió a su habitación del hotel después de cenar. Era un cuarto muy lujoso, pero eso no resultaba sorprendente. En muchos aspectos, DalIas era una ciudad sofisticada.

Una gran cama de bronce dominaba la habitación. También había un bonito sofá para dos de terciopelo dorado con una silla que hacía juego y un escritorio de nogal. El fuego estaba encendido en el hogar de mármol, y eliminaba el frío que acompañaba el tiempo tormentoso. Las paredes empapeladas en tonos verdes y dorados estaban cubiertas, en su mayor parte, por retratos de la realeza del siglo dieciocho.

Ángela se sentó al escritorio y tomó papel y pluma. Comenzaba una carta para Jim McLaughlin cuando alguien llamó a la puerta.

-¿ Quién es?

Al no recibir respuesta, se puso de pie y se dirigió a la puerta. La abrió y vio a un joven delgado que le sonreía. La muchacha palideció.

-Hola, Ángela.

-Billy Anderson -murmuró.

-¿No vas a invitarme a entrar? - preguntó en tono agradable.

Ángela salió de su sorpresa.

-¡Claro que no! ¿Qué es lo que quieres, Billy?

-Hablar.

Comenzó a cerrar la puerta pero Billy la empujó con tanta fuerza que la muchacha trastabilló hasta el medio de la habitación. De pronto, la puerta estaba cerrada y Billy, recostado contra ella.

-¿Cómo te atreves? -gritó Ángela -. ¡Vete de aquí, Billy, o llamaré al gerente!

-No creo que llames a nadie, Ángela -respondió, mientras extraía una pistola de su chaqueta marrón.

De pronto, el miedo se apoderó de Ángela. Miró el arma, muy similar a su propia pistola, y deseó tener la suya a mano en lugar de haberla empacado con el resto de su equipaje. Estaba todo sobre la cama, tal como lo había dejado, pero no tenía muchas esperanzas: ambas maletas estaban cerradas.

Billy sonrió con malicia.

-Te dije que llegaría el día, ¿recuerdas, Ángela? Tardó mucho tiempo, pero la recompensa hará que la espera haya valido la pena.

Ángela intentó ignorar el miedo que la invadía.

-¿Qué quieres, Billy?

-Aún no la he decidido. Durante mucho tiempo sólo quería matarte. ¿ Eso te sorprende?

Librodot

Ángela estaba estupefacta. Eso no podía estar sucediendo realmente.

-¿No vas a preguntarme por qué quería matarte?

La muchacha sólo pudo asentir lentamente.

-Siempre te he deseado, Ángela, pero ni siquiera fui bueno para ti cuando no eras más que un trozo de basura. Cuando comencé a ser alguien, tampoco quisiste aceptarme. Me has obsesionado, Ángela. Pero ahora que he vuelto a verte creo que te dejaré vivir. Hay otras maneras de hacerte mía, sólo mía.

Al fin Ángela pudo hablar, aunque en un susurro entrecortado.

-No... no puedes hablar en serio.

-Claro que tendrás que convertirte en mi esposa -prosiguió Billy, como si no la hubiese oído -. Pero eso será sólo por un tiempo, para guardar las apariencias. No, vas a sufrir por todos los años que me hiciste sufrir a mí. Serás mi esclava, pero sólo lo sabremos tú y yo. Oh, tengo planes maravillosos para ti, Ángela.

La muchacha lo miró con sus ojos azul-violetas muy abiertos. ¡Estaba loco, completamente loco!

-Lo que quieres es imposible -dijo, con tanta calma como pudo -. Jamás aceptaría casarme contigo.

-¿De veras? -preguntó Billy, con una ceja levantada y una sonrisa en los labios.

Comenzó a avanzar, haciendo girar peligrosamente la pistola en el aire. Cuando llegó hasta ella, apoyó el arma entre los senos de la muchacha. Con la otra mano, aferró un mechón de su cabello y la atrajo hacia sí con fuerza. Así, sosteniéndola por los cabellos, la obligó a echar la cabeza hacia atrás y acercó sus labios a los de ella. Ángela sintió náuseas por el olor agrio a whisky ya tabaco que tenía su aliento e intentó soltarse.

Billy le soltó el cabello y la tomó del brazo con la mano que sostenía la pistola. Le torció el brazo contra la espalda, de modo que ella no podía ni moverse sin que el dolor le atravesara el hombro. Con la mano libre aferró su pecho y le clavó los dedos hasta que Ángela gritó de dolor.

Billy rió.

-Esto va a ser más divertido de lo que suponía - dijo -. Te arrastrarás a mis pies antes de que termine contigo.

La soltó y la muchacha trastabilló hacia atrás. Palpó su brazo dolorido y sintió que las lágrimas de dolor comenzaban a afluir. Pero las contuvo. No permitiría que Billy Anderson la viese llorar. Lo miró con recelo mientras él se paseaba por la habitación, observándolo todo.

-Vives muy bien, ¿eh? Creo que puedo acostumbrarme a eso. Y veo que planeabas hacer un viaje.

-Sí. Así es.

-Entonces, parece que te alcancé justo a tiempo -observó y volvió hacia la muchacha -. Aunque te hubieses marchado, habría vuelto a encontrarte, como esta vez.

-¿Cómo me encontraste? -preguntó Ángela, para ganar tiempo.

Billy rió.

-Me enteré de la herencia que te dejó Maitland y seguí a ese abogado hasta aquí. He estado esperando desde entonces, para que llegara el momento justo. Cuando te vi llegar a la ciudad y registrarte aquí, supe que había llegado el momento. Ahora quita ese equipaje de la cama -ordenó, jugando con un mechón del cabello de Ángela -. Vamos a usarla.

De pronto, Ángela vio su oportunidad.

-Antes tengo que desempacar algo -dijo.

-Habrá tiempo para eso más tarde -replicó Billy -. Por ahora, sólo quítalo.

El cuerpo de la muchacha se puso rígido cuando vio esfumarse su única esperanza.

-¡Quítalo tú mismo! - exclamó -. Yo no...

Billy le dio un golpe con el revés de la mano que la derribó al suelo. Luego, la obligó a levantarse y la empujó hacia la cama.

-Será mejor que aprendas a hacer lo que te diga, Ángela. No me opongo a castigarte si no lo haces. De hecho, disfrutaría eso tanto como acostarme contigo.

Ángela no dudaba de que lo complacería matarla a golpes. Pensó en gritar pidiendo auxilio, pero descartó la idea, segura de que Billy le dispararía. No se le ocurría otra manera de salvarse; al menos, aún no. Pero si sólo pudiese quitarle esa pistola...

Ángela bajó con dificultad los pesados baúles y esperó el siguiente paso de Billy. En la distancia, se oyó un trueno y, en ese instante, alguien llamó a la puerta.

Corrió hacia la puerta pero, antes de llegar allí, el brazo de Billy la rodeó y la detuvo, quitándole el aliento.

-¡Quienquiera que sea, deshazte de él! -le susurró; el corto cañón de su arma se apoyaba en la mandíbula de Ángela-. ¿Me entiendes?

La muchacha asintió lentamente.

-¿Quién es? -preguntó, con voz trémula.

La única respuesta fueron más golpes en la puerta, esta vez mucho más fuertes. Luego, se movió la perilla de la puerta, pero Billy le había echado el cerrojo.

-¿Qué busca? - preguntó Ángela.

-No pienso hablar con la puerta en medio, Ángela -fue la respuesta.

- ¡Es Bradford! -exclamó, sorprendida.

Billy la hizo dar media vuelta y enfrentarlo.

-¡Eso es imposible! ¡Yo mismo lo vi partir hacia Kansas!

-¿Lo viste?

-Sí. Quería asegurarme de que se marchara, de modo que fui al campo y lo observé partir. ¡No debería estar de regreso tan pronto!

-Ángela, ¿quieres abrir la puerta o la derribo? -gritó Bradford.

-¡Deshazte de él... o lo haré yo! -dijo Billy en tono significativo.

Ángela lo comprendió muy bien. Tenía que hacer que Bradford se fuera, pero ¿cómo?

.

-Me libraré de él, pero déjame encargarme, Billy -dijo, con firmeza.

Cuando Billy la soltó, Ángela se alisó el cabello y se dirigió a la puerta lentamente. La abrió lo suficiente para echar un vistazo, tomó aliento y levantó la vista. La imagen de Bradford la hizo palidecer.

-¿Qué te ocurrió? -preguntó, olvidando por completo a Billy.

Bradford estaba cubierto de hollín de la cabeza a los pies.

-¿Por qué tardaste tanto en abrir la puerta? -preguntó, en tono áspero.

-Estoy ocupada, Bradford -respondió.

La presencia de Billy comenzaba a atemorizarla otra vez.

-¿Qué haces aquí?

-Creo que eso no te incumbe -respondió Ángela de mal modo, con la esperanza de que se enfureciera y se marchara.

-Todo lo que hagas me incumbe.

-Ya no - replicó -. Por favor, vete.

Sin responder, Bradford entró a la habitación por la fuerza y vio a Billy. Este advirtió la furia de ese hombre más corpulento que él y retrocedió, con la pistola escondida en la mano. Ángela se aclaró la garganta, nerviosa.

-Te dije que estaba ocupada, Bradford.

-¿Quién es él? -preguntó Bradford, furioso.

-Un amigo mío -respondió Ángela, cada vez más desesperada. Tenía que hacer que Bradford se marchara. Un amigo, como Grant. Ahora ¿quieres irte?

Bradford giró sobre sus talones, abandonó la habitación y dio un portazo. Ángela suspiró, aliviada. Al menos él estaba a salvo.

-Lo hiciste muy bien -dijo Billy, sonriendo -. ¿Quién es Grant? ¿Uno de tus amantes?

-¡Querías que me deshiciera de él! -dijo-.¿Qué importa cómo lo hice? Se fue, ¿no?

-Sí -respondió Billy con una sonrisa salvaje -. Y ahora, la recompensa que he esperado tanto tiempo.

Bradford se detuvo en la escalera, con la mirada fija frente a sí, sin ver. Lo que Ángela había dicho no podía ser verdad, no después de lo que le había dicho Grant. ¿A cuál de los dos creería? ¿Confiaría en Ángela después de todo lo que había pasado? ¿Podría hacerlo?

Ángela se desabrochó la falda y la dejó caer a sus pies, con los ojos clavados en la pistola que la apuntaba.

-Estás aprendiendo muy bien a cumplir órdenes, Ángela -dijo Billy, con un brillo cruel en los ojos -. Ahora tiéndete en la cama como una buena ramerita. y recuerda que, si gritas, haré que desees estar muerta antes de que yo...

En ese instante, la puerta se abrió de golpe. Ángela gritó.

-¡Bradford, tiene una pistola!

Antes de que pudiera terminar la frase, Billy disparó a Bradford. Ángela lo miró, horrorizada, esperando verlo caer. Sin embargo, continuó su embestida, como un toro. Billy estaba aterrado. Había usado la única bala que tenía. Intentó esquivar a Bradford, pero fue demasiado tarde.

Los dos hombres cayeron juntos al suelo. Ángela les dio la espalda, asqueada por el crujido de los huesos aplastados. Tomó la manta de la cama y se envolvió con ella. Luego volvió a mirar a los hombres. Billy ya no luchaba: estaba inconsciente. Pero eso no impedía que Bradford siguiera golpeándolo.

-¡Bradford, ya es suficiente! Él ya no puede sentir nada.

Bradford no respondió. Continuó dando un golpe tras otro al cuerpo que estaba bajo él.

-¡Estás matándolo! -gritó Ángela.

De pronto, Bradford se detuvo y la miró. Sin decir palabra, levantó a Billy de su chaqueta y lo arrastró por el corredor. Ángela oyó que el cuerpo de Billy caía por la escalera. Si los golpes no lo habían matado, la caída podía hacerlo fácilmente.

-No lo mataste, ¿verdad? -preguntó, cuando Bradford regresó.

-No, pero pasará mucho tiempo hasta que pueda volver a moverse - respondió -. Y después me encargaré de que sea expulsado del continente.

-¿Cómo supiste que te necesitaba? -preguntó Ángela. De pronto, se sintió abrumada por el pudor. Sostuvo con fuerza la manta que la envolvía.

-Tú me lo dijiste -respondió Bradford suavemente, manteniéndose a distancia-. Fue algo que dijiste.

-No te entiendo.

-Eso puede esperar. Necesitas descansar, y yo también. Mañana hablaremos.

Ángela lo vio marcharse, perpleja. ¿Acaso ahora sentía pena por ella? Bueno, la compasión era lo último que quería de Bradford Maitland. Se marcharía al día siguiente, tal como había planeado.

-Amigo, ¿ese estropajo que está al pie de la escalera es tuyo?

Bradford se volvió y vio a Hank acercarse por el corredor.

-¿Qué demonios haces aquí?

Hank sonrió.

-Este es un país libre, ¿o no? ¿Acaso tú eres el dueño de DalIas?

-Se suponía que ibas a México -le recordó Bradford, en tono agrio.

-Así era -dijo Hank, encogiéndose de hombros -. Pero, con un poco de suerte, no tendré que ir solo. He estado esperando que cierta dama me acompañe.

-¿Alguien a quien conozco? -preguntó Bradford secamente.

Hank rió.

-Creo que la conoces muy bien, amigo. Es tu socia.

Bradford se puso tieso.

-¿Es por eso que está aquí?

-¿Está aquí? -preguntó Hank, sorprendido -. ¿Dónde?

-¡Espera un minuto! ¿Ángela vino a encontrarse contigo o no?

-No -respondió Hank -. No la he visto desde que dejé tu hacienda.

Los ojos de Bradford se encendieron.

-¡Te advertí que te mantuvieras lejos de ella!

-¿Con qué derecho? -preguntó Hank -. Ella es sólo tu socia. ¿Acaso eso te autoriza a hablar por ella? No, amigo. Ella es una mujer sin hombre, y yo sería un tonto si no intentara hacerla mía.

Bradford lo tomó de la camisa y lo empujó contra la pared.

-Te advierto...

Se detuvo al sentir el cañón de un revólver presionando contra su vientre. Soltó a Hank y se irritó al ver su sonrisa divertida.

-¿Es que nunca cambiarás, amigo? El hombre que está al pie de la escalera, lo moliste a golpes. Pero las magulladuras de tu cara no son nuevas. ¿ Fue otra pelea por esa mujer? Y ahora también quieres hacerme pedazos a mí, ¿eh? -Hank sacudió la cabeza. -No dejas que nadie más la mire, pero tampoco la reclamas para ti. ¿Qué te pasa?

Bradford no tenía fuerzas para fingir.

-No sé si ella volverá a aceptarme.

Hank guardó el revólver.

-Si ella sabe que la amas, te aceptará. Ella te ama. Ojalá no hubieses recuperado la cordura, amigo. Si no lo hubieras hecho, podrías haberla enviado a mí. Pero ahora... aquí ya no hay nada para mí. Adiós.

Hank atravesó el corredor y se perdió de vista. Ya no regresaría a buscarla; estaba seguro.

49

Ángela pasó dos días enteros en cama. Contemplaba la tormenta que bramaba afuera. A pesar de sus protestas, Bradford había llamado al médico, que le ordenó estricto reposo. Ella accedió, pues necesitaba tiempo para calmar sus nervios y pensar después de tanta tortura.

No había visto a Bradford y aún tenían que hablar. Se había enterado del incendio y alegrado de que Bradford se hubiese salvado. La furia y el terror le habían dado fuerzas para liberarse de las cuerdas y escapar de la casa en llamas.

En la tarde del segundo día, Mary Lou fue a visitarla. Habló de cosas agradables, pero no logró alegrar a su amiga. Cuando Mary Lou se marchó, Ángela se acercó a la ventana y contempló la oscuridad, escuchando la lluvia. La habitación estaba cálida gracias a los leños que ardían en el hogar.

Se quitó la bata y la dejó sobre la silla que estaba junto a la ventana. No oyó que Bradford entraba al cuarto y se sobresaltó cuando él dijo:

-¿Adónde vas, Ángela?

La muchacha se volvió y lo vio mirando los baúles ubicados al pie de la cama. Se acercó a ellos y los cerró, sin mirarlo.

-Decidí ir a Europa. Pienso partir mañana.

-Tenía la impresión de que te gustaba este lugar -dijo Bradford, casi en un susurro.

Al menos, no había dicho que iría a México. Los ojos de Ángela reflejaban un profundo anhelo.

-Así es, Bradford, pero he estado aquí bastante tiempo. Quisiera ir a lugares donde nunca haya estado -dijo. Se dirigió al hogar y la luz del fuego hizo que su camisón se viera casi transparente. -¿Sabes? No me dijiste por qué volviste aquí, ni cómo es que tenías la cara magullada.

Bradford se palpó la mandíbula con aire cohibido.

-Finalmente Grant y yo aclaramos las cosas -respondió, incómodo.

-¿ Él quedó tan mal como tú? -preguntó Ángela, volviéndose.

Bradford se recostó contra el costado de la cama con una débil sonrisa en los labios.

-No, esta vez me venció, y yo lo merecía.

-Sí, es muy cierto.

-Grant me dijo lo que antes no quise escuchar por ser demasiado terco.

Ángela comenzó a sentirse débil.

-¿Qué te... dijo?

-Que no viniste aquí por él... y que nunca te hizo el amor.

-¿Por qué no me creíste cuando te lo dije?

-Porque los vi a ambos en la cama, Ángela, en Nacogdoches. Tú estabas besándolo, sin más que una maldita sábana para cubrirte. Fui allí para llevarte de regreso a Golden Oaks pero, cuando abrí la puerta de tu habitación y los ví así, supuse lo peor. ¿Qué otra cosa podía pensar? Aún no entiendo cómo podían estar en una situación así a menos que fuesen amantes.

Ángela lo escuchó en silencio y luego respondió:

-Grant fue a mi cuarto, borracho. Entró antes de que tuviera tiempo de vestirme. Como estaba demasiado ebrio para mantenerse en pie, lo llevé a la cama. Había ido a pedirme que me casara con él, pero me rehusé. Me rogó que le diera un beso antes de irme y no vi nada malo en eso. Después, tomé otra habitación para mí por el resto de la noche. Eso es todo.

Bradford se acercó a ella.

-Ahora veo qué equivocado estuve, Ángela. Pero ¿por qué abandonaste Golden Oaks sin una palabra? Dios mío, ¿sabes cómo me sentí? Y después pensé que habías huido para estar con Grant. Eso casi me destruyó. ¿Por qué lo hiciste?

-Yo estaba en el vestíbulo la mañana que Crystal te leyó la carta. Lo oí todo, Bradford, y lo creí todo. Creía que eras mi medio hermano. Sabía que tenía que marcharme, porque volver a verte me habría hecho mucho daño. Seguí creyendo en esa mentira hasta que Jim McLaughlin me encontró y me dio una carta de Jacob.

-Pero ¿por qué nunca me dijiste todo esto?

-Porque nunca me diste la oportunidad.

Ahora, todo estaba claro para él. Todo, excepto una pregunta: ¿había él matado el amor de Ángela con su trato cruel?

-Sé cómo me sentí yo cuando Crystal afirmó que eras mi media hermana. De pronto, el mundo se volvió oscuro y vacío. ¿Tú sentiste lo mismo? -le preguntó, suavemente. Por una vez, pensaba en ella y no en sí mismo.

-Sí. Incluso cuando fui al pueblo y me enteré de que tu prometida acababa de llegar. Casi no importaba, porque pensé que, de todos modos, no podría tenerte.

Bradford lanzó una exclamación ahogada. Había olvidado su mentira y ahora deseaba que su propio orgullo no lo hubiese incitado a herir a Ángela. Se aclaró la garganta y dijo, avergonzado:

-No estoy casado, Ángela.

-Lo sé -dijo, sonriendo -. Mientras tú no estabas Candise envió un telegrama en el que explica que se casó según tu consejo.

-Te habría hablado de ella -prosiguió Bradford -. Sólo le pedí que se casara conmigo para complacer a mi padre y ella aceptó para complacer al suyo, aunque amaba a otro hombre. Entonces te encontré y supe lo que podía ser la felicidad. Ella llegó el día que tú dejaste Golden Oaks y, antes de venir a buscarte, rompí nuestro compromiso. Ella se sintió tan aliviada como yo.

-¿De modo que me dijiste que te habías casado sólo para herirme?

-Yo... bueno, quería demostrarte que no me importaba. Pero creo que sí quería herirte... hacerte sufrir como yo sufría... porque creía que no me amabas. -La tomó del mentón y la miró a los ojos.-¿Por qué te marchabas de Texas, Ángel?

-Porque ya no soportaba vivir con tu odio.

Bradford tomó el rostro de Ángela entre sus manos.

-Te amo, Ángela.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

-Por favor, no digas eso, Bradford. No a menos que sea verdad.

Bradford sonrió.

-No puedo culparte por dudar de mí. Me convencí de que te odiaba y creo que también te convencí a ti. Pero sólo lo hice porque te amaba demasiado. No podía soportarlo: amarte tanto y que tú ya no me amaras.

-Nunca dejé de amarte, Bradford.

Con mucha suavidad, la acercó a sí.

-No es fácil para un necio obstinado como yo pedir perdón. Sé que te he tratado mal. Dije e hice muchas cosas sólo para herirte, para demostrarte que no significabas nada para mí. Mil veces me maldije por mi crueldad. Mis malditos celos nos han hecho sufrir a los dos. ¿Podrás perdonarme alguna vez, Ángel? Sé que no tengo derecho siquiera a pedírtelo.

-Ya lo he hecho -respondió, suavemente. Sus ojos brillaban.

Bradford la levantó en sus brazos y la besó con ansias.

-Jamás volveré a desconfiar de ti, Ángela - susurró -. ¡Lo juro! conozco mis defectos. Sé que cada vez que vea que otro hombre te mira me pondré furioso. Pero no dejaré que eso vuelva a interponerse entre nosotros. ¡Oh, Ángel, es sólo porque te amo tanto!

Sus ojos tenían un tono castaño dorado mientras la llevaba hacia la cama. Pensaba, con orgullo: “¡Esta mujer es mía!"

La tormenta continuó durante toda la noche, pera Ángela y Bradford no la oyeron.

Epílogo

En una espléndida mañana de invierno, poco tiempo después, Ángela y Bradford se casaron en una pequeña iglesia de Dallas. Los pensamientos de la muchacha estaban con Jacob. El que había sido su sueño más preciado era también el de ella, y ambos se habían hecho realidad.

No lo he perdido, Jacob. Ahora lo tengo para siempre.

Y era verdad.

FIN